



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



SA 6447.8

HARVARD COLLEGE LIBRARY  
SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87  
AND CLARENCE LEON  
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN  
SANTIAGO DE CHILE DECEN



SA  
6447  
8



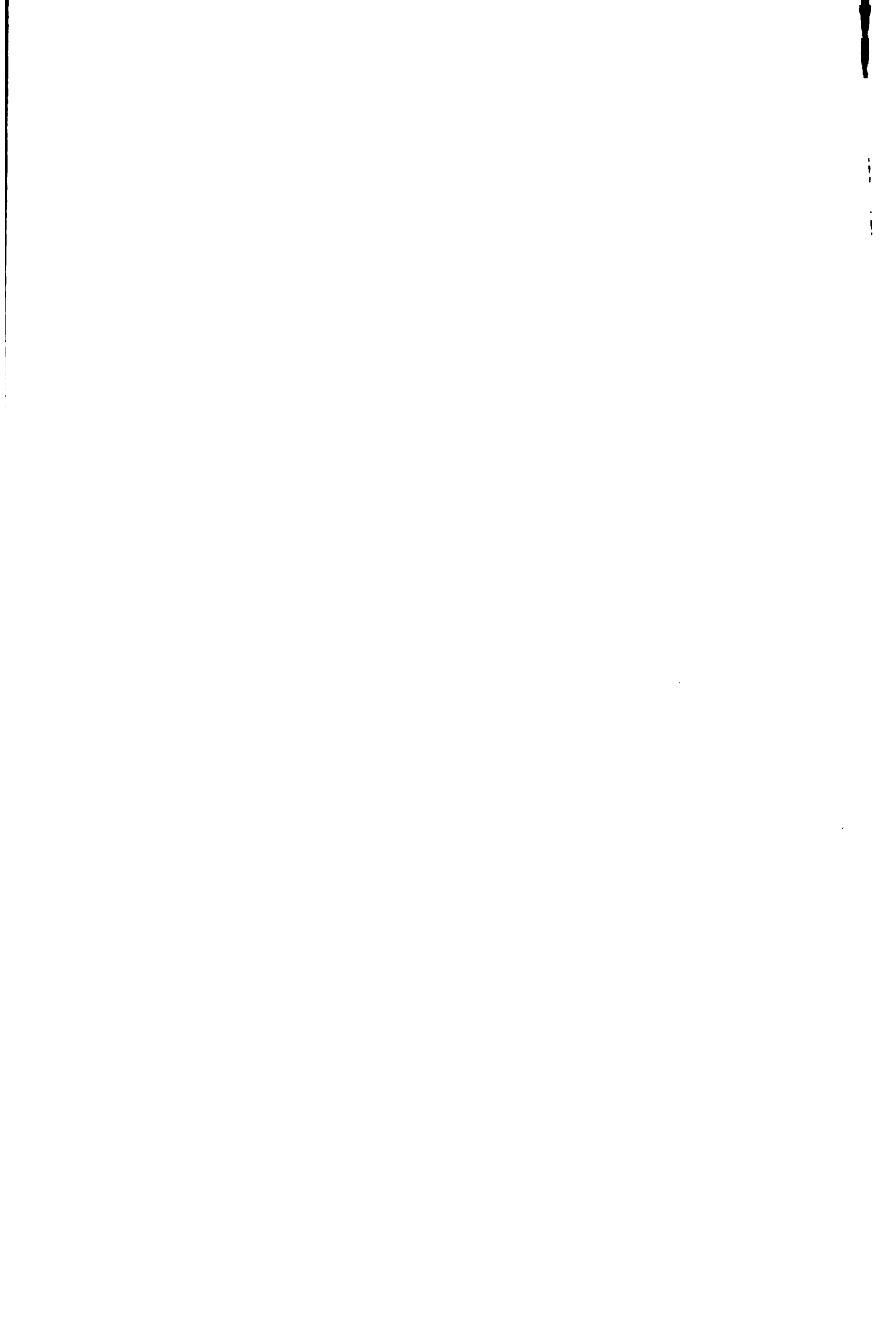
SA 6447.8

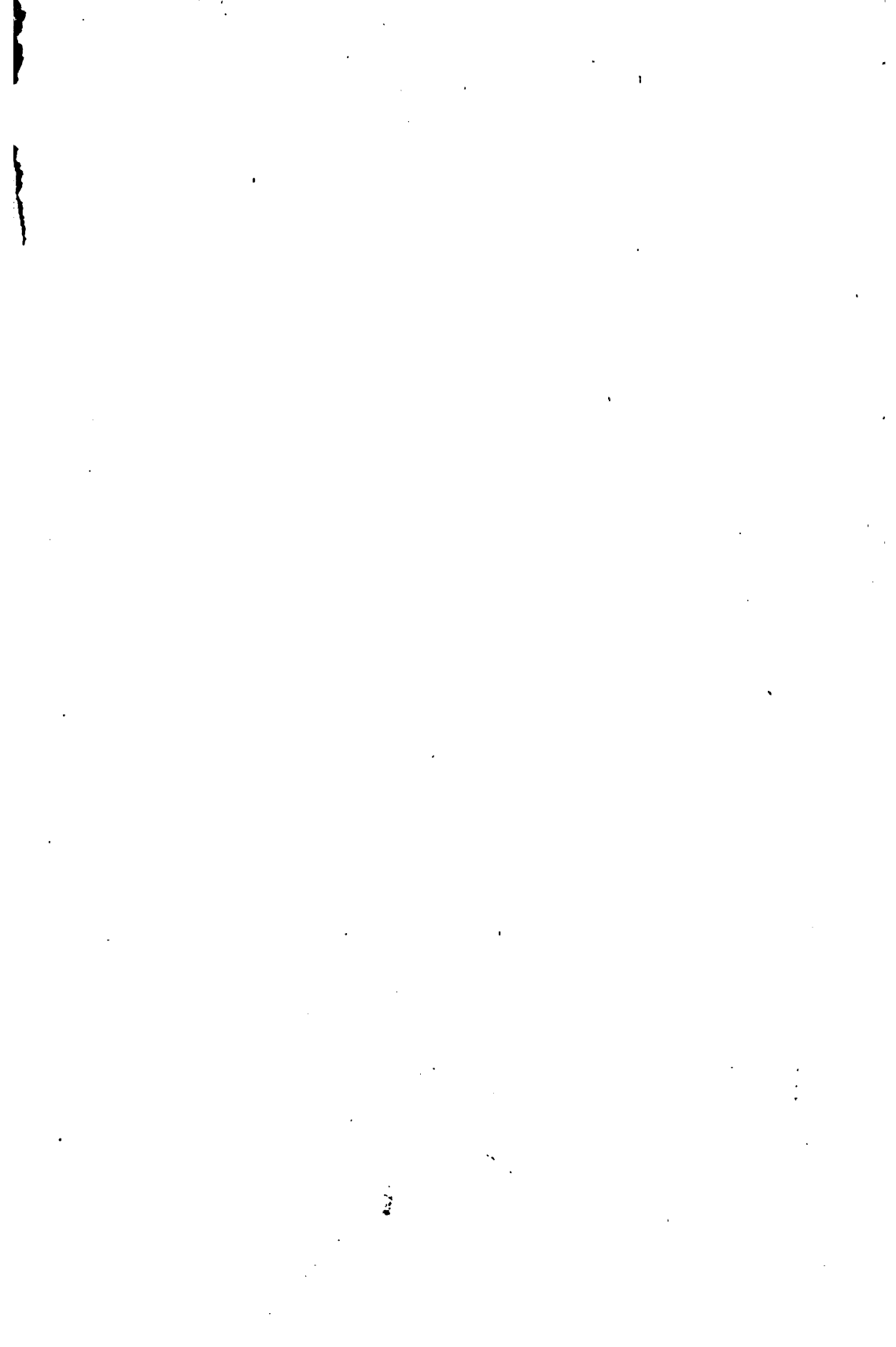
HARVARD COLLEGE LIBRARY  
SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87  
AND HAY, '08  
IN REMEM  
AN SCIENTIFIC CONGRESS  
R MDCCCXVIII











\*

SEIS AÑOS

DE LA

# HISTORIA DE CHILE

[23 DE DICIEMBRE DE 1598—9 DE ABRIL DE 1605.]

MEMORIA HISTORICA,

ESCRITA EN CUMPLIMIENTO DE LOS ESTATUTOS UNIVERSITARIOS

POR

CRESCENTE EBRAZURIZ,

Miembro académico de la Facultad de teología i ciencias sagradas de la  
Universidad de Chile i correspondiente de la Real  
Academia Española.

~~~~~  
**T O M O I .**  
~~~~~

SANTIAGO DE CHILE:

IMPRESA NACIONAL, CALLE DE LA BANDERA, NUM. 29.

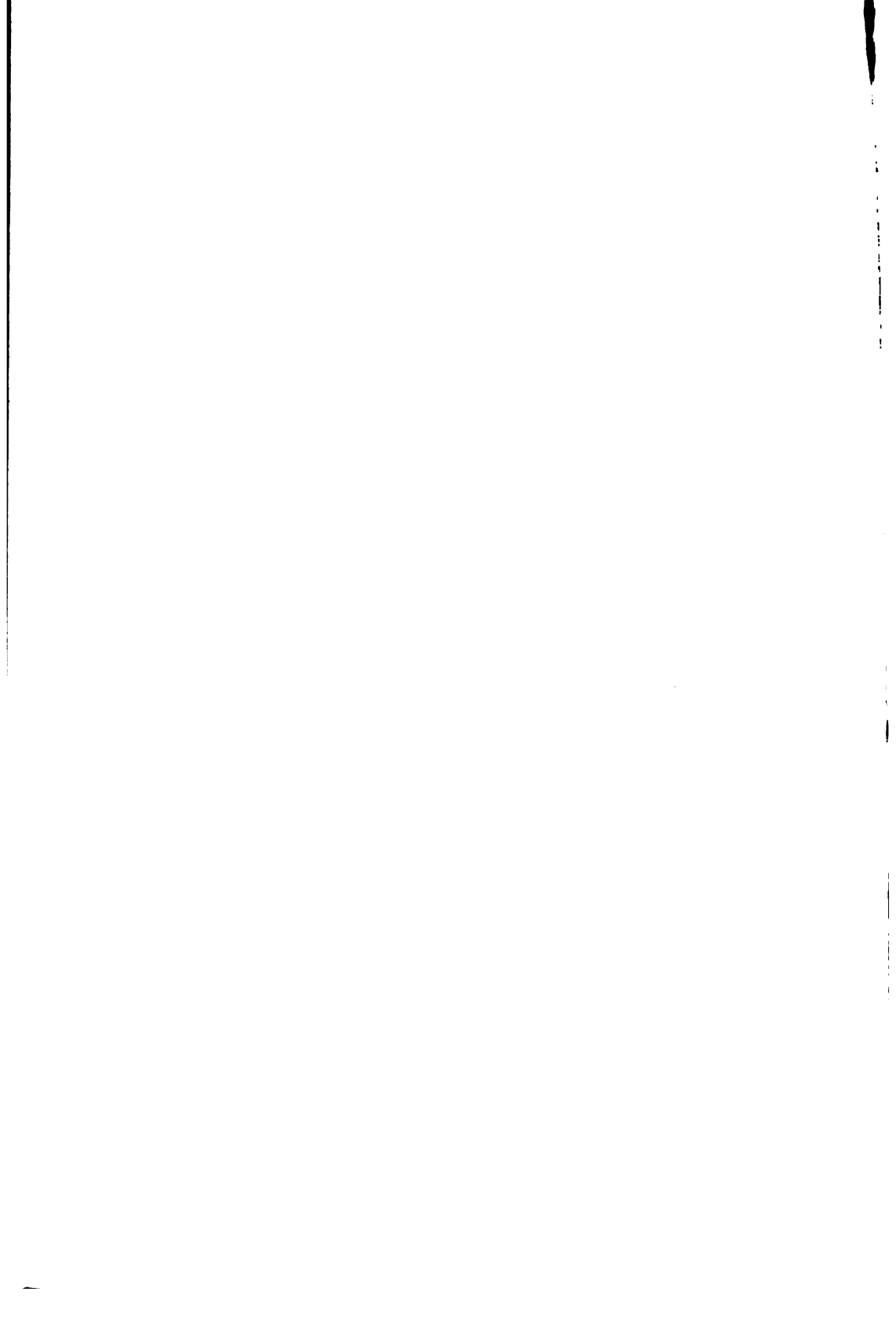
— 1881 —

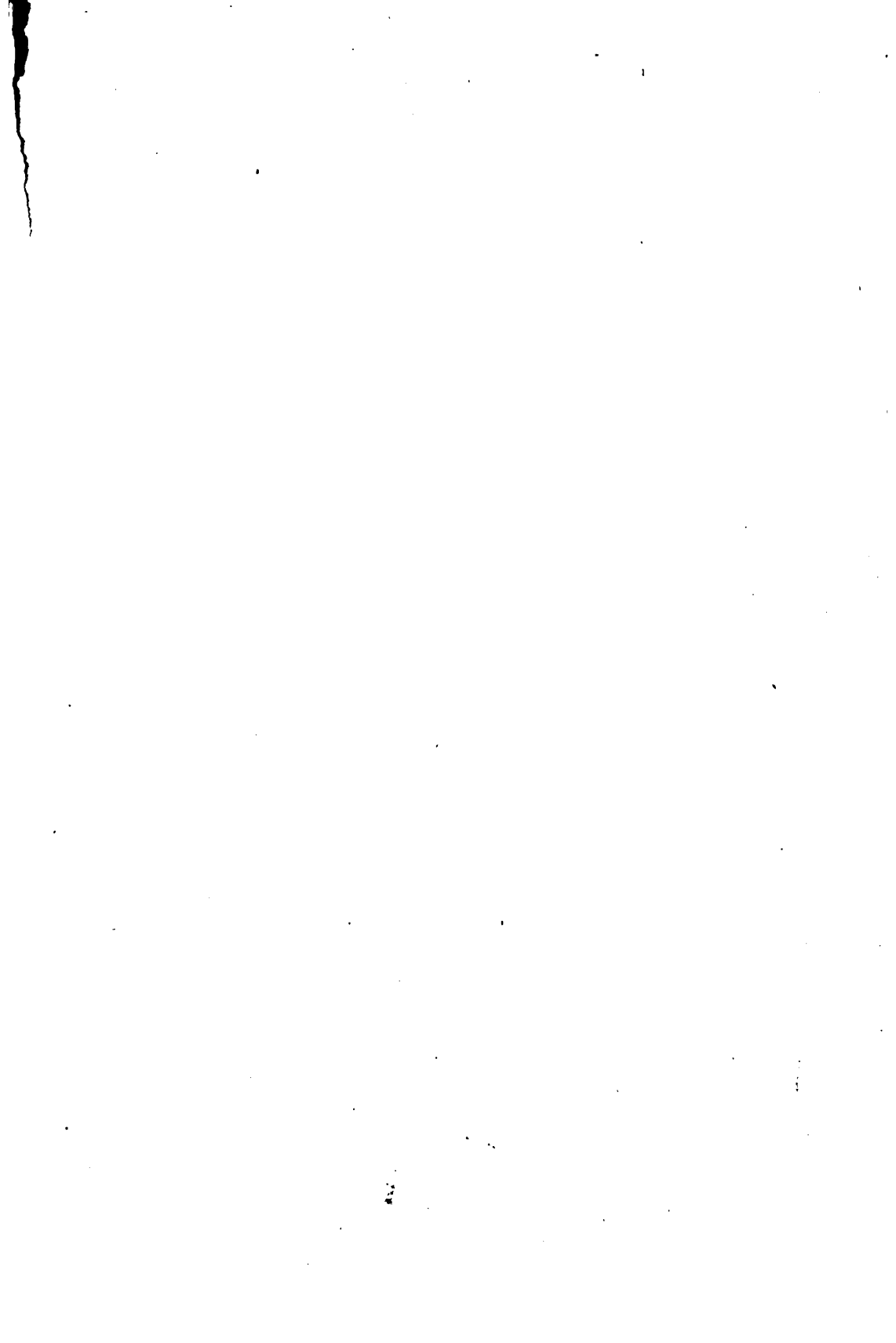
SA 6447.8

Harvard College Library  
Gift of  
Archibald Cary Coolidge  
and  
Clarence Leonard Hay  
April 7, 1909.\*

*A la venerada memoria del segundo arzobispo de Santiago, don Rafael Valentin Valdivieso, en muestra, por demas pequeña, de profunda gratitud i cariño, dedica esta obra*

**EL AUTOR.**







SEIS AÑOS

DE LA

HISTORIA DE CHILE.

---

cluir con la dominacion i de reducir a cenizas cuanto se habia trabajado por colonizar i civilizar en el reino.

Esos años, cuya historia comenzamos, pueden llamarse años de llanto i de luto para Chile. Una en pos de otra vió sus ciudades australes abandonadas por los españoles, incapaces de defenderlas, o destruidas por los victoriosos araucanos: a Santa Cruz recién fundada, a Arauco i a Angol, a La Imperial i Valdivia, rivales en importancia, a Villarica, la pintoresca i a la floreciente Osorno; en poder de los rebeldes i reducidas a la mas espantosa esclavitud a centenares de esposas e hijas de los amos de ayer; diezmados, i mas que diezmados, concluidos a manos de los araucanos, a los soldados que ántes miraban con tanto desprecio a los indios; en fin, dominada esclusivamente por éstos una de las mas ricas i estensas porciones de Chile.

En los ciento i cien combates que rápidamente tuvieron lugar durante aquellos aciagos dias, en las porfiadas resistencias de los sitiados españoles i en los audaces ataques de los araucanos a las ciudades, las cuales al fin consiguieron destruir, encontramos innumerables muestras de un heroismo quizas nunca superado.

A quien cuenta hoi por decenas de millares los ejércitos que sabe Chile armar i por cientos de miles los soldados que figuran en las grandes



guerras contemporáneas, la impresion primera no despertará admiracion, viendo que entónces se llamaba un poderoso ejército a la reunion de cuatrocientos o quinientos hombres; pero no es el número de los combatientes, son su valor i pujanza, lo que constituye la gloria de un ejército i lo que honra al pueblo que tales soldados tiene. I para conocer hasta dónde llegó el heroismo de los que en Chile defendieron entónces sus hogares contra el araucano, basta a la historia recordar la ruina de Villarica. En ella combatieron sus pobladores contra numerosísimo i victorioso ejército, i tambien contra el hambre i la sed; estenuados, casi sin esperanza i sin auxilio alguno, vieron trascurrir los meses i los años i fueron en larga agonía sintiendo agotarse sus fuerzas; pero no dejaron de empuñar las armas hasta que la mas terrible de las muertes vino a helarles las manos. Murieron los unos de hambre i los otros, mas felices, en la pelea, i murió hasta el último, dando asi pruebas de un heroismo que, a haber tenido por teatro a Grecia o Roma, seria siempre celebrado en todo el universo. I ese no es, por cierto, el solo ejemplo de indomable denuedo que por aquellos dias encontramos en Chile: los hallamos a cada instante i en los diversos lugares donde son atacados los españoles por un enemigo, que se manifiesta digno émulo del conquistador en lo valiente i en lo cruel talvez lo supera.

Fué aquella, en verdad, una lucha a muerte i sin cuartel i sus peripecias siempre terribles i sombrías, a menudo heróicas, merecen ser estudiadas con particular detenimiento.

Las glorias de esos hombres son las nuestras, ya que de ellos descendemos; i en sus grandes hechos i en su enerjía a toda prueba encontraremos sin dificultad el pronóstico de lo que sus hijos, en mas vasto campo, han sabido hacer para levantar tan alto en la América a este Chile, que era entónces el último i mas pobre rincon de la tierra.

No poco tiempo fluctuó la colonia entre la muerte i la vida: el anciano Pedro de Vizcarra fué tan impotente para dominar la rebelion como el enérgico i temido don Francisco de Quiñones; i García Ramon, el vencedor glorioso de Cadeguala, casi no dejó huella de su paso en los pocos meses de su primer gobierno.

I las ciudades australes en horrible agonía iban desapareciendo una a una del mapa de Chile, i los tres mencionados gobernadores, por mas deseos que tuvieran de socorrerlas, no podian hacer nada en su favor: sin fuerzas suficientes para llegar a ellas i librar a sus infelices habitantes, se habian limitado a efectuar en el territorio enemigo entradas mas o ménos importantes i todas, a la larga, igualmente infructuosas.

¿Constituian esas entradas o grandes «malocas»

como se llamaban, el plan de guerra de los gobernadores interinos? Probablemente nó.

Por primera vez se comenzaba entónces a oponer al plan de poblaciones i fuertes, adoptado invariablemente como medio de pacificación desde Pedro de Valdivia hasta García Oñez de Loyola, el de las entradas al territorio enemigo con el objeto de talar las mieses i destruir las habitaciones de los rebeldes i obligarlos, si posible era, a pasar los Andes i abandonar para siempre el patrio suelo. O bien creyeran realmente mas eficaz este sistema de guerra, o bien buscaran en las malocas un medio de enriquecerse, gran número de vecinos se mostraron partidarios i en la corte de España se le adoptó por algunos años. Llegó a creerse que el ideal de una campaña contra los araucanos seria penetrar conjuntamente con tres divisiones de ejército en su territorio, por la costa, por el valle central i por la falda de los Andes, a fin de no dejar refujio ni guarida a los indios de guerra i arrasarles sus habitaciones i destruirles sus sembrados.

Pero si momentáneamente predominó esta opinion en los consejos del rei de España, jamas fué la de los militares distinguidos que se encontraron a la cabeza de la guerra de Arauco. I, en verdad, por muchos males que los indíjenas padecieran en esas entradas, la esperiencia demostró que ellas no eran medio propio de some-

ter, ni aun de escarmentar a los araucanos: a un ejército no le era dado penetrar en los innumerables parajes que los indios, ya muy sobre aviso, escojían para cultivar; apenas si en su marcha podía talar lo que, por su vecindad a los caminos, se hallaba, por decirlo así, al alcance de la mano; en cuanto a las habitaciones, su destrucción no ocasionaba, por cierto, gran pérdida a los indígenas, que en el acto levantaban en sitio más escondido sus miserables «rucas;» por fin, ni familias ni guerreros se presentaban en su tránsito al ejército: todos tenían cuidado de ocultarse.

Aunque los tres gobernadores interinos que sucedieron a don Martín García Oñez de Loyola limitaran a tales escursiones sus campañas, ello no significa que participaran de la opinión de los que preferían ese medio al de la ocupación. No podían hacer otra cosa y era menester escarmentar a los rebeldes, volver el ánimo a los españoles, abatidos con tantos reveses, y ver modo de llegar a las ciudades australes y librar a sus habitantes. A ninguno se le ocultó que, ante la sublevación de 1598 y las enormes proporciones que fué tomando, era imposible mantener las ciudades de ultra Biobío; pues el corto número de soldados que había en la colonia, bastaba apenas a defender el norte de ese río. Y aun el gran número de aquellas ciudades, no correspondiente al del ejército, había sido, a juicio de

los mas intelijentes capitanes, el oríjen primero de tantas desgracias. Por eso, los gobernadores querian despoblar por de pronto muchas de ellas, sin abandonar la idea de repoblarlas, cuando tuvieran tropas bastantes para hacerlo sin peligro; por eso, Vizcarra despobló a Santa Cruz i Quifiones a La Imperial i Angol; por eso, García Ramon solo aspiró, aunque sin conseguirlo, a penetrar hasta Villarica i Osorno i, despoblándolas tambien, a libertar a sus desgraciados habitantes i concentrar mas acá de Biobio todas las fuerzas españolas.

Alonso de Rivera, sin disputa el mas ilustre capitan venido a Chile despues de Valdivia, llevó aun mas adelante la idea de concentrar las fuerzas i de ir estendiendo poco a poco, por medio de los fuertes, la línea de dominacion, sin dejar jamas a la espalda a un solo hombre de guerra a quien temer. La llevó hasta un grado que sus adversarios i muchos que no lo eran calificaron de atrocidad; finjiendo a las veces lo contrario, resolvió desde el principio abandonar a su tremenda suerte a las ciudades de Osorno i Villari-ca, que aun subsistian cuando él se hizo cargo del gobierno; no creyó que podia socorrerlas sin debilitar notablemente i aun esponer lo que al norte habia pacificado. Equivalia tal resolucion a condenar a muerte a los heróicos defensores i a los infelices habitantes de aquellas ciudades, i, si

por juzgarla necesaria la adoptó, era bien dura para que Rivera se resignase a confesarla.

No acertariamos a decidir si hubiera sido posible obrar de otro modo; pero es lo cierto que ese gobernador manifestó en lo demas conocer muy a fondo los recursos de la guerra i obtuvo lo que ninguno de sus tres antecesores. Sin duda, no recuperó cuanto la gran sublevacion de 1598 habia arrebatado a la España i a la civilizacion: vasta estension se encuentra hasta hoi en poder de los indíjenas; pero, a lo ménos, mantuvo desde el principio la línea del Biobio; sofocó por completo hácia el norte la insurreccion; dejó esta parte del reino en plena paz i seguridad, e iba adelantando paulatinamente la línea de fuertes, sobre todo en la costa, endonde llegó fundándolos hasta Paicabí, cuando separado del gobierno de Chile fué enviado al de Tucuman.

Cual si tantos cuidados i tantas desgracias no bastaran a la colonia en esos calamitosos años, diversas espediciones de corsarios trajeron la desolacion a estas costas; i una de ellas, la de Simon de Cordes, al retirarse despedazada, dejó impresas sus huellas en la lejana provincia de Chiloé con infames i sangrientas crueldades.

Miéntras peligraba la existencia misma de la colonia, es decir, durante los gobiernos interinos de Vizcarra, Quiñones i García Ramon, época que abraza el primer volúmen de esta obra, nadie vió

en Chile sino la guerra. Se buscaría inútilmente en los mas minuciosos documentos rastro alguno de pensamiento que no estuviese relacionado con ella: la guerra de Arauco, las necesidades militares de los diversos pueblos i sus medios de defensa constituyen la única historia de ese primer período: Chile no era mas que un campamento.

Las ventajas obtenidas sobre los araucanos por Alonso de Rivera, hicieron renacer pronto la tranquilidad: las ciudades, i especialmente Santiago, respiraron; la agricultura i el comercio, siquiera poco a poco, volvieron a proporcionar medios de subsistencia i expectativas de fortuna a los colonos; la sociedad cobró nueva vida; sin la continúa zozobra de la guerra, los ánimos se dieron a todos los cuidados i a todos los negocios.

Con la vida social comenzaron tambien las distintas pretensiones, las reyertas i los choques entre las autoridades i entre éstas i los particulares. Alonso de Rivera, carácter imperioso i dominante, engreido de su suficiencia, ni admitia contradiccion ni toleraba a quien pensase de diversa manera que él: sin duda, el mas distinguido de los guerreros, era al propio tiempo el mas despótico de los gobernadores.

Su orgullo hubo de estrellarse a las veces con otros no ménos indomables, i en cierta ocasion tan lejos llegaron las cosas que el gobernador es-

tuvo a punto de ser envenenado por una encumbrada señora de Santiago.

Nadie ignora cuán ásperos fueron los choques entre la autoridad civil i la eclesiástica. Don frai Juan Perez de Espinosa, quinto obispo de Santiago, no era hombre a quien Alonso de Rivera pudiese atemorizar, i cuando el gobernador, concluido su primer gobierno de Chile, se fué al Tucuman, estaba bajo el peso de la mas formidable de las censuras eclesiásticas: era escomulgado vitando.

Tales son, en cuadro sinóptico, los principales acontecimientos que vió Chile desde la muerte de Loyola hasta que Alonso García Ramon vino por segunda vez a gobernar el reino; es decir: desde fines de 1598 hasta principios de 1605, época que abraza esta relacion.

---

Mas aun de lo que le debimos al escribir *Los ORÍJENES DE LA IGLESIA CHILENA*, debemos en esta Memoria a la jenerosa amistad de los señores don Diego Barros Arana i don Benjamin Vicuña Mackenna, que han puesto por completo a nuestra disposicion sus riquísimas colecciones de documentos; los cuales nos han suministrado casi todo el material de esta obra. Si no los hubieramos conocido incidentalmente, para otro trabajo aun no publicado, ni siquiera habriamos venido en cuenta de que la época que ahora his-



toriamos es tan desconocida como interesante. Los señores Vicuña i Barros no nos han reservado cosa alguna i sus inestimables volúmenes de manuscritos han estado en nuestro poder todo el tiempo que hemos querido: reciban la sincera expresion de nuestra gratitud.

Habria sido hacer demasiado pesada la lectura de este libro el ir anotando los errores en que ha incurrido cada cronista de Chile o siquiera advertir lo que todos ellos han callado: si álguien desea saberlo, no tendrá gran trabajo en recorrer las pocas pájinas que a estos seis años dedican nuestros cronistas. Debemos, empero, hacer una salvedad respecto al padre Diego de Rosales i a Fernando Alvarez de Toledo: sus obras nos han servido para completar la narracion de sucesos, acerca de los cuales no dan entera luz los documentos de la época, i que, por suerte, encontramos referidos en ellas: los últimos dias de la desgraciada Villarica, por ejemplo, no los conocemos en sus pormenores sino por Rosales. I seguimos en esas ocasiones con confianza a los mencionados cronistas, porque en muchas otras la conformidad de sus relatos con los documentos inéditos está mostrando cuán bien informados solian hallarse.

---



---

## CAPÍTULO I.

### MUERTE DE LOYOLA I RECIBIMIENTO DE VIZCARRA.

---

Estado del reino.—Establecimiento i despoblacion del fuerte de Lumaco.—Preparativos bélicos de los indios.—Sublevacion de Longotoro.—Sale de La Imperial el gobernador a sofocarla.—Plan de ataque de Pelantaro.—Sorpresa de Curalaba.—Muerte de Loyola i sus compañeros.—Despojos cojidos por el enemigo.—Terrible impresion que en Chile causa el desastre del 23 de diciembre de 1598.—Los oficiales reformados.—Reoibimiento de Vizcarra.—Títulos que éste tenia para hacerse cargo del gobierno.

---

Don Martin García Oñez de Loyola, del hábito de Calatrava, despues de felices sucesos en la guerra, habia logrado pacificar por completo la parte de Chile situada al norte del Biobio. I si bien al otro lado de este rio no habia seguridad ni siquiera para que los vecinos de Angol beneficiaran tranquilamente las viñas de los alrededores, a causa de los contínuos ataques de los indios que estaban a cuatro leguas de la ciudad (1), no se podia decir que hubiese guerra: esos enemigos eran partidas de ladrones mas bien que rebeldes capaces de presentar batalla. En esto se apoyaban muchos i principalmente los amigos del gobernador para creer que aquellas provincias se hallaban ya sometidas para siempre (2). Las únicas tribus que todos esceptuaban de

---

(1) Carta de García Oñez de Loyola, escrita en Concepcion el 12 de enero de 1598.

(2) Cartas escritas al rei por frai Antonio de Victoria, provincial de predicadores, el 12 de marzo de 1599; por los oficiales reales, el 9 de enero i por el cabildo de Sautiago el 30 de abril del mismo año; informacion levantada en Sautiago por Domingo de Erazo el 24 de enero de 1600.

esta supuesta sumision eran las que ocupaban las cercanías de La Imperial i Puren (3): léjos de cesar en la lucha, acababan de obligar a García Oñez de Loyola a abandonar el fuerte de Lumaco.

A fines del siglo dieziseis comenzaban Las Vegas de Lumaco a adquirir la nombradía que despues tuvieron en la guerra de Arauco: servian de impenetrable asilo a los indíjenas que en aquellas islas ocultaban los ganados i aun dejaban con seguridad a sus mujeres e hijos miéntras ellos combatian al español.

Para quitar a los indios este reparo, don Martin levantó un fuerte en las inmediaciones de Las Vegas. Miéntras estuvo en él Loyolá, los indíjenas disimularon el despecho que tal establecimiento les ocasionaba; pero no bien salió con doscientos hombres de caballería i mil indios amigos a sofocar una revuelta en la provincia de Tucapel (4), atacaron el fuerte en grandísimo número i pusieron a su guarnicion, compuesta de no ménos de ciento ochenta soldados, en la imposibilidad de moverse «mas de lo que alcanzaban los arcabuces desde la muralla» (5). El gobernador fué en auxilio de los sitiados; pero tanta era la pujanza de los enemigos, que juzgó no se podía mantener esa importante posicion i desamparó el fuerte (6), por lo ménos, hasta recibir de España refuerzos que le permitieran restablecerlo.

Este era el único sério contratiempo sufrido por Loyola en la guerra; mas, aunque único, bastó a impedir la completa pacificación del reino i aumentó las alarmas de los que no lo veian todo color de rosa.

Había, en efecto, muchos, especialmente entre los guerreros, que no compartian la opinion de que los indios estaban leal i

---

(3) Interrogatorio puesto el 6 de diciembre de 1599 por Quiñones a Vizcarra i absuelto afirmativamente por el último; poder dado el 27 de marzo de 1599 por el cabildo de La Imperial a don Bernardino de Quiroga.

(4) Carta de Alonso de Rivera al rei, fechada en Córdoba el 20 de marzo de 1606.

(5) Id. id.

(6) En la citada carta atribuye Alonso de Rivera a la falta de infantería la necesidad en que se vió Loyola de abandonar el fuerte de Lumaco. Censura vivamente el que toda su guarnicion fuera de caballería.

definitivamente sometidos (7). No faltaba razon a los pesimistas, i los hechos parecen haberse encargado de manifestar que la supuesta sumision de los indíjenas era solo habilísimo i continuado ardid.

Si hemos de creer lo que despues de los sucesos escribia al rei el cabildo de Santiago (8), esos seis años de paz fueron para los indios tiempo de secreta preparacion a la guerra. No solo aumentaron considerablemente sus ganados, sino que poco a poco i por medio de incesantes cambios se proporcionaron gran cantidad de armas i caballos; de manera que, ejercitados en el manejo de las primeras i diestros jinetes, estaban a fines del siglo XVI, respecto de los españoles (9), en condiciones mui distintas de las en que éstos los habian encontrado sesenta años ántes.

El ojo esperto de los antiguos militares notaba semejantes cosas i mas de un capitan llamó a ellas la atencion del gobernador, quien pudo aun convencerse, segun el documento a que nos vamos refiriendo, do que los indios intentaron mas de una vez asesinarlo por medio de mensajeros enviados a él en mentida prenda de amistad. Sea que no creyese en la efectividad de tales intentos, o que juzgara prudente disimular o perdonar, Leoyola nada hizo a fin de precaverse contra los denunciados planes de sublevacion.

Así estaban las cosas cuando el gobernador, que se hallaba en La Imperial, recibió una carta del capitan Vallejo, correjidor de Angol, con alarmantes noticias. Le decia que, habiéndose apartado dos soldados del fuerte Longotoro a cojer frutilla, habian sido asesinados por los indios, i que este asesinato, convenida señal de rebelion, acababa de poner en armas a toda aquella comarca.

Fernando Alvarez de Toledo nos lo refiere así en su *Puren*

---

(7) Citada carta del cabildo de Santiago al rei, fechada el 30 de abril de 1599

(8) Id. id.

(9) Siguiendo la manera de hablar entónces usada, que facilita mucho la narracion, llamamos españoles no solo a los que por su oríjen lo eran, sino tambien a los criollos de descendientes de los conquistadores. En contraposi-

*Indómito* (10), i agrega que el indio portador de la carta, burlando la confianza de quien lo enviaba, preparó la ruina del gobernador. Llamábase el mensajero Navalburi, i, en lugar de llenar su cometido, llevó noticia i carta al cacique Pelantaro, a quien todos consideraban entre los indios el jefe principal.

Resuelto Pelantaro a sublevarse abiertamente, vió en esto excelente oportunidad de comenzar con un audaz hecho de armas que, acertado, produciría en el país conflagración jeneral: Hernando Vallejo llamaba urjentemente al gobernador i si, como debía esperarse, Loyola acudía con presteza a él, no iría sino con corto número de soldados i Pelantaro podría sorprenderlo i despedazarlo en el camino, advertido por el mismo Navalburi del día de la partida. En consecuencia, ordenó al infiel mensajero que llevara la carta al gobernador i lo tuviera al corriente de los sucesos.

Don Martín García resolvió ir en el acto a Angol i salió de La Imperial el 21 de diciembre de 1598, acompañado de cincuenta soldados españoles (11), de Francisco Rodríguez de Ga-

---

ción a los indios, llevaban en toda América el nombre de españoles los hijos de la raza latina que obedecían al rei de España, i hasta hoy somos conocidos con esta designación entre los indios enaautos descendemos de conquistadores o colonos.

También, i aunque en esto nos separemos de lo que entónces se usaba para acomodarnos al lenguaje de los siglos posteriores, llamaremos muchas veces araucanos, no solo a los indios de la provincia de Arauco sino también a todos los de tierra firme al sur de Biobío.

(10) Canto I. *PUREN INDÓMITO*, de tan escaso mérito como poema, es inspreciable como crónica. Comparando los mas insignificantes pormenores referidos en él con los documentos de la época se conoce la rigurosa exactitud con que relata Alvarez de Toledo: por eso no trepidamos en seguirlo cuando apunta circunstancias calladas por los demás.

(11) Hablando del número de soldados españoles que acompañaron a Loyola, el cabildo de Santiago i los oficiales reales, en carta de 9 de enero de 1599 dirigida al rei, dicen que eran cuarenta; varios religiosos de Valdivia, en una relación que en setiembre de 1599 enviaron a Quiñones los hacen subir a cincuenta i siete; por fin, Alonso de Rivera, en un refimen que el 25 de febrero de 1602 hizo de las pérdidas que habia sufrido Chile desde la muerte de Loyola, afirma que eran sesenta.

Para estar por el número cincuenta nos apoyamos en las mejores autoridades.—Es el número que señalan: 1º Fernando Alvarez de Toledo, en el citado canto de *PUREN INDÓMITO*; 2º Frai Antonio de Victoria en carta al rei de 12 de marzo de 1599; 3º El cabildo de La Imperial, que mas bien que todos debía de saber esto, en el poder que dió a don Bernardino de Quiroga el 27 de marzo de 1599; i 4º El capitán Gregorio Serrano en una *RELACION* enviada por él al virei del Perú. Esta *RELACION*, que comienza con

llego, que hacia las veces de secretario (12), de un sacerdote secular, de tres relijiosos franciscanos (frai Juan de Tovar, provincial de la órden en Chile, su secretario frai Miguel Rosillo i el Hermano frai Melchor de Arteaga) i de trescientos indios amigos. Dejó instrucciones a Andres Valiente, segun dice Alvarez de Toledo, para que el 27 del mismo mes enviara el resto de la tropa a Angol al mando de Pedro Olmos de Aguilera.

El gobernador debió de salir tarde el dia 21, porque en la noche alojó con su comitiva en un sitio llamado Parlachaca, solo una legua distante de La Imperial. Navalburi, que hasta èse momento acompañaba a Loyola, envió de ahí a Millategua a dar el convenido aviso a Pelantaro (13).

La noche siguiente don Martin i su escolta, mui ajénos del peligro que los amenazaba, sin supóner ni siquiera la posibilidad de una sublevacion en los alrededores, se entregaron al sueño en el sitio denominado Curalaba, junto a la Quebrada Honda, descuidando las mas elementales precauciones; descuido que,

---

la muerte de Loyola i concluye el 1º de marzo de 1599, es un diario de los sucesos que van ocurriendo, i puede considerarse como el mas exacto i curioso resumen de aquel período. Como veremos, Serrano fué comisionado por Vizcarra para visitar las ciudades i fuertes del sur i pudo por lo tanto, dar los mas minuciosos pormenores. Es el documento que mas nos ha servido para estudiar lo referente al gobierno interino de Vizcarra.

En el número de los indij-nas que acompañaban a Loyola, seguimos lo que dice el cabildo de La Imperial: habiendo salido el gobernador de esa ciudad, nadie podia conocer mas bien las cosas.

Por lo que hace a la fecha de la muerte de don Martin Garcia Oñez de Loyola, que la mayor parte de los cronistas suponen equivocadamente a fines de noviembre de 1598, no cabe la mas remota duda. Podemos citar en apoyo de nuestro aserto, entre otros documentos i autoridades, la Relacion de Gregorio Serrano; la carta de los oficiales reales de 9 de enero de 1599; la informacion de Domingo de Erazo de 24 de enero de 1600; el testimonio dado a favor de Quiñones por el cabildo de Concepcion el 24 de agosto del mismo año 1600; i Alvarez de Toledo, que nos da tambien la fecha de la salida de la Imperial:

“Partióse lúnes, dia señalado,

“Del incédulo santo i benemérito,

“El que metió la mano en el costado

“Del maestro a quien ántes no dió crédito.”

El mismo nombra el lugar donde Loyola alojó la primera noche.

(12) Encontramos el nombre del secretario del gobernador en un testimonio dado por el escribano Damian de Jeria, en cumplimiento de una órden de Alonso de Rivera, el 8 de julio de 1602. Dice Damian de Jeria que Rodriguez de Gallego “servia la secretaría como mi teniente.”

(13) Puren Indómito, citado canto.

como tendremos ocasion de ver, era mal tan comun como inesplicable entre los españoles de Chile: apesar de constante i dolorosa esperiencia, parecia como que no quisieran convencerse de que los indios se atreviesen a atacarlos.

Pelantaro no habia reunido un ejército para presentar combate al gobernador. Decidido a pedirlo todo a la sorpresa, escogió solo trescientos hombres de los mas denodados i, dividiéndolos en tres partidas, dos de las cuales puso al mando de Anganamón i Guaiquimilla, reservándose el de la tercera (14), con cabal conocimiento del terreno, ordenó el ataque simultáneo por tres puntos diversos.

La madrugada del 23 de diciembre de 1598 presenció un sangriento drama, cuyas consecuencias habian de ser incalculablemente funestas al porvenir de Chile.

Dormian los españoles i los indios amigos cuando cayeron sobre el campamento los enemigos, sembrando por todo la muerte i el espanto.

Los indios amigos perccieron casi todos i los pocos que salvaron de la matanza solo debieron la vida a su presteza en tomar la fuga.

No mas serenos los españoles que no habian sido muertos en sus lechos, para librar de los terribles asaltantes se echaron al rio, ahí mui caudaloso; lo cual equivale a decir que «murieron ahogados o hechos pedazos» (15).

En medio de la jeneral confusion casi nadie pensó en defenderse i un solo tiro de arcabuz se dejó oír: Araujo se llamaba el

---

(14) Alvarez de Toledo i Gregorio Ferrano mencionan la division hecha por Pelantaro de su pequeña tropa. Ferrano nombra solo dos de los capitanes de esas partidas: el mismo Pelantaro i Anganamón, i Alvarez de Toledo da tambien el nombre del tercero: Guaiquimilla.

Seiscientos dice Alvarez de Toledo que fueron los indios que acompañaron a Pelantaro i Anganamón en el ataque de Curalaba. No lo seguimos en esto porque cuantos mencionan el número de asaltantes están contestes en decir que eran trescientos: Gregorio Ferrano, el Padre Victoria i el cabildo de Santiago en la Relacion i las cartas ya citadas. I de seguro que la inclinacion de los españoles habria sido la de aumentar i no la de disminuir el número de los asaltantes.

(15) Citada carta del padre Victoria. Alvarez de Toledo calcula en quince o veinte el número de españoles que para huir se arrojaron al rio i perccieron ahogados.



solcado que lo disparó i mui luego pagó con la vida su intento de resistencia (16).

Don Martin García Oñez de Loyola era conocido por su denuedo i, ya que vencer no podia, quiso, a lo ménos, vender cara la vida i trabó encarnizado combate, ayudado por solo dos españoles, llamados Galleguillos i Juan Guirao, que acudieron en su auxilio i que murieron con las armas en las manos, como el bizarro i desgraciado gobernador (17).

La sorpresa de Curalaba no fué, pues, un combate: fué tremenda matanza, de la cual solo escaparon con vida cuatro españoles: un soldado herido, llamado Guzman, i el capitán Escalante, prisioneros i mui luego asesinados en medio de las orjías con que los vencedores celebraban el triunfo (18); el clérigo

---

(16) Alvarez de Toledo, citado canto I.

(17) Alvarez de Toledo El padre Victoria, refiriéndose a lo que asegura, ha uno de los que consiguieron escapar de aquella matanza, dice que fueron siete los españoles que se pusieron al lado de Loyola i murieron con él.

En febrero de 1608 algunos indios, al someterse al gobernador Alonso García Ramon, le entregaron en prenda de fidelidad, la cabeza de don Martin García Oñez de Loyola, que hasta entónces habian conservado como trofeo de guerra. Eso, a lo ménos, aseguraron ellos i eso creyó Alonso García (Carta escrita por éste al rei i fechada el 9 de marzo de 1608 en el estero de Vergara.)

Rosales en el capítulo XVIII del libro V, dice que Quiñones, despues de despoblar La Imperial, "hizo diligencia por buscar el cuerpo del gobernador Martin Oñez de Loyola para darle decente sepultura, porque hasta entónces estaba tendido en el campo, hecho pasto de las aves i espuesto a las injurias de los tiempos, despues de haber sufrido las de los bárbaros, i hallados sus huesos los llevó a la Concepcion, dándoles honorífica sepultura, los cuales, lleváudoslos despues a Lima, en una récia tempestad los echaron a la mar, que aun despues de muerto le siguieron las tempestades a este buen caballero."

Sumamente inverosímil nos parece que se descubriera i reconociese el cadáver de Loyola, diez i siete meses despues de la muerte del desgraciado gobernador; pues la despoblacion de La Imperial se verificó en abril de 1600.

Si llegaron a encontrarse los insepultos cadáveres de las víctimas de Curalaba, cómo pudo distinguirse de los demas el de Loyola? Lo probable es que los indios lo despedazaran, como solian hacer con los de los españoles importantes, para repartir los mutilados restos entre las diversas provincias que luego lanzaron el grito de rebelion.

Juzgamos que nadie creia lo que refiere Rosales tanto por no encontrarlo mencionado en ningano de los minuciosos documentos que hablan del viaje de Quiñones quanto por lo que acabamos de decir de la cabeza de Loyola. No habria dado crédito a los indios García Ramon, si el cadáver de Loyola hubiera sido encontrado i enterrado ocho años ántes.

(18) De Escalante hablan Gregorio Serrano i Alvarez de Toledo. Este último es el único en mencionar lo de Guzman (PUREN INDÓMITO, canto III)

Bartolomé Perez (19), natural de la provincia de Valdivia, tambien prisionero, que gracias a la perfeccion con que hablaba el araucano pudo alcanzar piedad i pronto consiguió ser rescatado; i Bernardo de Pereda, vecino de La Imperial, a quien dejaron en el campo por muerto; pero que, sacando fuerzas de flaqueza, se arrastró hasta la ciudad i curó de las heridas (20).

«Tomaron los indios, dice la citada relacion de Serrano, cuatrocientos caballos, los ochenta regalados, cincuenta i seis cotas i otras tantas sillas..... cuarenta lanzas, dieziseis arcabuces, tres vajillas de plata, siete mil pesos de oro de Valdivia que traia el gobernador suyos; tomaron otros dos mil pesos de oro a su secretario i capitán Galleguillos..... i gran suma de ropa de Castilla i de la tierra..... Perdiéronse en este dia todos los libros de las encomiendas, que los gobernadores anteriores habian hecho, i así mismo se perdieron muchas cédulas de Su Majestad e algunas se han rescatado.»

Desde la trájica muerte de Pedro de Valdivia no habia caido sobre Chile desgracia comparable a ésta. I, atendiendo a las circunstancias en que acaecia i a lo preparado que se encontraban los indios para resistir a los españoles, la tragedia del 23 de diciembre de 1598 iba a tener consecuencias harto mas desastrosas que la del 1.º de enero de 1554.

La terrible noticia se esparció en todo el pais con esa velocidad sorprendente i casi inesplicable con que suele difundirse el conocimiento de las grandes desgracias. A Santiago llegó, segun lo asegura el minucioso i exacto Gregorio Serrano, el 27 de diciembre, es decir, cuatro dias después de haber sucedido: la trajeron dos de los indios amigos que habian escapado de la matanza.

**La muerte de don Martin García Oñez de Loyola i de sus**

---

(19) Relacion de Gregorio Serrano. Alvarez de Toledo apellida Vallejo al clérigo que quedó en poder de los indíjeas i dice que fué canjeado por un indio llamado Millacalquin.

(20) Dice Alvarez de Toledo (canto IV) que Bernardo de Pereda recibió veintitres heridas; que tardó setenta dias en andar diez leguas i que llegó a La Imperial tan desfigurado que sus mas cercanos parientes no podian reconocerlo.

compañeros, era desgracia capaz de amedrentar a los mas valientes. Despues de tanta lucha i de tan numerosos desengafios; cuando todos los gobernadores, unos en pos de otros, esperaban i prometian concluir con la ya tan larga guerra de Chile; cuando, en fin, durante seis años habia reinado la paz al parecer mas profunda, i cuando no habia habido ni leve pretesto para la rebelion de los indíjenas, la trájica muerte del gobernador i de cincuenta militares escojidos no podia ménos de llenar de estupor i espanto al reino. ¿Qué iba a ser de Chile? ¿Hasta dónde llegaria la pujanza del indíjena i cuál no seria la confianza que él tenia en sus fuerzas cuando se atrevia a comenzar la guerra con un hecho que lo ponía en la necesidad de continuarla a sangre i fuego, ya que le era imposible aguardar cuartel? ¿Cómo, por otra parte, resistirian los españoles, escasos en número i diseminados por tantas partes, a un enemigo numeroso, valiente i soberbio con su gran victoria? Cada cual se hacia estas reflexiones al saber el inmenso desastre del 23 de diciembre i ellas infundian en todos los ánimos el mayor desaliento (21), mal no ménos grave que la causa que lo producía.

Mas motivos de dolor que las otras ciudades tenía Santiago: los cincuenta soldados que formaban la guardia de don Martin García Oñez de Loyola i que acababan de morir con el desgraciado gobernador, pertenecían a la compañía de oficiales reformados, lo mas escojido del ejército. Llamábanse entre nosotros oficiales reformados los que, a causa de los frecuentes cambios que solía haber en el ejército de Chile, quedaban sin mando en él; pero que conservaban su graduacion i un sueldo superior al de los demas soldados. La mayor parte de ellos, si no todos, eran vecinos de Santiago, tenían aquí sus familias i no salían a

---

(21) En la citada Relacion que varios relijiosos de Valdivia hicieron al gobernador Quiñones, en setiembre de 1599, se lee:—"I estas adversidades no se deben sentir tanto como otras mayores que se esperan, resultantes de un temor desconsiderado que reina en los corazones de muchos con plática ajena de la nacion española, en decir que ya los indios son tan buenos como los españoles, razon por cierto abominable, i que se debe desterrar, pues el enemigo no es mas de lo que se sabia ni tiene mas fuerza de la que los españoles le han dado por mal gobierno."

la guerra sino en ciertas i raras ocasiones. Por lo mismo, la muerte de esos cincuenta hombres traia el luto a un sinnúmero de familias i aumentaba en modo indecible el malestar en que todo el reino i principalmente Santiago se encontraba sumido.

Santiago, sin embargo, debia proveer a la salvacion de Chile; porque, al fin i al cabo, cualesquiera que fuesen sus desgracias i miseria, era la capital de la colonia i la que estaba habituada a no ahorrar padecimiento en bien del procomun. Por eso, todas las miradas se dirijieron desde el primer momento al cabildo de Santiago, siempre digno representante de los vecinos de la capital i que, haciendo valer sus servicios, pretendia i ocupaba en los destinos del reino lugar mucho mas alto que el que en realidad le asignaban las leyes: los capitanes o comandantes de Angol, Concepcion, Santa Cruz i Arauco, cada cual separadamente, se dirijieron a él, comunicándole la terrible noticia de Curalaba, segun él mismo lo dice en su carta de 9 de enero de 1599. De este modo, a los quince dias de la catástrofe se sabian en Santiago por diversos i autorizados conductos hasta los pormenores de lo ocurrido.

No habia tiempo para ocuparse en llorar las propias desgracias i las ajenas: urjia precaverse, en cuanto fuera posible, contra los grandes peligros que amenazaban a la colonia i comenzar para ello por nombrar al que reemplazase al desgraciado García Ofiez de Loyola en el gobierno de Chile, mientras proveia el virei del Perú.

Es verdad que la designacion de la persona no era difícil ni fué dudosa: el teniente de gobernador i justicia mayor de Chile, Pedro de Vizcarra, residia en la capital i su nombre salió en el acto de los labios de todos.

¿Elijó el cabildo a Vizcarra o asumió éste el mando por tener, como él dice, su nombramiento del rei i por no haber en la colonia autoridad superior a la suya?

Pedro de Vizcarra se hizo cargo del gobierno de Chile, apenas llegó a Santiago la noticia de la muerte de Loyola: he ahí el hecho. En lo demas, cada cual se atribuia a sí propio el orijen

del poder de Vizcarra i hasta los oficiales reales, en su carta de 9 de enero de 1599, se suponen autores del nombramiento del gobernador interino: «Luego que se supo, dicen, la muerte del «gobernador, *hicimos nombrar* por tal al licenciado Pedro de «Vizcarra, teniente jeneral nombrado por Vuestra Majestad, por «convenir así al servicio de Vuestra Majestad, quietud i buen «gobierno desta tierra, aunque él tiene tanta edad que podria «suceder faltarnos muy en breve, que seria gran confusion.»

Cuando todos pretendian nombrar a Vizcarra i añadian nuevos títulos a los que poseia para ser gobernador, alguien lo acusa, sin embargo, al rei de haber usurpado el puesto: «Se hizo «recibir por gobernador i capitán jeneral sin tener poder ni facultad para ello.» Testigo a todas luces honorable i muy respetado en la colonia, el padre frai Antonio de Victoria (22) que así acusaba a Vizcarra, es, sin embargo, sospechoso, porque, como aun tendremos oportunidad de notar lo mejor, carecia de imparcialidad, i se hallaba fuertemente impresionado contra el sucesor interino de García Oñez de Loyola.

Quien, a juicio nuestro, está en toda la verdad en lo relativo al nombramiento de que hablamos, es el mismo Pedro de Vizcarra. En una provision dada a favor de Luis de las Cuevas el 8 de febrero de 1599 (23), manifiesta que entró a gobernar por el derecho con que para ello se juzgaba i en virtud del nombramiento del cabildo, aceptado por él a «mayor abundancia.» «Por «cuanto por la muerte del gobernador de este reino, don Martín García Oñez de Loyola, mi antecesor, *conforme a derecho* i «a los títulos del Rei, Nuestro Señor, que tengo de lugar teniente de gobernador i capitán jeneral de este reino, yo sucedí «en el dicho gobierno i en todas las facultades, provisiones i cédulas reales i privilejios en todas materias de gobierno, concedidas i pertenecientes al dicho gobernador Loyola. Demas de «que, no obstante, no (24) ser necesario, el cabildo, justicia i

---

(22) Citada carta de 12 de marzo de 1599.

(23) Documento citado por Gay, historia tomo II, página 247.

(24) En la copia publicada por Gay, en lugar de *no se lee yo*. Nos ha parecido evidente error.

« rejimiento de la ciudad de Santiago, como cabeza de este reino, luego como se estendió en la muerte de dicho gobernador, me nombró por tal gobernador i capitán jeneral de este reino, e yo, para mayor abundancia, lo acepté e hice el juramento entre tanto que por Su Majestad otra cosa se provea..... etc. »

La conducta observada por Pedro de Vizcarra en esta emergencia, era la única racional i prudente. Por mas cargado de títulos i razones que se encontrara el teniente jeneral para asumir el mando despues de la muerte de García Oñez de Loyola sin el nombramiento del cabildo de Santiago, siempre deseoso de tomarse mas autoridad de la que le correspondía, habria sido imperdonable falta entrar en competencias en aquellos críticos momentos: lo que importaba no era saber a quién tocaba nombrar gobernador interino, sino salvar a la colonia. I para conseguirlo, se necesitaba robustecer en cuanto fuera posible la autoridad i procurar de todos modos que reinase la mas perfecta union i concordia entre las corporaciones i los ciudadanos: la mas pequeña division habria podido llegar a ser la total ruina de Chile. Aceptando «para mayor abundancia,» el nombramiento hecho por el cabildo de Santiago, Vizcarra afianzaba mas i mas su autoridad i daba pruebas de consideracion i deferencia a una corporacion con cuyo decidido apoyo necesitaba contar en esos momentos para la salvacion del reino.

---

---

## CAPÍTULO II.

### LOS PRIMEROS DIAS DESPUES DE LA CATÁSTROFE.

---

*Carácter del nuevo gobernador.—Lo que necesitaba Chile en su mandatario.—El padre Victoria i el gobernador interino.—Mercedes que hace el rei a la viuda e hija de Loyola.—Las informaciones del nuevo gobernador.—Justas quejas de los vecinos de Santiago i real cédula que los declara libres de contribuir a la guerra de Arauco.—Cómo se cumplió la real cédula.—Jenerosa conducta del vecindario de Santiago.—Enviados de Chile a Lima i Buenos Aires.—Inoportunos cambios de empleados.—Desgracias ocurridas hasta el día en que sale Vizcarra para Concepcion.*

---

¿Era Pedro de Vizcarra el hombre que en tan críticas i difíciles circunstancias necesitaba Chile?

Desde largos años fiel servidor del rei i universalmente respetado, se manifestó siempre imparcial i justiciero, i, cosa que lo honra sobre toda ponderacion, despues de concluir su gobierno interino, continuó gozando de la confianza de sus sucesores i sirviéndoles con lealtad. Pero a estas cualidades preciosas, sin duda, en un majistrado, i que en tiempos ordinarios habrian hecho de Vizcarra un escelente gobernador, unia defectos mui notables, si se consideran las premiosas necesidades de la colonia.

Mas que buenos servicios i esperiencia en los negocios, habia menester entónces el gobernador de Chile ánimo entero, enerjía no comun i entusiasta ardor: necesitaba todo esto, porque su principal mision consistia, durante aquellos aciagos momentos, en levantar el corazon de los colonos, por estremo amilanados con la muerte de Loyola i sus compañeros; en vencer las innumerables dificultades que en todas partes se presentaban a cada instante;

en sacar recursos de un país empobrecido hasta la miseria; en organizar, finalmente, desde luego vigorosa resistencia, capaz de poner a raya la creciente audacia del indíjena. I nada de esto debía aguardarse de un hombre ya anciano, siempre dedicado a pacíficas ocupaciones i que mas descaba morir sosegado en cómodo destino que cojer laureles en peligrosas i sangrientas lides (1).

Cuando dos meses despues de recibirse de gobernador interino llegó él a Concepcion, un hombre que siempre fué su decidido adversario, el padre frai Antonio de Victoria lo acusó de perder, en levantar informaciones contra el desgraciado García Oñez de Loyola, un tiempo precioso que debia haber aprovechado en defender la colonia. Escribiendo al rei, se espresa así el 12 de marzo de 1599: «El cual (Pedro de Vizcarra) por ser viejo  
« i poco soldado i no amigo del gobernador muerto por haberle  
« reprendido su mal proceder en su oficio, solo se ha ocupado en  
« hacer informaciones contra el muerto gobernador, con testigos  
« buscados para este propósito; cosa bien escusada, pues en ello  
« no se sirve a vuestra real persona ni trae provecho a este afi-  
« jido reino con la muerte del gobernador Loyola, i tan gran  
« victoria como el enemigo tuvo.»

El relijioso que escribía esas líneas, íntimo i entusiasta amigo de don Martin García Oñez de Loyola, no podia ver sin profunda indignacion que se pretendiera hacer responsable de las funestas consecuencias de su desastrosa muerte a la propia víctima, que habia sido uno de los mas ilustres gobernadores de Chile, i cuyas cenizas, calientes aun, tenían derecho a esperar ser vengadas i no injuriadas. Esa indignacion, noble en

---

(1) En su carta al rei, fecha en Concepcion el 21 de setiembre de 1600, dice Vizcarra: “Yo, en decision de mis causas i militando como celoso del  
“ servicio de Vuestra Majestad i peregrinando siempre i consumiendo mi  
“ salario con deuda, no falto a la ayuda de los gobernadores a satisfaccien  
“ jeneral. I suplico a Vuestra Majestad se sirva de mandar se tenga memo-  
“ ria de quien tantos años en paz i guerra i cargos de justicia i veinte en  
“ la chancillería de los Reyes i en éste, de que he dado buena cuenta, ha  
“ servido, para hacerme la merced que he suplicado de promoverme donde  
“ el resto de la vida con alguna quietud pueda continuar el servicio de  
“ Vuestra Majestad.”



su orfjen, llevó, sin duda, demasiado léjos a frai Antonio de Victoria i le hizo inferir inmerecido agravio al gobernador interino. De seguro, Vizcarra era incapaz de cebarse en la memoria de un hombre cuya trájica muerte lloraba en esos momentos todo el reino i mucho mas incapaz de buscar falsos testigos a fin de calumniar a la supuesta víctima de su odio.

Para afirmar que el gobernador interino no abusó de su poder ni procuró, cosa tan comun entónces i tan fácil para quien de propia autoridad levantaba informaciones, acriminar al que ya no podia defenderse, no solo tenemos como garantía el jeneral aprecio que siguió honrando a Vizcarra, sino tambien la conducta que Felipe III observó con la familia de Loyola. Trató a la viuda e hijas del desgraciado gobernador como acostumbraba tratar a los deudos de sus mas beneméritos servidores, lo cual no habria ciertamente sucedido si Vizcarra hubiese calumniado la memoria del muerto con testigos buscados a propósito. Doña Beatriz de Coya (asi se llamaba la viuda de Loyola) i su hija se encontraban en Concepcion cuando acaeció la trájica muerte de su esposo (2) i padre, i eran mui consideradas aquí en Chile i mas aun en Lima tanto por los puestos que habia ocupado don Martin, quanto por ser doña Beatriz hija de un príncipe indígena, descendiente de los incas del Perú. Mas, aunque todo parecia retenerlas en América, prefirieron partir para España, donde fueron perfectamente recibidas por el rei, que dió a la madre valiosísimas encomiendas en el Perú, i creó para la hija el marquesado de Oropeza i la casó con don Juan Henriquez de Borja, de la ilustre casa de Gandía.

Asi, pues, si Vizcarra levantó informacion acerca del estado en que encontraba el reino, no hizo uso de malos medios para atacar la memoria de su antiguo jefe, ni se manifestó enemigo de él: cumplió una formalidad entónces mui en uso i mirada como salvaguardia por los que entraban a gobernar. Esas informaciones eran una especie de inventario que les habia de servir para

---

(2) Relacion de Gregorio Serrano.

cuando a su turno entregaran a otro el gobierno, i por lo mismo, se empeñaban en rebajar el valor de lo que recibian i en poner las cosas en el peor estado posible: disminuirian, con esto, sus pérdidas, si eran desgraciados en el mando; harian resaltar mas los beneficios, si eran dichosos.

De todos modos, ¿no habria sido preferible ver que el gobernador descuidaba un poco mas sus propios intereses i los sacrificaba al bienestar jeneral, consagrado por entero a promover este bienestar durante aquellos terribles dias? ¿No seria preferible que hubiese desaparecido por completo el leguleyo para dejar solo al guerrero, de cuya fuerte i decidida mano tanto habia menester la colonia; que en lugar de levantar informaciones se hubiese ocupado en armar soldados?

Pero mas que nuestras reflexiones sobre el carácter de Vizcarrá viene ahora la relacion de los sucesos.

Antes de salir de Santiago, el gobernador debia reunir algunas fuerzas para acudir en socorro del sur. ¿Seria posible conseguirlo?

Las contínuas quejas elevadas al rei por los vecinos de la capital de Chile, acerca de la iniquidad de hacer pesar sobre ellos el mantenimiento de la guerra de Arauco, de obligarlos a acudir a ella personalmente i con sus encomendados, dejándolos asi en la imposibilidad de atender a sus faenas, que precisamente necesitaban mas trabajo en la época en que comenzaban las operaciones de la guerra, habian sido, finalmente, escuchadas por el monarca. Acababa de llegar a Chile una real cédula de 17 de octubre de 1597, en la cual, reconociéndose los enormes sacrificios hechos por los vecinos, se les declaraba libres de obligacion tan gravosa para ellos i tan funesta para la prosperidad de la colonia.

Si la real órden hubiera sido acatada i cumplida, Santiago se habria encontrado entónces mas holgada i con mas fuerzas, adquiridas en algunos meses de reposo; pero desgraciadamente, era mui comun que la voz del rei no llegase a ser obedecida en fuerza de la necesidad que mandaba otra cosa. Asi, en ese mismo año

1598 el virrei del Perú habia enviado para la guerra de Chile ciento cincuenta i seis hombres, que llegaron a nuestras playas casi todos sin caballos i una buena parte sin armas o mal armados; fué menester proporcionarles una i otra cosa i esta obligacion pesó sobre los vecinos de Santiago. Poco despues, en vispera de la catástrofe de Curalaba, en octubre o noviembre, obedeciendo a las reiteradas órdenes de García Ofiez de Loyola, los santiaguenses habian hecho un estuerzo supremo i equipado sesenta hombres, los cuales habian llegado ya a la frontera i fueron en aquella ocasion de grande auxilio (3).

¿Qué nuevo sacrificio iba a hacer la capital de Chile cuando el reino no tenia a dónde volver los ojos sino a ella?—Bien poca cosa, en verdad, i fué menester todo el jeneroso e inagotable entusiasmo i desprendimiento de Santiago para que el gobernador encontrara algunos recursos.

Reunió Vizcarra setenta soldados, una parte de los cuales envió a principios de enero al sur al mando de Alonso Cid (4) i él mismo salió con los demas para Concepcion el 12 de dicho mes (5). «I no ha sido de poca importancia, dicen en su citada « carta los oficiales reales, lo que esta ciudad ha servido a Vuestra Majestad en esta ocasion, por hallarse las cajas reales tan « pobres que ni aun el año pasado no habemos podido cobrar a

---

(3) Carta de los oficiales reales al rei, fechada el 9 de enero de 1599.

(4) Alvarez de Toledo, en el canto II de Puren Indómito da el nombre de este capitán.

(5) Los oficiales reales, en la citada carta, dicen: "Con mucha dificultad se han aderezado cincuenta soldados, que parte de ellos han ido al socorro i los demas saldrán de esta ciudad dentro de tres dias."

Contra ésto tenemos el aserto de Gregorio Serrano que hace subir a "sesenta hombres" los que consiguió reunir en Santiago i sacar para el sur Pedro de Vizcarra. I seguimos a Serrano porque escribia inmediatamente despues de la salida de estas tropas de Santiago, mientras que los oficiales reales escribian ántes que salieran. Segun la carta, tambien de fecha 9 de enero del cabildo de Santiago, el gobernador pensaba llevar cuantos soldados alcanzara a reunir: "Se han despachado, dice, mas jente de socorro; "i, en haciendo este despacho, parte con el gobernador la mas que se ha "podido apercibir."

En los tres dias que faltaban pudo reunirse mayor número que el calculado por los oficiales reales, ya que no solo era en la ciudad, sino tambien en los términos de ella, como dice Serrano, donde habia mandado Vizcarra reunir cuanta jente fuera posible. Al último pudieron llegar de fuera de la ciudad mas de los que se esperaba juntar.

« cuenta de nuestro salario cada uno cien pesos para ayuda de  
« sustentar nuestras familias.»

Miéntras se reunian estos hombres i ántes de salir de Santiago Vizcarra envió a Lima al rejidor don Luis Jufre (6) para que avisara al virei lo sucedido, le manifestase el peligro inmenso que corria la colonia i le pidiera prontos i eficaces recursos. Con idéntico objeto, aprovechando la estacion que dejaba espedito el camino de la cordillera, mandó al gobernador de Buenos Aires a otro de los rejidores, cuyo nombre hemos buscado en vano en crónicas i documentos.

Envió, en fin, «al capitan Gregorio Serrano, a que viese to-  
« das las fronteras i los soldados, armas i municiones que habia  
« en ellas» (7). No pudo ser mas feliz esta eleccion, ya que el capitan visitador nos ha conservado preciosísimas noticias de la sublevacion en el relato que dirijió al virei.

En seguida «comenzó desde la dicha ciudad de Santiago a  
« hacer encomiendas de indios i proveer todos los oficios de jus-  
« ticia i guerra, dándoles de teniente de capitan jeneral, maestre  
« de campo, proveedores jenerales, capitanes, correjidores, admi-  
« nistradores, protectores i demas oficios i ministros del reino,  
« haciendo acuerdos de hacienda con los oficiales reales para gas-  
« tos de la guerra i echando derramas i distribuyendo por  
« libranzas suyas la dicha hacienda i la que habia en las cajas  
« de Su Majestad» (8). Esto afirma el mismo Vizcarra i nos pa-  
rece una muestra típica del hábito que habia en la colonia de  
cambiar por completo el personal de la administracion cuando  
entraba nuevo gobernador. En ninguna ocasion ménos que en-  
tónces se debian haber hecho variaciones de importancia en el  
gobierno i en el ejército: era Vizcarra gobernador interino i no  
lo seria, segun las probabilidades, sino los pocos meses que tar-

---

(6) Relacion de Serrano i Alvarez de Toledo, en PUEBLO INDÓMITO, lugar citado.

(7) Relacion de Gregorio Serrano.

(8) Interrogatorio presentado a Vizcarra por Quiñones i afirmado i ratificado con juramento por aquél.

dara en llegar del Perú el sucesor; entraba a reemplazar al mismo a quien habia servido de asesor i segundo, al hombre con quien debia haber estado en comunidad de miras, i no era de suponer que hubiese considerado inadecuados a los que desempeñaban los diversos puestos; finalmente, en las circunstancias en que la colonia se encontraba podia ser funesto comenzar a desorganizar el gobierno con cambios que llevaban el carácter de transitorios, como el poder del que los decretaba.

Vizcarra debia de estar futinamente unido con los Jufre o Jofré, como despues se llamaron; pues no solo envió a don Luis a Lima, sino que a don Francisco le dió, con el título de teniente de capitán jeneral, la verdadera direccion de la guerra (9).

Lo referente al gobierno de Chile, desde el Maule para el norte, lo dividió en materias de justicia i de guerra: dejó lo primero a cargo del licenciado Francisco Pastene i lo segundo al de Gaspar de la Barrera, primo del gobernador i perteneciente, según dice Roales (10), a una distinguida familia española.

En los diezisies dias trascurridos entre el domingo 27 de diciembre, en que llegó a Santiago la noticia de la muerte de Loyola, i el miércoles 12 de enero, en que Pedro de Vizcarra salió de la capital para Concepcion, los sucesos funestos se habian multiplicado para la colonia.

La muerte de Loyola así como sembró espanto i desolacion entre los españoles, fué la voz de alarma, el clarín de guerra para los indígenas. Lo vamos a ver: hubieran o nó dado ántes la paz, todas las tribus se levantaron casi a un tiempo i todas atacaron a la par a las ciudades o los fuertes, en cuyas comarcas acababan de morar tranquilas. Desde luego, muchos fortines, que eran mas bien alojamientos para las tropas que amenaza para los indígenas, i que estaban a cargo de uno, dos o

---

(9) Relacion de Gregorio Serrano i provision dada por Vizcarra en favor de Luis de las Cuevas i publicada por Gay.

(10) Libro V, capítulo 9.<sup>o</sup>

Que Francisco de Pastene desempeñó en Santiago el oficio de teniente jeneral lo confirma una peticion hecha al gobernador de Chile a nombre de la ciudad de Santiago por su procurador el 4 de enero de 1600.

tres soldados, fueron destruidos por los rebeldes, con el objeto de dificultar el camino a los españoles i de comenzar la guerra aumentando el número de prósperos sucesos que, referidos en otras provincias, tomaban mayores proporciones i animaban mas i mas a los indios.

Hecho eso, se fueron sobre las ciudades i no retrocedieron ante la necesidad de ponerles sitio en regla, puesto que habria sido absurdo caminar a su asalto, defendidas como se hallaban por la mosquetería i la artillería. Los oficiales reales, en la citada carta de 9 de enero de 1599, comunicaban al rei esas noticias ya sabidas en Santiago:—«Han quedado tan engreídos estos « indios, decian, que hoi ha venido segundo aviso que tienen « puesto cerco sobre San Felipe de Arauco, tan encomendado « por Vuestra Majestad, i sobre Santa Cruz de Oñez, poblada « por el gobernador Martin García en las faldas de Catirai. »

Urjia, pues, el viaje al sur del gobernador i éste lo verificó con bastante presteza para su edad: salido de Santiago el 12, entraba en Concepcion a los diez dias, el 22 de enero (11), despues de haber visitado a Chillan.

---

(11) Relacion de Gregorio Serrano.

---

## CAPÍTULO III.

### FUERZAS DE LAS CIUDADES AUSTRALES I PRIMEROS ATAQUES CONTRA ELLAS.

---

Destruccion del fuerte de Longotoro.—Proyectos de Vizcarra.—Chillan; sus recursos.—Concepcion.—Angol.—Arauco.—Santa Cruz: es llamado i acude en su defensa Francisco Jufré.—Socorros pedidos por Loyola al virrey del Perú i enviados por éste.—El 22 de enero en Concepcion.—Cerro de Arauco: socorro de esta plaza.—Reparte Vizcarra los pertrechos venidos del Perú.—Cambio de correjidos.—Progresos de la insurreccion en enero i febrero de 1599.—Ataca i derrota Pelantaro a Francisco Jufré en las cercanías de Angol.—La ropilla de Loyola.—Marcha el toqui contra Arauco.—Inconvenientes de los largos cercos para los indios.—Estratajema de Pelantaro.—Derrota de Urbaneja i sus cuarenta compañeros.—Pericia i serenidad de Julian Gomez.—Muerte de Urbaneja.

---

Los pocos dias que duró el viaje de Vizcarra bastaron para que al llegar a Concepcion fuera recibido con la noticia de nuevas desgracias. La mayor de éstas era la destruccion del fuerte de Longotoro, situado en las cercanías de Angol. Desde que, con la muerte de dos de los defensores de ese fuerte, habian dado la señal de rebelion, los indios comarcanos no cesaron en sus ataques a Longotoro i el 16 de enero de 1599 consiguieron dar muerte al jefe de la guarnicion i a otro soldado. I todos los defensores del fuerte habrian perecido, si Vallejo no hubiera ido de Angol en su socorro. Con su llegada puso en fuga a los asaltantes; pero no juzgó cuerdo mantener el fuerte: lo despobló i llevó a algunos de sus soldados para aumentar con ellos la guarnicion de Molchen (1), i los otros fueron a Angol.

---

(1) En la Relacion de Gregorio Serrano se lee, quizás por error de copia,

Cualesquiera que hubiesen sido sus deseos i proyectos, conoció pronto Vizcarra que su accion no debia estenderse mas allá de la ciudad de Angol. El corto número de soldados de que disponia le bastarian apénas para defenderse; pero, aun suponiendo que hubiera tenido alguna tropa para favorecer a La Imperial, Villarica, Valdivia u Osorno (2), ¿cómo hacerlo cuando los rebeldes con sus ejércitos interceptaban todos los caminos? Resolvió aguardar que mejores tiempos le permitieran emprender mas o que los apuros de alguna ciudad lo obligaran a mayores sacrificios i circunscribirse en los primeros dias a la defensa de Arauco, Santa Cruz, Concepcion i Chillan. A estos puntos redujo tambien su inspeccion el comisionado, capitán Gregorio Serrano, i las noticias dadas por él nos permiten entrar en pormenores acerca de los soldados i pertrechos de guerra que en cada uno de ellos habia. Parecerian excesivas estas minuciosidades en una historia, si ellas no contribuyesen mejor que cualquiera otra cosa a dar exacta idea de la pequeñez de los recursos con que en aquella época se contaba para contrarrestar la pujanza del araucano i a manifestar, por lo tanto, una de las principales causas de la continuacion de la guerra.

En Chillan, entre soldados i vecinos, podian juntarse cuarenta hombres de armas; pero solo habia veintidos arcabuces i escaseaban muchísimo la pólvora i el plomo, de manera que no servian gran cosa esos pocos arcabuces ni los dos cañones de fierro

---

que los españoles muertos en Longoto fueron doce. Aseguran que fueron dos, Alonso de Rivera en su citado Resómen i Alvarez de Toledo en el Canto V del POREN INDÓMITO. Por eso preferimos tomar de este último los pormenores del hecho.

(2) No incluimos entre estas ciudades a Cañete; porque siendo la mas aguarrecida, sus defensores, desde el primer anuncio de la sublevacion, desesperaron de mantenerse en ella i se refugiaron en Arauco.

No están acordes los cronistas en señalar la época de la despoblacion de Cañete; pero el absoluto silencio que en ello guardan los muchos i minuciosos documentos que hemos consultado nos induce a creer a los que la fijan en los primeros dias de la sublevacion. Ese mismo silencio está indicando la escasisima importancia de Cañete, que no era entonces quizá, sino un pequeño fuerte. No se concibe de otro modo que nadie deplora entre los españoles la pérdida de esa ciudad, cuando veremos lo mucho que se escribió i discutió acerca de la pérdida o despoblacion de cada una de las demas.



colado del fuerte. En cambio habia en «ganados i comidas gran abundancia, por tener las campiñas mui aparejadas para ello.» Por de pronto no ofrecia peligro Chillan, pues los indios de la comarca permanecian de paz, lo cual era harta felicidad, ya que la escasez de recursos no permitia guarnecer como habria sido preciso aquella plaza, considerada por los militares «la frontera de mas importancia en este reino» (3).

El capitán José de Castro mandaba en Concepcion a los ochenta hombres que entre soldados i vecinos la defendian. En esa ciudad «habia cinco piezas de artillería (medias naranjas), «cuatro botijas de pólvora, tres barras de plomo, ciento cincuenta rolletes de mecha, cincuenta arcabuces, veintidos mosquetes «i muchas comidas, así de ganados como de trigo..... Es rica «de un mui buen puerto, en el cual estaba una nao mui buena «i tres barcas de Su Majestad grandes i de remo con que se «avituallaba a Arauco» (4).

«En Angol habia ciento nueve hombres i por capitán Her-  
«nando Vallejo: los cuarenta eran casados. Habia sesenta  
«arcabuces, veinte lanzas, veintidos mosquetes, dos piezas  
«de artillería que trajo don Alonso Sotomayor, de España, una  
«botija de pólvora, una barra de plomo, doscientos rolletes de  
«mecha, muchos ganados i todo jénero de comidas, por ser po-  
«blado antiguamente.» Notable pérdida para Angol habia sido  
la destruccion del fuerte de Longotoro, establecido por don  
Alonso de Sotomayor para proteger a los indios de paz que se  
redujeran cerca de la ciudad i para defender de los de guerra  
las sementeras de la campiña vecina (5). De los veintidos solda-  
dos de Longotoro, nueve de ellos armados de arcabuces i los de-  
mas de lanzas, diez pasaron a aumentar la guarniecion de Angol,  
que llegó así a ciento diezinove hombres.

El conocido maestre de campo Miguel de Silva era el caste-  
llano de Arauco que encerraba dentro de sus murallas «noventa

---

(3) Relacion de Gregorio Serrano.

(4) Id. id.

(5) Id. id.

« i cinco soldados, setenta arcabuces, veinticinco lanzas, trece  
« piezas de artillería, las tres naranjas, las tres medias culebrinas  
« i las demas versillos. Tenian botija i media de pólvora, trein-  
« ta rolletes de mecha, un quintal de plomo, doscientos caballos,  
« ciento cincuenta vacas, trescientos carneros de Su Majestad i  
« dos mil ovejas de los vecinos» (6).

Si hemos de calcular la importancia de las plazas por la de sus comandantes, pondremos en primer lugar a Santa Cruz, que estaba a cargo del teniente jeneral Francisco Jufre.

Este guerrero era considerado como uno de los primeros militares de Chile i ya habia ocupado el alto puesto a que de nuevo lo llamó la amistad de Pedro de Vizcarra. Refiere Alvarez de Toledo que tuvo, por cosas de poco momento, un disgusto con García Oñez de Loyola i se retiró a una estancia a inmediaciones de Chillan, donde se encontraba cuando acacció la desastrosa muerte del gobernador. I tanta era la importancia que a Jufre daban todos, que, apenas se supo en Chillan la funesta noticia, los vecinos lo llamaron para que resolviera lo que debia hacerse. Juzgó que sobre todo urjia acudir en auxilio de Santa Cruz, i se preparaba a verificarlo cuando de ella llegó Tomas de Olavarría con cartas de la ciudad en que pedia a Jufre que la socorriese.

Difícil era en aquellos dias reunir muchos soldados i el teniente jeneral hubo de partir con solo trece (7). Encontró Jufre a Santa Cruz en mejor estado de lo que se imaginaba, gracias a la prevision de su correjidor Martin de Irizar. Junto con saber la muerte de Loyola, prendió Irizar al cacique principal de

---

(6) Relacion de Gregorio Serrano.

(7) Rosales, libro V, capítulo XI, dice que Jufre fué acompañado de ocho soldados. Seguimos a Alvarez de Toledo, que da el nombre de los compañeros de Jufre:

“Cháves, Antonio Pérez de Aguilera,  
Figueras, Hernandez i Serrano,  
Verdugo, Mansilla, Juarez, i de Herrera,  
Mateo de Pineda el Sevillano;  
Martin Muñoz, i Plaza, que adoquiera  
La hace con su brazo i fuerte mano,  
Pedro de Silva el animoso i fuerte  
Que el solo ha dado a muchos indios muerte” (Canto II.)

Mareguano, tanto para dejar sin jefe a los indios, cuanto para guardar valioso rehen (8). Con eso impidió la sublevacion que habria puesto en peligro a una ciudad considerada tan importante que, en medio de sus apuros, el gobernador interino habia enviado a ella un refuerzo al mando del capitan Juan de Leon (9).

La guarnicion de Santa Cruz quedó formada de cien hombres, ochenta de los cuales tenian arcabuces i treinta eran vecinos del pueblo, donde estaban casados. Las demas armas i pertrechos de guerra que habia en Santa Cruz, reunidos con los que pudo llevar allá «el capitan Alonso Cid Maldonado, pro-veedor jeneral del reino» (10), consistian en «treinta lanzas, » cuatro piezas de artillería (medias naranjas), media botija de «pólvora, cuarenta rolletes de mecha i un quintal i medio de «plomo.» Tenia de víveres «trescientos carneros, cien vacas de «Su Majestad i cinco mil ovejas de los vecinos.» Por desgracia, como la sublevacion sobrevino cuando iba a comenzar la cosecha, se encontró la ciudad sin trigo, i bien difícil le habia de ser recojerlo (11).

Se ve, por lo espuesto, que si las guarniciones eran relativamente respetables i ponian a cubierto a las ciudades de los ataques de los rebeldes, por algun tiempo a lo ménos, corrian no poco peligro de quedar sin pólvora ni balas i, por lo tanto, a merced del enemigo.

Felizmente para la colonia, la falta de municiones i pertrechos de guerra no era consecuencia de la tragedia de Curalaba, sino un hecho anterior, para cuyo remedio no se habian descuidado las autoridades de Chile.

En efecto, Loyola, viendo que no llegaban de España estos pertrechos i que no podia aguardar mas, envió al Perú al capi-

---

(8) PUREN INDÓMITO, Canto II.

(9) Rosales, libro V, capítulo IX.

(10) Citados «Borradores de una relacion de la guerra de Chile.»

(11) Relacion de Gregorio Serrano.

tan Jerónimo de Benavides para que, con la mayor urgencia, los obtuviera del virei.

Llegado a Lima Benavides, hizo presente a don Luis de Velazco, invocando en su apoyo el testimonio de don Gabriel de Castilla, maestre de campo que habia sido de Chile i residente entónces en la ciudad de los Reyes, la suma necesidad del socorro que iba a pedir i que consistia en un barco para el servicio de nuestras costas, mejor i mas grande que el que en ellas habia, pólvora, municiones, instrumentos de labranza i ropa; «pues la « hambre i desnudez que aquellos presidios, no las padecen ta- « les ninguno de los que sirven a la corona de España» (12).

El virei reunió a los oidores i a los oficiales reales de Lima i confirió con ellos acerca del particular i «fueron su señoría i « todos de parecer que su señoría el señor visorei mande i or- « dene que se compren i envíen todas las cosas contenidas en la « dicha peticion en que se pide se socorra por ahora a aquella « provincia i reino por la órden que a su señoría pareciere, es- « cepto el navío que piden, i que lo que en ello se gastare, lo « libre i mande pagar de la real hacienda i que se despache « con la brevedad que fuere posible.»

Esta resolucion fué tomada en Lima el 16 de noviembre de 1598 (el 30 de enero de 1599 la misma junta acordó enviar a Chile el navío pedido por Benavides) i, como en el acta se dice salió luego para nuestras playas el mencionado socorro, que no pudo llegar a ellas mas oportunamente.

El 22 de enero de 1599 fué para la ciudad de Concepcion el primer día de contento desde que habia tenido noticia de la sorpresa de Curalaba i en él debió de creerse que pronto terminarian las desgracias de la colonia. En ese día vió entrar a Pedro de Vizcarra que iba de Santiago con el refuerzo por él reunido i llegar a sus playas «el navío de Diego Sans de Alaisa «con cien botijas de pólvora, cincuenta quintales de plomo i

---

(12) Presentacion hecha al virei por el contador Jerónimo de Benavides, leida en la sesion que celebró en Lima el consejo de don Luis de Velazco el 16 de noviembre de 1598.

« hasta cinco mil pesos de ropa de paño de Méjico, i fierro, rejas  
« i azadones i otras menudencias que de socorro envió el señor  
« visorei » (13).

Era mui buena suerte de Pedro Vizcarra tener todas estas cosas i setenta hombres: podia siquiera acudir a las mas urgentes necesidades. Entre ellas, la mas premiosa era el socorro de Arauco. Ahí Miguel de Silva habia comenzado, al saber la muerte del gobernador, por reducir la ciudad al fuerte para defenderse con facilidad i, en seguida, reunió a los caciques de los alrededores en número de dieziseiete, les comunicó la noticia i recibió de ellos la promesa de permanecer siempre fieles i amigos (14).

Pero tales promesas, lo sabia demasiado el castellano, eran vanas i casi siempre falaces: el 16 de enero se sublevó toda la provincia i se reunieron no ménos de tres mil araucanos para

---

(13) Relacion de Gregorio Serrano.

Los que deseen saber en qué consistian las demas "menudencias" lean las siguientes líneas de la citada pre-entación de Benavides al virei:

" V. E. se sirva de hacerle merced (a Chile) de socorrerle, en enviar un navío que sea de mayor porte que el de allá, por ser demasiado pequeño, i cien botijas de pólvora, cincuenta quintales de plomo, trescientas libras de hasta rica, doscientos azadones, cincuenta barretas, mil herraduras batidas, que han de servir de lampas, doscientas rejas de arar, cincuenta quintales de fierro, tres o cuatro paños azules, cincuenta docenas de cuchillos, cien docenas de peines, treinta docenas de tijeras i doscientos o trescientos pesos para algunas cosas. Todo esto es mui necesario para sustentar las poblaciones que están hechas i dar estas menudencias a los caciques e indios Catira's i Coyunches que sirven al gobernador con mil lanzas siempre que la ha menester." En fin, pedia que el navío trajese " por lastre dos mil arrobas de sal."

(14) PUEBEN INDÓMITO, Canto II.

"Fué el primero que vino, Quintegileno  
Jeneral de los bravos araucanos,  
Que mucho tiempo amigo fué, i aún bueno.  
Con grande lealtad de los hispanos:  
Tarcán, el señor de aquel terreno  
El segundo llegó con dos hermanos.  
Huenteral, i Leviande eran sus nombres,  
Caciques ricos i famosos hombres.  
Guaobe, Alpon i Buri también vinieron  
Poqueñan el valiente i Pichincura,  
Andali, Quindelefe con él fueron.  
El bravo Navalgnalo i Pinencura,  
Ante, Maulen, Pillan allí acudieron.  
Navalande el soberbio, Tapancura  
El último tras de éstos llegó solo  
El nieto del antiguo Colocolo."

poner cerco al fuerte. Con sus trece piezas de artillería i sus setenta arcabuces, los defensores de la plaza mantuvieron constantemente a los araucanos léjos «de las paredes» i no perdieron un solo hombre en los nueve días que duró el asedio. Vizcarra mandó municiones por mar i cuando esto vieron los araucanos, levantaron el cerco (15).

Mui amenazada debió de juzgar el gobernador interino a Santa Cruz cuando de los setenta soldados reunidos en la capital envió allá treinta, i diez mas al fuerte de Jesus, vecino a aquella ciudad (16). En seguida «repartió por todas las fronteras la munición i socorro a los soldados» (17).

Apénas los cabildos «de algunas de las ciudades de arriba» supieron la llegada de Vizcarra a Concepcion, se dirijieron a él para pedirle el socorro que acabamos de ver les envió luego i.... que les cambiara correjidores «por estar mal con los oficiales del muerto.» I Vizcarra, siguiendo el camino por él ya adoptado accedió a peticiones que le presentaban la oportunidad de ofrecer buenos puestos, aunque fuera por pocos meses, a sus parciales (18).

Dábase por mui contento el gobernador con impedir que las ciudades cayeran en poder de los rebeldes i, por entónces, no habia que pensar en sujetar las provincias sublevadas. A medida que cada una de ellas se iba insurreccionando, se hacia mas crítica la situacion de los españoles, los cuales pronto pudieron conocer que la rebelion iba a ser jeneral i que todos los indios se preparaban a la guerra. Si bien terminó el mes de enero sin que todas las tribus de ultra Biobio se declarasen enemigas, los primeros días de febrero presenciaron el pronunciamiento de los que todavía se llamaban amigos: «A los cuatro de hebrero se «alzó la comarca de Angol, alzándose todo lo que trajo de paz «don Alonso de Sotomayor, hasta el rio de la Laja. A los seis

---

(15) Relacion de Gregorio Serrano.

(16) Id. id.

(17) Id. id.

(18) Id. id.

« del dicho se alzó Catirai, Mareguano, Millapoa, Talcamávida  
« i todo lo que estaba de paz de la otra banda de Biobío » (19).

No perdian tiempo los rebeldes, i al dia siguiente de haberse sublevado, el 7 de febrero, ya estaban a la vista de Santa Cruz, mandados por Pelantaro i en número de mil doscientos, cuatrocientos de los cuales eran de caballería (20). Segun cuenta Rosales, Pelantaro comenzó por atacar a los indios amigos de Catirai i por tomarles prisioneros sus mujeres e hijos. Es probable que el deseo de mostrar a los amigos que se les defendia moviese a Francisco Jufré a dejar los muros de la ciudad, donde tantas ventajas tenia sobre los asaltantes, i salir a campo raso a escarmentar a los pureneses, i arrebatárles los prisioneros.

Reunió al efecto doscientos indios amigos i con cincuenta soldados españoles presentó batalla a Pelantaro.

Hemos tenido ocasion de notar que uno de los mayores peligros que en aquellos dias corrió la colonia fué el pánico que entre sus defensores difundieron las victorias de los indíjenas. Así, en esta batalla no todos los militares respondieron a la pujanza de los rebeldes con el valor que debia esperarse de soldados españoles i hubo muchos « que anduvieron mui ruines », por mas que con su ejemplo i derramando su propia sangre procuró alentarlos Francisco Jufré. No estaban los jefes habituados a las derrotas ni a abandonar el campo a los indíjenas i Jufré hizo prodijios por librarse de esta vergüenza; pero al fin, viéndose « con muchas heridas », cansada su jente i muertos gran número de indios amigos, se hubo de resignar a pasar por ella i se retiró a la ciudad, dejando a Pelantaro dueño del campo i orgulloso con la victoria. El triunfo le habia costado al vencedor cien hombres caidos en la refriega, cuarenta caballos i cinco cotas que le tomaron los españoles.

En la batalla se hacia notar un purenés ostentosamente vestido: llevaba « la ropilla de Loyola con el hábito de Calatrava ».

---

(19) Relacion de Gregorio Serrano.

(20) Rosales dice que Pelantaro llegó a Santa Cruz con ochocientos indios. Seguimos a Gregorio Serrano en todo este hecho de armas.

A todas luces era, si nó el que dió muerte al desgraciado gobernador, uno de los que a ello contribuyeron, i los españoles habian de hacer sumo empeño por tomarlo i quitar a los rebeldes aquellos despojos, que servirian siempre para darles mayor avilantez: a pesar de tener que retirarse, consiguieron aprisionar al indio. ¡Pobre consuelo de una derrota!

Francisco Jufre no fué el único ni el mas grave de los heridos: un soldado lo fué de mas gravedad i murió a poco de esta jornada, en la cual aprisionó Pelantaro a otro español llamado Juan Gago, a quien hizo matar algunos dias despues (21).

Con la noticia de la victoria se unieron al toqui otros dos mil hombres, probablemente cuantos en los alrededores habia capaces de tomar armas, i, así reforzado su ejército, se dirigió Pelantaro contra la plaza de Arauco, a la que, sin embargo, no pensó sitiar. Fortificadas i vitualladas las posesiones españolas, poco importaban los cercos que les ponian los indios, los cuales ni llegaban a las murallas por temor a las armas de fuego, ni mucho ménos podian prolongar su estadía junto a una ciudad.

La irregular organizacion de los ejércitos indíjenas los hacia inadecuados para continuar un sitio en regla. Acostumbraban vivir con lo que cada cual llevaba i con los recursos que les iba suministrando el pais recorrido: ni una ni otra cosa eran de larga duracion, cuando se reunian algunos miles de hombres en lugar no preparado a recibirlos: no habia quién cuidara de proporcionar el comun sustento, ni siquiera posibilidad de conseguirlo. Por eso, a los pocos dias de comenzar un cerco se veian obligados a levantarlo i se retiraban a sus respectivas comarcas, citándose para la próxima reunion i, a lo mas, dejando cierto número de guerreros que hostilizaran a los españoles con ataques imprevistos i guerrillas para impedirles que se comunicaran con otras ciudades i mantenerlos en alarma hasta la vuelta del grueso del ejército indígena.

---

(21) Serrano no menciona la muerte sino el cautiverio de Gago; pero Rosales (que lo llama Alonso Gayo) la afirma. Preferimos su aserto por estar conforme con el de Rivera, que dice al rei el 10 de mayo de 1601 que en este encuentro murieron dos españoles. Probablemente, cuando Serrano escribió su Relacion se ignoraba el fin del prisionero.



A esta última clase de guerra pertenecen de ordinario lo que los españoles llamaban sitios de una ciudad: ocupados los alrededores de ella por diversas i numerosas partidas que los hostilizaban i que espiaban los movimientos de sus defensores, sin cercar realmente a la ciudad, la colocaban, sin embargo, casi en la misma condicion de una plaza sitiada, sobre todo si, distante de las demas posesiones españolas, no podia comunicarse con ellas. Los numerosos sitios que vamos a ver en las ciudades australes, siempre que fueron largos i continuados, debe entenderse que eran de esta clase.

Conociendo tales cosas Pelantaro, no pensó en renovar la infructuosa tentativa del mes anterior i prefirió pedir a la astucia lo que no debia aguardar de la fuerza. Dividió su ejército en tres partidas i emboscó cada una de ellas en diverso lugar, no sin haber dejado notar a los del fuerte la aproximacion de algunos enemigos para que los persiguieran.

Cayeron los españoles en el lazo i a hacer una corrida i a recojer provisiones de los alrededores salió el capitán Luis de Urbaneja con cuarenta soldados.

En mejores tiempos cuarenta españoles bastaban para derrotar a gran número de indios i Urbaneja hubo de ir sin cuidado a la cabeza de su destacamento; pues debia de contar con que solo se encontraban en los alrededores partidas insignificantes de enemigos.

De repente, cuando hacia sus provisiones, se vió rodeado de mil indios de a pié i cuatrocientos de a caballo. Pelantaro habia escogido el sitio mas favorable i oponia mas de treinta araucanos a cada español: la derrota de éstos no fué dudosa un instante: pronto caian muertos siete i los otros quedaban en situacion verdaderamente desesperada. Para colmo de desgracia, Urbaneja, que no habia cesado de pelear con gran denuedo, cayó prisionero.

Esto habria sido la señal de rendicion o de desordenada fuga, que equivalia a la muerte, para los demas españoles, si entre ellos no se hubiera encontrado un soldado heróico, Julian Go-

mez, que, ante la inminencia del peligro, «se hizo capitán», organizó con admirable serenidad i destreza la retirada i consiguió salvarse él i salvar a sus compañeros, que, aunque casi todos heridos, lograron llegar con vida al fuerte a dar noticia de esta nueva victoria de los rebeldes (22).

El capitán Luis de Urbaneja no sobrevivió mucho tiempo a los que murieron en aquella batalla: asesinado por los indios en celebracion de la victoria, es probable que sus mutilados restos sirvieran a los vencedores para aumentar mas i mas el entusiasmo de los que solo de oídas habian podido conocer estos inesperados triunfos (23).

---

(22) En todos estos pormenores seguimos a Gregorio Serrano.

Alvarez de Toledo, en PUEBLO INDÓMITO cuenta del modo siguiente esta funcion. Habia salido un día Urbaneja a recorrer los alrededores de Arauco, lo que dió motivo a los indios para estar preparados i emboscarse. Al día siguiente sale de nuevo por la ladera del Carampangue; los indios lo dejan pasar i se forman despues para atacarlo por la espalda; desde el fuerte ven esto i disparan un cañonazo para advertir a Urbaneja, que en el acto vuelve sobre sus pasos. Intenta i consigue romper a los araucanos i que pasen por medio de ellos diezinueve de los españoles; pero son muertos él i otros siete de sus compañeros.

Como se ve, en lugar de noventa, eran veintisiete, segun Alvarez de Toledo, los soldados que llevaba Urbaneja.

Alvarez de Toledo confirma el número de los muertos, cuyos nombres da: fueron, sin contar a Luis de Urbaneja, Juan Ramirez, Juan Rodriguez, Andrés Hurtado, Aróvalo, Mendoza, Gutierrez, Collasos.

Alonso de Rivera, en su resumen de 25 de febrero de 1603, dice que con Urbaneja murieron ocho soldados. Lo mismo afirma Martín de Irizar Valdivia; Francisco Galdames de la Vega i Francisco Heruandez Ortiz dicen que los muertos fueron diez. (Pareceres dados a Rivera en febrero de 1601.)

En la informacion levantada por don Francisco de Quiñones en Concepcion el 8 de noviembre de 1599, el noveno testigo, capitán Antonio de Avendaño, respondiendo a la pregunta tercera, dice que los indios mataron al capitán Luis de Urbaneja con siete u ocho soldados españoles.

(23) "Hacen los indios de las calaveras vasos para beber, pintados de varios colores teniéndolo a gran blason, especialmente si la cabeza ha sido de algun español señalado, como una que yo ví, que vino a nuestro poder a la provincia de Paicavi, que habia sido de un valiente capitán que mataron los indios, llamado Urbaneja, de que estaba hecho un vaso labrado por de fuera de varios colores, como esmaltes, con el cual bebia un cacique teniéndolo por grandeza." ("Desengaño i reparo de la guerra del reino de Chile" por el maestro de campo Alonso González de Najera, tomo 48 de la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, página 112.)

La facilidad con que hombres tan experimentados en los embustes de los indios, como García Ramon i González de Najera, creian las relaciones de aquellos en lo referente a los restos de Loyola i de Urbaneja, está manifestando enan habituados estaban los españoles a presenciar actos de ferocidad, semejantes a los referidos.

En aquella guerra a sangre i fuego todo era terrible: la crueldad i fero-

Aun sin la influencia moral, la pérdida de siete soldados i un reputado capitán era en aquellas circunstancias enorme para los españoles; i no parece que en compensacion pudieran vanagloriarse los vencidos de haber muerto muchos indijenas, ya que de ello no dice una palabra el minucioso narrador de estas desgracias.

---

ciudad de los españoles i de los araucanos, con los que caian en poder de cualquiera de los combatientes; el trato que los primeros daban tanto a los yanaconas como a los prisioneros, i la tremenda suerte a que se veian reducidas entre los indios las cautivas españolas.

---



---

## CAPÍTULO IV.

### DESPOBLACION DE SANTA CRUZ.

---

Va Pelantaro a Angol.—Ataca i derrota a Gonzalo Gutierrez i Francisco Hernández Ortiz.—Destruye Nabalburi el fuerte de Molchen, despues de dar muerte a siete españoles.—Despojos que cojieron los indios.—Intenta Pelantaro ir con mayores fuerzas contra Santa Cruz.—Desventajas de esta ciudad para sostener un sitio.—Pide Jufre a Vizcarra que la despueble.—Dudas del gobernador.—De acuerdo con el consejo de guerra, ordena su despoblacion.—Cómo la llevó a cabo Francisco Jufre.—Despoblacion del fuerte de Jesu.—Ataques que despues dirijen contra Vizcarra los gobernadores Quiñones i Rivera por la despoblacion de Santa Cruz.—Injusticia de esas acusaciones.—Lo que valia la opinion de los oficiales subalternos de Chile.

---

Por mas que el adajo diga. «Non bis in idem,» le habia salido demasiado bien a los indios la estratagemas de Arauco para que no tentaran su repeticion en otra parte.

En efecto, doce dias despues de aquel hecho de armas, el miércoles 23 de febrero, estaba Pelantaro emboscado en el valle de Marvel, en las cercanías de Angol. Para la guerra de asechanzas i sorpresas era mas engorroso que útil el numeroso ejército i esta vez no llevaba consigo el toquí sino mil hombres, seiscientos de ellos de caballería.

No perdió mucho tiempo en esperar. Con el objeto de recoger leña salieron de Angol, con buen número de indios amigos, diez españoles mandados por Gonzalo Gutierrez. Cuando se apartaron como una legua de la ciudad, se les presentó Pelantaro i los acometió con ímpetu. La resistencia era imposible i Gonzalo Gutierrez, sin hacer frente al enemigo ni cuidarse de los indios amigos, huyó con los diez españoles al vecino pueble-

cillo de Vichilemo para defenderse tras las tapias de los ranchos. La cercanía de la ciudad permitió a Francisco Hernández Ortiz reunirse a Gutierrez con otros treinta soldados.

A mayor número i mandados por Jufre acababa de destruir Pelantaro delante de los muros de Santa Cruz i no trepidó en atacar a Hernández Ortiz, le mató cuatro españoles, lo obligó a retirarse hácia Angol i lo persiguió casi hasta el pié de sus murallas (1).

Hemos dicho que en el fuerte de Molchen habia catorce españoles de guarnicion, i debemos agregar que, a pesar de la sublevacion de los indíjenas de las comarcas vecinas, los que estaban al rededor de Molchen permanecian tranquilos. Pero esa tranquilidad era aparente i ordenada por nuestro conocido el cacique Nabalburi para adormecer la vijilancia de los del fuerte i sorprenderlos.

Mui luego se les presentó i aprovecharon la ocasion.

El jefe español envió a siete de sus soldados a un reconocimiento i, completamente confiado en los indios que siempre entraban i salian como amigos en el fuerte, se entregó al sueño con los demas. Los indios fueron entrando cargados de haces de leña, hasta que viéndose en número suficiente, se arrojaron sobre los españoles, los degollaron a todos i pusieron fuego al fuerte. Los otros siete que, de léjos, divisaron las llamas, huyeron a Angol (2).

---

(1) Alonso de Rivera, en su citado resumen de 25 de febrero de 1602, dice que fueron cinco los españoles muertos en este encuentro. Seguimos esclusivamente a Gregorio Serrano en el relato de esta funcion.

Alvarez de Toledo está de acuerdo con Serrano en casi todo: notaremos, sin embargo, algunas variantes. Según él, no fué Pelantaro sino Nabalburi quien dirijió la expedicion; Gutierrez salió no con diez sino con once españoles; pereció ou en el primer encuentro cuatro indios amigos; los enemigos se apoderaron de los caballos de los españoles i éstos se refugiaron en las bodegas i casas de Gamboa, cosa que no estaria en oposicion con la relacion de Serrano, si esas bodegas se hallaban en el puebleillo de Vichilemo.

En cuanto a la salida de Hernández Ortiz, advierte que este capitán se encontraba al mando de Angol por haber ido Vallejo a Concepcion en demanda de auxilios, i en lugar de treinta hombres dice que fué acompañado de treinta i tres. Añade que antes de dispersarse los victoriosos indíjenas destruyeron las bodegas de Juan Alvarez de Luna.

(2) En la copia que hemos tenido de la relacion de Gregorio Serrano

En seguida los indios «robaron mas de tres mil pesos de plata i ropa de Diego Yañez de Saravia i don Juan Rodulfo « (Lisperguer) i luego dieron en la bodega de Andres Lope de « Gamboa, Artano i Bernal i otras i las abrazaron i rompieron « las tinajas i robaron lo que en ellas habia. I, corriendo la « campaña a tiro de pieza del pueblo, llevaron nueve mil ove- « jas, mil vacas i cien yuntas de bueyes» (3). Tanto pánico habian infundido los triunfos de los indios que, a pesar de la inmediatecion a la ciudad en que sucedian estas cosas, no se atrevieron los españoles a mandar partida alguna contra los que así devastaban los alrededores. Lo único que osaron fué habilitar un fuerte que junto a la ciudad «habia hecho don Alonso « de Sotomayor. I, aunque no le hizo cubos, abrieron troneras i « con el artillería i mosquetes se defendieron.» Los rebeldes contentos con el mencionado «despojo, se retiraron a Puren» (4).

No se retiraron, sin embargo, a descansar sino a prepararse para la empresa mas audaz de cuantas hasta entónces habian acometido, a lo cual los convidaban estos triunfos parciales, que tanto entusiasmo causaban entre ellos: intentaban volver con mayores fuerzas i atacar a la ciudad de Santa Cruz.

Cuando esto supo Francisco Jufre i que ya habia reunidos mas de cinco mil indíjenas, despachó un mensajero a Vizcarra, que estaba en Concepcion, pidiéndole que decretara la despoblacion i el abandono de Santa Cruz, ántes que llegara a atacarlo el enemigo. Para pedir esto se fundaba en «que no se « podia sustentar cargado de mujeres i niños i sin bastimentos i « que no podia ser socorrido.» La situacion en que se hallaba

---

está incompleto lo relativo a la toma del fuerte de Molchen. Por lo mismo, nos hemos guiado por lo que refiere Alvarez de Toledo en el lugar citado. Su relato está confirmado por Alonso de Rivera que, en la citada carta de 25 de febrero de 1602, dice al rei que en esta ocasion murieron siete españoles en Mo'chen.

Antonio de Avendaño, en la tambien citada informacion de 8 de noviembre de 1599, en respuesta a la pregunta tercera, dice que en Molchen murieron diez soldados: "Así mismo, se llevaron el fuerte de Molchen, dos leguas de Eugol, matando diez soldados que en él estaban."

(3) Relacion de Gregorio Serrano.

(4) Id. id.

la ciudad era mui crítica no solo por la falta de víveres, sino principalmente por la de agua; pues el pueblo, situado en una altura, tenia suma dificultad para proveerse de ella. Pelantaro pensaba mui bien al escojer a Santa Cruz: era quizá la única ciudad que no podria resistir sino mui pocos dias un asedio; la única, por tanto, que estaba verdaderamente espuesta.

Vizcarra habia atendido al mantenimiento de Santa Cruz con especial cuidado, durante el mes i medio que estaba en el sur i debia de sentir sobremanera verse en la necesidad de despoblarla; pero tampoco queria cargar con la responsabilidad de negarse a la peticion de Jufre: al dia siguiente podrian destruirla los indios, i los muertos i los cautivos los pondrian los enemigos del gobernador en el cargo de la cuenta de él.

En consecuencia, reunió una especie de consejo de guerra, compuesto «de los capitanes i jente de esperiencia» para discutir lo que deberia hacerse en esa circunstancia.

A nadie se ocultaba el funesto efecto moral que causaria el abandonar al enemigo una ciudad floreciente: fundada cinco años ántes por el gobernador Loyola i decididamente protegida por él, la ciudad de Santa Cruz habia alcanzado en tan corto tiempo prosperidad relativamente mui grande: tenia el no escaso número de ochenta vecinos i contaba con dos conventos de religiosos franciscanos i mercenarios. I al mal efecto moral debia agregarse la mucha falta que iba a hacer para facilitar las comunicaciones con las ciudades australes, cosa a que se prestaba admirablemente por su situacion. «La ciudad de Santa Cruz (dice «Rivera en las instrucciones que da a su apoderado Domingo «de Erazo el 15 de enero de 1601) la pobló el año de noventa «i cuatro el gobernador Martin García de Loyola doce leguas «de la Concepcion i catorce de San Bartolomé i ocho de Arauco, a la otra parte del rio de Biobio en la provincia de Milla- «poa i Mareguano en términos de jente mui belicosa, que serian «tres mil indios. I los tuvo de paz, juntamente con los de esta «parte del rio que son los coyunches, el tiempo que duró su poblacion. En cuya comarca se fundaron muchas estancias i here-



«dades de viñas, sementeras i ganados, que de todo acudia en  
«abundancia. I tiene en sus contornos muchas minas de oro i se  
«labran las de Quilacoya.» Pero todas estas consideraciones des-  
aparecian, si en realidad estaba en inminente peligro de ser  
destruida; porque pérdidas materiales i mal efecto moral serian  
en este caso incomparablemente superiores. Ademas, tales como  
las cosas iban poniéndose, no era posible quizás mantener con  
escasas fuerzas tantas ciudades i seria preciso concentrar la jente  
en ménos puntos para rechazar al enemigo cada dia mas pujante.  
Teniendo presente esto, las razones aducidas por Francisco  
Jufré i la autoridad del parecer de ese distinguido i respetado  
jefe, el consejo opinó que debia hacerse lo que proponia el teniente  
jeneral.

Inmediatamente comunicó Vizcarra a Jufré lo resuelto i le  
encargó «que él i los capitanes que consigo tenia, viesen lo que  
«mas convenia al servicio de Dios i del rei. I con esto a los 7  
«de marzo se despobló Santa Cruz i se fortificaron junto a La  
«Laja, donde entra en Biobío» (5), en el lugar donde ahora está  
San Rosendo.

Entre Concepcion i este punto, en Talcamávida, habia un  
fuerte denominado Jesus, que, al mismo tiempo que se llevaba  
a cabo la despoblacion de Santa Cruz, era atacado por una par-  
tida de rebeldes. El comandante se hallaba ausente i la plaza al  
mando del teniente Hernando de Andrade, que resistió tenaz i  
heróicamente durante dieziseis horas, hasta que, sabedor Jufré  
del peligro, le envió un refuerzo de catorce hombres, a las ór-  
denes del teniente Delgado, con los cuales puso en fuga al ene-  
migo. Mas esa victoria no podia ser de importancia; pues los  
rebeldes eran demasiado numerosos en los alrededores para que  
no volvieran pronto a tomar desquite de su derrota. Por lo mis-  
mo, Jufré determinó despoblar tambien ese fuerte i al efecto  
envió a él un nuevo destacamento capitaneado por Pedro de

---

(5) Relacion de Gregorio Serrano. Todos los pormenores de la despo-  
blacion de Santa Cruz están tomados de la mencionada relacion.

Leon con suficiente número de caballos para trasladarlo todo a su campo, como se hizo.

Apénas hubo reunido la jente, el 9 de marzo, dos dias despues de haberse situado en la confluencia del La Laja i el Biobio, abandonó Jufre definitivamente esas comarcas i «se retiró a Chillan sin perder artillería ni municiones» (6).

Este poblar un fuerte a la orilla de La Laja para despoblarlo a los dos dias, atribuido por Serrano a la jeneral sublevacion, fué, segun dice Alonso de Rivera al rei, en carta escrita en Córdoba el 20 de marzo de 1606, nada mas que un ardid empleado por Jufre a fin de engañar a los vecinos de Santa Cruz, que no se habrian conformado con la despoblacion de la ciudad, despoblacion que era para ellos la ruina mas completa: «La ciudad de Santa Cruz se despobló por decir no la podian socorrer, porque estaba tres cuartos de legua de la otra parte del rio de Biobio. I el capitan que la despobló fué con engaño, diciendo a los vecinos i moradores que haria una palizada sobre el rio de Biobio i que allí tendrian el socorro seguro. I despues que los tuvo fuera, los pasó de esta otra parte del rio, diciendo que allí estaria mejor la palizada; luego se fué sin hacer nada; que fué esta la total ruina del reino de Chile i se ha quedado sin castigo.»

Si no pidiendo castigo como Rivera, a lo ménos con igual enerjía condena la despoblacion de Santa Cruz el inmediato sucesor de Vizcarra, don Francisco de Quiñones, en carta al rei fechada en Concepcion el 15 de julio de 1599, es decir, cuatro meses despues de haberse llevado a cabo aquella medida: «Sobre todas las desgracias que han sucedido, dice, la de mayor dafio ha sido el haberse despoblado la ciudad de Santa Cruz, que estaba en sitio i comarca que hacia frente a toda la guerra que correspondia a las ciudades de Angol, San Bartolomé i la

---

(6) Alvarez de Toledo, de quien tomamos los pormenores del ataque i despoblacion del fuerte de Jesus, lo designa en el canto VIII con el nombre de Talcamánvida. Las últimas palabras copiadas son de Gregorio Serrano.

« Concepcion. I luego que faltó aquel escudo i frontera que la  
« tenían delante, cayó sobre ellas el enemigo i quemó todas las  
« heredades, estancias de ganados i sementeras de que se susten-  
« taban.»

Podemos juzgar, por lo que en este capítulo hemos apuntado, del ningun fundamento con que se atribuia por Quiñones a la despoblacion de Santa Cruz la libertad en que los indios quedaron de talar los campos. Esa libertad la habian adquirido con sus victorias i acabamos de ver que los españoles no podian impedirles que hicieran uso de ella hasta junto a los muros de Angol.

En la informacion levantada por Quiñones el 8 de noviembre de ese año 1599, de la que tantos datos hemos sacado, encontramos tambien una pregunta referente a la despoblacion de Santa Cruz. Es la undécima i dice así: «Si saben que la total destruccion deste reino e peligros, daños e riesgos que han tenido las  
« ciudades de Angol, San Bartolomé i Arauco i las demas de  
« este reino ha sido la despoblacion que el licenciado Pedro de  
« Vizcarra i su jeneral Francisco de Jutré hicieron de la ciudad  
« de Santa Cruz i fuerte de Jesus.» Naturalmente los diez testigos, que eran al propio tiempo los principales jefes del ejército, estuvieron contestes en la afirmativa, como debiamos suponer conociendo el juicio del gobernador que los llamaba a declarar. ¡I decir que, segun las probabilidades, mas de uno de esos oficiales habia formado parte del consejo que por unanimidad opinó en favor de la medida que entónces condenaban! Para quien estudia nuestra historia con algun detenimiento, esos tristes ejemplos de adulacion al poderoso i de falta de dignidad i de carácter, no son por desgracia escasos en aquellos años.

La importancia que capitanes tan inteligentes, como Quiñones i Rivera, atribuyeron despues a la ciudad de Santa Cruz, habla mui alto en favor del tino i de los conocimientos militares de don Martin García Oñez de Loyola que la fundó i que procuró por todos los medios a su alcance darle vida i prosperidad; pero el que esos i otros muchos militares deploraran la

ruina de Santa Cruz, no lejitima aquel ataque contra la conducta del que la mandó despoblar. Para formular cargo fundado contra Vizcarra seria preciso probar no que esa ciudad era plaza importantísima, sino que pudiéndola defender la abandonó. En efecto, ¿qué habiade hacerse, por mas necesario que fuera el mantener a Santa Cruz, si el mantenerla era imposible? Por eso, las citadas lamentaciones de los gobernadores manifestarán mui bien el pesar que les ocasionaba la pérdida de tan útil ciudad; pero no eran justas cuando se convertian en reproches contra Vizcarra.

Colocó la cuestion en el verdadero aspecto en que debia mirarse para deducir la culpabilidad o inocencia de su antecesor don Francisco de Quiñones cuando escribió al rei el 15 de julio de 1599: «Aunque hasta agora no he podido verificar si la des-  
« poblacion de Santa Cruz procedió de lejitimas causas o pre-  
« cipitacion de ministros, procuraré enterarme de ello por la  
« reputacion que se aventura, con los enemigos i amigos, de se-  
« mejante alteracion i movimiento.» Pero si de ello se enteró, como debió de enterarse, ya que hablaba en Concepcion con los que acababan de presenciar las cosas i con los que las habian aconsejado i ordenado, guardó para sí propio su conocimiento i, por él a lo ménos, no lo supo el rei: en adelante se limitó Quiñones a deplorar en sus cartas la despoblacion de Santa Cruz, sin decir si a juicio de él habia sido o nó necesaria. Ese silencio favorece, segun creemos, a Pedro de Vizcarra, ya que entre las desgracias del gobernador saliente era en Chile una de las mayores la animosidad con que el sucesor lo atacaba. Tal animosidad de que, por cierto, no se vió libre Vizcarra, lo habria constituido reo de innumerables cargos hechos ante el rei por Quiñones, si éste hubiera juzgado que su antecesor pudo mantener la ciudad de Santa Cruz.

Es indudable que Pedro de Vizcarra creyó imposible obrar de otra manera i fué de todos los jefes el que mas resistió a las despoblaciones. Rosales asegura que no contentos los oficiales con la de Santa Cruz, quisieron que a ella se siguiera la de otras

plazas «i aunque se hicieron algunas consultas para despoblar el « castillo de Arauco, nunca quiso venir en ello el gobernador « Vizcarra» (7). I léjos de despoblar esa plaza, mandó «en la nave de Angulo al capitan Recio» para llevarle mas pertrechos i bastantes víveres, «trigo, carneros i cecinas,» lo que Recio hizo mui bien (8). Del mismo modo, mandó a él buena parte de la jente que habia retirado de Santa Cruz i del fuerte de Jesus i con la demas reforzó a Angol i a Chillan (9).

---

(7) Libro V, capítulo XI.

(8) Relacion de Gregorio Serrano.

(9) Carta de Pedro de Vizcarra al virei, fechada en Concepcion el 17 de abril de 1599 i copiada en el acta de la sesion que el consejo celebró en Lima el 18 de junio de ese año.

---



---

## CAPÍTULO V.

### LA IMPERIAL EN EL GOBIERNO DE VIZCARRA.

---

Importancia de La Imperial.—Anganamón i Andrés Valiente.—Obliga el primero al segundo a ordenar una salida.—Desobedece sus instrucciones Olmos de Aguilera i muere a manos de los indios.—Sorpresa de Maquegua.—Lleva a ese fuerte auxilio Hernando Ortiz.—Sublévanse los indios, destruyen el fuerte i matan la guarnición.—Sesión del cabildo de la Imperial en 27 de marzo de 1599.—Envía por socorros a don Bernardino de Quiroga.—Qué auxilio había podido enviar Vizcarra.—Asalto i destrucción del fuerte de Boroa.—Sale Valiente a combatir al enemigo; es derrotado i muere.—Traición de los indios de Tolten i muerte de Liñan de Vera i sus compañeros.—El Jueves Santo en La Imperial: inmensa desesperación.—Redúcense los defensores de la ciudad a una sola manzana.—Pásanse al enemigo los indios de paz.—Va a La Imperial Anganamón i la incendia despues de larga orfía.—Viaje de don Baltasar de Villagrau i de frai Juan de Lagunilla.—Descripción del sufrimiento de los habitantes de La Imperial, hecha por testigos de vista.

---

Por desconsoladora que fuese la necesidad de abandonar a los enemigos una plaza tan importante como Santa Cruz, era poco en comparación de los temores que a todos ocasionaba la suerte de las demás posesiones australes. Si exceptuamos a Arauco i a Angol, las ciudades del sur estaban incomunicadas con Concepción i necesitaban de la feliz audacia de algún aventurero para hacer llegar allá, pasando por entre los rebeldes, una carta o un mensaje cualquiera. Por eso podemos decir ahora cuál era el estado en que aquellas ciudades se encontraban, mucho más bien de lo que el gobernador interino habría podido hacerlo entónces.

La primera de las ciudades del sur, sede de obispado como Santiago, i segunda capital del reino en el ánimo de su funda-

dor Pedro de Valdivia, era La Imperial: situada en la confluencia de dos rios, el Cautin i el de las Damas, habia visto aumentarse mas i mas su prosperidad i conseguido tener «obrajes de paños, cordellates, bayetas, vergas i fresadas i tenerías» (1). En resúmen, tanto en calidad de plaza militar como en la de poblacion importante, era la primera de las ciudades australes: comencemos, pues, por ella el relato de las desgracias sobrevenidas a aquella parte de Chile.

Mui cerca de La Imperial habia perecido García Oñez de Loyola, i, por lo mismo, fueron los términos de ella los que primero soportaron las consecuencias de la catástrofe i los primeros en presenciar la sublevacion de todas las vecinas *reguas* o tribus.

Colocada en el corazon de lo que desde ese momento ha sido «la tierra de guerra,» en medio de las mas belicosas tribus indígenas, La Imperial vió levantarse en el acto una nube de enemigos que, hoi cercándola i hostilizándola mañana con guerrillas, ataques imprevistos i contínuas alarmas, no le dejaban punto de reposo i la pouian a cada instante en mayor peligro. Por mucha superioridad que las armas i la disciplina dieran sobre los indígenas a los españoles i por mucho que a éstos sirvieran para su defensa las fortificaciones i las casas de la ciudad, siendo tanto el número de los enemigos i tan reducido el de los defensores, hasta las ventajas que éstos alcanzaban en los encuentros parciales solian ser para ellos motivos poderosos de inquietud; porque esas ventajas no se obtenian sin alguna pérdida i no habia para la ciudad pérdida insignificante. I si esto eran los triunfos, ¿qué serian los descalabros? I, por desgracia, los habitantes de La Imperial pudieron referir mas desastres que victorias.

Los dos jefes mas famosos de los indios eran Pelantaro i Anganamon. Hemos visto que Pelantaro, toquí o supremo jefe de la guerra (2), dirijia la campaña en los alrededores de Arauco,

---

(1) Instrucciones dadas por Alonso de Rivera a Domingo de Erazo el 15 de enero de 1601.

(2) Muchos cronistas dicen que el toquí jeneral era Paillamaco: en nin-



Angol i Santa Cruz. Anganamon se quedó organizando el ataque contra La Imperial; pero no estuvo siempre solo, pues mas de una vez veremos a su lado al toquí, sobre todo despues de la despoblacion de Santa Cruz.

Andres Valiente, uno de los mas renombrados militares de la colonia, era el correjidor de La Imperial i cuando vió lo jeneral de la sublevacion creyó coueniente no esponer sus fuerzas en salidas que, como acabamos de decir, eran funestas aun siendo felices, i aguardar órdenes o socorro del gobernador. La audacia de Anganamon lo hizo olvidar ántes de mucho esa prudente reserva. El jefe purenés habia reunido cuatrocientos indíjenas de caballería i seiscientos infantes, i, viendo que perdia su tiempo, pues Andres Valiente no salia del pueblo, comenzó, cual si estuviera en pacífica posesion del territorio, a recorrer la campiña hasta el pié de las murallas de La Imperial para recojer el ganado que en ella tenian los españoles. Probablemente, por mucho que necesitara el ganado para mantener a su ejército, todavia mas descaba obligar a los españoles a salir a defenderlo i aprovecharse entónces de la ocasion para atacarlos en campo abierto o en emboscada, pero fuera de las fortificaciones i con ventajas.

En verdad, Andres Valiente no habia de permitir que les llevasen los ganados i dejasen a La Imperial en la casi imposibilidad de sustentarse: ordenó una salida a fin de impedir tan grave daño.

Esto acaecia el 18 de enero (3) i, por desgracia, Andres Valiente no pudo «por estar malo» mandar él mismo la espedicion, para lo cual comisionó a dos capitanes mui conocidos, con órden de que no pasasen el rio en la persecucion del enemigo (4). Los

---

gun documento hemos encontrado cosa alguna que confirme tal aserto. Los contemporáneos creian que el jefe principal era Pelantaro i Anganamon su primer teniente.

(3) Rosales, libro V, capítulo X, dice que el hecho de armas que vamos a referir acaeció el 30 de enero: seguimos la Relacion de Gregorio Serrano, de la cual no nos apartaremos sino en los pormenores que mas adelante haremos notar.

(4) Rosales refiere esta particularidad.

capitanes eran Pedro Olmos de Aguilera, jefe de la mas relacionada e influyente familia de La Imperial, i Hernando Ortiz, a los cuales dió cuarenta hombres para que escarmentasen al indijena.

Con esa fuerza, relativamente respetable, Pedro Olmos de Aguilera, despreciando como pusilanimidad la recomendacion del correjidor, o engañado con alguna estratagemá del enemigo, se dejó arrastrar léjos de la ciudad i pagó con la propia vida i con la de seis u ocho (5) de sus soldados, su imprudente arrojo. Hernando Ortiz (6) i los demas soldados huyeron en desórden a La Imperial, adonde fueron a sembrar la consternacion, porque su derrota no solo significaba la pérdida de los ganados i la muerte de personas que llevaban el luto a muchas familias, sino que tambien les hacia prever los terribles padecimientos que les esperaban a los sitiados, si el gobernador no les enviaba el deseado socorro. Miéntas tanto, los pureneses celebraban su triunfo, se repartian los ganados i distribuian por las comarcas vecinas, como muestras de la victoria, las cabezas de los españoles muertos en la refriega, de las cuales era bien conocida de todos los indios la del capitan Pedro Olmos de Aguilera.

Pocos dias despues, sorprendió Anganamón el fuerte de Maquegua, donde el capitan Martín Monje mandaba a unos cuantos españoles i a seiscientos indios. Los asaltantes entraron en él a media noche, pegaron fuego a la ranchería, i, ántes que los del

---

(5) Gregorio Serrano dice que fueron seis soldados i dos capitanes los muertos; Alonso de Rivera, en su citado resúmen de 25 de febrero de 1602, dice que con Pedro Olmos de Aguilera murieron ocho soldados i lo mismo aseguran Francisco Galdames de la Vega, Martín de Irizar Valdivia i Francisco Hernandez Ortiz en sus PARECERES dados a Rivera en febrero de 1601.

Alvarez de Toledo, que refiere este episodio con algunas variantes, (la mas importante de las cuales es asegurar que Pelantaro mandaba a los indios) dice que Pedro Olmos de Aguilera tuvo una razon mui especial para pedir con reiteradas instancias el que se le permitiera salir contra los indios: era el dueño de las vegas que aquellos estaban devastando i quizas a eso deba atribuirse el que no respetara el límite que Valiente habia señalado a su salida.

(6) Gregorio Serrano supone que fueron muertos los dos capitanes i seis soldados: contra nuestra costumbre nos separamos de él, porque vamos a ver figurar al capitan Hernando Ortiz (Hernani dice la copia de la Relacion de Serrano que tenemos a la vista), a quien él juzga muerto.

fuerte pudieran organizar la resistencia, degollaron a doscientos indios i cautivaron muchas mujeres i niños (7).

Por mas que la noticia de sus victorias hubiese doblado el número de los soldados del jefe purenés, Andres Valiente creyó necesario esponer a algunos de sus hombres en otra salida; pues era menester reparar el fuerte de Maquegua e infundir aliento en los indios amigos, que tan caro estaban pagando el no tomar parte en la insurreccion. Comisionó al efecto a Hernando Ortiz, que pudo creer habia conseguido el objeto de su expedicion i regresó tranquilo a La Imperial (8). Pero los indios de Maquegua, no bien habia vuelto la espalda Ortiz, se sublevaron i dieron muerte a Martin Monje i a seis soldados que estaban con él (9): mayores ventajas i seguridad les proporcionaba la rebelion que el ser nominalmente protegidos por los ya impotentes españoles.

I como los mencionados, se sucedian los encuentros i pasaban los dias, i la inquietud se aumentaba con la absoluta carencia de noticias i con la disminucion de los defensores de La Imperial, de los pertrechos de guerra i de los víveres.

Tres meses despues de la muerte de Loyola, a fines de marzo de 1599, los habitantes de La Imperial decian con espanto que, fuera del gobernador i sus cincuenta compañeros, habian visto perecer junto a los muros de la ciudad cerca de otros cincuenta guerreros españoles i gran número de indios amigos, en los diarios combates que estaban sosteniendo (10).

---

(7) Rosales, lugar citado.—PUREN INDÓMITO, canto IX.

(8) Alvarez de Toledo, en el canto VII del PUREN INDÓMITO, dice que Ortiz, a la cabeza de setenta españoles, llegó hasta Pinlaguen, donde lo destruyó todo i dió muerte a la india Millareta, mujer preferida de Anganamon.

(9) Rosales dice que los indios mataron en Maquegua a siete soldados i a Monje; pero Alonso de Rivera, en el citado resumen, que seguimos, dice que por todo fueron siete los muertos. El mismo número fija Martin de Irizar, mientras Francisco Galdames de la Vega i Francisco Hernandez Ortiz dicen que murieron ocho fuera de Monje: los tres últimos hablan de esto en sus citados PARECERES.

(10) Así lo dice el poder dado el 27 de marzo de 1599 a don Bernardino de Quiroga i sustituido por éste en el padre frai Juan de Bascones, provincial de San Agustín.

No podia prolongarse semejante situacion, i el cabildo de la ciudad se reunió el 27 de marzo para ver modo de procurar algun remedio. Formaban la corporacion, a mas del correjidor Valiente, Lorenzo Barba, alcalde ordinario, Gaspar Alvarez, Diego Galdames i Alvaro de Loaysa, rejidores, i Juan de Esquivel, alguacil mayor. Estos, a lo ménos, se hallaron presentes en la reunion (11), a la cual no es de suponer que en semejantes circunstancias dejase de concurrir algun cabildante.

En ella estuvieron todos de acuerdo en que con sus propias fuerzas no podia sostenerse mucho tiempo La Imperial i en que era preciso pedir auxilio a las otras ciudades. Ignorando el triste estado en que cada una se hallaba i asustados con sus propios peligros, aquellos hombres creyeron poder «pedir que los capitanes « e correjidores de las ciudades de arriba *acudan con todos los « vecinos e soldados de las dichas ciudades o que sean subordina- « dos, a ésta.*» I, para mostrar cuán fundados eran los temores que les asistian i lo mui desprovistos que se hallaban de lo necesario, añaden que es preciso «pedir i suplicar luego provean de « socorro de jente bastante, e arcabuces, e pólvora, e plomo e « demas pertrechos e socorro de ropa para los pocos soldados que « hai, que están desnudos e pobres. E la tierra tan pobre e ne- « cesitada e alborotada e combatida de los enemigos, i que de los « de paz, visto que no tenemos fuerza de jente para socorrerlos, « se espera alzamiento jeneral, ruina e perdicion deste reino. E « que luego sea socorrida de jente e arcabuces e municion e per- « trechos esta ciudad, ántes que se pierda, por aguardar cada dia « juntas, como diversas veces han venido sobre esta ciudad i sus « términos, i se duerme en cuerpo de guardia, aguardando al « enemigo » (12). Para solicitar esos socorros comisionaron a uno de los principales vecinos de La Imperial, a don Bernardino de Quiroga (13), que consiguió llegar a Concepcion; pero no obtu-

---

(11) Así lo dice el poder dado el 27 de marzo de 1599 a don Bernardino de Quiroga i sustituido por éste en el padre frai Juan de Bascones, provincial de San Agustín.

(12) Id. id.

(13) Id. id.

vo el refuerzo que buscaba i que en aquellas circunstancias no podia otorgarle el gobernador interino.

Cuanto estaba en su mano hacer en favor de La Imperial, lo habia hecho Vizcarra ántes de que ella se lo pidiese: a mediados de febrero, cuando repartió entre todas las ciudades los pertrechos de guerra, que tan oportunamente recibió del Perú, mandó al sarjento mayor Luis de las Cuevas que llevara su parte a Valdivia, Osorno, Villarica i La Imperial i dejara en la última unos cincuenta hombres. I aun este ausilio tenia por objeto en el ánimo del gobernador el que aquellas poblaciones contribuyeran con dinero al armamento jeneral del reino, para lo cual recomendó al enviado que comenzara el viaje por Valdivia i que cuando hubiera de volver por tierra avisara a Angol, la ciudad mas vecina de Concepcion de las de ultra Biobio, a fin de que fuese una escolta a asegurar su regreso (14).

Gran desengañio habian tenido los que esperaban socorro, cuando vieron llegar el que les mandaba Quiñones: «Prometemos a Vuestra Señoría (dicen meses mas tarde algunos relijiosos de Valdivia, hablando de las cosas de La Imperial), prometemos a Vuestra Señoría, en Dios i en nuestras conciencias, que el socorro que el licenciado Vizcarra envió fué de mas daño que provecho, por no ser de mas de cuarenta i ocho hombres, i esos tan inútiles i desarmados que se reian los indios dellos » (15).

Once dias despues de haber partido de La Imperial el mensajero, el 8 de abril, que ese año era el Juéves Santo, asaltaron « el fuerte de Boroa Onangalí i Anganamon i Pelantaro con mil indios de acaballo i mataron ocho españoles que allí estaban i todos los indios amigos » (16).

Andres Valiente quiso hacer un escarmiento i, poniéndose a

---

(14) Provisión firmada por Vizcarra el 8 de febrero de 1599 en favor de Luis de las Cuevas, copiada por Gay, tomo II de la Historia, páj. 251.

(15) Relacion dirigida a Quiñones desde Valdivia por algunos relijiosos en setiembre de 1599.

(16) Relacion de Gregorio Serrano.

la cabeza de cuarenta de sus mejores soldados, verificó una salida.

Ora lo indujeran en error falsas noticias, de indios que se llamaban amigos i eran traidores, acerca del número de rebeldes que habia de combatir; ora, prevenidos Anganamón i Pelantaro de la salida de los españoles, pudieran aguardarlos emboscados i sorprenderlos (17); ora calculara mal el correjidor, lo cierto es que Andrés Valiente i cuarenta soldados españoles perecieron a manos de los rebeldes, sin que salvaran mas que dos hombres que, echándose a nado, lograron llegar a la ciudad (18) i otros tres que siempre huyendo de los indios llevaron a Villarica la funesta noticia (19). I como rara vez una desgracia viene sola, cuando todos estaban sumidos en la desesperacion, otra noticia funesta les quitó hasta la mas remota esperanza de socorro.

---

(17) Muchos creyeron que Andrés Valiente debió su derrota i muerte a la traicion de los indios amigos:

“Si (mataron) en La Imperial al capitán Andrés Valiente, fué por tener los enemigos de las puertas adentro i confiado dellos le tomaron vivo i a su jente, sin poderse socorrer unos a otros.” (Citada Relacion hecha a Quifones por algunos relijiosos de Valdivia.)

(18) Alvarez de Toledo i Rosales, lugares citados.

(19) Seguimos la Relacion de Gregorio Serrano; pero debemos notar las variantes con que, al narrar este sucesó en el canto IX de PUREN INDÓMITO, lo refiere Alvarez de Toledo

Segun él, se trasladó Valiente con la mayor parte de los soldados a Boroa i, dejando ahí algunos, fué en socorro de un fuerte mandado por el capitán Villanueva. Apenas salió, los indios atacaron a Boroa; avisado Valiente, vuelve i los dispersa. Desde Boroa consulta a las autoridades i los vecinos de La Imperial lo que haria i, rennidos en cabildo abierto, todos le piden que regrese cuanto antes a la ciudad.

Tarda sin embargo, dos dias en salir del fuerte. Cuando ya se acerca a La Imperial, los de esta ciudad disparan un cañonazo a fin de ponerlo en guardia contra los indios de Cautín, que se habian levantado i lo esperaban rennidos.

Valiente cree que lo llaman para resistir a Anganamón i, sin aguardar a sus soldados, sigue adelante i se encuentra muy pronto rodeado de enemigos. Herido, no tiene otro recurso que echarse al rio para pasarlo a nado i llegar a La Imperial; pero muere ahogado.

A medida que sus soldados van llegando dispersos, van tambien pereciendo: solo salvan Cristóbal Conde, que, aunque herido, pudo pasar el rio a nado, i dos o tres que huyendo llegan a Villarica.

Entre el ataque de los indios a Boroa i la derrota i muerte de Valiente median, segun Alvarez de Toledo, algunos dias. Serrano dice espresamente que el ataque de Boroa fué el 8 de abril, Jueves Santo, dia señalado tambien por Alvarez de Toledo como el de la muerte de Valiente Hai, pura contradiccion entre los dos relatos i por eso seguimos al mas autorizado i no aceptamos los pormenores que se leen en PUREN INDÓMITO.

La única ciudad que respondió al llamamiento hecho por don Bernardino de Quiroga en favor de La Imperial, fué Valdivia, la que, a pesar de los grandes apuros en que se veía, creyó necesario privarse de algunos hombres i mandárselos; pues no se le ocultaba que la ruina de aquella ciudad sería probablemente la señal de la destruccion de las demas.

Valdivia no pudo enviar sino veintidos hombres al mando del capitán Liñan de Vera, los que, habiendo llegado a la mitad del camino, a Tolten, fueron asesinados todos, sin exceptuar uno solo, por los indios. Como casi siempre, los españoles se dejaron sorprender i el descuido ocasionó la muerte de ellos.

Pareceria imposible explicar ese descuido ante los terribles ejemplos que los españoles tenían a la vista, si en esta ocasion no hubiera existido especialísima circunstancia para confiar en la amistad de los indíjenas de Tolten: habia «mas de cincuenta años que sustentaban la paz, siendo todos cristianos i tan dóciles i políticos como ingas del Perú» (20).

Se concebirá fácilmente en qué inmenso dolor quedó sumida

---

(20) Relacion de Gregorio Serrano. Como en lo relativo a la muerte del corredor de La Imperial, hemos seguido a Gregor.o Serrano en lo de la de Liñan de Vera i sus compañeros.

Por lo que hace al número de los que murieron con Valiente, hai muchas opiniones: Alonso de Rivera, en su citado resumen, lo fija en cincuenta i cinco; la presentacion del cabildo de Santiago al gobernador, del 4 de enero de 1600 i Rosales hacen subir ese número a sesenta hombres; las declaraciones de la citada informacion de 8 de noviembre de 1599 varían entre cuarenta i cuarenta i tantos; por fin, en los PARECERES dados a Rivera en febrero de 1601, Galdames de la Vega i Hernandez Ortiz dicen que con Valiente perecieron cincuenta i seis; Irizar Valdivia que cincuenta i cinco.

Hemos seguido a Serrano con tanto mas razon cuanto, a juicio nuestro, esa discordancia es mas aparente que real: es mui probable, en efecto, que unos se refieran solo a los compañeros de Andres Valiente i los otros juntan a éstos los que murieron con Liñan de Vera.

Para concluir con lo que toca a Liñan de Vera, notemos las variantes que acerca de este episodio encontramos en Alvarez de Toledo. Dice que llevaba trece soldados e iba a La Imperial a pedir pólvora i plomo para Valdivia; que, despues de haber andado doce leguas en diez horas i de haber llegado al rio Queule, hizo pasar en dos barcas a siete de sus soldados i él con los otros, no alcanzando a pasar, pernoctó en la otra ribera. Mientras tanto los que habian pasado se alojaron con toda confianza en casa del cacique amigo i fueron asesinados en la noche.

Liñan de Vera, al ver esto, no tuvo mas que volver a Valdivia.

Este relato es evidentemente erróneo; pues, aunque no den pormenores acerca de la manera como acaeció, muchísimos documentos hablan de la muerte de Liñan de Vera i ninguno supone que librara con vida.

La Imperial despues de la muerte de sus mejores soldados i cuando perdió toda esperanza de ser auxiliada.

La muerte de Andres Valiente habia acaecido el Juéves Santo i los sitiados comenzaron por trasladar, en medio del llanto i de los sollozos de hombres i mujeres, el Santísimo Sacramento de la catedral a la capilla de la casa que habia sido del obispo Cisneros, donde hizo los oficios el presbítero Pedro de Guevara, a quien hemos de encontrar mas tarde de provisor i gobernador del obispado. Ya no se creian seguros contra los ataques de los indios i, como la antigua casa del obispo Cisneros estaba convertida en fortaleza, quisieron comenzar por dejar el Santísimo sin peligro de profanacion.

En seguida el capitán Hernando Ortiz, que habia sucedido a Valiente en el mando de la ciudad, pasó lista a fin de saber con cuántos hombres contaba, i vió que entre españoles e indios habia seiscientos; pero habria sido no conocer el carácter de los últimos el suponer que no se aprovecharian de las derrotas de los españoles para abandonarlos i pasar a figurar entre los enemigos. Ahora bien: descontados los indios, los defensores de La Imperial, si aceptamos el cómputo mas alto, eran noventa (21), incluyendo entre ellos clérigos, frailes, ancianos i enfermos, porque en aquellas circunstancias el deber ponía las armas en manos de todos.

Era imposible que tan corto número defendiese toda la ciudad i, por mucho que tal resolucion les doliera, los españoles se circunscribieron a vivir en la manzana en que estaba la casa del señor Cisneros i limitaron a la defensa de ella, en caso de ataque, sus aspiraciones. Como no era fácil alojar ahí a los indios amigos, i quizas tambien porque temian de ellos una traicion, los dejaron en lo demas de la ciudad, despues de encerrar en la improvisada ciudadela cuantas provisiones pudieron reunir. Ello equivalia casi a dejarles puerta franca para irse al enemigo, lo

---

(21) Así lo dice Alvarez de Toledo; Gregorio Serrano dice que eran sesenta.



que verificaron en la misma noche, llevándose en su fuga cuantos objetos les fué posible.

Las noticias que comunicaron a Anganamon lo movieron a presentarse al dia siguiente ante La Imperial i, como no encontró resistencia alguna, a entrar a saco en ella. Hallaron los indios abundante licor en la tienda de Francisco Gomez Macue-  
las, i ahí, a la vista de los españoles, se dieron a larga i bulli-  
ciosa embriaguez. Estaban demasiado abatidos los sitiados para intentar un ataque i, por su parte, los indios los dejaron tranqui-  
los en su cárcel, i, despues de la orjía, pusieron fuego a la aban-  
donada ciudad hasta reducirla a cenizas (22).

Gregorio Serrano, en su citada Relacion, confirmando cuanto llevamos tomado de Alvarez de Toledo, dice que despues los indios «robaron toda la campaña de La Imperial, de donde lle-  
«varon ganados de ovejas, vacas, bueyes i caballos, quemaron  
«estancias, i, en resolucion, el mismo pueblo (recojido i encerra-  
«do en las casas de don Agustin de Cisneros, obispo que fué de  
«esa ciudad, porque todo lo demas se lo han quemado los in-  
«dios) está por horas aguardando el martirio.» I agrega que los  
sitiados no tienen mas que doce caballos i unos pocos hombres  
«i éstos viejos i desarmados, porque los buenos se les han muer-  
«to i no tienen comida ni pueden tomar agua ni pueden ser so-  
«corridos, porque no hai fuerzas en el reino para ello. I lo últi-  
«mo es rogar a Dios por ellos. »

En esta desesperada situacion los vecinos de La Imperial pen-  
saron en pedir de nuevo auxilio al gobernador i hubo dos hom-  
bres bastante audaces, don Baltasar de Villagran (23) i frai  
Juan de Lagunilla, que se ofrecieron a pasar por entre los

---

(22) Todos los pormenores de lo que sucedió en La Imperial despues de la muerte del correjidor Andres Valiente los tomamos de Alvarez de Toledo, canto IX, por ser el mas circunstanciado i no estar en oposicion su relato con ninguna de las noticias que nos dan los otros documentos.

(23) Alvarez de Toledo llama a este guerrero Baltazar de Osorio; Serrano i otros documentos le dan el nombre que hemos apuntado.

Tomamos de Alvarez de Toledo los pormenores del viaje de los mensajeros. Serrano se limita a decir de ellos "que milagrosamente llegaron a Angol."

rebeldes i traer a Vizcarra el grito de dolor i angustia de aquellos desgraciados. El Viérnes Santo, miéntras los indios se embriagaban, salieron ellos en direccion a Angol i anduvieron toda la noche. Durante el dia se ocultaron en los bosques i volvieron en la noche a emprender el camino; pero, cuando distaban solo cuatro leguas de Angol, sucedió que el caballo de Villagran, estenuado del todo, no tuvo ya fuerzas para continuar la marcha. Frai Juan de Lagunilla hubo de ceder abnegadamente su cabalgadura a Villagran i de ocultarse en una espesura a esperar que vinieran en su busca de Angol. Llegó a esta ciudad don Baltasar de Villagran en la mañana del Domingo de Resurreccion, que, por cierto, no fué allí domingo de pascua con las noticias que recibieron, e inmediatamente el capitán Juan Ortiz de Araya, de órden de don Juan Rodulfo Lisperguer, salió con algunos soldados en demanda del padre Lagunilla. Lo encontraron en el lugar en que se habia ocultado i prendieron a dos indios que, habiendo descubierto sus huellas, andaban en su persecucion.

De Angol siguieron los enviados a Concepcion, llevando carta de Lisperguer en apoyo de la peticion de La Imperial. De esta ciudad habian escrito al gobernador el capitán Francisco Galdames de la Vega i «el chantre i provisor de La Imperial» (24) don Alonso de Aguilera. Segun este último, en tal estremo de desesperacion se hallaban los habitantes, «que hai algunos relijiosos i mujeres que de temor de los indios se quieren pasar a «ellos» (25). Despues de recibir estas noticias, escribia Vizcarra al virei el 17 de abril de 1599: «Si se dilata este mes el socorro que de V. E. se espera, está en evidente continjencia revelarse « todos los indios de arriba i de todo el reino i ser necesario « nueva conquista.»

I todos los españoles estaban de acuerdo con el gobernador

---

(24) Es raro que no se hable de carta de Hernando Ortiz, que, segun Rosales i Alvarez de Toledo, a quienes seguimos, sucedió a Valiente en el mando de La Imperial.

(25) Relacion de Gregorio Serrano.

en pensar que la toma de La Imperial sería para la colonia la suprema desgracia. Por eso los religiosos que en setiembre de 1599 dirijian desde Valdivia una representacion a Quiñones, sucesor de Vizcarra, representacion que tanto hemos citado, casi olvidaban sus propios peligros para encarecer la obligacion tan grande que el gobernador tenia de acudir prontamente al socorro de La Imperial, i pintaban las calamidades que sobre Chile traeria la destruccion de esa ciudad con colores que creemos dignos de recordar aquí:

«La ciudad Imperial está en tan conocido peligro como a todos es notorio. Si no se socorre con tiempo, el enemigo ha de cargar sobre ella con todas sus fuerzas para llevarla, i lo hará con gran facilidad, que de ninguna manera se puede sustentar mucho tiempo un pueblo reducido i encerrado en una cuadra de sitio. I perdida esta ciudad será reventar un volcan de fuego, que con llamas de tan gran victoria abrace los ánimos de todos los indios de paz para que tomen las armas i, ayudados de sus vecinos, hagan lo mismo de cuatro ciudades que de suyo están indefensas i ejecuten en los miserables moradores sus acostumbradas crueldades. Pues qué será ver mujeres tan nobles i delicadas, doncellas recojidas, monjas de gran santidad desnudas e infamadas i ultrajadas de la mas cruel, torpe i mala nacion del mundo i entregadas a su perpetua servidumbre; qué dolor padecerán las míseras madres, que por desdicha parieron, cuando vean los patios de sus casas, sus tocas i vestidos regados con sangre de sus inocentes hijos, que por serlo pensaron hallar remedio en el regazo de sus desdichadas madres, de donde serán con brevedad despojados i a sus ojos despedazados. I cuando alguno haya tan perverso i malo que no se conmueva a semejante lástima, mire i abra los ojos i considere que todo el pensamiento del reino está pendiente de las fuerzas que el señor gobernador juntase para esta santa i forzosa empresa. I si por defecto de no acudir al señor gobernador unánimes i conformes con todas nuestras fuerzas posibles le sucediese cualquier desgracia, absolutamente quedaba el

« enemigo señor de todo el reino, conforme al estado de las cosas presentes. I asi, para negocio que tanto importa i que va por todos, tengo por infame, traidor i alevoso contra Dios, contra el rei i su patria al hombre que a semejante ocasion pretendiere escusarse; ántes, si ser pudiere, habian de procurar las personas eclesiásticas a tan conocido peligro tomar las armas i ayudarse unos a otros, pues no se pretende ofender sino defendernos i la defensa es permitida a todos estados de derecho natural, especialmente contra apóstatas, sacrílegos que siendo cristianos han quemado i robado los templos, muerto los sacerdotes i profanado las cruces e imájenès de Nuestro Señor Jesucristo i su bendita madre, de quien deben confiar que, haciendo de su parte cada uno lo que es obligado, alcanzará victoria para honra i gloria de su Divina Majestad i remedio de sus casas, vidas i haciendas.»

---

---

## CAPÍTULO VI.

### FIN DEL GOBIERNO DEL LICENCIADO VIZCARRA.

---

Sorpresa de los indios a Angol.—Proezas de Vallejo i Lisperguer.—Desaliento de los habitantes de Angol.—Va don Juan Rodulfo Lisperguer por refuerzos a Concepcion, i los lleva.—Los indios junto a Concepcion.—Victoria obtenida sobre ellos por don Luis de las Cuevas.—Victoria obtenida por Vizcarra.—Cruel tratamiento que éste dió a los prisioneros.—Indignacion i desquite de los indios.—Terrible estado de la colonia al terminarse el gobierno interino de Vizcarra.—Injusticia con que sus sucesores lo culpan de las desgracias de su gobierno.—Noble conducta con que responde Vizcarra a sus detractores.—Vizcarra sigue siendo teniente jeneral hasta 1604.

---

Entre todas las ciudades australes la única que al principio tuvo las alegrías del triunfo, fué la de Angol, mandada entonces por Hernando Vallejo i despues por Tomas Duran (1), a quienes sirvió de segundo don Juan Rodulfo Lisperguer, i que tenian a sus órdenes capitanes tan famosos como Alvaro Núñez de Pineda, padre del autor del Cautiverio Feliz.

Despues de los ataques que hemos referido, los indios se dirigieron contra Angol, de una manera que estaba a las claras manifestando hasta dónde llegaba la audacia, que con tantas victorias habian adquirido.

---

(1) Rosales dice que el correjidor de Angol era el capitan Tomas Duran, puesto ahí por Pedro de Vizcarra en lugar de Vallejo al hacer los cambios de correjidores. En contra tenemos el testimonio de Gregorio Serrano, testimonio irrecusable, puesto que Serrano visitó personalmente la plaza. Nombra en los acontecimientos que vamos a relatar a Hernando Vallejo como correjidor de Angol.

Tomas Duran, a quien encontraremos de correjidor al tiempo de la des poblacion de Angol, no debió de ocupar este puesto sino algo despues de los sucesos que referimos.

«A los veinte de marzo, dice Gregorio Serrano en su citada «Relacion, vinieron sobre Angol cuatrocientos indios de a caballo i se entraron por el pueblo como si no hubiera españoles en el mundo, i con gran desvergüenza se entraron en las casas.» Debieron ser aquéllos, terribles momentos de angustia; pero, gracias a la presencia de ánimo i al valor de Lisperguer i Vallejo, fueron mui cortos. Los dos nombrados capitanes consiguieron reunir cincuenta soldados i con ellos pusieron en precipitada fuga a los asaltantes, despues de haberles muerto algunos hombres dentro de la poblacion (2). Sin atender que podia ser un medio audaz de sacarlos de la ciudad i obedeciendo solo a su indignacion, Vallejo i Lisperguer persiguieron a los fujitivos por mas de dos leguas, i les «mataron mas de doscientos cincuenta caballos» i tuvieron la suerte de volver a Angol sin haber perdido en la refriega ni en la persecucion un solo hombre. Pero, a pesar de esta victoria, los pobres habitantes que acababan de probar a lo que se veian espuestos en sus propias casas, quedaron sumamente acobardados i viviendo todos en el fuerte (3). A los pocos dias, en otro encuentro con los indios, les tomó Lisperguer como treinta prisioneros.

Aunque pequeña, esta ventaja algo reanimó a la guarnicion de Angol, de lo cual se aprovechó don Juan Rodulfo para efectuar una salida a la cabeza de sesenta soldados de a caballo con el fin de atacar una junta que estaba en Molchen: la sorprendió i degolló «mas de doscientas piezas de indios e indias i les tomó «alguna cantidad de comida» (4).

I así concluyeron los prósperos sucesos de los defensores de Angol. Mui luego los rebeldes se apoderaron de uno de los fuertes de la ciudad, i, dejando a los españoles la no mucha sa-

---

(2) La Relacion de Gregorio Serrano dice que los españoles mataron en Angol muchos indios; pero en la carta que al rei escribió don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599 se lee que los muertos fueron ocho o nueve.

(3) Relacion de Gregorio Serrano.

(4) Citada carta de don Francisco de Quiñones.

tisfaccion de decir que lo habian tomado por traicion (5), les quemaron gran parte del pueblo i redujeron a los defensores de él a situacion casi tan angustiosa como la de las otras poblaciones australes. Decimos *casi*, porque la cercanía de Angol a Concepcion i el número relativamente grande de sus guerreros, le permitió oponer mas fuerte resistencia a los ataques de los araucanos (6). Aprovechándose de esa cercanía el audaz don Juan Rodulfo Lisperguer, cuando vió reducido el pueblo a tan deplorable estado, pasó por medio de las provincias sublevadas i llegó a Concepcion a pedir socorro a Vizcarra. Hizo éste un supremo esfuerzo i accedió a los deseos de Lisperguer, que volvió a Angol llevando el refuerzo que por entónces la libraba de peligro inminente (7).

Las victorias obtenidas por los indios al otro lado del Biobio les dieron ánimo para traer a éste la guerra, i el 6 de abril de 1599 la ciudad de Concepcion pudo creer que le habia llegado su turno, al ver venir sobre ella una partida de seiscientos rebeldes. Vizcarra mandó en el acto al alférez real Luis de las Cuevas, con cuarenta hombres que saliera al encuentro de los asaltantes. Se trabó el combate a ménos de una legua de la ciudad i Cuevas «lo hizo valerosamente, desbarató a los indios i mató i prendió algunos» (8).

---

(5) "Si en Angol llevaron un fuerte fué con traicion de los mismos de paz i sobre seguro." (Relacion de algunos relijiosos de Valdivia, fecha en setiembre de 1599.)

(6) "Hallé cercada la ciudad de Angol, que está veinte leguas de esta ciudad (Concepcion) i el rio de Biobio en medio i rebelados todos los indios de paz de su comarca. I cuando esta relacion doi a Vuestra Magestad, la tienen cercada nueve o diez mil indios. Estos cercos destos su lon durar diez o doce dias. Hai en ella ciento i diez soldados, que se han defendido otras veces honradamente, i así no me da cuidado lo que toca al cerco." (Carta de Quiñones al rei, fecha de 18 de febrero de 1600.)

(7) En la nota 151 del tomo I de Carvallo i Goyeneche encontramos lo siguiente en un certificado que Vizcarra dió en Santiago el 15 de marzo de 1602 a don Juan Rodulfo Lisperguer: "Por haber quedado con la muerte de mi antecesor don Martin Garcia Oñez de Loyola en mucho riesgo la ciudad de Los Infantes, nombré de sarjento mayor para comandante de ella a don Juan Rodulfo Lisperguer, el qual me vino de-de ella a pedir a la Concepcion con mucho riesgo por el mes de marzo socorros de tropa i municiones i, habiéndoselos dado, volvió con ellos i mantuvo la ciudad."

(8) Relacion de Gregorio Serrano.

Gay cree que Cuevas salió a la cabeza de ciento sesenta lanzas, apoyado

Sea que los dispersos volvieran a juntarse, o que ellos no fuesen sino una parte de las fuerzas enemigas, lo cierto es que el día siguiente, 7 de abril, recibió noticia Vizcarra de «cómo en las «minas de Quilacoya había mas de setecientos indios juntos, «que habían pasado de la otra parte de Biobio para dar en la «Concepcion.» En esta vez creyó el gobernador que no debía encomendar a nadie el cuidado de escarmentar a los rebeldes i, poniéndose él mismo al frente de ochenta soldados, partió inmediatamente hácia el lugar endonde aquéllos estaban reunidos, calculando llegar allá a media noche para sorprenderlos a la venida del día. Todo sucedió como lo deseaba Vizcarra, el que «al cuarto del alba dió sobre los indios i los desbarató i mató «mas de cien indios i prendió cuarenta i los trujo a la Concepcion» (9).

No debemos juzgar la culpabilidad de los que en aquellas circunstancias tomaban medidas crueles contra los indíjenas por lo que acerca de esas medidas pensamos tres siglos despues, con toda frialdad i en el sosiego de nuestro estudio. Los guerreros i los vecinos de Chile estaban empeñados en una guerra sin cuartel, en la que eran a cada instante víctimas de la traicion i de las crueldades de los indios; en la que junto con la vida de los guerreros estaban en peligro la libertad i la honra de sus esposas e hijas, a las cuales todos los días ultrajaba un enemigo bru-

---

en una relacion de méritos del mismo Cuevas "justificada en juicio contradictorio por testimonio del capitán don Rodrigo de Arana que se halló presente, de don Juan Perez de Cáceres, id., i de don Gabriel Vallejo, el cual concluye diciendo: "I que fué una victoria de las buenas i de importancia con que respiraron los de Concepcion. pues se les hizo a los enemigos repasar el Biobio, con los ciento sesenta soldados susodichos, siendo el enemigo de dos mil."

Es harto mas desinteresado i creible el relato de Gregorio Serrano. en que nos apoyamos para reducir a modestas proporciones la batalla dada por Cuevas i los resultados de ella. Sabemos, por lo que hace al número de combatientes, que en Concepcion no habría podido reunir Vizcarra ciento ochenta hombres para mandar al encuentro del enemigo.

Los cronistas hablan de otra batalla ganada por el maestro de campo Paez de Castillejo en las inmediaciones de Concepcion: es probable que sea la que en seguida referimos como dada por Vizcarra, siguiendo nosotros siempre a Gregorio Serrano.

(9). Relacion citada.



tal. La ira, la venganza i las demas pasiones se juntaban, pues, al deseo de atemorizar al indijena para aconsejar i disculpar toda clase de castigos.

Mas tarde, lo veremos, Chile pedia al rei, como uno de los medios mas apropiados para dominar a los araucanos, el que se declarase esclavos a cuantos se tomara en fragante rebelion, i el rei lo concedia; pero en los primeros dias de la insurreccion que siguió a la muerte de Loyola, no anduvieron con tantos miramientos, los espafioles consideraron esta medida como represalia i a nadie, probablemente, se le ocurrió que se debia siquiera consultar al rei en el particular. Como si fuera la cosa mas sencilla i mas puesta en el orden, Vizcarra proveyó un auto en que daba por esclavos a cuantos indios se cojiesen con las armas en las manos. Gregorio Serrano, al decir que se tomó semejante resolucion, agrega: «ninguna cosa hai mas justa que ésta.» I, adviértase que esa aprobacion se estendia tambien a la manera bárbara como dejaban para siempre constancia de la declaracion de esclavitud: cual si los indijenas fueran bestias, Vizcarra llevó a los cuarenta indios que acababa de apresar a Concepcion, «donde fueron castigados i herrados en la cara» (10).

Con esas inhumanidades creia aterrorizar el gobernador interino a los indios; pero obtuvo resultado mui diverso. La indignacion de los rebeldes no conoció límites i mui pronto los alrededores de Concepcion i especialmente las mencionadas minas de Quilacoya cayeron en poder de ellos. Cuando mes i medio despues de los sucesos referidos, concluyó Vizcarra su gobierno, estaban sublevadas las dos «riberas del Biobio i perdida «la labor de las minas de Quilacoya i quemadas todas las estancias i molinos de esta ciudad (Concepcion), que caian hácia «sus comarcas» (11). Se comprende, segun esto, el pánico que habria i el «que la jente de este pueblo i relijiosos» se encerrasen

---

(10) Relacion de Grego io Serrano.

(11) Interrogatorio presentado por Quiñones a Vizcarra i absuelto afirmativamente por el último el 6 de diciembre de 1599. Lo mismo, gran parte de los documentos ya citados.

« de noche en el convento de San Francisco de temor del enemigo » durante el último tiempo del corto i desgraciado gobierno del licenciado Pedro de Vizcarra (12).

I tales apuros no eran, por desgracia, exclusivos de este o aquel pueblo: todo el sur se encontraba poco mas o ménos lo mismo, si no peor. Véase cómo resumia el estado de la colonia el cabildo de Santiago el 30 de abril de 1599, en carta dirigida al rei:

« El daño que hemos recibido es como se recelaba, perdiendo  
« con algunos capitanes muchos soldados, habiéndonos acometido  
« el enemigo casi a un mismo tiempo en las fronteras de La Imperial, Arauco, Angol i Santa Cruz, fuertes de Jesus i de La Candelaria, donde nos han muerto la tercia parte de la jente que en ellos habia i despobládose i retirádose la ciudad de Santa Cruz i fuerte de Jesus i de La Candelaria sin otros fuertes de poca jente que estaban entre los indios de paz para asegurarlos. I se han levantado i muerto la jente dellos, de donde i las demas fronteras han tomado los enemigos muchas armas, caballos, gran suma de ganados i bastimentos, talando los campos i heredades, señoreándose de la campaña por la gran fuerza de caballería que tienen i de que usan con mucha destreza i nuevo modo de pelear que entre nosotros con nombre de amigos han aprendido.»

I, en verdad, la trasformacion del sur de Chile, durante el gobierno de Vizcarra, habia sido tan completa como terrible. En un abrir i cerrar de ojos los campos, ayer cultivados pacíficamente, se habian convertido en teatro de sangrientas lides; los encomenderos, que cifraban sus riquezas en el número de indígenas a ellos encomendados, en la estension del territorio que poseian i en el ganado con que lo poblaban, se veian sin indígenas, pues todos se habian sublevado o se preparaban a sublevarse, sin ganados, robados por los rebeldes los que ántes poseian, i en

---

(12) Id. Lo mismo se lee en la correspondencia de don Francisco de Quiñones con el rei. El 18 de febrero de 1600 le escribe: "En esta ciudad de la Concepcion estaba toda la jente metida en San Francisco i quemadas todas las estancias de su comarca." Lo propio repite en la del 29 de febrero de ese año.

peligro de no conservar tampoco sus campos, que, hablando propiamente, en ese momento estaban ya en poder del enemigo; las ciudades aisladas unas de otras i con la terrible incertidumbre de si las desgracias ajenas vendrian a hacer todavía mas dolorosas las propias i mayor el propio peligro; muertos, fuera de los compañeros del infeliz Loyola, mas de cien soldados, cuya falta era incalculable en aquellas críticas circunstancias.

Pero estas cosas, resultado de la sublevacion jeneral, no debian, sin notoria injusticia, ponerse a cargo de Vizcarra, cuyo gobierno terminó el 28 de mayo con la llegada del sucesor que nombró el virrei del Perú. Para concluir con Vizcarra, i aunque adelantemos los sucesos, digamos aquí que habria sido honrado i digno, por parte de Quiñones, evidenciar eso en una declaracion, que sobre los desgraciados sucesos de su gobierno interino le hizo prestar, i haber espresado tambien que éste no tenia la culpa de que su sucesor no encontrara «en las cajas de Su Majestad hacienda alguna ni otra ninguna (cosa) de que poderse ayudar, ni las «prevenciones necesarias de caballos, bastimentos, pertrechos i «municiones para la guerra, escepto mil fanegas de trigo, poco «ménos que en un navío de Santiago halló su señoría en el puerto «de esta dicha ciudad (Concepcion) i las municiones que habian «quedado de las que envió dicho señor visorei del Perú» (13).

Léjos de obrar así, procuró echar sobre Vizcarra toda la responsabilidad, i lo mismo que Quiñones hizo con Vizcarra, hicieron, como veremos, los que vinieron despues con Vizcarra i con Quiñones.

¿Cómo pudo continuar desempeñando Pedro de Vizcarra el destino de teniente jeneral durante el gobierno de don Francisco de Quiñones, de Alonso García Ramon i de Alonso de Rivera? Prueba de la moderacion que le caracterizaba i de cuanto merecia el aprecio que le tenian todos, es no solo ese hecho, sino principalmente la conducta digna que observó con los mismos que tan injustos se manifestaban hácia él.

---

(13) Citado interrogatorio de Vizcarra.

II.—T. I.

Cuando, meses despues del interrogatorio que le presentó Quiñones i al propio tiempo en que lo culpaba García Ramon, escribe Vizcarra al rei el 21 de setiembre de 1600, habla de sus dos sucesores no solo sin censurar la conducta de ellos, sino alabándolos, especialmente al último, por sus acertados gobiernos.

A pesar de eso, García Ramon quiso deshacerse de él, quizá para elevar a un amigo, i el 19 de enero de 1601 escribió desde Concepcion al cabildo de Santiago: «Visto lo mucho que el teniente jeneral ha trabajado despues de la desgraciada muerte de Martin García de Loyola i la suma pobreza en que se há i sus honrados años i acordándome que Vuestra Señoría me pidió le sirviese, he tenido por bien se vaya a descansar»....., probablemente gozando su sueldo; lo cual no podemos saber por estar roto el manuscrito en la parte en que hemos puesto puntos suspensivos.

Sea que no alcanzara a dejar Vizcarra su destino o que lo repusiese Rivera inmediatamente en él, seis meses despues lo volvemos a encontrar desempeñándolo i en momento en que pudo vengarse de García Ramon.

Habia concluido el gobierno de éste, i Alonso de Rivera, queriendo como todos los gobernadores, manifestar que su predecesor le entregaba el reino en pésimo estado, levantó una informacion i tomó él mismo la primera declaracion que, lo veremos, fué tremenda contra García. Tuviese que salir de Santiago o juzgase suficiente lo hecho para perder a su predecesor, Rivera cometió las demas declaraciones a su lugarteniente Pedro de Vizcarra. El bondadoso anciano actuó con rara imparcialidad: oyó a los amigos del ex-gobernador i destruyó por completo, a nuestro juicio, el mal efecto que producía la declaracion tomada por Rivera.

Pedro de Vizcarra no estaba ya para prestar sus servicios en un puesto tan laborioso como el que desempeñaba i él i Rivera lo hacían presente al rei. «Tengo avisado a Vuestra Majestad, escribia Alonso de Rivera el 5 de febrero de 1603, de que el teniente jeneral Pedro de Vizcarra es mui viejo i no está ya

« para el oficio que ejerce. I así Vuestra Majestad le podria ocupar en otras cosas de su real servicio, porque sus letras i bondad lo merecen (14) i dar este oficio a otro que sea para él, « pues para el buen gobierno, conservacion i aumento de este « reino, es de tanta consideracion.»

La misma súplica hacia cuatro dias ántes, el 1.º de febrero, Pedro de Vizcarra, fijándose especialmente en las «vacantes de plazas de audiencia, alcalde del crimen de los reyes.»

Solo un año mas tarde se realizaron los deseos del gobernador. El 17 de diciembre de 1603 llegó a Concepcion el licenciado Fernando Talaverano Gallegos (15), **teniente jeneral**, en reemplazo de Vizcarra, i el 2 de febrero de 1604 recibió de manos de éste la vara, signo de autoridad (16).

---

(14) No siempre habia hablado Rivera con alabanzas de Vizcarra: "Este gobierno, dice al rei el 10 de marzo de 1601, lo tuvo a su cargo el licenciado Pedro de Vizcarra, teniente jeneral, en cinco meses; i demas de haber criado por ostentacion una gran confusion de capitanes....., hizo otro mayor daño en haber encomendado en personas que no tienen méritos onantos indios le pidieron, unos que no están descubiertos i otros por conquistar i otros que tienen los dueños vivos; de manera que no dejó por ningun camino cosa reservada de que poder echar mano para entreñer a tanta jente benemérita i aflijida de necesidad i trabajos graves. I como quiera que él no tuvo facultad para encomendar indios, mas de la administracion de la justicia como teniente de este reino i hombre letrado, la audiencia de los Reyes algunas de sus encomiendas que en grado de apelacion han ido a ella las ha dado por nulias i ningunas. Lo mismo conviene al servicio de V. M. que yo haga para descargo de su real conciencia i algun premio de los que lo merecen. I así esto i determina lo de reparar este inconveniente deshaciendo sus encomiendas, excepto las que hubiese en personas beneméritas."

(15) Carta escrita por Talaverano al rei el 8 de marzo de 1604.

(16) Id. Testimonio dado por Jinez de Toro Mazote del recibimiento de Talaverano.

---



---

## CAPÍTULO VII.

### VENIDA A CHILE DE DON FRANCISCO DE QUIÑONES.

---

Don Luis de Velasco i la guerra de Chile.—Don Luis Jufré en Lima.—El consejo del virei.—Ofrécese don Francisco de Quiñones para venir a Chile.—Quién era el nuevo gobernador interino.—Triste estado del Perú.—Pequeño socorro que puede enviar el virei.—Sacrificios que Quiñones i sus hijas hacen para equipar los soldados.—Su viaje a Chile: furiosa tempestad; indomable enerjía del gobernador.—Llegada a Talcahuano; cumplimiento de un voto.

---

Las noticias que don Luis Jufré llevó a Lima llenaron de inquietud al virei del Perú.

Don Luis de Velasco se habia dado siempre con mucha atencion a los negocios de Chile i manifestado mui dispuesto a coadyuvar enérgicamente a la pronta terminacion de la guerra de Arauco. Buena prueba de ello fué su presteza en conceder lo que le pidió García Oñez de Loyola por medio de su enviado el contador Jerónimo de Benavides: el barco que traia a nuestras costas ese oportunísimo socorro se cruzó en alta mar con el que de acá llevaba la funesta noticia de la muerte del desgraciado gobernador. Don Luis Jufré, el enviado del cabildo de Santiago i del sucesor interino de Loyola, zarpó de Valparaiso en los primeros dias de enero de 1599 i llegó al Callao a mediados del siguiente mes, con la noticia de la tragedia de Curalaba. Aunque Jufré solo habia salido de Santiago pocos dias despues de saberse en ella la muerte de Loyola, la rapidez con que unas a otras se habian sucedido las desgracias sobrevenidas a la colonia, le permitió llevar gran número de noticias; i eso mismo mostraba que, por lo ménos en esta ocasion, el pánico de los primeros momentos no habia dado a la sublevacion propor-

ciones mayores que las que en realidad tenia: la imaginacion habia quedado corta, aun en la escitacion del miedo, al calcular las terribles consecuencias de la muerte del gobernador i sus compañeros. No eran unos cuantos hombres los que habia perdido el ejército de Chile: era la existencia de la colonia lo que estaba en serio e inminente peligro.

Inmediatamente el virrei reunió a los mismos consejeros que se habian ocupado en dictaminar sobre los asuntos de Chile para que, oyendo la esposicion que Benavides i Jufre hacian, proveyeran al pronto remedio de tantos males.

Los procuradores de Chile espusieron que, aunque habia aquí mas de seiscientos escelentes soldados, era éste un número insignificante, atendiendo a que se necesitaba dividirlos en las diversas ciudades i que no seria posible reunir doscientos para rechazar un ataque de los indios. I ademas esos soldados « están tan « pobres que ellos i sus hijos i mujeres no tienen ni alcanzan « una vara de lienzo para cubrir sus carnes i así han sido « corridos siempre no solo de vestidos sino a veces de comida, re- « jas, azadones i hierros para ayuda del beneficio de su labranza « i sementeras, con que sustentan sus familias con grandísima « escaseza » (1). Por lo mismo urjía i urjía muchísimo enviar a Chile « toda la jente que se pudiese llevar » i un fuerte socorro en dinero para la tropa, fuera de doce mil pesos que habia que repartir en sueldos de empleados superiores del ejército i de los fuertes.

Pedian los procuradores ciento cincuenta arcabuces i mosquetes, trescientas espadas, doce cañones pequeños, pólvora, plomo i cuerdas; que se pagase adelantado un año de sueldo al piloto i marineros que habian de venir en el navío destinado a Chile; que se situase la paga para la jente de guerra, « porque es sin « comparacion mas barato que vivir de remiendos i limosnas. » Se unia a esto una minuciosa memoria de los útiles i de la ropa que

---

(1) Presentacion de Jufre i Benavides leida en la reunion celebrada en Lima el 18 de febrero de 1599.



era preciso traer para socorro de los soldados, en la cual no se olvidaba ni el jabon, ni el « hilo para coser, » ni los « botones de alquimia, » ni los « sombreros finos negros i pardos. »

Todos los consejeros fueron de parecer « que Su Señoría (el « virei) dé órden cómo de las cosas contenidas en la dicha memoria se compren las que aquí se pudieran hallar hasta que « venga la flota, i lo que así se comprare se envíe a las dichas « provincias de Chile para socorro de la dicha jente de guerra. « I que asimismo mande Vuestra Señoría que se envíe a los « oficiales reales de aquella tierra el dinero que le pareciere ser « necesario para las cosas que dicen los dichos procuradores que « pueden comprar allá. I que para enviar con el gobernador que « ha de ir alguna jente, Su Señoría dé órden cómo se levante la « que se pudiere i le pareciere. I que todo el dinero que para los « dichos efectos fuese necesario se gaste i pague de la Real Hacienda de la caja real de esta ciudad por los dichos oficiales « reales » (2). Por este parecer, al cual arregló sus resoluciones don Luis de Velasco, se conoce que el virei de Lima i sus consejeros dieron la importancia que el caso merecia a los sucesos de Chile. Sabian mui bien cuán delicada cosa era ante los ojos del rei de España decretar un gasto costado por las cajas reales para mostrarse tan largos si las circunstancias no hicieran olvidar, en presencia de gran peligro, cualquiera otro órden de consideraciones.

No ménos que enviar a Chile soldados i bastimentos trjia el proveer al gobierno de la colonia, i desde el primer instante creyó don Luis de Velasco que en esas críticas circunstancias era preciso echar mano « de persona de validad i esperiencia de « las cosas de la guerra » (3). La persona designada fué don Francisco de Quiñones, que no es un desconocido para nosotros, pues lo hemos visto desempeñar en Lima en 1583 el importan-

---

(2) Presentacion de Jufre i Benavides leida en la reunion celebrada en Lima el 18 de febrero de 1599.

(3) Nombramiento de don Francisco de Quiñones, Documentos de Gay, volúmen I.

te cargo de correjidor i ahogar con enérgica mano las sacrílegas maquinaciones dirigidas por el obispo Lartaun i sus secuaces contra el ilustre santo Toribio de Mogrovejo, con cuya hermana, doña Grimanesa de Mogrovejo, era casado don Francisco de Quiñones (4).

Quiñones, «verdadero hijodalgo,» se habia dedicado a la carrera de las armas desde sus primeros años: habia «servido en los Estados i guerra de Italia i en todas las jornadas que se han hecho en Constantinopla, donde fué preso i rescatado» (5). Vino despues al Perú, i tanto por sus estrechos vínculos de parentesco con el grande i santo arzobispo de Lima, como por sus relevantes prendas personales, desempeñó los primeros destinos, gozó de la confianza i del aprecio de los vireyes i formó siempre parte del consejo de ellos. Era llamado principalmente en las circunstancias críticas, cuando se habia menester de un carácter fuerte, enérgico, entero i de una voluntad inque-

---

(4) Los Orígenes de la Iglesia chilena, capítulo XXVI.

(5) Nomenclario de don Francisco de Quiñones.

Alvarez de Toledo, en el canto VII del PUNEN INDÓMITO se estiende mucho en hablar de la nobleza de la alcuernia de Quiñones i los altos hechos de él.—Cuenta que:

“..... en los Gelbes echó el resto.  
“Que puso espanto a Marte i a Belona.  
“I asombro i miedo al turco bravo i fiero  
“El esfuerzo de aqueste caballero.”

Despues de defender con heroismo tres galeras en esa desgraciadísima jornada, gravemente herido fué hecho prisionero por los turcos.

En seguida, hablando de sus muchos servicios como correjidor de Lima, añade:

“Limpíola de ladrones holgazanes  
“Que fué siempre enemigo de ladrones,  
“De mozos perniciosos araganes,  
“Rompedores de poyos i cantones,  
“De inquietos, vagabundos i rufianes,  
“Blasfemos, arrogantes, fanfarrones:  
“Al malo castigaba su malicia,  
“Usando de equidad i de pulicia

“Tambien mostró valor extraordinario  
“En el gobierno de la infantería,  
“Siendo maestro de campo i comisario  
“Jeneral de la gran caballería:  
“I cuando del pirata ingles corsario  
“El virei don Martin nueva tenia.  
“Por jeneral le enviaba con la plata  
“Del rei a Panamá, i contra el pirata.”

brantable; pues tales dotes caracterizaban al personaje de que hablamos. En los momentos en que llegaba a Lima la noticia de la muerte de Loyola, don Francisco de Quiñones ocupaba uno de los mas altos puestos del ejército: era maestre de campo jeneral del Perú i comisario de la caballería (6). Léjos, pues, de ganar viniendo a Chile, iba a tomar a su cargo una comision odiosísima i sumamente delicada i no podia tener en mira sino hacerse de nuevos méritos ante el rei. Tan convencido estaba Quiñones de esto i de su suficiencia para dominar a los rebeldes indíjenas de Chile, que no dudó en ofrecerse él mismo a don Luis de Velasco para venir de gobernador (7), como quien hace jeneroso sacrificio. I el virei creyó lo propio i se apresuró a aceptar el ofrecimiento que tal hombre le hacia de venir « con « su persona i la de don Antonio de Quiñones, su hijo mayor, « criados i amigos » (8).

En verdad, Quiñones fué uno de los hombres de mas importancia que en aquella época vió Chile i el único que, como decimos, creia no recibir favor sino hacerlo i verdadero sacrificio al tomar a su cargo un gobierno tan deseado por otros. « Solo por el riesgo en que (Chile) se hallaba, dice al rei en 20 « de febrero de 1600, determiné venir a reportar la furia i avi- « lantez con que el enemigo deseaba despoblar este reino, como, « sin duda, lo hubiera hecho. »

Para conocer los apuros en que se encontraria el virei cuando le hizo su jenerosa oferta don Francisco de Quiñones, debe tenerse presente que en aquellos dias el Perú se hallaba aflijido por desgracias de todo jénero. El mismo Quiñones resume el estado de las cosas en carta dirigida al rei el 15 de julio de 1599:

« A cuyo reparo (de Chile) i dificultades, con ser naturalmen- « te las mayores que jamas tuvo esta guerra, me puse, conside- « rando las que juntas en un tiempo pusieron al virei el cuida-

---

(6) Carta de don Francisco de Quiñones al rei fecha en Concepcion el 15 de julio de 1599 e informacion comenzada por él mismo el 8 de noviembre de ese año.

(7) Nombramiento de Quiñones.

(8) Id. id.

« do que a cada ocasion sola obligaba a mucho, no siendo las  
« defensas de aquel reino de la disposicion que requería la nece-  
« sidad i peligro de Tierra Firme por el enemigo que se habia  
« alojado en Puerto Rico i el que hubo nueva que habia apare-  
« cido en la costa de Méjico con cinco velas, abriendo nuevo ca-  
« mino i derrota, sin que se pudiera entender en la parte que  
« habia de dar el primer golpe, siendo el de mayor daño en la  
« plata de Vuestra Majestad i particulares que estaba de parti-  
« da. I todos con el recelo que obligaba su peligro i la confusion  
« de alguna jente liviana que en la provincia de las Charcas co-  
« menzó a sembrar malos rumores, i los indios de este reino a  
« sacudir el yugo que del dominio real i sujecion cristiana tan  
« pesado les ha parecido siempre. I habiendo acudido el virei al  
« socorro de Panamá de la manera que lo pidió don Alonso de  
« Sotomayor i al despacho de la plata como convino i a las cen-  
« tellas de Potosí con la sangre de cabezas locas, solo quedaba  
« este reino sin la que le cortaron los indios a su gobernador,  
« alborotando con ella toda la tierra. »

Por estas causas, no disponia el virei de las fuerzas que ha-  
brian sido menester para sofocar la insurreccion de los araucanos.  
Asi se explica el que en las mas premiosas necesidades recurriera a arbitrios, que de otro modo nos parecerian por demas  
mezquinos i dificiles de conciliar con la idea que tenemos del  
poderío i de las riquezas del vireinato del Perú; i solo asi se  
comprende que poco ántes de la muerte de Loyola, en el mismo  
año 1598, el pobre vecindario de Santiago hubiera debido echar  
mano de sus escasos recursos para equipar ciento cincuenta i seis  
hombres, enviados de Lima a Chile en extrema desnudez. Cono-  
ciendo como pocos estas cosas, sabia mui bien don Francisco de  
Quiñones cuán pequeño auxilio debia esperar de don Luis de  
Velasco; pero por poco que esperara, difficilmente habria supues-  
to que el refuerzo destinado a sujetar a los victoriosos araucanos  
apénas alcanzaria al reducidísimo número de cien hombres (9).

---

(9) Todos los cronistas, ménos Rosales, dicen que don Francisco de Qui-

Los muertos en Curalaba pasaban de cincuenta i mas de otros cincuenta habian perecido ya a manos de los indios cuando don Luis Jufre salió de Chile. La mayor parte de esos soldados españoles habian sido oficiales i todos eran hombres tan ejercitados en el manejo de las armas como conocedores del pais. ¿Qué vendria, pues, a hacer el nuevo gobernador con un número de soldados inferior al que los rebeldes habian muerto en los primeros dias de la insurreccion? ¿Cómo pretenderia ni siquiera reemplazar a hombres valientes i avezados en la guerra de Chile con soldados del Perú, esto es, con hombres cuya inferioridad era reconocida i proclamada por cuantos los comparaban con los de Chile o de España?

Don Francisco de Quiñones habia creido necesario traer por lo ménos i miéntras se reunia mayor socorro, trescientos hombres i el virei lo habia facultado para que enganchase ese número; pero, «aunque por su señoría i por el dicho don Francisco de Quiñones i el maese de campo i capitanes que nombró se procuró levantar el dicho número de jente, no se pudo hacer, asi por la poca devocion que todos tenian de ir a aquella tierra como por otros socorros que se han enviado: el que se envió a la ciudad de Panamá i la jente que llevó la armada de Su Majestad, en que fué la plata de su real hacienda i de particulares, para lo que han salido desta ciudad (Lima) en tan poco tiempo mas de 700 hombres. I por lo que convenia la asistencia i presencia del dicho gobernador en aquella tierra, le mandó salir con la jente que se podia levantar » (10). En verdad, tenia mucha razon el virei para pensar que en Chile era

---

ñones trajo un refuerzo de quinientos hombres; Rosales, siempre mejor informado, afirma que llegó con "ciento i treinta hombres, socorro de ropa i municiones." La verdad es la que nosotros apuntamos: "Yo entré en ella (en la tierra de Chile) con cien hombres de socorro," dice Quiñones en su relacion de 18 de febrero de 1600. I no solo el mismo don Francisco repite en otra carta ese aserto, sino tambien el ayuntamiento de Concepcion en un testimonio que el 24 de agosto de 1600 dió para manifiestar cuánto habia hecho este gobernador en favor de la colonia.

(10) Acuerdo tomado en Lima por el virei i su consejo el 18 de junio de 1599.

mas necesaria que los soldados la presencia de un jefe esperto i enérgico, que impidiese la desorganizacion i contuviese los funestísimos efectos del pánico: lo primero era venir; traer jente, solo lo segundo.

A pesar de ser tan corto el refuerzo reunido por Quiñones, casi no pudo traerlo. No habia en el Callao barco alguno del rei capaz de trasportar al gobernador i sus cien soldados, i Quiñones solo encontró uno pequeño, en el cual, segun dice, no cabian con desahogo mas de cincuenta hombres: en él, sin embargo, metió ochenta. Con éstos estaba resuelto a salir cuando « otro navío viejo acertó a estar de partida al mismo viaje » i el gobernador repartió su jente entre los dos (11). Al mando de los soldados venian los capitanes Pedro Fernandez de Olmedo i Domingo de Erazo, enviado que habia sido este último a España por el gobernador Loyola, cuya muerte supo en Lima al volver de la metrópoli.

Con el cargo de capitán i sarjento mayor de la jente del navío tomó parte en la expedicion « el jeneral » don Juan de Cárdenas i Añasco, que habia estado mucho tiempo en Chile i militado en la guerra de Arauco, aunque de ordinario anduviese en el mar. Por fin, lo hemos dicho, venia tambien con Quiñones su hijo mayor don Antonio, al cual lo traia el gobernador sin sueldo alguno (12) i para que adquiriese méritos: le dió en Chile mas de una riesgosa comision, que don Antonio desempeñó lucidamente.

Antes de partir, Quiñones obtuvo doce quintales de pólvora, otros doce de plomo, ocho de cuerdas i cuatro piezas de artillería, provista cada una de cien balas (13). I fué lo único; pues, ni por ser tan pocos sus hombres, consiguió que se les proveyera de lo necesario. Le prometió sí el virei, i era mui sincero en

---

(11) Citada carta de Quiñones al rei fecha de 15 de julio de 1599.

(12) Informacion levantada por don Francisco de Quiñones el 8 de noviembre de 1599 en Concepcion.

(13) Acuerdo del virei i su consejo, de 30 de marzo de 1599.

su promesa, enviar con la mayor brevedad a Chile bastante tropa i cuantos recursos pudiese reunir (14).

Don Francisco debia de haber calculado ya los sacrificios de todo jénero a que tendria que resignarse, i contaba con pedir por ellos al rei de España el correspondiente premio (15). Hizo, pues, de su propio peculio los gastos necesarios, i en proveer convenientemente a los cien hombres empleó mas de cincuenta mil ducados. Jenerosidad de que comenzaron a dar ejemplo las hijas del nuevo gobernador: le ofrecieron « pa-  
« trimonio i dote en semejante ocasion; pues en ello se servia a  
« Dios i a Vuestra Majestad, » dice al rei doña Grimauesa de Mogrovejo al referirle los abnegados hechos de su esposo i de sus hijos (16).

El 12 de mayo de 1599 (17) salieron por fin del Callao los dos barcos que traian a Chile al gobernador i el descado refuerzo, i desde que zarparon el tiempo se les presentó contrario. I tan recio fué el mar, que el barco en que venia Quiñones « a los  
« ocho dias de navegacion rindió los árboles, de manera que no  
« pudo hacer fuerza de velas ni gobernar el timon » (18).

No era éste sino el principio de las desventuras de los navegantes. Mui pronto se desencadenó una furiosa tormenta, « que  
« duró (dice en su declaracion don Juan de Cárdenas i Añasco)  
« cuatro dias con sus noches: la mas tempestuosa que este testi-  
• « go ha visto en todo el tiempo de quince años. »

---

(14) Acuerdo del virei a su consejo, de 18 de junio de 1599.

(15) « En ello se servia a Dios i a Vuestra Majestad, de cuyo poder, por mano de Vuestra Majestad tenia satisfaccion de conseguir mui aventajado premio i favor. » Carta de doña Grimauesa de Mogrovejo al rei, fechada en Lima el 26 de abril de 1600.

(16) Id id. En carta al rei, fechada en Concepcion el 20 de febrero de 1600, dice Quiñones que ha gastado de su propia hacienda mas de cuarenta mil pesos.

(17) Citado acuerdo de 18 de junio de 1599.

(18) Carta de Quiñones al rei, Concepcion i 15 de julio de 1599. De esa carta i principalmente de la informacion comenzada por el mismo don Francisco el 8 de noviembre de ese año, tomamos lo referente a los peligros que corrieron en el mar el gobernador i sus compañeros. La primera pregunta de la informacion versa sobre el viaje a Chile i da muchos pormenores, que todavia mas completos se leen en la respuesta del primer testigo, don Juan de Cárdenas i Añasco.

Fué menester alijerar los barcos i resolverse al dolorosísimo sacrificio de arrojar al mar muchas de las cosas que tan necesarias eran en Chile i que tanto habia costado obtener; pero no bastó, i la tempestad cada vez mas recia infundió pavor hasta a los mas habituados a esponer la vida en semejantes peligros, i llegó momento, dice el mismo testigo, en que « mucha jente de « mar i tierra previnieron tablas i otros remedios para salvarse « en ellos, con estar mas de trescientas leguas dentro de la mar. »

En estas circunstancias, todos los navegantes, incluso los capitanes Fernandez de Olmedo i Erazo i el capellan, se dirijieron a don Juan de Cárdenas i Añasco i le pidieron que obtuviese de Quiñones el « que mudase de ruta e arribase a algun « puerto de sotavento. » Don Francisco respondió con negativa categórica.

Pero, apurando cada vez mas la tempestad i con ella el terror i la desesperacion de los viajeros, se reunieron todos i por escrito presentaron a Quiñones un requerimiento, haciéndole ver el inminente peligro en que se encontraban, la casi imposibilidad de seguir, ántes de reponer las averías de los barcos, el derrotero que debian haber traído i pidiéndole que lo cambiase i salvara asi tantas vidas como estaban a punto de perderse. Mal conocian a Quiñones los que pensaban intimidarlo u obligarlo a cambiar de resolucion: solo consiguieron que airado respondiera que habia recibido órden de llegar a Concepcion, sin pasar a puerto alguno, i que la cumpliria o moriria en la demanda. I para que no quedase esperanzas a los firmantes i quizás para que nadie se sintiera inclinado a olvidar en qué manos se encontraba la autoridad, mandó « al maestre i piloto de la dicha « nao tomase su derrota a esta dicha ciudad de la Concepcion, so « pena de la vida; » despues de lo cual hizo Quiñones un llamado a los sentimientos relijiosos de los navegantes; les recordó los muchos peligros de que el auxilio de Dios los habia librado en otras ocasiones i los animó a confiar en la proteccion del cielo.

Por largos que fuesen los cuatro dias con sus noches que duró la tempestad, al fin pasaron i los ánimos se tranquilizaron un



poco con la vuelta del buen tiempo; pero no por eso dejaba de ser afijente la situacion de los compañeros del gobernador. Se habian reparado los barcos e ignoraban la suerte de los que en el otro venian i ellos mismos se encontraban en una nave pequeña i desarbolada i, segun calcula Quiñones en la citada carta de 15 de julio de 1599, a no ménos de « cuatrocientas leguas de la « costa con tiempos contrarios i jente aflijida, que deseaba reparar trabajos i peligros arribando a cualquier punto. » Despues de muchas penalidades i de padecer « extraordinaria necesidad » llegaron, por fin, al puerto de Talcahuano el 28 de mayo de 1599 (19).

Los navegantes, que habian sido tan perseguidos por la tempestad, la encontraron todavia en tierra cuando hubieron fondeado.

Uno de los testigos de la citada Informacion, Blas Zamorano, refiere que era tal el viento norte, que nadie podia salir ese dia de su casa en Concepcion i a pesar de la ansiedad con que todos aguardaban el deseado refuerzo del Perú i al nuevo gobernador, i apesar de estar viendo que entraba un barco en la bahía, nadie pudo llegar al vecino puerto. Zamorano fué uno de los que quisieron hacerlo i aun montó a caballo para ir allá; pero se vió obligado a abandonar semejante proyecto. Levantóse al otro dia mui de mañana i partió a ver a los recién llegados; i en el camino se encontró con Domingo de Erazo, acompañado de otros muchos que por encargo de Quiñones « venian a « dar trescientos patacones de limosna a los conventos de esta « ciudad, para que los relijiosos ofreciesen sacrificios i diesen « gracias por haberlos escapado de las tormentas que habian « tenido; e (dijeron) que no se desembarcaria su señoría del señor gobernador hasta que se repartiese la dicha limosna. »

---

(19) Cuantos cronistas determinan el dia de la llegada de Quiñones a Chile, dicen que fué el 18 de mayo. Aseguramos nosotros que fué el 28 del mismo mes, apoyados en los siguientes documentos: interrogatorio de Quiñones a Vizcarra; relacion de Quiñones, fechada el 18 de febrero de 1600; i declaracion de cada uno de los numerosos testigos de la citada informacion de 8 de noviembre de 1599.

Volvió con ellos Zamorano i cuando los vió comenzar el reparto del voto en el convento de Santo Domingo, tornó a dar la noticia a Quiñones, que solo entónces puso pié en tierra despues de su peligrosísimo i largo viaje.

---

---

## CAPÍTULO VIII.

### ESTADO DEL REINO A LA LLEGADA DE QUIÑONES.

---

Resúmen hecho por Quiñones de las desgracias de la colonia.—Id. de la miseria del ejército i de los vecinos.—Generoso desprendimiento del nuevo gobernador.—No habia peores soldados que los venidos del Perú.—Los informes de Quiñones.—Aboga en favor de los pobres indios amigos.—Conspiracion de los indios de Santiago i La Serena.—Cuán indefensas estaban estas ciudades.—Lo que pide el procurador de Santiago.—Sacrificios que acababa de hacer la capital.—Los confiesa i agradece el gobernador.—El ejército que pedía Quiñones para pacificar a Chile.—Motivos que debía tener presentes el rei para atender a su pedido.

---

Fácil es imaginarse el contento con que seria recibido Quiñones en Concepcion, ya que, segun opinaban algunos, si hubiera llegado ocho dias mas tarde, habria encontrado destruida la ciudad (1).

Conocemos los males sobrevenidos a la colonia en los últimos cinco meses; no estará de mas, sin embargo, valorar exactamente la falta de recursos con que se halló el nuevo gobernador al llegar a Chile i el estado de los vecinos i moradores de nuestras ciudades. A fin de conseguirlo mejor, cederemos a cada instante la palabra a testigos de vista i comenzaremos por copiar el resúmen que de la sublevacion i victoria de los indíjenas hacia al rei el mismo Quiñones. Podríamos tomarlo de muchas de sus cartas casi en idénticos términos: con los que sigue enca-

---

(1) Declaracion de don Juan de Cárdenas i Añasco en la informacion de 8 de noviembre de 1599.

beza la informacion que mandó levantar el 8 de noviembre de 1599:

«Habiendo (Quifones) llegado a esta ciudad de Concepcion  
« halló a todos los moradores de ella amedrentados del enemigo  
« con las armas en las manos i quemadas las estancias i robadas;  
« la ciudad desproveida de todo jénero de bastimentos; i el fuer-  
« te de Arauco, castellano i soldados de él cercados del enemigo  
« i sin bastimento; i des poblada la ciudad de Santa Cruz i fuerte  
« de Jesus por el licenciado Pedro de Vizcarra, teniente jeneral  
« de este reino i por su jeneral Francisco Jufre; i perdido el  
« fuerte de Biobio del pasaje de la ciudad de Angol; i la dicha  
« ciudad quemada; i los moradores de ella recojidos en dos cua-  
« dras de tierra i cercados del enemigo; i llevados por él los  
« fuertes de Longotoro i Molchen; i pasados a cuchillo los cau-  
« dillos i soldados de ellos; i por el consiguiente quemadas i aso-  
« ladas las ciudades Imperial i Rica i los moradores de ellas  
« hechos fuertes en casas particulares; i cercadas del enemigo las  
« ciudades Valdivia, Osorno i Castro; i alzados i rebelados to-  
« dos los naturales de paz de todas las ciudades de suso referidas  
« i aunados con los de guerra; i muertos en este dicho reino mas  
« de doscientos capitanes i soldados de los mejores i mas grana-  
« dos de él, asi en compañía del gobernador Martin García de  
« Loyola como en la rota del capitan Andres Valiente, correji-  
« dor de La Imperial, i en otras *guazavaras* i recuentros que los  
« españoles habian tenido con los dichos rebelados; i toda la  
« tierra, de esta ciudad para arriba, que son seis ciudades en  
« ciento i mas leguas azoladas i arruinadas, sin fuerzas de espa-  
« ñoles i armas; i jeneralmente todo este reino en el mas misera-  
« ble estado que tuvo desde su principio; i, sobre todo, sin un  
« indio de paz con quien cultivar la tierra, que era el sustento  
« de los moradores de este reino: está perdido.»

Por este cuadro se ve cuán poco lisonjero era el estado a que los indios habian reducido a la colonia; pero, si es posible, se veia aun mas triste i aflictiva la situacion al echar una mirada

al ejército i a los vecinos de las ciudades del norte, únicas que podían considerarse realmente en pié.

«La miseria de toda esta soldadecza, escribe Quiñones al rei (2),  
« como a V. M. por otras relaciones tengo escrito, no sabré en-  
« carecerla; porque unos andan sin zapatos i los mas sin camisas  
« i en jeneral pocos traian vainas en las espadas ni tenían con  
« qué comprarlas. I todo nace de no haber paga situada. I si se  
« hiciese cuenta de lo que se gasta en los socorros de ropa que  
« se traen con lo que se podría gastar en esta paga situada, (no)  
« viene a ser mucha mas cantidad lo que en esto se gastara que  
« lo que se consume en los socorros de ropa, siendo de tan poco  
« fruto los que a los soldados se hacen. I con esta paga descargaré  
« V. M. su real conciencia i se evitarán cien mil cuentos de  
« agravios que en este reino se hacen. I ellos se quejan de que  
« Vuestra Majestad no les paga i asimismo del virei i del que  
« gobierna. I certifico a Vuestra Majestad con la verdad que debo  
« tratar que es con sobra de razon; porque tal miseria i desnudez  
« no entiendo la hai en ninguna parte del mundo como la que  
« estos soldados tienen, i el reino está de suerte que ya no puede  
« suplir ningun jénero de necesidades de estas.»

Para ver de reparar en algo semejante indijencia no solo repartió Quiñones «el poco socorro que trujo por cuenta de Su Majestad» sino tambien renovó sus sacrificios personales i dió a los soldados «toda la ropa de su recámara i mas de diez mil pesos de ropa de Castilla que trajo para el gasto de su casa i criados.» I, a pesar de esos jenerosos sacrificios, las necesidades del ejército no disminuyeron sino en mui pequeña parte (3).

Casi no es menester decirlo: quien tales sacrificios hacia no tuvo ni pensamiento de cobrar «el poco salario que Su Majestad le tiene señalado, antes sustenta su casa a su propia costa con «el gasto i lustre que es notorio» (4), dice el gobernador interi-

---

(2) Relacion de 18 de febrero de 1600.

(3) Pregunta 6ª de la informacion de 8 de noviembre de 1599.

(4) Id., pregunta 9ª

no. El tal rasgo, sin tomar otra cosa en cuenta, manifiesta, a juicio nuestro, cuán distinto personaje de los otros gobernadores de Chile era don Francisco de Quiñones.

De la desnudez i pobreza de los soldados resultaban males gravísimos a la colonia en las numerosas deserciones i en los muchos que se pasaban al enemigo. A fin de minorar estos últimos inconvenientes, Quiñones pedía al rei que mandase tropas de España i no del Perú; porque como es tierra tan abundante i iéntran en una de tanta miseria procuran luego huirse, como lo hacen, i otros se van con los indios de guerra; i, a la cuenta que aquí tengo, son mas de sesenta mestizos, españoles i mulattos los que andan con sus arcabuces entre los indios, i como ladrones de casa dan aviso de nuestras flaquezas, que no son pocas» (5).

Segun hemos dicho, estaba mui léjos de librarse ciudad alguna de la miseria jeneral, i cada año encontramos nuevos documentos i nuevos datos que nos manifiestan la suma pobreza de aquella época tan aciaga:

«Hasta los propios vecinos i moradores es menester vestir i socorrerlos, dice el mismo Quiñones (6), i es tan extrema la pobreza de este reino que muchas mujeres i doncellas principales de beneméritos no salen a la iglesia por no tener manto ni con qué cubrir su desnudez; i no por defecto de la tierra, que es mui rica i fértil i la mejor de las Indias, sino por los daños i continuos gastos de la guerra, que ha consumido i acabado las vidas i haciendas de entrambas repúblicas de españoles i naturales.»

La situación tan escepcional en que estaba don Francisco de Quiñones, primero i único gobernador de Chile que en nada apreciaba su destino, que miraba su estadía aquí casi como un destierro i que solo habia venido por servir al rei i obtener despues el premio, le daba completa independencia para informar

---

(5) Relacion de 18 de febrero de 1600.

(6) Carta al rei, de 20 de febrero de 1600.

al monarca acerca de las necesidades del reino i de los medios de satisfacerlas: «En todas las relaciones, esclama una de las  
« muchas veces que repite este pensamiento, que he dado a Vues-  
« tra Majestad i que daré el poco tiempo que aquí estuviere, no  
« soi mas interesado que de una pura verdad, i mi venida a este  
« reino no ha sido con mas pretencion de solo servir a Dios i a  
« Vuestra Majestad i sin perjuicio de tercero avisar lo que fuere  
« verdad» (7).

I por lo mismo que tenia completa independencia i que su caracter i sus antecedentes daban tanta autoridad a sus palabras, los informes que enviaba a la corte debian ser mas apreciados i atendidos que los que de ordinario llegaban allá. De ella hubieron de felicitarse los desgraciados vecinos de las ciudades de Chile, hablando de los cuales dice al rei que ni con mucho pagaria la deuda que hacia ellos tenia, contraida la corona si les mandara millon i medio de ducados.

Del propio modo clama contra la injusticia de obligar a los indios amigos del norte, que durante tanto tiempo se han mostrado súbditos fieles, a ir a combatir a los rebeldes del sur. A consecuencia de eso no tenian ni podian tener doctrinas arregladas donde se les instruyera en las cosas de la fe. I tratando despues del servicio personal se espresa como sigue: «Asimismo  
« hai en este reino un servicio personal que es de tal suerte que  
« los indios de paz, que están dados a personas particulares, tie-  
« nen el dominio sobre ellos que yo puedo tener sobre un esclavo, porque los oficiales trabajan para sus amos, llevándoles el  
« jornal i apremiándoles a las demas cosas de servidumbre como  
« a esclavos. Yo tengo de esto tanto escrúpulo que me obliga a  
« dar a Vuestra Majestad aviso de ello, que es de donde ha de  
« manar el remedio» (8).

Semejantes palabras, verdaderamente estrañas en labios de un gobernador de Chile, eco, de ordinario, de los intereses i pasio-

---

(7) Relacion de 18 de febrero de 1600.

(8) Id. id.

nes de los encomenderos, honran sobremanera a Quiñones i justifican la frase, no esenta, al parecer, de soberbia, que en la misma carta dirige al rei, cuando le pide que cuánto ántes nombre otro gobernador en su reemplazo: «Por otras he suplicado a « Vuestra Majestad se sirva de mandar proveer este oficio; i « cuando de mi venida a él no resultare otro efecto que la relacion » i verdadero aviso de sus cosas, merecen las mías que Vuestra « Majestad las honre i favorezca.»

Estas cosas, la miseria tan grande de los españoles que los tenia hasta sin armas, las exacciones de que los indíjenas eran víctimas, el ejemplo de los del sur i el entusiasmo que sus victorias habian despertado entre todos los naturales de Chile, eran poderosísimos incitantes a la revuelta. I, si hemos de creer lo que nos aseguran muchos documentos, fueron causa de que se formase una conspiracion jeneral en el norte del reino, conforme a la cual habian de sublevarse los indios de las comarcas de Santiago i La Serena, atacar i destruir estas ciudades i consumir de ese modo la ruina de la dominacion española (9). La llegada tan oportuna de Quiñones con refuerzos vino a impedir, segun se asegura, el que se llevara a cabo la conspiracion (10).

Imposible es averiguar hoy si realmente los ya tan escasos i humillados indíjenas de Santiago sintieron por un momento hervir su sangre de antiguos guerreros i se propusieron, en union con los de La Serena, tomar de nuevo las armas con que en otras ocasiones habian combatido a los dominadores de su patria. Es imposible saber si fué efectivo tal pensamiento o solo existió en la mente de los españoles que dieron valor a circunstancias insignificantes i se imaginaron lo que no habia. De todos modos, si la conjuracion no existió, los indios dejaron escapar la ocasion mas oportuna i favorable. I hemos de confesar que ha-

---

(9) Se habla de esto proyecto de sub'evacion en las cartas de Quiñones fechas a 15 de julio de 1599 i a 20 de febrero de 1600, en la declaracion de Vizcarra i en la peticion que la ciudad de Santiago hace al gobernador de Chile el 4 de enero de 1600.

(10) Id. id.



bia sobrado motivo para que los españoles se asustasen i viesan fantasmas por las razones ántes apuntadas, a las cuales se debe agregar el que se habian sacado para la guerra casi todos los hombres capaces de cargar armas de Santiago i La Serena.

Véase cómo se espresa sobre esto el procurador jeneral dirijiéndose al gobernador del reino, meses despues de los sucesos que vamos refiriendo i cuando la noticia de la destruccion de Valdivia renovaba con sobrado fundamento los temores de los vecinos de la capital:

«Con cuyo suceso (la toma de Valdivia) es mui evidente que  
« el enemigo ha cobrado mayor avilantez i ánimo que nunca  
« para intentar graves daños hasta acabar de destruir a las de-  
« mas ciudades que están en pié. I como tambien tiene inteli-  
« jencia de las fuerzas de cada una para acudir a la ofensa de la  
« mas importante i flaca, sabe que la dicha ciudad de Santiago  
« es la principal de todas i que con el apercebimiento de jente  
« que se hizo este verano quedó indefensa i en notorio peligro de  
« perderse, por no haber en la dicha ciudad treinta hombres de  
« provecho que puedan subir a caballo para la defensa de ella  
« ni veinte arcabuces i cotas, siendo mas de tres mil los indios  
« beliches de su comarca, repartidos en las estancias, chacaras i  
« haciendas i en el servicio de las casas. Los cuales i los propios  
« naturales tienen hechas las ceremonias e ritos ordinarios de  
« alzamientos para azolar la dicha ciudad, como lo averiguó el  
« licenciado Francisco Pastene, teniéndola a cargo despues de la  
« muerte del dicho Martin García de Loyola, en el primer castigo  
« que sobre ello se hizo en el valle de Quillota, donde averiguó  
« la conjuracion que llaman *de la cabeza*, que entre ellos es el  
« homenaje i conjuracion de guerra a fuego i sangre. I para su  
« ejecucion solo aguardan la ocasion que se ofreciese mas apro-  
« pósito de descuido o alguna desgracia i ruina tan notable como  
« la de Valdivia, i especialmente habiendo salido toda la jente  
« a pié i de provecho de la dicha ciudad, dejándola sola i sin  
« defensa, siendo su sitio i traza tan estendido que conforme a  
« ello requeria quinientos hombres. I por ser las fuerzas que

«Vuestra Señoría tiene tan cortas para ningún efecto i la dicha ciudad de Santiago la principal del reino i su fundamento i cabeza, conviene que Vuestra Señoría la mande reparar i defender, porque de sola su conservación pende el poder sustentarse la posesion desta tierra hasta que Su Majestad i el señor visorrey del Perú la socorran con fuerza suficiente, como Vuestra Señoría diversas veces con verdadera relacion les ha dado cuenta i lo tiene pedido» (11).

El mismo documento hace extensivas estas reflexiones a La Serena, que se encontraba en idénticas circunstancias con la capital i concluye pidiendo a Quiñones que, pues la ausencia de los vecinos, llevados para la guerra, es la causa principal del estado en que se hallan, mande que «por mar i tierra vuelvan al reparo i defensa de las dichas ciudades el número que fuese suficiente, ántes que los dichos indios conjurados ejecuten su determinacion i mal intento de arruinar la cabeza i principal fundamento de este reino.»

A esta peticion se unieron en una solicitud al gobernador los vecinos de Santiago que militaban a las órdenes de Quiñones (12).

---

(11) Peticion que la ciudad de Santiago hace al gobernador de Chile el 6 de enero de 1600.

(12) He aquí ese documento, que nos da los nombres de los vecinos de Santiago que estaban en el campo del gobernador:

«Nos, los vecinos i moradores de la ciudad de Santiago, que al presente nos hallamos militando en esta frontera de la Concepcion en compañía del señor gobernador don Francisco de Quiñones, por lo que a nosotros i al bien jeneral de la dicha ciudad i su conservacion i defensa toca, aprobamos i confirmamos lo que en esta peticion i escrito pide Domingo de Erazo, procurador jeneral de este reino, en nombre de la dicha ciudad de Santiago, por ser lo susodicho lo que al servicio de Su Majestad i defensa de la dicha ciudad conviene, como cabeza i la mas principal i necesaria del reino, i lo firmamos de nuestros nombres.—Don Luis Jufre.—Luis de las Cuevas.—Don Francisco de Zúñiga.—Martin de Zamora.—Alonso de Córdoba.—Don Juan de Quiroga.—Don Pedro Ordoñez Delgadillo.—Tomas de Olavarría.—Pedro Guajardo.—Andrés de Fuenzalida Guzman.—Jerónimo de Guzman.—Juan Ortiz de Cárdenas.—Rodrigo de Araya.—Jerónimo Zapata de Mayorga.—Don Antonio Morales.—Don Juan de Rivadeneira.—Gregorio Serrano.—Juan de Mendoza.—Hernando Álvarez de Toledo.—Don Diego Bravo de Saravia.—El licenciado Francisco Páez.—Pedro Cortés.—García Gutiérrez Flores.—Francisco de Rivera Figueroa.—Don Manuel de Carvajal.—Diego Sánchez de la Cerda.—Francisco Hernandez de Herrera.—Francisco Bravo.—Don Pedro de la Barrera Chacon.—Don Francisco Ponce de León.—Francisco Hernandez.—Francisco de Soto.—Don Gonzalo de los Rios.—Francisco Hernandez Laucha.—Juan Hurtado.»

Perfectamente conocía éste la deplorable situación de Santiago i La Serena; pero tales eran i tan urgentes las necesidades jenerales del reino i la escasez de soldados, que, conociéndolas, no había trépido al llegar a Chile en exigir a aquellos pobres vecindarios un sacrificio mas, sacrificio que habría jugado imposible quien nó supiese su inagotable jenerosidad: habia comisionado al maestro de campo don Luis Jufré para que llevase a Concepcion los soldados que esas ciudades pudiesen nuevamente proporcionar i ellas a fuerza de heroismo suministraron ciento treinta hombres de armas. Quiñones, que apreciaba debidamente tales hechos, recibió con la debida consideracion la súplica que se le presentó en audiencia pública i, al proveerla, declaró que, a pesar de los grandísimos apuros i del apretado cerco de las ciudades australes i de tener «ménos de ciento i cincuenta hombres de provecho para acudir a tantas obligaciones» estaba pronto a socorrer como pudiese a Santiago i La Serena, aunque para obrar así él tuviera que «encerrarse en las casas fuertes de «San Francisco de esta ciudad» (Concepcion).

I parado el pánico de esos momentos, continuó reconociendo la justicia de las quejas de los vecinos de las ciudades del norte i procurando aliviarles su suerte: no olvidó nunca la jenerosidad con que habian acudido a su llamamiento ni desatendió las súplicas que, bien lo sabia, no tenían mas fin que proveer a aquellas heróicas ciudades de los hombres mas indispensables para su seguridad.

Cuando Quiñones habla de esto al rei, el 18 de febrero de 1600, en la carta que nos ha dado los datos que acabamos de apuntar, insiste en que tanto para la defensa de Chile como para que concluyan «los agravios i molestias que a los vecinos i moradores de este reino se hacen,» es menester que se envíen de España «mil hombres bien armados i que traigan todas sus cosas, porque el traerlas es una de las cosas de mas momento, a las cuales se les podia señalar una paga suficiente, que a mí parecer bastaria doce pesos corrientes de a nueve reales cada mes. I con los mil hombres i la jente que aquí hai se podrian

« hacer dos campos i con la paga que digo seria causa de que la « jente asistiese con voluntad.» Este refuerzo de mil hombres lo considera Quifiones en diversos lugares de su correspondencia suficiente para terminar la guerra i habla tambien repetidas veces de su plan de formar con ellos dos campos (13) « divididos « conforme a la disposicion de la tierra, que la divide una cordillera i sierra inespugnable de montañas i quebradas. I cuando un campo solo entrase en la tierra llana de la una parte de « esta sierra, los indios se pasarían a la otra, juntándose todos « con la seguridad i aspereza de ella a hacer los daños, que tan « larga experiencia ha mostrado, consumiendo sin provecho tanta « hacienda i vasallos como a Vuestra Majestad ha costado esta « guerra, por no haber metido de una vez dos campos suficientes « por entrambas vertientes de la cordillera, que en la una caen « los Estados de Arauco i Tucapel i en la otra las provincias de « Mareguano i Puren con los términos de la ciudad de Angol i « camino real de La Imperial. I podían sujetar al enemigo sin « dejarle otro recurso a donde acudir fuera de la obediencia de « Vuestra Majestad.»

Pero por mui necesario que Quifiones juzgara el refuerzo de los mil hombres, estaba resuelto, si de cualquier modo tenia desahogo, a no aguardarlo para « enviar a sus casas los ciento i « treinta hombres que tengo de Santiago i Coquimbo; que no es « justo retenellos mas por el mucho daño que sus haciendas i « casas reciben » (14).

I para mejor manifestar el inminente peligro en que se halla la colonia, recuerda al rei que « pasan de sesenta mil indios « los que están de guerra i en tres juntas hai en campo mas de « veinticinco mil i entre ellos diez o doce mil de a caballo i la « tierra que del todo está alzada i declarada son veinte i cien « leguas » (15). ¿Cómo dominar tan tremenda sublevacion cuando

---

(13) Cartas de 18 i 20 de febrero de 1600. El aparte que copiamos en el texto pertenece a la última.

(14) Carta de 18 de febrero de 1600.

(15) Id. id.

do «para cualquier reparo a que se desease acudir no podria,  
«dice, sacar conmigo cuarenta hombres sin dejar el pueblo  
«(Concepcion) en notable peligro de perderse contra un enemigo  
«que donde quiera puede juntar dos mil picas i caballos, tan  
«valientes i diestros como los mejores españoles?» (16).

«Si Vuestra Majestad no le ayuda (a Chile) a levantar presto  
«con su poderosa mano, ha de perecer sin remedio, porque en  
«cien leguas de tierra poblada no ha quedado de paz tan solo  
«un indio» (17). Ademas, el rei i sus ministros por la honra de  
España i la seguridad de América no podrian consentir en «la  
«perdicion de un reino tan importante i principal, llave de to-  
«das las Indias, con la ocasion tan grave para remover la invi-  
«dia i los ánimos de todos los naturales a la imitacion de los  
«sucesos desta tierra» (18).

Insistiendo nuevamente en los mil hombres, que tan suficien-  
tes parecian a Quiñones como escasos habian de ser juzgados  
despues por los otros gobernadores, llegaba hasta señalar el ca-  
mino por donde habian de venir: «despues que entré en este  
«gobierno me enteré del viaje mas cómodo que podrian traer i  
«es por Buenos Aires; porque esta comunicacion está ya tan  
«abierta i de suerte que andan gran cantidad de carretas por  
«ella; i asi por donde conviene que esta jente venga es por este  
«camino. I de esto estoi mui enterado» (19).

---

(16) Carta de Quiñones al rei, de 15 de julio de 1599.

En la pregunta 5ª de la informacion de 8 de noviembre de 1599 se ase-  
gura tambien que el enemigo «cada vez que quiere echa mas de mil hon-  
«bres de a caballo i tres i quatro de a pié i toda la jente mui diestra i de  
«mucho esperiencia en la guerra.»

(17) Carta de 20 de febrero de 1600.

(18) Id. id.

(19) Id. id. Casi con las mismas palabras habia pedido esto en su carta  
de 15 de julio de 1599.



---

## CAPÍTULO IX.

### QUIÑONES ENVÍA SOCORROS A ARAUCO I LA IMPERIAL.

---

Quíñones no comparte el gusto que a todos infundió su llegada.—Lo único que cree poder hacer.—Sitian a Arauco los indios.—Envía socorro Quíñones al mando de Cárdenas i Añasco.—Estratagemas que emplea para facilitar la entrada de ese socorro.—El último esfuerzo de los sitiados; audacia de Pedro Rodríguez Villa Gutiérrez.—Encuentra los barcos de Añasco.—Consigue entrar éste a la plaza.—Retíranse los sitiadores.—Refuerzos que llegan del Perú i de Santiago.—El mensajero de La Imperial.—Envía allí Quíñones a Pedro de Recalde.—Frústrase la expedición.—Envía el gobernador otro barco, que debía llegar a Valdivia.

---

Aunque bien pocas fuerzas acompañaban a Quíñones, la presencia de éste llevó no escaso aliento a los desgraciados habitantes de Concepción: después de tanto tiempo que se reunían para dormir en el convento de San Francisco, convertido por las necesidades de la guerra en fortaleza, pudieron en fin habitar tranquilos de día i de noche en sus casas (1).

Don Francisco de Quíñones se complacía mucho en los buenos efectos de su llegada i procuraba animar mas i mas a los soldados i a los vecinos, amillanados con tantas desgracias; pero no se forjaba ilusión alguna i conocía claramente su impotencia para emprender ataque serio contra los indíjenas victoriosos, mientras solo dispusiera de tan miserables fuerzas. A dondequiera que volviese los ojos no divisaba sino necesidades i necesida-

---

(1) Citada información de 8 de noviembre de 1599: declaración de Pedro Fernández de Olmedo.

des premiosas. ¿Qué haria no pudiendo remediarras todas? ¿A cuál acudir?

No estuvo mucho tiempo indeciso: lo único que juzgó posible, i al par una de las cosas mas importantes, era socorrer a Arauco, reducida ya a solo el fuerte i próxima a sucumbir al sin-número de indíjenas que la sitiaban. Nadie ponía en duda la necesidad de mantener esa plaza, i el hambre habia llegado en ella a tal extremo, que obligaba a los sitiados a comer « rocines i cue-ros i adargas e celadas, que las cocian » (2).

Se calculaba en mas de tres mil el número de los indíjenas (3) que sitiaban a Arauco i era preciso fuerza respetable para romper el cerco e introducir los víveres i demas socorros que se enviasen. El gobernador comisionó para que dirijiera la expedicion al mismo don Juan de Cárdenas i Afiasco, que acababa de venir con él al mando de la jente de mar; i le dió ochenta españoles i otros tantos indios amigos (4) para que la llevara a cabo. No era, sin duda, gran número; pero sí mas de lo que se podia exigir a Quiñones que, para darlos sin peligro de Concepcion, o mas bien para precaver a los habitantes de esta ciudad contra el peligro en que quedaron, se vió obligado a convertir de nuevo en fortaleza « el convento de San Francisco con alguna palizada i artillería » (5). Buena parte de las municiones i de la ropa traídas del Perú por Quiñones fué mandada a Arauco, lo mismo que gran cantidad de leña i animales, lo cual se llevó en « un navío de la armada i tres barcos de cerco » (6). Para que repartiase el socorro se comisionó al proveedor don Francisco Flores de Valdez, que era al propio tiempo escribano pú-

---

(2) Id. declaracion del "jeneral" don Juan de Cárdenas i Afiasco.

(3) Es el número que calculan casi todos los testigos de la mencionada informacion.

(4) La pregunta de la citada informacion i las respuestas concernientes a ella, que nos dan los pormenores relativos a la expedicion en auxilio de Arauco, no mencionan el número de indíjenas que iban en ella. Roales, que a don Juan de Cárdenas i Afiasco, lo llama don Juan de Anasco, dice que eran ochenta. Le tomamos este dato.

(5) Citada carta de Quiñones al rei, fecha 15 de julio de 1599.

(6) Informacion de 8 de noviembre de 1599.



blico i secretario del cabildo de Concepcion (7); Quiñones le ordenó que comenzase la reparticion por el mas pobre (8).

A fin de facilitar el éxito de la expedicion de Cárdenas, el gobernador reunió cuantos hombres pudo, salió a algunas correrías por los alrededores i en una de ellas hizo que pasara el Biobio un corto número de soldados, los cuales destruyeron i arrasaron rancherías i sementeras i apresaron cerca de cuarenta mujeres i niños. Efectuó esta diversion cuando calculó que solo faltaban uno o dos dias para que Cárdenas llegase a Arauco, con el objeto de que, sabiendo los araucanos la noticia del ataque dirigido contra sus casas, sus bienes i sus familias, acudiesen en su defensa e hicieran mas fácil el socorro de la plaza sitiada con la disminucion de los sitiadores. La estratagemata de Quiñones surtió el deseado efecto: muchos indios dejaron el asedio para ir contra el enemigo que estaba ya tranquilo i resguardado en Concepcion (9).

Miéntas tanto, Cárdenas i Afiasco llegaba a Arauco i llegaba a tiempo que los sitiados echaban mano del último arbitrio para proporcionarse auxilios i ponerse en comunicacion con los del norte. Habian construido « un barquillo con dos tablas » i, burlando la vijilancia de los indios, lograron que saliera en él « a la ventura » un hombre audaz, llamado Pedro Rodriguez Villa Gutierrez. Felizmente Rodriguez divisó mui pronto los barcos mandados por Cárdenas i consiguió llegar a ellos. Llevaba cartas para el gobernador en las que angustiosamente se le pedia socorro: segun dijo el mensajero, a lo sumo podia resistir Arauco diez o doce dias mas.

Llegó Cárdenas al puerto, desembarcó, dejando en las naves la jente necesaria para defenderlas de un golpe de mano, i con el grueso de la fuerza presentó batalla i dispersó a los araucanos, matándoles algunos guerreros, i entró a la plaza las provi-

---

(7) Id.: declaracion de Blas Zamorano.

(8) Id., pregunta 4ª

(9) Id., id. 8ª

siones que para ella llevaba i que iban a salvar la vida i a dar fuerzas a los que ya se veian en la última estreñidad.

Don Juan de Cárdenas i Añasco permaneció un mes en Arauco, haciendo corridas por los alrededores i proporcionando escoltas para que con toda seguridad se proveyera la plaza de leña i yerba: en una palabra, Arauco, que estaba a punto de parecer, quedó, gracias al oportuno auxilio enviado por don Francisco de Quifiones, perfectamente abastecido i pertrechado para mas de seis meses (10).

Los indijenas, que no acostumbraban mantener largos sitios, levantaron éste con tanto mayor razon quanto que, mientras la guarnicion de la plaza estaba bien provista i no habia esperanzas de que se rindiera por hambre, ellos habian perdido en el combate a su principal jefe, muerto de un balazo por el soldado Gonzalo Rubio.

Concluida tan felizmente su comision, Cárdenas, conforme a las órdenes del gobernador, designó a don Lope Rui de Gamboa por castellano de Arauco, pues al bizarro jefe Miguel de Silva le pensaba dar Quifiones otra ocupacion (11) i volvió con las naves a Penco.

Don Francisco de Quifiones, al recibir la noticia del buen éxito de la expedicion de don Juan de Cárdenas, pudo creer que no seria esa la única felicidad con que inaugurara su gobierno: muy luego comenzaron a llegarle refuerzos, que lo sacaron a él i sacaron a Concepcion del apuradísimo estado en que se encontraban.

En cumplimiento de sus promesas, cavió el virei varias partidas de tropas. Fué la primera de ciento cincuenta hombres a las órdenes de don José de Rivera (12), la que llegó a Valpa-

---

(10) Todos los datos apuntados los tomamos de la mencionada informacion.

(11) Citados "Borradores de una relacion de la guerra de Chile."

(12) Relacion de Quifiones al rei, fecha 18 de febrero de 1600.

Rosales, único cronista que habla del refuerzo traído por Rivera, dice equivocadamente que era de ciento ochenta hombres.

raiso en setiembre de 1599 (13) i a Concepcion, en dos compañías, una, la ménos numerosa, al mando del capitán don Lope de Valenzuela, i la otra, mandada por el capitán don José de Rivera, a mediados de diciembre del mencionado año (14).

Es probable que en los mismos dias o poco despues llegase a Concepcion el maestre de campo don Luis Jufre con los ciento treinta soldados que, como hemos visto, representaban el supremo i heróico sacrificio con que los vecinos de Santiago i La Serena respondian a la peticion de Quiñones (15).

Si el gobernador olvidó sus apuros con estos refuerzos, los acontecimientos se encargaron mui pronto de traérselos a la memoria.

Lo primero fué el arribo a Concepcion de un barco construido por los desgraciados habitantes de La Imperial i mandado por el audaz capitán don Pedro de Escobar Ibacache, quien pedia con suma instancia socorros para aquella ciudad (16); i tal

---

(13) Citada relacion de 18 de febrero de 1600.

(14) En la informacion de 8 de noviembre, varios testigos dicen que el gobernador no ha podido partir en socorro de las ciudades del sur por no haber llegado a Concepcion don José de Rivera. El primer testigo, don Juan de Cárdenas, añade que solo ha llegado la partida que llevó el capitán don Lope de Valenzuela; el 25 del mismo mes, dice Quiñones al virrei: "Don Jusepe no ha llegado a esta ciudad por haber arribado con una tempestad a Santiago. Estará de aquí a tres o cuatro dias." En fin, para seguir paso a paso este refuerzo en su viaje, volvamos a citar la informacion mandada levantar por Quiñones el 8 de noviembre: demoró mas de un mes en terminarse, de manera que el penúltimo testigo, el capitán don Antonio de Avendaño, declara el 9 de diciembre, i a propósito de este refuerzo dice que aun no entraba en Concepcion el capitán don José de Rivera con su jente; pero que desde "cuatro o cinco dias llegó cerca de aquí."

(15) Relacion de 18 de febrero de 1600. En ella menciona Quiñones el refuerzo de ciento treinta hombres llevado de Santiago i La Serena por don Luis Jufre; pero no expresa la fecha en que llegó.

(16) Carta de Quiñones al rei, fecha a 29 de noviembre de 1599—Alvarez de Toledo, PUNTA INDÓMITO, cant. XX.—Lo mismo encontramos i con mas minuciosidad en un expediente de "Filiacion, probanza i ejecutoria de la nobleza de don Pedro de Escobar Ibacache," seguido en 1624 i que posee entre sus papeles de familia el señor presbítero don Juan Escobar Palma, a cuya antigua i cordal amistad debemos este dato. Dice así: "Estando pereciendo la ciudad Imperial de el dicho reino con continúos cercos i hambre, tomaron por útimo remedio los de ella hacer un barquillo de árboles frutales i mandaron al dicho maestre de campo don Pedro de Escobar Ibacache se embarcase en él con nueve soldados i su marinero piloto ni él haber puesto piés en mar en su vida, i sin mas provision que yerbas agua, i que descubriese la barra, cosa que en tiempo de la

debió de pintar la situación en que se encontraba, que Quiñones consiguió que « en pocas horas » se aprestasen para partir « el navío del capitán Pedro de Recalde i otros barcos pequeños » con los alimentos que fué posible reunir i los despachó « con órden de que entrasen primero los barcos i tanteasen i mirasen « la boca del río i puerto para ver si podia entrar el navío. »

Al leer la minuciosidad con que Quiñones refiere al rei, en carta de 25 de noviembre de 1599, las precauciones que, según sus órdenes, debían tomar los barcos para entrar a La Imperial i acostumbrados ya a la serie de desgracias que llovían sobre la colonia, sería de creer que el navío de Pedro de Recalde se hubiese perdido por falta de prudencia i que Quiñones quisiese mostrar que no caía sobre él la responsabilidad de ese siniestro. No hubo ni cosa parecida; pero no por eso tuvieron que felicitarse de la expedición los desgraciados habitantes de La Imperial.

Apénas se hizo la flotilla a la vela, el mar i los vientos le fueron tan adversos, que despues de muchos días de esfuerzos inútiles, « los barcos se volvieron al puerto » de Concepción, i Recalde pasó con su navío a la isla de Santa María, donde entonces acostumbraban ir los buques a refrescar las tripulaciones.

Por ahora dejemos ahí a Recalde, que mas a la larga hemos de referir en capítulos siguientes las aventuras que le sucedieron en esa isla.

Cuando don Francisco de Quiñones vió llegar a Concepción los pequeños barcos que en compañía del navío de Recalde habia enviado con socorro a La Imperial, i supo que la expedición se habia frustrado, solo pensó en despachar otra; pues las noticias recibidas le mostraban la necesidad estrema de aquella plaza i no queria el enérgico anciano que, por falta de diligencia, fue-

---

“ mas sosegada paz no habian podido hacer pilotos. Día del señor San Francisco, a 4 de octubre, con grandísimo riesgo así de el mar como de los enemigos que de las riberas de el río les combatian lo que podian, se arrojó por la barra el dicho maese de campo i salió por ella, habiendo estado ya casi perdidos, i trajo aviso al gobernador don Francisco de Quiñones del aprieto en que estaba la dicha ciudad. ”

ra a ser destruida durante su gobierno por los enemigos la mas importante posesion austral de Chile. I tanto le urjía enviar pronto el auxilio, que ni siquiera esperó el navío de Recalde, por mas que en él viniese la mayor parte de los víveres i pertrechos, que con dificultad habia reunido para ausiliar a La Imperial.

En verdad, si, como veremos, hubiese aguardado la vuelta de Recalde, no habria partido de Concepcion el deseado socorro: ¿habria, sin embargo, perdido con ello La Imperial? Parece que una fatalidad estraña se oponia a que los habitantes de aquella ciudad fuesen socorridos, por mas esfuerzos que hiciera Quiñones.

Temiendo éste que se frustrara otra vez el envío de las naves, les señaló nuevo rumbo: « despachó un navío i un barco con vi-  
« tuallas i alguna jente, » dando órden de que fueran a Valdivia, dedonde debian seguir por tierra a La Imperial (17). La espedicion, que iba al mando de don Pedro de Escobar Ibacache (18), llegó al puerto de Valdivia; pero lo que allí supo le impidió pensar siquiera en seguir su viaje a La Imperial.

---

(17) Testimonio dado por la ciudad de Concepcion a favor de Quiñones el 24 de agosto de 1600.

(18) Alvarez de Toledo, canto XX, del PUNEN INDÓMITO i agrega:

“ Que fueron a don Pedro acompañando  
“ Frai Juan Tobar, García de Alvarado  
“ I el padre frai Gregorio de Mercado.”

A don Pedro de Escobar Ibacache lo nombra Alvarez de Toledo en ésta i otra ocasion don Pedro de Ibacache.

---



---

## CAPITULO X.

### INCENDIO DE CHILLAN.

---

Bumores de conspiraciones de los indios.—Avísase a Quiñones que Millachine se ha retirado de Chillan para favorecer a los rebeldes.—¿Es cierta o nó esta noticia?—Version de los españoles.—Version de los indios.—Lo que parece probable en cada una de estas versiones.—Proyecto de sublevarion de los amigos de Millachine en Chillan.—Precauciones que ordena el gobernador.—No las cumple Jufre.—El amanecer del 18 de setiembre.—Incendio de Chillan.—Muertos i cautivos —Doña Leonor de la Corte.—Ruinas de Chillan.—Segundo asalto de Chillan: es rechazado por los españoles.—Pedro Cortes i don Antonio de Quiñones mandan diversas expediciones contra los indios.

---

Desde el principio lo único a que aspiró Quiñones, segun dice al rei en carta de 15 de julio de 1599, fué mantener las posesiones que aun quedaban en pié, es decir, sencillamente defenderse. I eso continuó siendo el máximo de sus deseos, aun despues de haber recibido los refuerzos mencionados en el capítulo anterior: para tomar la ofensiva, el gobernador creia indispensables los mil soldados que tantas veces ha pedido al rei que mande de España.

La situacion parecia haber, sin duda, mejorado notablemente: los caciques de las cercanías de Concepcion habian ofrecido la paz, i Quiñones ántes de aceptarla, los habia obligado a reedificar las estancias que acababan de destruir (1), i esos mismos indíjenas acudian tranquilos a sus obligaciones antiguas i aun a sacar oro de las minas de Quilacoya (2); pero el gobernador era

---

(1) Carta de Quiñones al rei, fecha 15 de julio de 1599.

(2) Id. id.

demasiado prudente para confiar en amistades cuya lealtad i constancia estaban en razon. directa de la pujanza de los españoles. I si hubiera querido olvidarlo, mui amenudo le habrian refrescado el recuerdo los rumores, fundados unas veces i otras infundados, de conspiraciones fraguadas por los indíjenas, hoi en los términos de Santiago i la Serena, mañana en los de Chillan o Concepcion.

Justamente alarmado por tales peligros en medio de su escasez de recursos, supo un dia que varios caciques de los alrededores de Chillan, i entre ellos Millachine, famoso por su valor i por su influencia, se habian retirado a la espesura de los bosques. Esta noticia la daba el capitán Diego Serrano Magaña, correjidor de Chillan, el cual creia urgente tomar medidas enérgicas, pues divisaba en la fuga de los caciques el principio de la sublevacion.

¿Era cierta la noticia i fundado el temor?

Indíjenas i españoles daban a esta pregunta respuestas mui diferentes.

Para saber la de los últimos nos basta copiar a Rosales:

«Fué ocasion esto para que se le imputase (a Millachine o Millachife, como lo llama ese historiador en el capítulo XIII del libro V, que vamos citando) que se habia mudado para «dar entrada a las juntas del enemigo i tener allí mas secreta «comunicacion con él, i fué causa para que el gobernador le «mandase maloquear a él i a los de su comarca, como a enemigos encubiertos. Salió a ello el correjidor Diego Serrano «Magaña con cincuenta caballos i, hallando aquella jente en la «montaña, la prendió i llevó a la ciudad de Chillan. Pero «receloso el gobernador de que la culpa no mereciese tan riguroso castigo, envió al capitán Alonso Cid Maldonado a que «examinase bien i justificase la maloca. I cuando llegó ya estaba «hecha i halló variedad de opiniones en su justificacion. I no «habiendo hecho ninguna hostilidad hasta entónces, se debia «tener por neutral i hacer dilijencias para asegurarla ántes de «hacer la guerra.



«Fué preso en esta maloca el cacique Millachife, lo cual cau-  
«só grandísimo sentimiento en todos sus parientes i hicieron un  
«parlamento, saliendo de él determinados a tomar la venganza.  
«I así, dentro de un mes i aunque el gobernador dió libertad a  
«toda esta jente, movido de la poca justificacion que halló para su  
«cautiverio, como tenian la espina atravesada en el corazon, hi-  
«cieron una junta para ñar en la ciudad de Chillan que habia  
«sido la causa, juramentándose de no desistir de su intento has-  
«ta lavar sus manos en la sangre de los vecinos en las mismas  
«pilas del bautismo.»

Esta esplicacion no justifica, sin duda, a los españoles; pero seria defensa si se la compara con la que daban los indios cinco años mas tarde (3). Decian éstos que los pacíficos habitantes de Yumbel, reducidos la mayor parte en los alrededores del fuerte de Santa Lucía, aunque soportaban muchísimos vejámenes de parte de los españoles, no pensaban en sublevarse, cuando Diego Serrano Magaña (4) ideó una trama infernal contra ellos. Hizo correr la voz de que se preparaba una gran *maloca* contra las reguas o tribus rebeldes de las cercanías i citó para que tomaran parte en ella a todos los indios amigos; i éstos acudieron al lugar de la reunion sin recelo ni concierto, cada cual por su lado i a distinta hora. A medida que iban llegando, Serrano les hacia atar las manos a la espalda i poner en lugar seguro. De este modo logró apresar cerca de cien hombres «i otras muchas piezas,» ántes que los demas conocieran la celada. Entre los presos se contaban el cacique Millachine i sus cuatro hermanos, todos los cuales habian dado repetidas pruebas de fidelidad. Asegurados los pri-

---

(3) Autos de las paces i perdon jeneral dados por Alonso García Ramon en 1605.

(4) Se lee que Diego Serrano Magaña era correjidor de Chillan en la época a que nos referimos, tanto en Rosales como en la relacion hecha al rei sobre el estado en que encontró Rivera el reino i publicada en el segundo volumen de documentos de Gay. Alvarez de Toledo en el canto XIV del PUREN INDÓMITO, añade que Serrano era yerno de Francisco Jufre i que éste al tomar el mando como teniente jeneral, le dió el puesto de correjidor de Chillan, que entónces ocupaba el capitán Nicolas Corra,

“Soldado v.ejo, práctico i de tomo,  
“De mas de treinta cursos en la guerra.”

sioneros, avisó Serrano a Quifiones que se preparaba una revuelta, pidió i obtuvo permiso para hacer una corrida, salió a ella i volvió con los prisioneros, tomados, según decia, con las armas en las manos; los cuales fueron vendidos como esclavos, al mismo tiempo que su infame apresador era premiado por Quifiones. Llena de indignacion, toda la provincia resolvió levantarse i vengar la injuria recibida.

Tales son las diferentes versiones con que españoles e indíjenas referian los sucesos. ¿Quiénes decian la verdad? Probablemente ninguno la decia completa.

Por lo que hace a los españoles, evidentemente su relato es falso. No es creible que se tomasen por la autoridad tantas precauciones i que se hicieran tantas averiguaciones en favor de los indios, si no hubiese sucedido algo semejante a lo que éstos refieren. Demasiado sabemos cómo se acostumbraba tratar a esos infelices i cuánto se aplaudian las medidas mas crueles i rigurosas, para no ver, por entre la division de los pareceres sobre la justicia de la corrida i en la reprobacion que llegó a hacerse de la conducta de Diego Serrano Magaña, que éste daría a los indíjenas fundadísimos i escepcionales motivos de queja.

Por otra parte, tambien parece evidente que los caciques inculminados dejaron sus habitaciones de los alrededores de Chillan para favorecer intentos de ataques; que si ellos no habian formado, a lo ménos conocian i no querian frustrar ni estorbar.

Como la conspiracion, caso de ser efectiva, podia tomar grandes proporciones, el gobernador no creyó prudente confiar a otro el esclarecimiento del asunto; i así, luego que Diego Serrano prendió a los indios, dió orden para que le llevaran los principales caciques i los interrogó por sí mismo. Los reos confesaron que se habian separado del lugar que ántes ocupaban a fin de dejar paso espedito a los caciques que iban a atacar a Chillan, a los cuales, por otra parte, no podian resistir ni habian querido auxiliar (5).

---

(5) Si hemos de juzgar por la relacion que de este suceso hace Alvarez de Toledo en el lugar citado, los españoles estaban convencidos de la in-

Quifiones lo comunicó inmediatamente a Francisco Jufre, que mandaba en Chillan, i le ordenó repetidas veces que tomara diversas medidas de precaucion, entre las cuales le indicaba concluir el fuerte, no dejar nunca que los caballos de la tropa paciesen fuera de la ciudad espuestos a una sorpresa del enemigo, sino dentro de los muros i atados, no tolerar que con pretesto alguno saliesen del pueblo los soldados ni aun a las estancias de los alrededores, miéntras no dismuyera el peligro que entónces parecia tan amenazador (6). Probablemente el mal proceder de Diego Serrano Magaña era mas conocido en Chillan que en Concepcion i, por lo mismo, se creia ménos en la conspiracion de que hablaban los caciques prisioneros en sus declaraciones: a eso, sin duda, debe atribuirse el que las órdenes de Quifiones no fuesen obedecidas ni tomadas las precauciones que él prescribió: con licencia del comandante Jufre i del mismo correjidor Serrano salieron muchos soldados a atender los trabajos de sus

---

cencia del cacique Millachine. Añade aun circunstancias mas favorables a los indjenas que las que esponian éstos en el documento a que nos hemos referido.

El capitán Serrano, despues de cometer, segun Alvarez de Toledo, toda clase de crueldades contra los indios de los alrededores de Chillan, puso presos a los caciques principales, i, entre ellos, a don Juan Millachine (Millachine lo llama el autor de Puren Indómito). En estas circunstancias llegó a Chillan Francisco Jufre con la jente de la despoblada Santa Cruz, mandó poner en libertad a los prisioneros i agasajó en su propia casa a Millachine.

Va éste a sus tierras, donde su cuñado Navalande le insta a que se subleve. No teniendo fuerzas para resistir a las de su cuñado, vuelve a Chillan i pide a Jufre que le señale a él i a su jente un lugar para fortificarse, bajo el amparo de las fuerzas españolas. Viene en ello Jufre i comisiona a Diego Serrano para que escoja el lugar.

A algunos dias despues de todo esto, va a Concepcion Diego Serrano a saludar al nuevo gobernador, lo engaña con supuestas conspiraciones de los indios de Chillan i le arranca orden de prision contra Millachine i demas denunciados por él.

De regreso a Chillan, busca a Millachine, lo convida para salir juntos contra Navalande i los dos convienen en reunirse la siguiente mañana. A medida que los indios van llegando al lugar de la cita, Serrano los va aprisionando. En seguida reúne el ganado, la ropa i enauto aquéllos poseian i lo pone en lugar seguro i a los prisioneros los marca i los vende como esclavos.

(6) El 6 de diciembre de 1599, Quifiones hizo declarar a Jufre que habia recibido de él estas órdenes de palabra i por escrito. La declaracion nos suministra las particularidades que vamos apuntando.

estancias (7), el fuerte no se concluyó i los caballos continuaron, como ántes, pasciendo libremente en el campo.

La situacion de Chillan i su importancia para mantener las comunicaciones entre Santiago i Concepcion eran causa de que de ordinario hubiese allí una fuerte guarnicion, fuerte, por lo ménos, con relacion a la escasez de recursos de la colonia. Así, en los dias a que nos venimos refiriendo, Chillan tenia cien soldados para su defensa (8): número tan importante de tropa debió de contribuir no poco a la incredulidad con que se recibió la noticia de la conjuracion i del asalto que le aguardaba.

Por desgracia para la colonia, los anuncios eran ciertos i el asalto se verificó.

En la madrugada del 13 de setiembre, dos horas ántes de amanecer, despertó Chillan al pavoroso estruendo de los alaridos con que dos mil indios (9) procuraban aumentar el terror de los españoles, a quienes sorprendian en indisculpable descuido. Parapetados en las fortificaciones i en las casas, los cien soldados españoles habrian resistido i rechazado en cualquiera otra circunstancia a los asaltantes; pero la sorpresa dió a éstos gran superioridad i las llamas del incendio, por ellos puesto a las pajizas habitaciones i propagadas con rapidez, concluyeron de esparcir

---

(7) Citada declaracion. En ella se afirma que por órden de Quiñones no habian salido de Chillan mas soldados que el capitán Nicolas Cerra, José de Castro i el alcaide Diego Arias, a los cuales tenia presos en Concepcion.

(8) Los citados AUTOS de las paces dicen que habia en Chillan "al pié de cien soldados" en setiembre de 1599, i Quiñones, en carta al rei de 18 de febrero de 1600, cree necesario dejar de guarnicion en Chillan noventa hombres.

(9) "Habrá cuatro meses," decia Quiñones en la citada carta de 18 de febrero de 1600, que dos mil indios, dos horas ántes que amaneciese dieron sobre Chillan." Esto nos haria afirmar que el asalto fué a mediados de octubre, si no viéramos, por lo que en ella se refiere, que la larga relacion firmada el 18 de febrero ha sido escrita poco a poco, casi como diario minucioso. Así, por ejemplo, en un aparte manifestaba Quiñones vivos deseos de que llegase el refuerzo que debia traer don Gabriel de Castilla i en otro posterior refiere su llegada. En la incertidumbre en que los documentos nos dejan, seguimos a Rosales, que asigna el 13 de setiembre como el dia del ataque. Pero si lo seguimos en la fecha, nó así respecto al número de los asaltantes, que, segun él, fueron cuatrocientos. Aceptamos el que da Quiñones; pues no nos parece creible que solo cuatrocientos indios asalta en una poblacion en que habia cien soldados españoles.

el pánico, que en tales casos es la derrota segura. Los que pudieron, se refugiaron en el centro de la ciudad, dejando lo restante abandonado a la voracidad de las llamas, i a los habitantes que no alcanzaron a seguirles en poder de los enemigos.

Casi todas las casas de Chillan i el convento de la Merced, que eran de paja, desaparecieron en aquella aciaga noche.

Reunidos, al fin, los españoles en el fuerte, lograron oponer séria resistencia a los asaltantes que, satisfechos con su victoria, esparciéndose por los campos, « hicieron cuanto quisieron, llevándose los ganados, abrazando las estancias i cautivando los yacimientos » (10).

Esa noche Chillan perdió cuarenta i tantos españoles: siete muertos, de los cuales solo podemos designar al vicario comendador de la Merced, i los demas cautivos, en la mayor parte mujeres, lo que hacia mas lamentable la situacion de ellas i la de los que las habian perdido (11). Felizmente casi todos los cauti-

---

(10) Rosales, lugar citado.

(11) La muerte del vicario comendador de la Merced consta de varias declaraciones de una informacion hecha en Santiago en agosto de 1600 por órden de Alonso García Ramon. Para los demas pormenores, nos hemos apoyado, entre otros, en los siguientes documentos:

El 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al rei: " Los indios, tomando la jente de aquella ciudad (Chillan) con algun descuido les quemaron las mas casas de pajas i el monasterio de la Merced que tambien lo era i prendieron un fraile lego que en él habia, el cual se huyó i se vino a Angol, donde está; prendieron i mataron cosa de treinta i cuatro personas, segun tengo relacion, i de estas se han rescatado las de mas momento." Por su parte, los indijenas dicen en los AUTOS de las paces que los asaltantes " se llevaron todas las mujeres, que muy pocas escaparon, i mataron muchos españoles i sacerdotes, pegando fuego a la ciudad toda."

En la informacion sobre el estado de Chile, levantada en Santiago a peticion del procurador de ciudad el 2 de setiembre de 1600, se asegura que en el asalto de Chillan los indios, " sin la jente que mataron, cautivaron e prendieron otras cuarenta ánimas, pocas mas o ménos, de las cuales se sirven en el mayor cautiverio que se puede imaginar, trayéndolos desnudos i descalzos, rotos e hambrientos e maltratados en todo jénero de servicios."

Alonso García Ramon dice al rei en carta de 17 de octubre de 1600: " Los indios tomaron tanta avilantés que vinieron sobre la (ciudad) de San Bartolomé de Gambia, la cual abrazaron de noche, matando tres soldados i cuatro mujeres, llevándose otras treinta i tres i muchos niños cautivos i frailes reparándose la demas jente en el fuerte que habia."

Por fin, en el PARECER que el mismo García Ramon da a Alonso de Rivera el 18 de febrero de 1601 dice que el enemigo " abrazó la ciudad de Chillan, llevándose della mas de cuarenta mujeres i niños captivos, de los cuales, por la misericordia de Dios se han rescatado casi todos."

Alvarez de Toledo nombra tambien entre los muertos a un clérigo Sali-

vos fueron rescatados en los primeros meses que siguieron a su cautiverio, según sabemos, no solo por Quiñones (12), naturalmente inclinado a disminuir las desgracias acaecidas durante su gobierno, sino también por el nada sospechoso testimonio de Alonso García Ramon (13).

Los *Borradores de una relación de la guerra de Chile*, ya citados, refieren que entre estas cautivas hubo una respetada i honrada escepcionalmente por los indios: « Dígase, observa, en honor del hacer bien que, entre algunas personas que en esta ocasión cautivaron, fué una señora principal, llamada doña Leonor de la Corte, que por salvar sus hijos quedó ella en poder de los enemigos; que, con hacer a los demás mal tratamiento, al fin como bárbaros, conociendo a esta señora i que en el tiempo de la paz los agazajaba i acariciaba, tuvieron este reconocimiento: que en los días que estuvo cautiva no solo no la maltrataron, pero la regalaron i sirvieron i le dejaron todas las criadas que la servían en su casa. I cuando se rescató la acompañaron todos los caciques hasta el lugar del contrato: « ¡tanto puede el hacer bien, aunque sea a bárbaros! »

Quiñones, apenas supo la ruina de Chillan, se apresuró a enviar a los vecinos de esa ciudad cuantos recursos pudo reunir, la mayor parte sacados de su propio peculio (14).

---

nas. Añade que al día siguiente de la destrucción de Chillan llegó a ella el capitán Tomas de Olavarría con veinte hombres que llevaba de Santiago. No pudieron salir en persecución de los indios hasta veintiseis horas después de la retirada de éstos. Dieron muerte a siete indios i libraron una cautiva, llamada doña Bernardina de Toledo; pero no se atrevieron a seguir sino hasta donde en ese día pudieron llegar.

(12) En su carta al rei, fechada a 25 de noviembre de 1599, don Francisco de Quiñones dice a este respecto: "De las mujeres i personas que en la ciudad de Chillan tomaron, ha sido Dios servido sean rescatadas todas, si no tres o cuatro i estas de bien poca consideracion i en toda esta semana me han prometido se rescatarán."

(13) Véase el aparte del PARECER de 18 de febrero de 1601, citado en la nota 11.

(14) Alvarez de Toledo, lugar citado:

"Mas con la caridad i amor piadoso  
" De que su alma estuvo guarnecida,  
" Envió luego un número copioso  
" De ropa a la ciudad desguarnecida,

Mas de un año despues del incendio, Chillan, segun afirma un testigo de vista, estaba reducido a « una porcion de fuerte « mal reparado i estendido. Es de dos tapias de alto i la dicha » tapia bardada por encima de la grandeza de dos cuadras i tie- « ne cuatro traveses mui pequeños en medio de las cortinas, sin « ningun foso. I por de dentro tiene las casas arrimadas a la pro- « pia muralla, sin distancia ninguna para poderlas rondar ni de- « fender, ni troneras sino las de los cubos. I la propia caida (que) « tiene por de dentro, tiene por de fuera, sin mas prevencion pa- « ra la defensa; que ha sido milagro de Dios sustentarse, asi por « la mala disposicion para defendello como por el descuido en « que viveu los de dentro » (15).

Para concluir con lo que mira a Chillan durante el corto go- bierno de don Francisco de Quiñones, añadiremos que a media- dos de enero de 1600 volvieron a atacarlo los indios. En esta vez eran tres mil los asaltantes i se prometian, en vista de su número, concluir con el fuerte a que la antigua ciudad habia quedado re- ducida. De nuevo dieron el asalto favorecidos por las tinieblas de la noche; pero los defensores de Chillan habian pagado dema- siado caro el descuido para que los centinelas se volviesen a dormir. Dada la voz de alarma, resistieron con tanto mayor fa- cilidad, cuanto, por una parte, se encontraban reunidos en el fuerte, i, por otra, eran aun mas numerosos que en la anterior ocasion: ciento sesenta soldados formaban casi un ejército en aquellos dias de amargo recuerdo para la colonia. Los mandaba

- 
- “ Con órden que 'a parta un relijioso  
“ A la jente que mas quedó perdida,  
“ De manera que a toda jente alcance  
“ Conforme a lo perdido en aquel trance.  
“ Pero lo que envió fué tan bastante  
“ De su casa el magnánimo Quiñones  
“ Que le dieron a cada militante  
“ Dos camisas, javon, capa i valones,  
“ Sayo, medias, sombrero i lo restante  
“ Aforro, tafetan, seda i botones,  
“ I a todas las señoras de la tropa  
“ Chapines, tocas, manto, saya i rropa.”

(15) Citada relacion sobre el estado en que Alonso de Rivera encontró a Chile.

el maestre de campo Miguel de Silva, a quien don Francisco de Quiñones habia traído de Arauco para confiarle este cargo, i, como segundo, el correjidor Diego Serrano (16).

Cuando con la luz del día pudieron los españoles salir del fuerte, atacaron al enemigo, lo pusieron fácilmente en fuga, le mataron mas de cien hombres i presenciaron la muerte de muchos otros, que se arrojaron al río i perecieron ahogados (17).

Este hecho de armas fué de grandísima consideracion en aquellas circunstancias i con razon sobrada decia Quiñones, en el documento que acabamos de citar, que « si allí sucediera la menor desgracia del mundo, se habria alzado hasta Santiago. »

Para aprovechar la victoria, el gobernador mandó a Pedro Cortes, a la cabeza de sesenta hombres de caballería, a que, recorriendo las riberas del Itata, cortara las comidas a los rebeldes, los atemorizara i les impidiese volver a reunirse en otra de esas juntas que tan en peligro habian puesto al reino. Como siempre, Cortes cumplió honrosamente la comision recibida i volvió victorioso al gobernador (18).

No fué el único escarmiento; pues algunos días ántes, habiéndose notado en la provincia de Rere diversos síntomas de revuelta, díchose que los indios fraguaban una conspiracion i preparaban una gran junta, i sabídose casi al mismo tiempo que ya habian comenzado a reunirse, habia enviado Quiñones a su hijo don Antonio a dispersar a los que se hubieran juntado i a castigarlos. Partió don Antonio a la cabeza de ciento treinta buenos soldados i « obró con tal valentía que deshizo la junta i no

---

(16) Id. id. i "Borradores de una relacion de la guerra de Chile."

(17) Relacion de Quiñones, fechada el 18 de febrero de 1600. De ella tomamos los datos acerca del segundo ataque de Chillan.

Los citados "Borradores etc." refieren que, habiendo salido Miguel de Silva a una maloca, se vió precisado a retirarse a la ciudad i fué perseguido por los indios, que en la noche dieron sobre ella, quemaron a San Francisco i fueron rechazados "con harto trabajo." Hemos creído muy preferible el testimonio de Quiñones; pues los "Borradores" suelen ser inexactos.

(18) Relacion de Quiñones.



« dejó casa que no quemase, ni sembrado que no talase de los de « Rere i Cuyunco » (19).

Estos castigos eran, sin duda, una felicidad para la colonia; porque daban ánimo a los amilanados guerreros i algo contenían el ímpetu de los indios; pero el escarmiento solo surtía efecto en unas cuantas tribus i por poco tiempo. Las otras continuaban sus ataques i las mismas que eran derrotadas hoi, cobraban nuevos ánimos mañana al ver que en resumidas cuentas, aun derrotadas, habían quedado señoras del campo. Las de los alrededores de Chillan, con mirar los humeantes escombros de la antigua ciudad, conocerían que las armas españolas iban siendo cada día mas impotentes.

---

(19) Rosales, lugar citado.



---

## CAPÍTULO XI.

### RUINA DE VALDIVIA.

---

Importancia de la ciudad de Valdivia.—Ventajas que sus defensores obtuvieron sobre los indios.—Imprudente confianza que esos triunfos produjeron.—Lo que eran para los españoles los indios de paz.—Denúnciase al teniente Peres un próximo ataque de los indios.—Precauciones que toma.—Llega Gomez Romero i desprecia los avisos recibidos.—Sorpresa i asalto de Valdivia en la noche del 24 de noviembre.—Destruccion completa de la ciudad.—Muerte de mas de cien soldados españoles; cautiverio de mas de cuatrocientos niños i mujeres.—Llega a las ruinas de Valdivia el coronel del Campo.—Consigue rescatar a sus dos hijos.—Don Pedro de Escobar Ibañeche resuelve volverse a Concepcion a dar aviso a Quiñones de lo ocurrido.—Impresion que causa la noticia.

---

En todos los documentos de la época vemos que la ciudad de Valdivia era considerada una de las principales del sur. Para creerlo así tenían en vista, fuera de la prosperidad que habia alcanzado i de la riqueza relativamente grande de sus vecinos, que por ahí iban de ordinario los socorros a las otras ciudades australes i que su hermosísimo puerto habia de ser el abrigo mas codiciado por piratas i corsarios para sus naves. Perdida Valdivia era sumamente difícil socorrer a las otras ciudades; si los indios llegaban a apoderarse de ese puerto podia temerse que pronto se convirtiera en apeadero de corsarios, los cuales ocasionarian a España incalculables males en el Pacífico.

No es de extrañar, pues, que Valdivia tuviera en esos dias los mejores i mas bien armadas tropas de Chile (1) i que pasase de

---

(1) Peticion que al gobernador hace la ciudad de Santiago el 4 de enero de 1600. Véase el aparte citado mas abajo en la nota 3.

ciento cincuenta el número de los soldados que la defendían contra los indíjenas (2). Esta fuerza i la ciudad estaban a cargo del capitán Gomez Romero (3) i ocupaba el puesto de sarjento mayor o segundo jefe don Alonso de Valenzuela (4).

Durante algun tiempo resistieron los defensores de Valdivia con fortuna los ataques de los enemigos i especialmente el 4 de noviembre de 1599 obtuvieron una ventaja mui notable: los indios habian creído sorprenderlos en esa noche i concluir con la ciudad, i fueron, al contrario, despedazados (5).

Esto i diversas correrías, en que dispersaron i maltrataron a los rebeldes (6), infundieron en los soldados españoles imprudente confianza: llegaron a despreciar por completo a los enemigos. En verdad, casi no comprendemos ahora cómo podian abrigar tales sentimientos los que estaban palpando la audacia i la pujanza del indíjena en el terrible estado a que su sublevación habia reducido a Chile. Pero el hombre se habitúa al peligro como a todo lo demás i habituado i despreciando al enemi-

---

(2) En la nota 11 se verá por qué avaluamos en mas de ciento los guerreros muertos en Valdivia. A ellos deben agregarse treinta soldados que, como tambien veremos, salvaron por estar fuera de la ciudad, los pocos que lograron huir i los prisioneros: quedamos, parece, cortos en asignar a Valdivia ciento cincuenta defensores.

(3) Petición de la ciudad de Santiago al gobernador, de 4 de enero de 1600: "Ha tenido ocasion el enemigo para intentar nuevos daños así en San Bartolomé de Gamboa como últimamente a 24 de noviembre del año próximo pasado arruinando la ciudad de Valdivia, con tan notable desgracia de muertes i prision de mas de cuatrocientas personas, por el descuido i mal gobierno del capitán Gomez Romero que la tenía a cargo con mui suficiente fuerza de la mejor jente de este reino, artillería, armas i municiones."

Alvarez de Toledo, Puren Indómito, canto X, dice que Vizcarra habia mandado como maestro de campo de todo el sur a Gomez Romero i como sarjento mayor al capitán Valenzuela, con orden de ir en socorro de La Imperial; pero que Gomez Romero, servado por los pacíficos en Valdivia, no cumplió con la obligacion de acudir a La Imperial.

(4) Algunos cronistas llaman a este oficial Francisco de Valenzuela. Seguimos al dominicano frai Baltazar Verdugo de la Vega, que en una probanza de méritos hecha ante Talaverano Gallego el 1º de febrero de 1607, lo llama don Alonso de Valenzuela.

(5) En la relacion de estos triunfos parciales seguimos a la jeneralidad de los cronistas.

(6) Alvarez de Toledo, canto XVII del Puren Indómito, dice que en una de esas correrías Gomez Romero estableció un fuerte en los llanos i dejó en él al capitán Gonzalo Hernandez con cuarenta soldados.

go, deja de tomar contra él las mismas precauciones que hasta entónces le han servido para vencerlo.

Así sucedió a los defensores de Valdivia i bien cafo pagó Chile tan imprudente confianza.

Los españoles hacian pesar terriblemente su dominacion sobre los naturales, reduciéndoles a la especie de esclavitud que se llamaba servicio personal obligatorio; pero, en cambio, tenian dentro de las ciudades i de las casas tantos espías casi cuantos eran los encomendados. Perfectamente conocian esto: « Son tan grandes traidores los indios de paz, dice Alonso de Rivera, que ningún secreto hai en nuestra tierra que no se lo digan (a los de guerra) i enseñen con el dedo, como que son ladrones de casa: « destas (traiciones) se dejan de castigar porque seria menester « ahorcar a casi todos los indios de la frontera i aun a muchos « de la tierra adentro i espantallos que se vuelvan a levantar, « que segun los tratos que tienen con los enemigos i cada dia se « descubren, es menester un español para cada indio i todo esto « se les sufre porque al fin son de mucha importancia » (7).

Debe suponerse que este mal era mayor en una plaza rodeada de enemigos como Valdivia i cuando todo el reino estaba en rebelion. Habia, sin embargo, algunos yanaconas fieles i ellos dieron parte a diversos guerreros de que se tramaba una conspiracion para apoderarse de la ciudad, pasar a cuchillo a los soldados i destruir a Valdivia hasta los cimientos. Cuando esto se descubrió estaba Gomez Romero en las inmediaciones de Osorno, i en Valdivia mandaba, en calidad de teniente, el capitán Andres Perez.

No despreció Perez lo que oia, hizo indagaciones i descubrió sin gran trabajo que los indios conspiraban realmente i que tenian el proyecto de apoderarse de Valdivia. Dió muerte en el acto a los que resultaron mas culpados i se ocupó en fortificar la ciudad, cerrando con gruesos maderos las entradas de las ca-

---

(7) Carta de Alonso de Rivera al rei, fecha en Arauco el 13 de abril de 1604.

lles i escojiendo como punto central i guarneciendo especialmente el convento de San Francisco, trasformado asi en fortaleza. En seguida envió un mensajero a Gomez para ponerlo al corriente de acontecimientos de tanta gravedad.

Volvió a Valdivia Gomez Romero i pensó de manera muy distinta. Despreció los temores de Andres Perez i deshizo los parapetos i las fortificaciones que éste habia hecho (8). Por mas que se empeñó en ello, no logró Perez que el maestre de campo diera importancia a su parecer, i desesperando de obtener cosa alguna en pro de la seguridad del pueblo, se ocupó en salvar a los únicos sobre que mandaba en absoluto, a los miembros de su familia, a los cuales hizo embarcar en un buque; pues habia tres, pertenecientes a otros tantos comerciantes llamados, Villarroel, Gallano (9) i Diego de Rojas, anclados en la bahía, los cuales, despues de los trájicos sucesos que vamos a referir, se fueron el primero al Perú, i los otros dos a Valparaiso. Algunas familias que, como Perez, prestaron fe a los denuncios siguieron el ejemplo de aquel i fueron tambien a refugiarse en los barcos (10). Tal es, a lo ménos, lo que refieren los cronistas, i debemos convenir en que, si asi pasaron las cosas, hasta los mismos que recomendaban la prudencia se olvidaron de ella en la

---

(8) Carvallo i Goyeneche, dice que fué el sarjento mayor quien dió crédito a la conspiracion i procuró salvar la ciudad. Hemos visto que el sarjento mayor se llamaba don Alonso de Valenzuela; pero no ponemos este nombre, porque seguimos en esta parte a Alvarez de Toledo, lugar citado, que es quien mas pormenores suministra en el particular. Debemos, pues, suponer que o ya no era sarjento mayor Valenzuela o Gomez Romero no lo habia dejado al mando de la ciudad durante su ausencia.

(9) Antolin Saez Gallano llama Alvarez de Toledo al dueño de uno de los barcos.

(10) Córdoba i Figueroa i Carvallo i Goyeneche son los que mas hablan del criminal descuido de comandante de Valdivia. Ello concuerda con el relato de Alvarez de Toledo i con diversos documentos: "al descuido i mal gobierno" de Gomez Romero se refiere el aparte citado en la nota 3; el 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al rei: "Habian dado caza de cuatro mil indios sobre ellos i, tomándolos con mas descuido de lo que fuere justo, les pasaron a cuchillo, perdiendo gran cantidad de mujeres i criaturas;" Francisco del Campo, en su citado informe, dice a Quiñones: "Pensaron tomarlos [los indios a los defensores de Osorno] como tomaron a los de Valdivia, en sus casas."

Al fijar el número de asaltantes, varian los cronistas entre tres i cinco m. i. seguimos a Quiñones, documento citado en la nota precedente.

noche del 24 de noviembre, designada por los indíjenas para el grande asalto de la ciudad de Valdivia; pues los defensores dormían tranquilos en sus respectivas casas i probablemente te dormían tambien o fueron sorprendidos los centinelas, ya que los indios, que eran como cuatro mil (11), pudieron entrar a la ciudad i tomar los puntos que deseaban, ántes que persona alguna diera la voz de alarma. Los mismos asaltantes la dieron, cuando llegó el momento oportuno, con sus alaridos de combate, que tan terrible efecto debían de producir en los que por ellos eran despertados. Salieron de sus casas con precipitacion i mal armados los soldados españoles i cada uno se encontró con numerosos enemigos que le hicieron imposible la menor resistencia. Aquello, mas que encarnizado combate, fué carnicería, la mas grande que los indíjenas chilenos habían hecho en sus conquistadores: no libró capitán ni soldado de cuantos se encontraban esa noche en Valdivia, si esceptuamos el corto número de los que en medio de las tinieblas pudieron escaparse al ojo ejercitado del indio i llegar a las naves, i éstos, segun se refiere en los *Borradores de una relacion de la guerra de Chile*, fueron tres o cuatro solamente (12).

---

(11) Casi todos los cronistas dicen que los indios iban capitaneados por Pelantaro i Paillamaco; pero Alvarez de Toledo, en el canto XVIII del *PURRA INDÓMITO*, asegura que iba mandados por Callanman, negro de Pelantaro i que el alma de la expedicion fué el español Jerónimo Bello, que en La Imperial se habia pasado a los indios.

(12) "Solo se escaparon algunos pocos hombres i mujeres, que se echaron al navío que estaba surto en el dicho rio junto a las casas, por ser el rio tan bueno que los navios echan plancha de ellos a tierra" [Parecer de Antonio de Avendaño, dado a Alonso de Rivera en febrero de 1601.]

Alvarez de Toledo, entre los salvados, fuera de varas i mujeres, cita a los capitanes San Juan i Buitrago, que, heridos consiguieron llegar nadando a los barcos, i al teniente Andrés Pérez, librado por una india cuando iba a ser asesinado en una de las orfias de los vencedores. Pasó varios dias oculto en unos pantanos i salvó casi milagrosamente a pesar de sus muchas heridas. Si esto es efectivo i si Pérez llegó a contar los sucesos anteriores a la ruina de Valdivia, no sería muy imparcial que digamos la version que le atribuye a él la mayor parte en la prevision i prudencia.

Tambien dice Alvarez de Toledo que salvaron en una embarcacion el padre frai Antonio de Viveros [a] i los otros religiosos de San Francisco:

---

(a) En la tan citada relacion que algunos religiosos de Valdivia habían dirigido al gobernador de Chile, encontramos la firma de "Frai Antonio de Riveros" i no Viveros, como lo llama Alvarez de Toledo.

De todas las tropas que estaban a las órdenes del imprudente i desgraciado Gomez Romero, solo libraron treinta hombres, que, al mando del capitán Gaspar Viera, habian quedado cerca de Osorno, en uno de los fuertes del llamado valle de Valdivia (13): a eso debieron su salvacion.

En la horrenda noche del 24 de noviembre murieron en Valdivia, a manos de los asaltantes, mas de cien guerreros españoles i fueron reducidos a esclavitud mas de cuatrocientas personas, casi todas mujeres i niños (14). Se entiende que hablamos solo

---

no serian ellos mas de uno o dos, si hemos de conformar éste con los otros datos ya apuntados.

Entre los muertos cita Córdoba i Figueras, refiriéndose a las crónicas de la orden de la Merced, al comendador frai Luis de la Peña i diez i seis religiosos mercenarios Estrafio i mucho nos parece que en Valdivia hubiera ese número de religiosos en un solo convento.

(13) Citado informe de Francisco del Campo.

(14) Entre otros documentos, la peticion de la ciudad de Santiago, de 4 de enero de ese mismo año, asigna, la fecha de la destruccion de Valdivia.

Todos los documentos están conformes en decir que subieron de cuatrocientos los cautivos llevados por los indíjenas.

En cuanto al número de muertos, hai variedad de opiniones. Citemos las principales i demos el fundamento de la que adoptamos.

En la informacion mandada levantar en Santiago el 2 de setiembre de 1600 sobre el estado de la colonia en la primera pregunta se lee. "Que en la ciudad de Valdivia cuando la asolaron que demas de ciento cuarenta "hombres que en ella mataron, prendieron i cautivaron mas de cuatrocientas ánimas, entre mujeres, doncellas i niños."

Poco mas o ménos dice lo mismo Alonso García Ramon en carta al rei fechada en Santiago el 17 de octubre de 1600: "Diez los indios una noche en la ciudad de Valdivia, puerto de mar, la cual destruyeron hasta "los cimientos, quemando iglesias e imágenes, sin que quedase cosa en pié "i mataron ciento cincuenta soldados, frailes i clérigos i llevaron cautivas "mas de cuatrocientas mujeres i niños, de los cuales se sirven con la mayor crueldad que se pueda imaginar."

En contra de estos testimonios que elevan como a ciento cincuenta el número de los soldados muertos, hai otros mas numerosos i no ménos importantes que lo reducen a poco mas de ciento a los cuales seguimos:

Respondiendo a la citada pregunta de la informacion de 2 de setiembre de 1600, dice el canónigo tesorero Calderon: "En la [ciudad] de Valdivia "ha oido decir que mataron al pié de cien hombres, antes mas que ménos, "vecinos e capitanes i soldados viejos al tiempo que la destruyeron i asolaron, i llevaron asimismo mas de cuatrocientas ánimas sin las que se "rengataron, así viejas, casadas, doncellas e todo jénero de espáñoles; en "la cual destruccion e destruccion ha oido decir este que declara cómo los "enemigos quemaron los templos con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía e quemando los crucifijos e haciendo pedazos las imágenes que en "ellos habia por oprobio que de ellas hacen los enemigos e mandando los "sacerdotes, frai es i clérigos: todo lo cual sabe de personas que se hallaron "en la asolacion de la dicha ciudad de Valdivia, que se escaparon de la "dicha destruccion i están en esta ciudad."

Alonso de Rivera, en el ya citado resumen de 25 de febrero de 1602, dan-



de cautivos españoles, pues los indios amigos que cayeron prisioneros debieron de ser muy pocos i su cautividad era un hecho pasajero i casi momentáneo, bien diferente, por cierto, de la tremenda desgracia que verdadera i perpétua esclavitud imponía a las infelices mujeres españolas.

Tal fué el desastroso fin de una de las mas florecientes ciudades de Chile i tal la terrible noticia con que, a su llegada al puerto, se encontraron los barcos que por segunda vez enviaba Quiñones en auxilio de La Imperial.

Antes que ellos i solo once dias despues de la destruccion de Valdivia, el 7 de diciembre de 1599 (15), habia llegado a los humeantes escombros de esa ciudad el coronel Francisco del Campo, enviado por el virei del Perú al frente de un lucido refuerzo de doscientos sesenta i cinco hombres (16).

El coronel del Campo, que en larga i gloriosa carrera conquistara el nombre de valiente i diestro capitán, se hallaba en Panamá (17) cuando el virei del Perú lo mandó llamar a fin de que trajera a Chile el refuerzo de que hablamos. Conforme a

---

do cuenta de los soldados que faltaban en Chile, dice: "En Valdivia ciento i treinta i cuatro hombres: los ciento i cinco que mataron en su asociación; uno que se ahogó yéndose al navío; seis que cautivaron los indios; seis que mataron con Fagundes, yendo a socorrer La Imperial; trece en Calle-Calle; dos que se fueron a ellos; uno que se ahogó de los del coronel."

Por fin, en los PARCERES que sobre el estado de Chile dieron varios capitanes por órden de Alonso de Rivera en febrero de 1601, don Luis Jufre i Fernando de Cabrera, dicen que los muertos fueron "mas de cien hombres;" Martin de Irizar Valdivia, ciento cinco; Francisco Galdames de la Vega i Francisco Hernandez Ortiz, ciento ocho.

(15) Relacion de Quiñones al rei, fechada el 18 de febrero de 1600.

(16) Id. id. Rosales dice que el coronel vino con doscientos ochenta hombres i el mismo Francisco del Campo, en el citado informe a Quiñones, dice que trajo doscientos treinta: "Yo con la jente que truje a Osorno, que fue doscientos treinta, no la pude poblar." Creemos que o bien se refirió el coronel al número de soldados que le quedaban, despues quizas de reforzar las guarniciones de algunos de los fuertes del valle de Valdivia, o hai error de copia, por mas que ese número se encuentre expresado dos veces en el documento. De todos modos, es evidente que hai equivocacion en las cuentas que de los soldados hace Francisco del Campo en ese informe: "De los doscientos treinta hombres que truje dejé en Chile: cuarenta i cinco i diez que me mataron i treinta que se han muerto de su enfermedad i otros diez i ocho que atullidos, vienen a faltar setenta hombres," en lugar de ciento tres.

(17) Rosales, libro V, capítulo XIII.

las órdenes recibidas, el coronel se dirigió a Valdivia sin tocar en puerto alguno, sin comunicarse siquiera con el gobernador (18), pues su principal encargo era acudir a la defensa de las ciudades australes, de cuya angustiosa situación había dado cuenta al virei don Francisco de Quiñones. Contribuía, sin duda, a aumentar en el coronel el deseo de llegar a Valdivia la inquietud que le ocasionaba la suerte de su esposa e hijos que estaban en esa ciudad (19), donde antes había creído poderlos dejar sin peligro alguno.

Por mucho que se apurara, llegó tarde i junto con la ruina de Valdivia supo el cautiverio de dos hijos suyos, aprisionados por los indios en la destrucción de la ciudad. Tuvo, a lo ménos, el consuelo de rescatarlos pocos días después de su llegada i de ponerlos en una de las naves al lado de su esposa, que en ella había conseguido salvar en la aciaga noche del 24 de noviembre.

Se concibe, que en vista de tales sucesos, don Pedro de Escobar Ibacache, que mandaba el pequeño refuerzo enviado por Quiñones a La Imperial, solo pensase en volver a Concepción: era insuficiente su tropa para llegar a su destino después del inmenso entusiasmo despertado entre los indijenas por la nueva i más importante victoria; encontraba en la rada de Valdivia numerosa fuerza especialmente encargada de la defensa de las ciudades australes; urjía sobremanera poner cuanto antes en conocimiento del gobernador de la colonia la destrucción de Valdivia; por fin, era muy posible que el pequeño refuerzo de que ayer se había desprendido Quiñones para auxiliar a La Imperial lo necesitara imperiosamente mañana. ¿Quién podía, en efecto, calcular hasta dónde iba a llegar la audacia de los indios i cuáles empresas acometerían, contando principalmente con sorprender a los españoles, que ignoraban los recientes i gravísimos aconteci-

---

(18) Relación de Quiñones al rei, fechada a 18 de febrero de 1600.

(19) Así lo dicen la mayor parte de los cronistas: el hecho parece confirmado con encontrar después en los barcos a la mujer del coronel, a la cual no es probable que hubiese traído en su arriesgada expedición.

mientos? ¿No llegarían acaso a atacar a la misma Concepción i no sería menester acudir en socorro de Quilones?

Cuadraba también la vuelta de las naves al coronel del Campo para que el gobernador, conociendo los proyectos que él pensaba realizar, pudiera por su parte combinar su plan de ataque o darle nuevas órdenes. Por de pronto, iría en socorro de Osorno, contra la cual parecían dirigirse los victoriosos indíjenas; después reforzaría a Villarica, i, si le era posible, repoblaría la destruida Valdivia. La última por cuyo auxilio se inquietara era La Imperial, no porque lo necesitase ménos que las demás, a juicio del coronel, sino porque nuevos refuerzos que el virrey preparaba en el Perú al salir Francisco del Campo habían de llegar pronto a Quilones i ponerle en posibilidad de acudir en defensa de Angol i La Imperial, mas cercanas que las otras a Concepción i hasta las cuales se llegaba por tierra sin dificultad.

Inmediatamente volvieron, pues, los barcos a Concepción i sus tripulantes fueron los primeros en dar a Quilones la abrumadora noticia de la ruina de Valdivia (20). Nunca talvez se había recibido otra mas funesta i es de presumir la consternación que en todo Chile sembraría: ya hemos visto que en esos instantes ni Santiago se creyó segura i que los mas valientes divisaban por todas partes conspiraciones i sublevaciones de indíjenas i ruinas de ciudades. Si ántes cada cual temblaba i no sin razón por la propia suerte i por la suerte de la colonia, ¿qué no sería al saberse la fatal noticia de la destrucción de Valdivia, de la muerte de mas de cien guerreros, del cautiverio de cuatrocientas personas?

El anciano gobernador debió de conocer entónces mejor que nunca cuán abrumador peso se había echado sobre los hombros al aceptar el cargo que desempeñaba. En adelante no oculta al rei que ya no aspira a la gloria de pacificar a Chile i que desca la paz i sosiego que tanto le faltaban aquí:

---

(20) Testimonio dado en favor de Quilones por la ciudad de Concepción el 24 de agosto de 1600.

« I cuando de mi venida a él (este reino) no resultare otro  
« efecto que la relacion i verdadero aviso de sus cosas, merecen  
« las mias que Vuestra Majestad las honre i favorezca con la  
« quietud que mi edad i trabajo requieren, i las de Chile un  
« hombre mas mozo i ájil, de manera que el impedimento de  
« la vejez no le obligue a hacer falta en él » (21).

A esto habian quedado reducidos los grandes proyectos i esperanzas de don Francisco de Quiñones: concluia, como Vizcarrá, por pedir ocupacion ménos peligrosa i mas tranquila.

---

(21) Carta de don Francisco de Quiñones al rei, fecha a 20 de febrero de 1600.

---

## CAPÍTULO XII.

### LOS CORSARIOS EN SANTA MARÍA.

---

La isla de Santa María. — Entra a ella un corsario. — Los temores de Recalde. — Justa alarma de Quiñones. — Envío de correos a Santiago i disposiciones que toma el gobernador. — Los ingleses en América. — Cuán fácil habria sido impedir el corso en el Pacífico. — Envía Quiñones a Antonio Recio a la isla de Santa María. — Comunica Recio con el corsario. — Inadmisible esplicacion de los del buque sospechoso. — Otro buque a la vista. — Temores i esperanzas. — Vuelve Recio a la isla. — Resuelve ir en persona a los buques fondeados en esa bahía.

---

Dejamos a Recalde cuando se dirijia con su buque a la isla de Santa María; a la cual, dijimos, acostumbraban llevar los marinos las naves para refrescar las tripulaciones.

La isla de Santa María está a los 37 grados, mui cerca de la punta de Lavapié en Arauco i enfrente de Lota i Coronel. Si se quiere tener idea de lo que entónces eran sus habitantes, encomendados, como los demas indijenas, a un particular (1), véase lo que dice Rosales:

« Yo he estado en ella hartas veces, i he doctrinado, confesado i casado a lei de bendicion aquellos indios, que son mui domésticos i han recibido mui bien nuestra santa fe i se acomodan a las costumbres cristianas mejor que los araucanos que están en tierra firme enfrente desta isla. I sirven al rei estos

---

(1) Carta de Alonso García Ramon al rei; fechada el 31 de enero de 1605. A ménos de notar espresamente otra cosa, debe entenderse que tomamos los datos i las palabras testuales citadas en este capítulo, de la carta de Quiñones al rei, fecha a 25 de noviembre de 1599, en cuanto se refiera a la estadia de los corsarios en Santa María i a lo que con este motivo hicieron las autoridades de Chile.

« indios en las fragatas que conducen bastimentos al tercio de Arauco, i cuando están en la Concepcion acuden a oír misa i a confesarse como españoles, lo cual no hacen los demas indios de las reducciones de Arauco i Talcamávida; i en todo son estos indios domésticos, tratables i de naturales dóciles, i inclinados a las cosas de la relijion cristiana. »

Añade que la isla « es llana i rasa; estiéndese tres leguas en longitud i dos en latitud; refréscanla clarísimos i dulces manantiales i arroyuelos que la fertilizan i conservan en perpetua amenidad i verdura; rinde colmadísimas cosechas de trigo, cebada, maíz, papas i cuanto en ella se siembra. Críase el ganado ovejuno mui gordo i sabroso, por comer yerbas que participan de salitral. El mar que la rodea es fecundísimo de pescado i marisco..... Forma un puerto de mediana capacidad al oriente i en la punta delicada está mui abrigado del norte. »

A esta isla habia ido Recalde i en ella estaba cuando a principios de noviembre vió cierta mañana que un buque se acercaba al puerto. Eran bien escasos para no ser bien conocidos cuantos entónces surcaban los mares de Chile, i Recalde no conocia el que iba acercándose a la isla. Tanto la de Santa María como La Mocha estaban siendo desde algunos años apeaderos de corsarios i de piratas, por lo que el capitan Pedro de Recalde, viendo que el navío que entraba « no era desta navegacion, safó anclas i se hizo a la vela i le ganó el barlovento » para ir inmediatamente a Concepcion a avisar a Quifiones de lo que ocurría. Pero el capitan del buque desconocido, cuya presencia justamente inquietaba al español, parecia querer entrar en comunicacion con Recalde i, notando que en su nave no lo conseguia, saltó con cuatro mosqueteros a un bote i se acercó al navío de Recalde no lo suficiente para hablar, pero sí para que éste se imaginara reconocer en él a « un enemigo » i se apresurara mas por llegar a Concepcion.

El 5 de noviembre « a las nueve del dia » supo Quifiones esta otra noticia que traía a la colonia nuevas alarmas i quizas complicaciones todavia mas temibles que la guerra de Arauco.

co. Segun las probabilidades, ese buque era corsario, no venia solo i podia aliarse con los indíjetas para concluir con los españoles tan estenuados ya. Con tales proporciones vió este peligro el gobernador, que « en una hora » despachó un mensajero « a Santiago con órden al cabildo i oficiales reales de que dentro de « dos horas mandasen un navío al Perú » para comunicar la noticia al virei, único que en aquellas circunstancias podia favorecer pronta i eficazmente la colonia, dado caso que se verificasen los fundados temores de Quiñones. Tambien ordenaba a las autoridades de la capital que enviasen al puerto de Valparaiso alguna fuerza para oponerse al desembarco de los ingleses, si intentaba verificarlo el navío visto por Recalde o alguno de los que, sin duda, lo acompañaban.

El dia siguiente, 6, « a la una del dia, (dice Quiñones al virei en otra carta que inmediatamente volvió a escribir i para cuyo envío parece haber mandado otro mensajero a Santiago) « llegó aquí un soldado que habia quedado en la isla, el cual vino « en un barquillo que estaba en ella para el socorro de Arauco. « I dice que el navío del ingles es cierto i que está dando fondo « en la dicha isla..... abriendo las portañolas i poniendo el ar- « tillería. »

Con este soldado fué de Santa María a Concepción « el vicario de Arauco, » segun agrega Quiñones en carta de la misma fecha, dirigida a los oficiales reales de Santiago. Les habla tambien de que los extranjeros habian querido desembarcar en la isla pero se habian retraido al ver el son de guerra en que se aprestaban a recibirlos: « Llegó el navío i surjió para querer echar jente en tierra i con los indios de la isla hicieron « (los españoles) apariencia en un escuadron con treinta de a caballo i otros cincuenta o sesenta de a pié con mucha gana i « voluntad de pelear con ellos. Déjalo (el soldado) aderezado i « sacando el artillería, que la traia por lastre, i poniéndola en « las portañuelas. Dice es un navío mui grande i de tres gabias « i que da gran muestra de no venir solo, porque nunca se quita « un hombre del tope. »

Vemos que Quifiones suponía ingleses, i así los llama siempre, a los recién llegados a Santa María, como que en la América bañada por el Pacífico eran entónces palabras sinónimas ingleses i corsarios, pues a esa nacionalidad pertenecían cuantos corsarios habían arribado a estas playas: Francisco Drake, Tomas Cavendish i Ricardo Hawkins.

Con enviar a Santiago el aviso habíase hecho lo mas urgente; pero no podía el gobernador descansar, ni su inquietud se disminuiría sino cuando supiese a qué atenerse respecto de la fuerza i de las intenciones del supuesto corsario. Daba ciertamente alguna esperanza el que con solo cuatro arcabuceros se hubiese atrevido a acercarse al navío de Recalde: no podía pretender tomarlo con esos hombres i parecía, por lo mismo, venir de paz. Pero, por otra parte, eran demasiado famosas las traiciones de los «piratas,» como de ordinario llamaban en América a los que venían a atacar nuestras costas, para fiarse en cosa alguna de cuantas hiciesen. Urjia, pues, salir de dudas i ver modo de apoderarse del navío, caso que fuera enemigo.

Aunque Quifiones no tuviera a su disposición ningún buque de guerra, la empresa no era irrealizable i podía ser muy sencilla. El estrecho de Magallanes, por donde entónces se hacía la navegación aun no descubierto el cabo de Hornos, era camino no solo tan peligroso, como lo sabemos, para estos buques, que encontraban amenudo su pérdida a la entrada o salida, sino sumamente desconocido. Los pocos viajes hechos hasta aquella fecha habían sido una serie de peligrosísimas aventuras, que casi convertían en héroes de novela a los audaces navegantes que los llevaron a cabo, i cada uno había durado un tiempo que hoy nos parecería imposible emplear en venir de Europa. Un año, o poco menos, de navegación, un año de privaciones sin descanso alguno, pues los navegantes no tenían dónde hacer escala ni les convenía, arribando a un puerto del Atlántico, exponerse a que ántes que ellos llegara al Pacífico la noticia de su venida, era tiempo mas que suficiente para estenuar a una tripulación, metida en embarcaciones tan peque-



nias i malas que hoy apénas se atreveria el mas valiente a usarlas para el comercio de nuestras costas. Por eso, todos los gobernadores i los hombres inteligentes de Chile pedian al rei con instancia que pusiera en el reino algunos galeones, tripulados con doscientos marineros i soldados, asegurándole que, con solo defender el archipiélago de Chiloé i las islas de La Mocha i Santa Maria desde diciembre hasta marzo, concluirian con las mas poderosas escuadras enemigas; pues las tripulaciones venian en tan miserable estado, por las enfermedades, el hambre i el cansancio, que llegaban en imposibilidad absoluta de ofrecer resistencia, miéntras no tomaban vigor i fuerza en alguno de los puntos mencionados (2).

Bien sabia todo esto Quiñones i cuán preciso era aprovecharse de ello e impedir el desembarco de los enemigos en Santa María; pero le faltaban recursos: carecia de naves, de artillería i de soldados. No dejó, sin embargo, de tentar algun medio i buscó entre los oficiales, de ordinario tan valientes en esta tierra de guerreros, a uno que conocia como mas atrevido i diestro en ardidés para engañar al enemigo. Antonio Recio se llamaba este capitán, escogido por el gobernador para ir en el acto a la isla en un miserable barquichuelo e impedir el desembarco de los piratas. Cumplió la primera parte de su cometido el capitán Recio con tanta destreza como fortuna, i, sin que lo notara el buque sospechoso, estuvo muy luego en Santa María, reunió i armó a los naturales para que, junto con los españoles que allí habia i los pocos que acompañaron a Recio, resistieran « al enemigo » si intentaba desembarcar i envió a preguntar « al navío inglés » el objeto que a esta lejana playa lo traia.

---

(2) Hablan del miserable estado en que los corsarios i piratas llegaban a nuestras costas, de la facilidad que habia para concluir con ellos cuando llegaban, del magnífico apeadero que las islas les ofrecian i de la necesidad de mantener en Chile galeones i tropa de mar, don Francisco de Quiñones en carta al rei de 20 de febrero de 1600; Alonso García Ramon en cartas de 20 de agosto i 17 de octubre de 1600 i 31 de febrero de 1605; Alonso de Rivera en uno de los memoriales que presentó al virei en Lima el 17 de noviembre de 1600; la citada informacion de setiembre de 1600 i el memorial del padre Bascanes, que conoceremos despues por menudo.

En el acto contestó el señor del buque. Aseguraba en su carta que no habia motivo alguno para que desconfiasen de ellos ni los temiesen: como los de Chile «eran vasallos del Rei Don Felipe,» vasallos no españoles, pero sí fieles flamencos. Eran comerciantes i venian «con gran cantidad de mercaderías «i las querian vender i rescatar por algun refresco de que tenian «necesidad.»

Tal respuesta, escrita en una mala jerigonza, mitad portugues i mitad español, no era apropósito para tranquilizar a un hombre entendido como el capitán Antonio Recio. Demasiado conocia éste, en verdad, las leyes i los invariables usos de España; demasiado sabia que no acostumbraba hacer participantes de su comercio de las Indias a los países que, como Flándes, estaban en Europa bajo su dominación, por lo ménos hasta el punto de permitir que se formase una expedición sin españoles i que partiera para América de un puerto que no fuese de España. El suponer eso equivalia a suponer una revolución i, aun suponiéndola, todavía el buque, si, como decia su capitán, era mercante i venia a comerciar, habia de traer el correspondiente permiso que autorizara tamaña infracción a los usos establecidos, i el capitán habria comenzado por presentar esa autorización.

La carta que recibió Recio del marino no le dejó, pues, duda acerca del carácter de los tripulantes del buque: eran claramente enemigos, piratas, ingleses.

Ya estaba conseguido uno de los fines con que lo había mandado el gobernador: podia sacar a éste de deudas i mostrarle que habia peligro real en la llegada del buque; el cual era difícil, si no imposible, que estuviera solo i, mui probablemente, no habia hecho mas que adelantarse a los otros, a los que quizas estaba aguardando para asaltar a alguno de nuestros puertos. Era menester instruir pronto a Quifiones, pero también seria utilísimo impedir que desembarcasen en la isla los navegantes. I, pues la fuerza no estaba de su lado, Recio acudió, como único recurso, al ardid.

Contestó que él (Recio) no era sino un capitán que, al mando

de cien españoles i trescientos indios, estaba resguardando la isla i que no tenia autoridad para permitir el comercio i mucho ménos el desembarco. Pero deseoso de servir a los flamencos, qué debian de venir estenuados por los padecimientos de viaje tan largo como el que acababan de hacer, iria en el acto a pedir órdenes al gobernador Quiñones, que estaba un paso de ahí, i traería pronto su respuesta.

Inmediatamente se embarcó «en el barquillo en que habia ido» i salia del puerto cuando vió confirmada parte de sus sospechas al divisar que entraba a la isla de Santa María otro buque a juntarse con el que en ella habia dejado.

Puede suponerse la inquietud que todo esto causó a Quiñones i la alarma que entre los españoles produjo: les sobrevenia la última de las desgracias a ellos que se hallaban agobiados por la guerra, por la falta de recursos, por toda clase de penalidades.

Como a la llegada de la primera nave, al saber el arribo de la segunda « con la misma brevedad » envió Quiñones « aviso al señor visorei i ansi mismo a la ciudad de Santiago. » En seguida ordenó al capitan Recio que volviese a la isla: habia traído noticia del arribo de dos navíos i de que eran enemigos; pero no bastaba. A mas de procurar de todos modos que no desembarcase, era preciso « saber el desinio que este enemigo traia, » lo cual ponía « en gran cuidado » a Quiñones.

En medio de sus inquietudes es mui probable que tanto el gobernador como el capitan tuvieran ciertos deseos i esperanzas, que, si bien aquél no habia de confesar nunca al virei de Lima, habrian sido mui naturales, atendiendo al estado de la colonia, i esplicarian la audaz conducta que, como vamos a ver, observó Antonio Recio. Para no repetir lo que hemos dicho acerca de la estrema pobreza que habia en Chile, nos limitamos a transcribir la enérgica i cruda espresion con que unos meses mas tarde resumia esa miseria Alonso García Ramon (3): « Toda esta jente

---

(3) Citada carta de Alonso García Ramon al virei, de 20 de agosto de 1610.

« está en cueros vivos, » exclamaba al informar al virei por primera vez del estado en que encontraba a este desgraciado reino. Eso supuesto i supuesta tambien la absoluta necesidad de provisiones que debia de haber entre los tripulantes de los buques i sabiendo que deseaban obtenerlas en trueco de mercaderías, ¿no seria posible conseguir de ellos que no atacasen nuestras costas, i en cambio de víveres, sin los cuales no podian subsistir, dejasen algunas de las cosas de que tanto habia menester la colonia? Hemos de convenir en que, si tales eran los deseos de Quiñones, no los habia de confesar nunca ni al virei ni al rei, pues la corte de España no podia admitir semejantes compromisos que, repitiéndose, habrian puesto en sério peligro sus posesiones de América. Pero si no habia él de confesarlo, nosotros lo podemos sospechar i las apariencias parecen justificar esas sospechas.

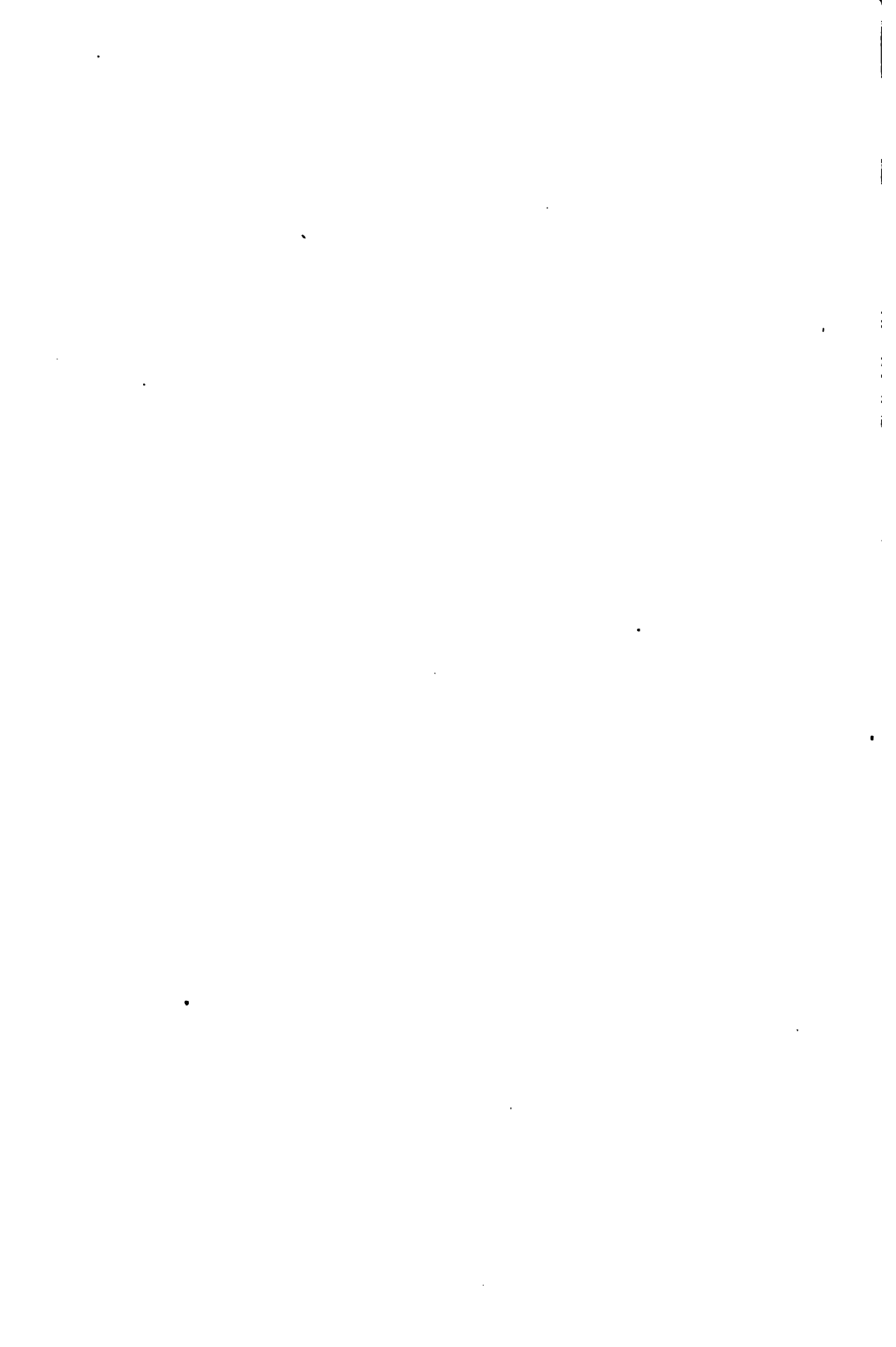
En efecto, Antonio Recio volvió inmediatamente a Santa María i, una vez allí, se fué a la playa, a un punto desde donde pudieran verlo los de las embarcaciones, « poniéndole su bandera i seña e visto por ellos vino lancha a ver lo que queria. » Dificilmente se habria imaginado el capitán del buque lo que Recio queria, pues era nada ménos que embarcarse en la lancha e ir audazmente al enemigo. Segun dice Quiñones, con este paso que lo esponia, por lo ménos, a ser tomado en rehenes, quiso Recio evitar que el corsario desembarcase i saquease la isla, como parecia determinado a hacerlo: « i el Antonio Recio se embarcó en ella porque le fué forzoso i verles con determinacion de saquear la isla. »

¿Cómo pensaba impedir el desembarco? No lo dice el documento que nos guia en esta relacion; pero si no era lo que suponemos, si no esperaba conseguir que se alejaran de nuestras costas en trueco de lo que con urgencia necesitaban para alimentarse, la audacia de Antonio Recio crece desmesuradamente. I si nuestra suposicion es verdadera, habria sido buena política canjearles esos alimentos, no solo para obtener algo de lo que la colonia necesitaba, sino tambien para no manifestarles que se les

daban por miedo i como capitulacion, con lo cual habrían cobrado nuevos bríos. Sea como fuere, el capitán Recio no trepidó en ir a bordo de los buques desconocidos i enemigos.

Antes de referir cómo lo recibieron, veamos quiénes eran aquellos *ingleses* i sepamos las aventuras que habían pasado en su viaje.

---



---

## CAPÍTULO XIII.

### VIAGE DE LOS CORSARIOS HOLANDESES EN EL ATLÁNTICO.

---

A imitacion de los ingleses, resuelven los holandeses enviar expediciones de corsarios a América. — La primera expedicion holandesa: buques que la componian i capitanes que los mandaban. — Fuerza, armas i tripulaciones de los buques. — Mercancias que traian. — Salen de Holanda. — Primeros inconvenientes del viaje. — Encuentro que tuvieron junto a las costas de España. — Muere Jacobo Mahu, jefe de la expedicion, i le sucede Simon de Cordes. — En alta mar Cordes declara el fin del viaje. — Despues de ocho meses, divisan la tierra de América. — Entra la flota en el estrecho de Magallanes.

---

Lo repetimos: eran ingleses cuantos piratas o corsarios, habian venido a América, que no es fácil distinguir a las veces en cuál de esas dos categorías han de colocarse aquellos aventureros. Desde veinte i dos años, es decir, desde 1578, habian tenido los colonos de Chile que contar con este nuevo enemigo; el cual llegaba de Europa con las mismas armas que ellos usaban i venia a vigorizar mas la resistencia del araucano, porque distraía de combatirlo a una parte de las fuerzas españolas i porque aun formaba alianza con los naturales para destruir el poder de España. Las fabulosas riquezas, arrebatadas a la metrópoli en sus colonias por algunos de aquellos audaces aventureros, i el odio al enemigo nacional indujeron a los holandeses a tomar a su cargo muchas de esas tan atrevidas como remotas expediciones.

Las naves fondeadas en la isla de Santa María a principios de noviembre de 1599 formaban parte de la primera expedicion de corsarios salida para América de los puertos de Holanda.

Una compañía dirigida por un rico comerciante de Rotterdam, Pedro Verhagen, que le dió su nombre, preparó cinco grandes buques para una lejana expedición. La mayor de esas naves, que era la capitana (1), de porte de quinientas toneladas, se llamaba *La Esperanza* i tenía ciento treinta hombres de tripulación i veinte i seis piezas de artillería, « las seis de bronce i « las demas de hierro; en las de bronce dos medios cuartagos, « que tiran balas de veinte a veinte i dos libras i de ahí para « abajo; i las de hierro echan balas de a diez libras i de ahí para « abajo » (2). Mandaba la capitana i toda la flota Jacobo Mahu, que al propio tiempo era uno de los capitalistas que mas habian contribuido a la formación de la compañía armadora.

La almiranta se llamaba *La Caridad*, poco mas o ménos de trescientas toneladas (3), venia tripulada por ciento diez hombres i tenía diez i ocho o veinte cañones, cuatro o seis de bronce i los demas de hierro. Mandábala el segundo jefe de la escuadra, Simon de Cordes, rico comerciante natural de Amberes, que por largos años habia residido en Lisboa, donde se habia casado. Era hombre como de cuarenta años de edad.

La tercera llamada *La Fe*, igual en porte, tripulación i armamento a la almiranta, estaba mandada por Geraldo Van Beu-

---

(1) Es preciso tener presente que los españoles llamaban capitana a la nave que hoy se llama almiranta, i almiranta a la que hoy es vice-almiranta.

(2) Declaraciones prestadas en Lima por los tripulantes del buque capturado en Valparaíso en 1599. Estas declaraciones son las que principalmente nos sirven de guía en la narración del viaje de los corsarios. En ellas hemos encontrado multitud de pormenores que habríamos buscado inútilmente en las relaciones de este viaje. A las citadas declaraciones pertenecerán las palabras que copiamos textualmente i los datos que apuntamos sin darles otro origen. Fueron seis los marineros que declararon i nos ha parecido que no habia para qué hacer diferencia entre unas i otras declaraciones i solo dimos a quién pertenecen en el caso que alguna circunstancia personal dé mas valor al testimonio citado.

De las relaciones impresas de la expedición de Mahu i Cordes hemos utilizado mucho la de la célebre compilación de viajes del capitán Burney, que debemos a la amabilidad del señor Vicuña Mackenna i cuya exactitud hemos tenido cien oportunidades de comprobar con los documentos a que nos hemos referido.

(3) En cuanto a los nombres de las naves, su porte i el nombre de los capitanes, seguimos a Burney; porque en las declaraciones es casi imposible descifrar muchos nombres, despedazados por los copistas o no entendidos por los que las tomaban por medio de intérpretes.



ningen, de edad de treinta i cinco años, segun parecia a los marineros.

*La Fidelidad* se llamaba la cuarta; de doscientas ochenta toneladas i con « diez i seis piezas de artillería, cuatro de bronce i las demas de hierro i cinco o seis cámaras; i las de bronce « tiran balas de catorce libras i de ahí abajo, i las de hierro « como de a ocho libras para abajo. » Su tripulacion era de noventa personas (4) i su capitán se llamaba Julian Van Bockholt.

La última nave, un filibote de ciento cincuenta toneladas, se llamaba *El Ciervo Volante* (5) i traía « doce piezas, dos de bronce, la una de cámara, i las demas de hierro; las de bronce tiran « balas de doce libras abajo e las de hierro de cinco libras abajo; « e trae siete cámaras de hierro e sacó de su tierra cincuenta i « seis hombres de mar e guerra, entre capitanes, oficiales, marinos e grumetes. » Al emprender el viaje mandaba *El Ciervo Volante* un marino que habia de ser despues muy famoso, Sebald de Weert.

En aquel tiempo el porte, las tripulaciones i los armamentos de los buques que acabamos de describir se consideraban de magnitud i guardaban consonancia con las armas i municiones que traían i la riqueza de sus cargamentos; de manera que uno de los tripulantes llegaba a decir: « De todo cuanto « puede pasar por la imaginacion en cosas de mercaderías traen « en las dichas naos i en tanta cantidad que, fuera de lastre, « aguas e bastimentos, vienen las naos llenas. » I hablando del mas pequeño de esos buques, *El Ciervo Volante*, dice que traía « arcabuces, mosquetes, pistoletes, coseletes, celadas, cascabeles, « cuchillos ..... hierros, candados, tijeras i otras cosas « desta calidad ... e vido una caja con hasta

---

(4) En los datos sobre este buque seguimos a las declaraciones; porque los da el quinto declarante, Adrian Diego, que habia servido de carpintero en « *La Fidelidad*. »

(5) Burney llama al filibote « *El Buena Nueva* » [The Good New]. Creemos ciertamente preferible el testimonio de los tripulantes de la misma nave.

«doce piezas de holanda.» Otro de los marineros dice casi lo mismo acerca de las mercaderías que traían las demas naves de la escuadra: «Son mercaderías de muchas suertes, paños, lienzos, holandas, sedas e mercería e cosas de hierro, mosquetes, arcabuces, municiones, artillería, armas, cotas, coseletes, así para defensa de las dichas naos e jente dellas como para vender donde hallaren salida. E todo ello es, con los navíos, de los mercaderes que hicieron la dicha armazon.» Agréguese a esto «paños de Ruan e cantidad de cajones de vidrios.» En cuanto a los pertrechos de guerra, fuera de los mencionados, traían «en todas las cinco naos doscientos quintales de pólvora, ménos la que habían gastado por el viaje; porque los dichos doscientos quintales los sacaron de su tierra. E para cada pieza de artillería que tienen sacaron de su tierra ochenta balas. I que traen gran cantidad de cuerdas i es de manera que no les puede faltar. I que traen muchos artificios de fuego en cada nao, como son flechas alquitrnadas para desaparecer los navíos i las jarcias i otros artificios de fuego de diferentes maneras. I que demas de las dichas balas tienen otras menudas hasta en cantidad de quinientas de libra i media para abajo... E para cada una de las personas que vienen en las dichas naos, fuera de los capitanes, pajes e grumetes, traen prestos un mosquete e un arcabuz para cada uno, sin otros muchos que traen empacados para vender.»

A cargo de tanta mercadería venía en cada nave, escepto la capitana i la almiranta, un comisionado especial, que recibía el tratamiento honorífico de capitán, i parece que, si nada tenía que hacer con el mando del buque, tenía cierta autoridad sobre los hombres de guerra que en él estaban. En *La Fidelidad* este empleado era Baltazar de Cordes, sobrino de Simón de Cordes, el cual debía de dejar en Chile un reguero de sangre i espantosas crueldades en recuerdo de su nombre.

Si hemos de creer a prisioneros, interesados cuando declaraban en presentarse ante las autoridades españolas como inocentes en cuanto se refería a atacar a las colonias americanas, los

armadores de la expedicion no dijeron a los tripulantes que las naves venian al estrecho de Magallanes: habria sido mucho mas dificil encontrar marineros i los engancharon por engaño, diciendo que iban al cabo de Buena Esperanza.

El 27 de junio de 1598 se hicieron a la vela en un pequeño puerto situado a tres o cuatro leguas de Rotterdam, puerto que los marineros en sus citadas declaraciones llaman Engad i Ugad, i al que Burney da el nombre de Gorea.

Uno solo de los marineros cita la fecha exacta, conforme con el mencionado autor, de la partida de la escuadra: todos los otros se limitan a decir que fué despues de las fiestas de mayo, en que «suelen comunmente en todos los estados de Flándes poner un árbol que llaman La Maga i en él cuelgan muchas frutas i aves i en particular papagayos e otras curiosidades e tiran con arcos al papagayo, i el que le derriba es rei aquel dia. I este es una manera de regooijo que hacen como por la entrada del verano.»

Diversos accidentes i, sobre todo, malos tiempos, retardaron desde el principio la navegacion, de modo que a fines de agosto solo habian llegado las naves a las islas de Cabo Verde. En este trayecto i cuando iban no léjos de la costa de España i a la altura de Cádiz «descubrieron sobre tarde cuatro navíos i al dia siguiente por la mañana no vieron mas que dos. I llegados a reconocer, hallaron que uno era de ingleses i el otro de flamencos, que le habian los dichos ingleses tomado, i decian que el dicho navío venia de Leorna cargado de arroz i de mercaderías i muchas sedas i que traia mucho dinero e iba para Lisboa i decian que era un pillaje de mucho interes.»

Los ingleses habian saqueado este navío «i lo tenian preso e rendido cuando estos cinco navíos llegaron sobre ellos. Se decia que a la primera pieza que le habian tirado los ingleses habian muerto al maestre. I luego como arribaron sobre ellos «estos cinco navíos los hicieron amainar i echaron las chalupas de la capitana i almiranta, pidiéndoles a los dichos ingleses que les diesen alguna cantidad de arroz por sus dineros del que

« habian robado del dicho navío flamenco. I se lo dieron i el  
« jeneral destes navíos les dió libranza a los ingleses de lo que  
« montó el dicho arroz a pagar en Flándes. I en recibir el arroz  
« i hacer la póliza i otras prácticas que tuvieron, tardaron tres  
« horas, ántes de medio dia; i hecho esto, cada uno siguió su  
« viaje. »

¿Cómo, siendo flamenco el mencionado navío que los ingleses habian apresado i flamenco la escuadra de Mahu i Cordes, léjos de sacarlo del poder de los apresadores, entró el jeneral holandés en amigable trato con los ingleses i aun pasó a sus naves tres de los tripulantes de la apresada? A esta pregunta, hecha mas tarde por el virei del Perú, a seis prisioneros de estos tripulantes, dieron los interrogados distintas e inadmisibles respuestas: los declarantes, pobres soldados, ignoraban, sin duda, los motivos de la conducta de sus jefes. Teniendo en vista la estrecha amistad que entónces reinaba entre ingleses i holandeses, es probable que los primeros no apresaran el buque, sino que lo tomaran a otros que ántes lo hubieran apresado. Es ésta, por lo demas, la única plausible esplicacion que uno de los declarantes parece dar:

« Con el dicho navío flamenco, al desembocar del dicho estre-  
« cho de Gibraltar, habian peleado turcos i, estando en la pelea,  
« llegaron los dichos navíos ingleses i se lo quitaron a los dichos  
« turcos i no sabe por qué causa los dichos ingleses le llevaron  
« i su armada no le defendió; por dó cree que hai constituciones  
« entre la reina de Inglaterra i los Estados de Flándes en que  
« se ordena lo que en caso semejante se debe hacer. I no enten-  
« dió el intento de su jeneral ni lo que acerca del dicho navío  
« mandó i ordenó que se hiciera. »

De las islas de Cabo Verde, siempre finjiendo que caminaban al cabo de Buena Esperanza, se dirijieron a la costa de Guinea. En esta travesía falleció el día 23 de setiembre (6) el jefe de la expedicion Jacobo Mahu i, conforme a las instrucciones de los

---

(6) Citada coleccion de Burney.

armadores, le sucedió en el mando Simon de Cordes, comandante de la almiranta. Se trasladó en consecuencia a la capitana i pasó a *La Caridad* en reemplazo de Cordes, a quien sustituyó en el puesto de segundo jefe, Van Beuningen, comandante de *La Fe*. A esta nave pasó el comandante del filibote, Sebald de Weert i de capitán de *El Ciervo Volante* quedó Diego Jeraldo (7).

Hemos dicho que Jacobo Mahu era uno de los interesados en la expedición, al propio tiempo que al jefe de ella; teniendo en cuenta que Simon de Cordes, su sucesor, era un rico comerciante, debemos suponer que se encontraba en las mismas circunstancias que Mahu.

Los buques llegaron al cabo Lope Gonzalez, donde permanecieron como un mes, renovaron los víveres e hicieron provisiones de agua i leña. Salieron de Lope Gonzalez i navegaron mucho tiempo aun, sin saber que venian a América. Cuando por el rumbo que tomaban no fué posible ocultar a la tripulación que iban apartándose de la costa de África, Simon de Cordes i los principales oficiales reunieron a los marineros i les dijeron que se dirijian al Pacífico; pero que la expedición no era propiamente de guerra sino mercante: procurarían comerciar en las colonias españolas, para lo cual habían tomado en su patria las muchas mercancías que llenaban las naves, i no harían uso de las armas sino en caso que a ello se vieran precisados.

Tal es, a lo ménos, la relación que hicieron en Lima los marinos prisioneros, a los cuales convenia demostrar que no habían venido a América con fin alguno hostil. A esas palabras no les encontraríamos verosimilitud si no viéramos el acuerdo que reina en todos los declarantes, hombres ignorantes i rudos. Sea de ello lo que fuere, sean mentirosos o verídicos los marineros, fueren sinceros o nó los jefes, es probable que los armadores de

---

(7) Dirke Gherrit, llama Burney al capitán de "El Ciervo Volante:" el nombre que adoptamos es el que le dan los seis marineros en sus declaraciones. Estos declarantes eran subalternos del capitán i habían hecho con él el viaje; no debemos, pues, rechazar su testimonio.

la expedicion tuvieran el doble propósito de comerciar en América i las Molucas, i de mandar una escuadra bastante fuerte para defender las mercancías i para apoderarse de los galeones reales si los encontraban i dar un asalto dondequiera que un rico botin les abriera el apetito. Asi se explicaria el capital invertido en mercaderías i los grandes pertrechos de guerra. I no basta suponer que las mercaderías eran traídas para comerciar con los indíjenas i, aliándose con ellos, hacer causa comun contra los españoles; porque seria limitar la expedicion a las costas de Chile, único punto en que los indios no estaban sometidos, i porque la clase de mercaderías escojidas por los holandeses manifiesta que tenian en mira principalmente, nó a los indíjenas, sino a los españoles.

A principios de marzo divisaron los navegantes por primera vez tierra americana, a los ocho meses de haber salido de Holanda, despues de soportar sucesivamente la tempestad i la calma chicha, no habiendo podido renovar sino mui escasamente los víveres i cuando el escorbuto habia hecho morir a treinta de los tripulantes (8).

El 12 de marzo, encontrándose ellos cerca de la desembocadura del Rio de la Plata, « el mar apareció colorado cual si fuese « de sangre. Examinaron el agua i encontraron que estaba llena de pequeños insectos colorados, como gusanos, que al tocarlos en la mano saltaban como pulgas. Algunos son de opinion que en ciertas épocas del año las ballenas arrojan de su cuerpo estos gusanos; no tienen de ello certidumbre » (9).

De ahí, « prosiguieron su derrota por hacerles buen tiempo i « llegaron todos cinco navíos juntos, unos a vista de otros, a la « boca de Estrecho i entraron por ella. I, habiendo navegado « como tres o cuatro leguas, dieron fondo; porque las corrientes « e vientos contrarios les forzaron a ello. Surjieron en veinte

---

(8) Citada coleccion de Burney.

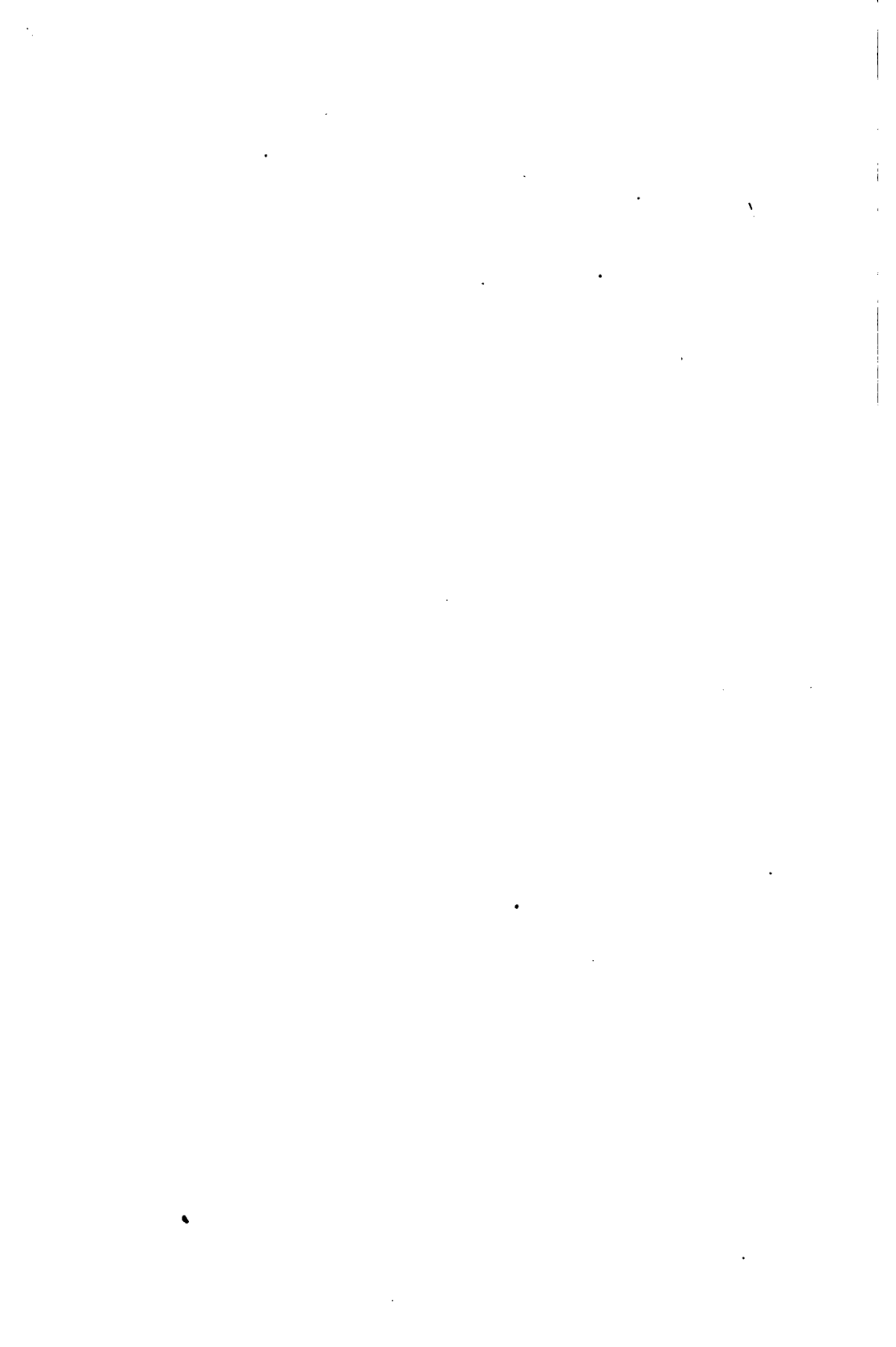
(9) Recueil des Voyages à l'Etablissement de la Comp. des Indes Orient., vol. II, páj. 296, [Rouen 1725], citado por Burney.

« brazas como a hora de vísperas, a seis dias del mes de abril  
« puntualmente deste año de 99 i estuvieron allí surtos toda la  
« noche hasta otro dia salido el sol » (10).

---

(10) El diario de viaje del piloto Adams, citado por Burney, está conforme en el trayecto recorrido en el Estrecho con la declaracion que nosotros copiamos. Aquel dice así: "El 6 de abril la flota entró en el Estrecho de Magallanes i al caer la tarde de aquel dia ancló cerca de la mas pequeña de las dos islas de Penguines, catorce leguas mas allá de la entrada."

---





---

## CAPÍTULO XIV.

### LOS CORSARIOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES.

---

Los primeros dias de navegacion en el Estrecho. — La Bahía de Cordes. — Los corsarios se detienen a invernar. — Primer encuentro con los naturales de América: mal augurio. — Opinión del piloto Adams. — Crudeza del invierno de 1599 en Magallanes. — Falta de vestidos i espantosa hambre. — Se vuelve a ver indios. — Comienzan a morir los tripulantes a consecuencia de los padecimientos. — Precauciones contra el pélico. — Salida de la Bahía de Cordes. — Fundacion de la orden *El Leon no Encadenado*: juramento de odio a España. — El amor patrio de acuerdo con el interes. — Síguese el viaje: salida al Pacífico. — Un fuerte viento dispersa las naves. — Aventuras de *La Fe*: vuelve al Estrecho; aprisionamiento de una india; dásele libertad, pero se le quita a su hija; encuentro con Oliverio Van Noort. — Resuelve De Weert volver a Holanda. — Es el único que con su nave vuelve a ella.

---

Preferimos ser minuciosos a callar algunas de las particularidades hasta ahora desconocidas, que en su audaz viaje ocurrieron a la mas importante flota que hasta entónces hubiera pasado el Estrecho de Magallanes, la primera tambien que habia zarpado de los puertos de Holanda. Por eso vamos a copiar la mas minuciosa de las declaraciones prestadas en Lima en lo referente al viaje, desde que los buques entraron al Estrecho hasta su llegada a la que se llamó primero Gran Bahía, despues Bahía Verde i, por fin, Bahía de Cordes, lugar en que invernaron los navegantes:

« Luego que se hicieron a la vela navegaron como catorce o quince leguas aquel dia con mui buen tiempo i siempre iban « sondando. Aquella noche surjieron en seis brazas en una an- « gostura que seria como una legua en ancho, habiendo navega- « do aquel dia unas veces por anchura de dos i tres leguas i

« otras por mas o ménos, hasta que llegaron al dicho paraje,  
« donde surjieron como está dicho. Al dia siguiente por la ma-  
« ñana se levaron e navegaron en aquel dia hasta media noche  
« como veinte leguas con mui buenos tiempos, abriéndose i ce-  
« rrándose el Estrecho dos e tres leguas e mas e ménos, como  
« queda dicho. A media noche surjieron todos los dichos cinco na-  
« víos que nunca se perdian de vista i el dia siguiente como a me-  
« dio dia hicieron vela e fueron prosiguiendo el viaje. I habiendo  
« navegado como legua i media llegaron a dos islotes que esta-  
« ban hácia el medio del Estrecho i allí surjieron por aquella  
« noche, i cazaron en las dichas islas aquella noche dos ba-  
« teadas de pájaros de los que allí habia, que eran como patos.  
« Hasta llegar allí las costas son pobladas por ambas partes de  
« arboledas i verduras mui apacibles i en que mui de ordinario  
« hai agna dulce, que viene por aquellas quebradas. Hasta aquí  
« no vieron jente alguna de la tierra i en este paraje algunos de  
« los que fueron a cazar los pájaros hallaron algunos *bujios* (ran-  
« chos), en que habia señales de que por ahí solia andar jente,  
« aunque no la vieron como está dicho. De aquí se levaron al  
« dia siguiente a medio dia i, siguiendo su viaje, navegaron dos  
« leguas hasta una bahía. I desta manera iban surjiéndose i le-  
« vándose poco a poco, asi por ir reconociendo si en alguna par-  
« te hallarian volatería, pesquería, u otro bastimento como por-  
« que llegaban a algunos parajes donde no se podia dar fondo, i  
« dábanlo dó les parecia paraje acomodado. Echaron algunas  
« veces jente en tierra por la parte del norte para reconocer la  
« tierra i ver si hallarian alguna jente de quien tomar lengua de  
« ella. I navegando como dicho es, llegaron a una bahía que le  
« pusieron por nombre Cordes del de su jeneral, que estaria a  
« mas de la mitad del dicho Estrecho. En ésta invernaron todos  
« los navíos juntos, tiempo i espacio de cuatro meses, a lo que  
« se acuerda, por serles los tiempos contrarios i haber alguna  
« corriente que les impedía el navegar; i los meses que allí es-  
« tuvieron fueron mayo, junio, julio i agosto, en que padecieron  
« mui recios tiempos de frios, vientos i granizos i nieves i agua-

«ceros. I por darles no mas que seis libras de pan a cada persona para ocho dias lo pasaban mal i sentian hambre; aunque algunas veces se ayudaban de pescado que pescaban i de raices de yerbas que cojian, aunque esto duró poco, porque se acabó. De donde resultó enfermar la jente i morirse mucha. Algunos dias salieron a tierra de la parte del norte, en que sucedió ver jente de la misma tierra que les mató tres hombres, por descaído que tuvieron en resguardarse.»

Esta última desgracia, si bien no de las mayores que les acaecieron a los holandeses en su travesía, pudo mostrarles, sin embargo, que no solo los españoles eran de temer en la tierra que por primera vez pisaban.

No todos los que refieren este viaje se muestran tan persuadidos como el testigo que acabamos de oír de la imposibilidad que hubo de atravesar el Estrecho ántes de que el invierno apretase. El piloto de la capitana, Adams, en cartas que despues escribió, culpa a Simon de Cordes por haber dejado pasar los vientos favorables que casi constantemente soplaron, segun dice, hasta el 20 de abril i que los habrían sacado del Estrecho, «si no hubiesen ocupado demasiado tiempo en hacer provisiones de agua i leña i en construir una chalupa, cosa que debió haberse diferido para cuando estuvieran en latitud i estacion medias» (1). I aun durante el invierno que pasaron en la Bahía de Cordes volvieron a tener buenos vientos para hacerse a la vela: «muchas veces, dice el citado piloto, tuvimos durante el invierno buen tiempo para atravesar el Estrecho; pero nuestro jeneral no lo quiso.» Por desgracia para los corsarios, como hemos visto, el invierno de 1599 fué en aquellos parajes por extremo crudo: «Hacian, dice uno de los viajeros, tan recios tiempos de frios, nieves e vientos e mares tan grandes que era cosa temeraria.» Cuando soplabá el norte, i solía soplar tres i cuatro dias consecutivos, sabian los holandeses que todo lo debían temer. «Frecuentemente se convertía en huracán, por lo que los

---

(1) Citada coleccion de Burney.

H.—T. I.

« buques garraron anclas i sus cables se deterioraron tanto que  
« faé causa de continúa ansiedad i tuvieron mucho trabajo para  
« proveer a su seguridad.

« Entre las miserias que soportaron se contaban la escasez de  
« alimento i de vestido: la primera de estas necesidades llegó a  
« tal extremo que fué necesario mandar la jente todos los dias a  
« la playa durante la baja marea, aunque lloviera o nevara, a  
« buscar marisco i recojer raices para la subsistencia. Las nece-  
« sidades i la inclemencia del tiempo parecian hacer insaciables  
« los estómagos. El marisco, raices i cuanto podia comerse lo  
« deboraban en el estado en que lo encontraban, no teniendo  
« paciencia para aguardar a cocinarlo. El diario de Adams dice  
« que encontraron allí abundancia de almejas, algunas de las  
« cuales, se asegura, eran de un palmo de largo i, cuando cocina-  
« das, la carne de tres de las mayores pesaba una onza » (2).  
Pero esto último no guarda conformidad con las declaraciones  
prestadas en Lima por los marineros; por lo demas, debemos  
creer que, si las hubo, duraron pocos dias las almejas. A ellas  
quizá se refiere uno de los testigos cuando dice: « El pescado era  
« mui poco lo que se pescaba i era menudo, *que se daba a los*  
« *capitanes e principales oficiales de las naos* i la jente cojia yer-  
« bas de las costas, que picaban e cocian en mazamorra para co-  
« mer. » Otro de los testigos habla de los poco sanos mejillones,  
como único marisco de que pudieron disponer por algun tiempo,  
i agrega « que aunque traian lengua de que en aquellas islas e  
« costas habia muchos pájaros i los procuraron, no los hallaron  
« i ansi padecieron mucha necesidad; i que en algunas islas que  
« están en el dicho Estrecho oian aullar lobos marinos i echaron  
« dos barcos para tomar algunos e no pudieron, porque luego se  
« echaban a la mar. »

Con la experiencia de lo belicosos que se habian manifestado  
los naturales, los holandeses no se atrevian a esponerse entrando  
mucho en la tierra i asi sucedió que « un dia, que creo fué de

---

(2) Citada coleccion de Burney.

« los de Pascua de Resurreccion, echaron un barco a la costa de  
« Chile en que iban catorce o quince hombres i saltaron en tie-  
« rra con intento de tomar algunos pájaros e vieron ciertos in-  
« dios en la tierra adentro correr desnudos i no se llegaron a  
« ellos ni les hablaron e no pudieron cazar pájaros i ansi vol-  
« vieron en la barca al navío. »

Con todas estas cosas no es raro que se multiplicaran las enfermedades i que la muerte viniera no ya a dezmar las tripulaciones de los buques, sino a llevarse la mayor parte. De hambre i frío i de enfermedades por ellos producidas murieron como doscientos marineros, si hemos de dar fe a los cálculos de los testigos. I era tanta la jente que moria que los jefes llegaron a temer las consecuencias del pánico en los sobrevivientes, ya tan debilitados por los padecimientos, i procuraron ocultar el número de los fallecidos. Nos parece terrible en su sencillez la manera como refiere esto uno de los desgraciados, que, cual los demas, debió de estar esperando por momentos su turno en la lista que a las tripulaciones estaba pasando la muerte: « A los principios, dice, cuando moria alguno i le echaban a  
« la mar, disparaban una pieza i despues, como morian muchos,  
« dejaban de tirarlas por no poner miedo ni entristecer a la  
« jente. »

Entre los muertos se contó el capitan de *La Fulelidad*, Bockholt, al que sucedió en el mando el que en ese buque venia de representante de los armadores, Baltasar de Cordes, sobrino del jeneral.

Tal fué la funesta mansion de los corsarios en la Bahía de Cordes, en la cual estuvieron hasta el 23 de agosto, dia en que zarparon con viento al N E. A la siguiente mañana sobrevino calma i anclaron en una bahía de la playa sur, donde, al decir de Burney, celebraron una estraña ceremonia, que manifiesta cuán distantes estaban de enfriarse con los hielos del Estrecho sus sentimientos de odio contra los españoles. El jeneral Simon de Cordes, cual si los padecimientos que él i su jente pasaban i las muertes que los habian aflijido fuesen ocasionadas por los

españoles, quiso cimentar mas i mas en el corazon de los jefes la guerra que sus compatriotas hacian a España, e ideó la institucion de una órden de caballería, cuyos miembros debian comprometerse con juramento a defender la patria hasta con el sacrificio de la propia vida i a « esforzarse en lo posible por hacer « triunfar las armas de Holanda en el pais dedonde el rei de « España sacaba esos tesoros, que durante tantos años habia empleado en la opresion de los Países Bajos. »

Se ve que Simon de Cordes era bien belicoso a pesar de haber pasado su vida i hecho su fortuna en el comercio; pero, aun en medio de su patriótico ardor, asoma el antiguo mercader i, para hacer la guerra al jurado enemigo de la patria, busca la manera de arrebatar a España sus tesoros, no tan solo a fin de desarmar al opresor de la Holanda, sino tambien para llenar con los dineros de aquél su propio bolsillo de comerciante. ¡Con qué placer habria quitado millones a la nacion odiada i enriqueciéndose con sus despojos!

Por desgracia para Cordes i sus compañeros, si se les presentó a muchos ocasion de mostrar que eran crueles hasta la ferocidad tratándose de los súbditos del rei de España, ninguno se hizo rico con los tesoros de América.

En la nueva órden de caballería, cuyo nombre fué *El leon no encadenado*, entraron los seis principales jefes de la flota, a mas de Simon de Cordes; es decir, los comandantes de los otros cuatro buques i los dos representantes de los armadores, sin contar a Baltasar de Cordes, ya comandante de *La Fidelidad*.

La bahía donde sucedia esto recibió el nombre de bahía de Los Caballeros.

Naturalmente, buscamos en vano el menor rastro de la órden de *El leon no encadenado* en las declaraciones prestadas en Lima por los seis prisioneros, que allá llegaron: empeñados en manifestar la ninguna hostilidad que abrigaban contra las colonias americanas, se habrian guardado mui bien de hacer la mas mínima alusion a cosa que tan a las claras probaba odio encarnizado:

« El 2 de setiembre el viento soplaba fresco del Este i vol-  
« vieron las naves a emprender la marcha. En la tarde del 3,  
« toda la flota, compuesta de seis naves (contando una chalupa  
« llamada *La Postillon*, construida en el Estrecho) entró en el  
« mar del Sur. Los tres dias siguientes navegaron en direccion  
« de O. a N., el viento se hizo entónces inconstante i el mar se  
« puso borrascoso. El 7 una ráfaga violenta causó algunos per-  
« juicios en el palo trinquete del filibote; por lo que éste arrió  
« todas las velas i disparó un cañonazo para dar aviso del desas-  
« tre. Los navíos mas cercanos se dirijieron inmediatamente a  
« prestarle auxilio i los otros recojieron velas para aguardarlo; solo  
« Simon de Cordes, por estar mui distante i por haber densa ne-  
« blina, no oyó el cañonazo del filibote ni vió lo que pasaba i,  
« creyendo que la flota lo seguia, continuó su viaje i se separó  
« de los demas.

« El 10 arreció el viento del NO. i en la noche, por alguna  
« equivocacion u omision en las señales, los buques se separaron  
« completamente unos de otros, de modo que para saber la his-  
« toria del viaje seria preciso seguirlos uno a uno en su derro-  
« tero » (3).

Para concluir con el que no llegó a las costas de Chile en el  
Pacífico, digamos que *La Fe*, llevada por fuerte viento del oeste,  
se halló el 26 de setiembre a la entrada del Estrecho. Hasta  
entónces iba en compañía de otro de los buques, *La Fidelidad*.  
En esa fecha « se encontraron cerca de la entrada occidental del  
« Estrecho de Magallanes i como soplaba fuerte viento del oeste  
« se vieron al otro dia obligados a entrar al Estrecho para gua-  
« recerse. No pudieron moverse de junto a la entrada del oeste  
« hasta el 2 de diciembre; teniendo entónces viento del NE.

---

(3) Burney. En todo lo referente al viaje de "La Fé" que en seguida nar-  
ramos no hemos tomado otro guia que el citado autor, el cual, por su parte,  
no hace mas que extractar el diario llevado en ese buque i publicado en  
Holanda. De él traducimos cuanto citamos testualmente en lo que queda  
de este capítulo.

Advirtamos, sin embargo, que, como despues lo notaremos hai motivos  
para dudar de que sea exacto su relato cuando afirma que "La Fé" ancu-  
viese con "La Fidelidad" en su vuelta forzada al Estrecho.

« partieron siempre con el propósito de entrar en el Pacífico; « pero *La Fe* no pudo salir con ese viento de la bahía, en que « se hallaban, a la que llamaron Close Bay (Bahía Cerrada). « Salieron al día siguiente de ella; pero no con viento favorable « para ir al Pacífico i por algun accidente o por diferencia de « maniobras al anclar quedaron separados los buques, a una le- « gua de distancia, con una punta de por medio que les intercep- « taba la vista. El 8, una ráfaga (que debe de haber sido del « este) hizo garrar anclas a *La Fidelidad*, que arrastrada por el « Estrecho entró en el Pacífico, » separándose para siempre de *La Fe*. Esta, sola ya en el Estrecho, unió a sus demas desgracias la desmoralizacion de los marineros, que comenzaron a manifestar poca voluntad de seguir obedeciendo a su capitán Sebald de Weert.

El 12 de diciembre estaba éste todavía en el Estrecho i mandó un bote a buscar víveres a tierra. Al dar vuelta a una punta, el bote vió tres canoas llenas de indíjenas, los cuales huyeron precipitadamente i, habiendo llegado a tierra, se refugiaron en los cerros. En las canoas encontraron los holandeses « algunos « pinguines, cueros pequeños i útiles para pescar. » Bajaron a tierra los corsarios i solo capturaron a una mujer que no pudo huir por llevar a sus dos hijos, de los cuales uno no andaba todavía. Hé aquí la minuciosa descripción que de esta mujer hace el autor citado, siguiendo en todo el diario del buque:

« Era de estatura regular i de color cobrizo; llevaba el cabe- « llo corto i largas las uñas; tenía arqueadas las piernas (lo que « los holandeses atribuyeron a la manera de sentarse) i la boca « ancha, lo cual era probablemente peculiaridad individual; ves- « tia un traje de pieles de animal marino, que le colgaba por sobre « los hombros, i lucía un collar de conchas del mar. Cuando fué « capturada i conducida al buque, no hizo manifestación alguna « de dolor ni se le observó la mas pequeña emoción, si no es « cierta traza de altanería. Rehusó comer alimentos cocidos al « uso europeo, por lo que le dieron algunas de las aves encon- « tradas en las canoas: las preparó para ella i sus hijos, usando



« por cuchillo una concha; las cortó i limpió, sacándoles las en-  
« trañas; en seguida comió i dió a sus hijos algunas partes cru-  
« das i otras apénas calentadas en el fuego.

« El mayor de sus hijos era una mujercita de cuatro años de  
« edad; el otro era varon i solo tenia como seis meses. En la re-  
« particion del alimento lo partia todo con las manos i los dien-  
« tes: la comida fué un espectáculo mui divertido para la tripu-  
« lacion, la cual estrañaba sobremanera que en medio de sus ri-  
« sas, la indifjena conservara completa indiferencia..... La  
« pobre mujer tuvo que soportar la risa i la impertinente curio-  
« sidad, dos dias que pasó siendo constante objeto de necia ad-  
« miracion i regocijo. El capitán ordenó, en fin, que la llevasen  
« a tierra i le dió una capa, una gorra i algunas cuentas. Vistie-  
« ron igualmente al nifito con un traje verde i se lo dejaron a  
« la madre; pero retuvieron la nifia para llevarla a Amsterdam.  
« Aquella mujer espresó en sus miradas el dolor i la rabia que  
« sentia al ver que le robaban su hija; pero manifestó creer que  
« le era inútil quejarse i con silenciosa resignacion salió del bar-  
« co con el nifio que le habian dejado. »

El 15 de diciembre se dirijió *La Fe* a la Bahía de Cordes  
i al llegar disparó un cañonazo, siempre con la esperanza de  
volver a juntarse con *La Fidelidad*, a la cual suponía en el Es-  
trecho. Les pareció a los marineros que les contestaban el caño-  
nazo i no se equivocaron; pues al otro dia vieron llegar a ellos  
un bote. No era, sin embargo, de *La Fidelidad* sino de otra flo-  
ta holandesa que tambien venia a América i que estaba manda-  
da por Oliverio Van Noort.

El 20 de diciembre comenzaron a navegar unidos para salir  
al Pacífico; pero no navegaron mucho tiempo en conserva, pues  
el mismo dia separó el viento a *La Fe* de las demas. Volvió  
De Weert a la Bahía de Cordes, adonde llegó tambien el 1.º  
de enero de 1600 Oliverio Van Noort, que no habia podido pa-  
sar de la Bahía de Los Caballeros. De Weert se ocupó en cons-  
truir un bote, pues acababa de perder el último en el Estrecho.  
Cuando lo concluyó, ya determinado a volver a Holanda, envió

a pedir a Van Noort un poco de galleta para el viaje; pero nada consiguió. El 11 de enero salió De Weert de la Bahía de Cordes i se dirigió a las islas de los Pingüinos, en la entrada oriental del Estrecho i ancló junto a la mas pequeña, donde tomaron i salaron « pingüinos. » Los marineros encontraron una mujer patagónica que estaba herida i que era la única sobreviviente de toda su tribu, cruelmente asesinada, como veremos mas adelante, por los hombres de Oliverio Van Noort. Segun el diario de *La Fe*, esa patagónica « era alta i corpulenta i tenia el pelo « corto, al reves de los hombres que, a uno i otro lado del Estrecho, lo llevan estremadamente largo. Tenia pintado el rostro i vestia una especie de capa de pieles bien cosidas que le « llegaba a las rodillas: al rededor de la cintura, llevaba un pequeño cobertor, hecho de una piel. » El capitán le dió un cuchillo a esa mujer; pero no se tomó el trabajo de pasarla al continente, aunque ella manifestó que lo deseaba.

El 21 de enero salió De Weert del Estrecho en direccion a Holanda i, seis meses despues, el 13 de julio, llegó a Gorea: de los ciento nueve hombres de tripulacion que de este puerto habia sacado, volvian solo treinta i ocho.

Por fatal que parezca el viaje de *La Fe*, esta nave fué la mas feliz de la flota: como veremos, ninguna otra volvió a Holanda.

---

---

## CAPÍTULO XV.

### VIAJE I AVENTURAS DE «LA ESPERANZA» I «LA CARIDAD.»

---

Instrucciones que tenian los capitanes para el caso de que se separaran las naves. — Rumbo que sigue la capitana. — La capitana en el archipiélago de Los Chonos. — Llega a la punta de Lavapié. — Los marinos quieren desembarcar i son rechazados por los araucanos. — Crítica situacion de aquellos. — Su contento al ver que los indios van de paz. — Baja Simon de Cordes i es festejado por los indígenas. — Traicion de éstos i muerte de Simon de Cordes i de mas de veinte de sus compañeros. — Triste estado en que llegó la capitana a Santa Maria. — La almiranta en la Mocha. — Traicion de los indios i muerte del capitán Benningen i de veintisiete marinos. — Lo que los holandeses creian de estos ataques. — Lo que dijeron a Recio en su visita. — ¿Quién era el sucesor de Simon de Cordes? ¿Era su hijo i homónimo o un suplantador? — La visita de Antonio Recio. — Curiosa carta del corsario a Quiñones — Cree éste que aquel va a pelear a sus órdenes contra los indios: gozo jeneral en la colonia. — Desvanécense las ilusiones: partida de los corsarios i fin que tuvieron.

---

El 10 de setiembre se habia separado Cordes de las otras naves de la flota i cuando lo conoció i perdió la esperanza de encontrarlas hizo rumbo a la costa de Chile. Previendo que una o muchas naves podian dispersarse, habia ordenado a los capitanes que, en tal caso, se dirijieran a la costa en la latitud 46°, que aguardaran ahí un mes, i que si no iban los otros a reunirse, siguieran su camino hasta la isla de Santa María, en la cual esperaran igual tiempo, ántes de continuar el viaje. Mientras iban en esa direccion, se juntó *La Caridad* con la capitana; pero «ocho o diez diez despues, durante la noche, dice el piloto «Adams en una de sus cartas, un fuerte viento hizo volar nuestro trinquete i perdimos la compañía de la almiranta. Entónces, segun lo permitió el viento i el tiempo, seguimos hácia la «costa de Chile, a la cual llegamos, en el grado 46, el 29 de se-

« tiembre. Allí permanecimos veinte i ocho dias. » « Los indijenas, dice en otra carta, son de natural pacífico i pudimos refrescar nuestra jente. Nos trajeron carne de cordero i papas en cambio de cascabeles i cuchillos; pero pronto dejaron la costa i se internaron para no volver. »

Partió la capitana a fines de octubre i mui pronto llegó cerca de la isla de Santa María; pero, ántes de fondear, quiso Simon de Cordes renovar sus víveres en el continente, donde con razon suponía que encontraria mas provisiones i arribó a la parte mas cercana a la isla mencionada, a la punta de Lavapié. La recepcion que habia tenido en el archipiélago de Los Chonos le hizo creer, sin duda, que todos los indijenas de Chile lo habian de mirar como amigos, i sin mas trámites envió a tierra una lancha para comprar víveres.

Por su desgracia habia dado con los araucanos. Léjos de recibir amistosamente a los tripulantes de la lancha, los indios que, a la llegada del buque, se habian ido reuniendo en gran número en la playa, aguardaron que desembarcasen i los atacaron con encarnizamiento. Era el primer combate sério que los holandeses tenian en América i, a estarnos a lo que ellos refieren, dieron muerte a mas de cien indijenas con pérdida de solo tres de los suyos: « El jeneral, queriendo saltar a tierra en la punta de Lavapié con alguna jente a tomar algun refresco, los indios que están de guerra, defendiéndoles no saliesen a tierra, pelearon con ellos i les mataron cosa de tres hombres i ellos mas de cien indios » (1). Aunque no hubiese exajeracion en el número de muertes que los corsarios aseguraban haber causado, no podian pretender que la victoria hubiese quedado por ellos, ya que « con esto se retiraron a su lancha, » sin haber obtenido los víveres que iban a buscar i que tanto necesitaban. Probablemente, fué gran desgracia para los holandeses llegar a Arauco en medio de la jeneral sublevacion ocasionada por la

(1) Relacion hecha al rei por don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599. Este documento, que tanto nos ha servido ya para estudiar lo referente a la permanencia de los corsarios en la isla de Santa María, es el que mas utilizaremos en el presente capítulo.

muerte de don Martín García Oñez de Loyola; pues los araucanos, aunque hubiesen entendido que los tripulantes de *La Esperanza* eran enemigos de los españoles, estaban demasiado orgullosos con sus multiplicadas victorias para buscar auxilio de europeos contra el casi vencido conquistador.

Debieron de quedar en grandes apuros los holandeses, para los cuales fué, sin duda, menor desgracia la no pequeña de perder tres hombres, que la incertidumbre en que se encontrarían sumidos. Sin conocer el número de los indígenas, cuyo valor acababan de experimentar; sin poder manifestarles, por falta de intérprete, que el objeto de su viaje se armonizaba muy bien con los intereses de los naturales de Chile; sin saber tampoco si el mismo recibimiento que en Lavapié tendrían en la isla de Santa María, i con necesidad imperiosa de tomar víveres i de refrescar la jente, debieron de ser momentos bien amargos los que sucedieron al placer poco ántes tenido de encontrar tierra, después de tan larga i penosa travesía.

¿Harían otro esfuerzo para desembarcar en Lavapié? ¿Preferirían tentar fortuna en Santa María, donde, a lo ménos, podían esperar juntarse con las otras naves? Cuando se preparaban a tomar este último partido, vieron con indecible contento que una canoa de los indígenas se acercaba al buque i entendieron llenos de gozo que los araucanos estaban dispuestos a recibirlos bien, con tal de que ellos les aseguraran que no venían con intenciones adversas. Si solo por señas se comunicaban araucanos i holandeses, éstos fueron, sin duda, muy elocuentes mímicos, ya que aquellos volvieron luego a las naves llevando « algún regalo. »

La paz estaba hecha, i los nuevos amigos invitaron a sus huéspedes a que saltaran a tierra. Era lo que deseaban los holandeses, i una buena partida, mandada por el mismo Simón de Cordes, desembarcó en Lavapié. Ya no temían, como en el Estrecho, a los naturales; ya no tenían que soportar, como allá, los rigores de la temperatura: pudieron creer que habían concluido los padecimientos i que comenzaban los prósperos sucesos.

Los araucanos se mostraron por extremo jenerosos en la abundancia de alimentos que ofrecieron a sus huéspedes para que festejaran en un banquete su amistad. Hacia demasiado tiempo que los navegantes estaban condenados al ayuno para que en esta vez se contuvieran, como habrian debido hacerlo hombres cautos i prudentes al tratar con salvajes, cuyas costumbres i carácter no conocian. En vez de obrar asi, se entregaron a la bebida i, con los festejos de los indijenas, fueron poniéndose en estado de no poder resistir un ataque de éstos. Era cuanto esperaban los araucanos: cuando vieron « el descuido que el jeneral « con sus soldados tenia dieron sobre él i degollaron a veintitres « o veinticuatro » (2).

Ninguno de los que habian saltado a tierra volvió a la nave i ésta i la flota se encontraron de repente sin su jefe. Era el segundo que perdian los holandeses i la muerte de Simon de Cordes debió de impresionarles harto mas que la de Jacobo Mahu, ya que acaecia despues de tantas desgracias, de manera tan trájica i acompañada por la de tantos útiles i casi necesarios soldados i marineros.

La primera vez que el fundador de la órden de *El leon no encadenado*, el hombre que juraba i hacia jurar odio eterno contra los súbditos del rei de España, pisaba la tierra que habia visto las hazañas de los españoles, pagaba con su vida i con la de sus compañeros la empresa acometida. I, para colmo de mala suerte, moria a manos de los mas encarnizados enemigos de los españoles

Los pocos marineros que habian quedado en la lancha, volvieron aterrorizados a la capitana a referir la gran traicion de los araucanos i la inmensa desgracia que por ella habia sobrevenido a los navegantes. La pérdida de veintitres hombres era irreparable para la tripulacion de *La Esperanza*, diezmada durante año i medio por las enfermedades i el hambre. I fuera de

---

(2) Relacion hecha al rei por don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599. Quiñones ignoraba entónces la muerte de Simon de Cordes; el 20 de febrero ya la sabia i lo dijo al rei. Por lo demas, todos los cronistas e historiadores están conformes en la muerte de Simon de Cordes.

la pérdida material debía contarse en mucho la imposibilidad en que quedaban de tomar víveres i refresco en Lavapié.

¿Qué hacer? Ya no habia para qué aguardar mas en esa inhospitalaria playa, a la que ojalá nunca hubieran llegado; i resolvieron irse, en fin, a la isla de Santa María, donde encontraron a *La Caridad*, que habia arribado cuatro dias ántes (3).

No eran ni mejores ni de distinto jénero las noticias que de los de la otra nave recibieron. La almiranta habia llegado en su viaje a la isla de La Mocha i, como la capitana en Lavapié, habia querido refrescar la jente i tomar víveres ántes de ir a Santa María.

Parece que los indíjenas de La Mocha se hubieran puesto de acuerdo con los de Lavapié para emplear las mismas muestras de amistad i adormecer con ellas a los corsarios. Comenzaron por proporcionarles víveres i los festejaron de diversas maneras i muchas veces, hasta que, viéndoles completamente descuidados, salieron en gran número de una emboscada, los atacaron con vigor, les tomaron la lancha i mataron a todos los desembarcados, que eran veintisiete hombres, entre los cuales se contó el capitán del buque i vice-almirante de la flota, Jeraldo Van Beuningen (4).

---

(3) Citada coleccion de viajes de Burney.

(4) Quiñones no menciona, en ninguna de sus cartas, el desembarco i muerte en La Mocha de Van Beuningen i sus hombres, i cuando, meses despues, resume las pérdidas de los corsarios en sus luchas con los indíjenas de Chile parece creer que las de "La Caridad" no pasaron de trece o catorce hombres; pues habia dicho que en Lavapié perdió Cordes tres hombres en el primer desembarco i veintitres o veinticuatro en el segundo i el 20 de febrero escribe que por todo perdieron los corsarios cuarenta hombres i su jeneral.

Los cronistas cuentan con muy distintas circunstancias el desembarco i la muerte del capitán de "La Caridad." Tesillo dice que: "de cincuenta holandeses que saltaron en tierra, en dos lanchas con dos piezas de bronce, no dejaron [l s indios] ninguno vivo; i, quedándose con las lanchas i artillería, le entregaron uno i otro al capitán Francisco Hernandez Ortiz, que el año siguiente tomó puesto en aquel a isla."

El padre Rosales pondera las pérdidas de los holandeses hasta incluir en ellas el mismo buque que estamos viendo en Santa María: los indíjenas "despues de haberles llenado de bastimentos i festejado a los holandeses con públicos regocijos, les echaron una emboscada i les mataron setenta hombres en ella i les cojieron la barca i cuanto en ella encontraron. I hasta hoy conse va un cacique muy principal, llamado Quechumilla, un pito de plata grande i curioso que le heredó de su padre, que fué autor i

*La Caridad*, con su tripulacion disminuida hasta el exceso i sin su capitan, fué la nave que primero habia entrado a *Santa María*, la que mandó cuatro hombres en su bote al encuentro del navío de Recalde i la que se puso en relacion con el capitan Recio. Se concibe que, después de los muchos fracasos i de las innumerables desgracias que habian tenido que soportar, quisieran los corsarios por entónces i a lo ménos miéntas se repomian de tanto contratiempo, ver modo de conseguir por bien los víveres de que tanto necesitaban i cuya posesion debian desesperar de obtener por la fuerza, en vista de lo que ya les habia acontecido.

Por lo demas, es curioso que, miéntas los holandeses suponian, como lo afirma en su citado diario Adams, el piloto de *La Esperanza*, que los indjenas habian sido guiados por los españoles, Quiñones decia al rei, el 20 de febrero de 1600, que los araucanos estaban mui apesarados de haber muerto a los corsarios: « Dos navíos de alto bordo que el mes pasado de noviembre parecieron nueve leguas de este puerto echaron jente en « tierra del enemigo para confederarse con él. I por no tener in- « térprete que les entendiese, viniendo a batalla, mataron al je- « neral i otros cuarenta hombres, pensando que eran españoles; « i después que se desengañaron i entendieron que eran nuestros « enemigos, mostraron gran sentimiento. »

Naturalmente, de estar alguno en la verdad, lo estaba el gobernador de Chile (que, por lo demas i contra la costumbre, se quedaba corto al señalar el número de los enemigos muertos); pues era menester ignorar el estado de la guerra para suponer que los araucanos pudieron ser instrumento de los españoles.

Quiñones no tuvo noticias tan exactas de las pérdidas sufri-

---

“caudillo de aquella emboscada, i nunca le ha querido enajenar porque sirva de memoria a la posteridad para no olvidar sus triunfos. Este tan infausto suceso callan los ingleses, como otras muchas cosas calamitosas, sin quererlas poner en sus diarios náuticos, i lo mismo hacen los holandeses, para no infundir pavor ni espanto a los que emprenden las navegaciones australes.”

Hemos podido notar cuán injusta es la última acusacion de Rosales en la exactitud de la relacion hecha por los diarios náuticos de los holandeses, a uno de los cuales, extractado en la obra de Burney, seguimos con seguridad en esta ocasion.



das por los corsarios sino algun tiempo despues; porque los holandeses se guardaron de decir a Recio toda la verdad en lo que le comunicaron durante su visita a las naves. Aun sin suponer que los araucanos obrasen por instigaciones de los españoles, éstos, a juicio de los holandeses, no podian ignorar lo que habia pasado en Lavapié, tan cerca de Concepcion. Por eso, so pena de manifestar su doblez, los corsarios tenian que referir i refirieron a Recio lo acaecido en esos desembarques: le callaron, sin embargo, lo que aquel no podia descubrir, la muerte del jefe de la escuadra. Por lo que hace a lo de La Mocha, seguros como estaban de que no les era fácil a sus naturales comunicarse con los del continente, ni siquiera mencionaron el desembarco i la muerte de Van Beuningen i de sus veintisiete compañeros.

Todo el empeño de los holandeses consistia en engañar a los españoles i a ese fin se dirijian las mentidas protestas de amistad i, por lo mismo, les ocultaban, cuanto les era posible, el estado en que se veian.

En Chile no se tenia mas noticia de la flota, cuya capitana i almiranta estaban fondeadas en Santa María, que la que daban sus mismos tripulantes: no se tenia idea de Jacobo Mahu, su primer jefe, ni de Simon de Cordes. Los corsarios podian haber dicho el nombre del sucesor de Simon de Cordes sin que los españoles hubieran venido en cuenta de la muerte de éste, ya que no sabian que hubiese existido. Sin embargo, Simon de Cordes continuó siendo su jeneral, escribió al gobernador i tuvo las conferencias con Recio.

¿Hacian representar un falso papel a un suplantador? No tenemos datos para contestar esa pregunta; pero sí podemos insinuar lo que nos parece mas probable: quizas el jefe de la flota, el sucesor de Simon de Cordes, tenia el mismo nombre que éste i era su hijo.

No vemos, en efecto, qué interes hubiera impulsado a los corsarios a una suplantacion, ni por qué no habrian dicho el nombre de su jefe; i, ademas, por las señas que testigos de vista

nos dan acerca del que en Santa María mandaba la capitana, podemos probar que no es ninguno de los que debian haber sucedido al desgraciado Cordes.

Muertos los capitanes de *La Esperanza* i de *La Caridad*, podian haberlos reemplazado los primeros pilotos. Ahora bien, los declarantes de Lima, que tanto hemos citado, dicen que el primer piloto de la capitana era un ingles que habia venido a América con Sir Tomás Cavendish i que tenia como *treinta i cinco años* de edad; el primero de la almiranta, tambien ingles, « se llama maestre Adams, que será de *mas de cuarenta años.* » En cuanto al supuesto o verdadero Simon de Cordes, Recio, al referir a Quiñones su visita a la nave de los corsarios, le dice « que el jeneral *es mozo de hasta diezinveve a veinte años* » (5).

Por otra parte, en la ininteligible copia de la carta, que, como verémos, dirijieron los holandeses al gobernador de Chile i que tenemos a la vista, se lee algo que parece poner entre los principales armadores de la flota, que ellos se empeñaban en presentar como mercante, al « señor Simon de Cordes, *padre de nuestro jeneral.* »

A ser cierto que Simon de Cordes fuese uno de los principales armadores, se esplicaria perfectamente el cargo de representante de los empresarios que su sobrino Baltazar habia traído i el puesto de capitán de *La Fe* que se le habia confiado, a pesar de tener a lo mas veintidos años, segun dicen tambien los testigos de vista, i nada habria sido mas natural que, muerto Simon, le sucediera en el mando su hijo que le sucedia en sus derechos de armador.

Sea lo que fuere i llámese como se llamare « el jeneral, » la situacion de los corsarios era por demas apurada i debian temer sobre todo esponerse a un nuevo descalabro, que vendria a ser para ellos la ruina completa. Por eso, la dura esperiencia, que tan a su costa acababan de adquirir, influyó, sin duda, en mantenerlos alejados de la playa i en hacerlos presentarse con tantas

---

(5) Citada relacion de Quiñones al rei, fecha a 25 de noviembre de 1599.

protestas i deseos de paz, mucho mas que las falsas noticias con que Antonio Recio pretendia engañarlos acerca del número de soldados que estabau bajo sus órdenes en la isla.

Hemos dejado al audaz capitán español en las naves enemigas i podemos agregar que su visita duró nada ménos que día i medio i que en ella, segun dice al virei el gobernador de Chile, « pasó grandes razones » con el jefe de la escuadra holandesa. Esas « grandes razones » no concluyeron, sin embargo, en ruptura, i Antonio Recio i Simon de Cordes (o el que tomaba este nombre) quedaron los mejores amigos del mundo i, circunstancia no de despreciar en el estado de pobreza en que entónces se veia el reino de Chile, el capitán español recibió del holandés « muchos regalos » (6).

Recio pasó el día i medio en la nave capitana, sin que el corsario le mostrase la almiranta. La primera, segun el español, era « de cuatrocientas toneladas mui galana e bien labrada e trae veinticinco a veintiseis piezas de artillería, las mas de hierro colado i pocas de bronce i poca jente i alguna enferma. »

Como que no la vió, no fueron tan exactas las noticias que comunicó acerca de *La Caridad*: dice que tenia cinco o seis cañones por banda i pudo conocer que llevaba mucho ménos jente que la capitana.

No hai que dudarlo, en cambio del agasajo con que hospedaron a Recio i de los muchos regalos que le hicieron, los corsarios hubieron de recibir los víveres que necesitaban, ya que venian « perdidos i faltos de todo. »

Antonio Recio, ántes de salir del navío de Simon de Cordes, recibió de éste una carta para el gobernador de Chile, cuya copia, lo hemos dicho, no es posible descifrar por completo. Por lo poco que se entiende i principalmente por el resumen que al rei hace don Francisco de Quiñones, vemos que el corsario se presentaba como leal vasallo de la Majestad del rei de España i con vivos deseos de servir bajo las órdenes del gober-

---

(6) Citada relacion de Quiñones al virei, fecha a 25 de noviembre de 1599.  
H.—T. I.

nador de Chile: « ofresco mi persona i navíos in servicio de « vuestro rei don Felipe i de V. S. » Sobre todo se manifestaba deseoso de vengarse de los araucanos: « daremos contra esos pe-  
« rros indianos, si V. S. querro nuestro ayudo. »

En suma, pedia a Quiñones que le mandara un práctico, a fin de que condujese sus navíos i los hiciera fondear en la bahía de Concepcion, para desembarcar ahí i ponerse al servicio del gobernador.

Naturalmente, Quiñones no creyó una palabra de las seguridades que el corsario le daba acerca de ser súbdito fiel de España, asi como ni tan solo creyó digna de mencionar la afirmacion de Simon de Cordes con respecto a los víveres que traía: « Tenemos « comida para dos años » decia a Quiñones, i éste escribia al vi-  
rei: « Tengo entendido que están tan faltos de todo que no traen « de comer ni jente i que, si pasan adelante, sin duda se per-  
« derán. »

Si al afirmar su abundancia de víveres el corsario mentia claramente, el gobernador tampoco decia verdad cuando aseguraba lo contrario. Las naves habian pasado ya veinte dias en Santa María i debian de haber aprovechado perfectamente las buenas relaciones en que su jefe se mantenía con Antonio Recio: ya no debian de ser los desesperados i hambrientos viajeros de Lavapié, i, aunque las provisiones que habian tomado no serian tantas ni tales como las que un año ántes embarcaron en su patria, los ponian, a no dudarlo, en estado de pasar adelante « sin perderse. »

Quiñones, aunque no prestara fe a los asertos de Simon de Cordes, habia recibido con suma complacencia su « carta mui regalada » i se preparaba a « traerlos con todos los medios posibles al servicio de Su Majestad. »

En verdad, una espedicion que al principio habia inquietado tanto i con tantísima razon al gobernador, le daba ahora las mas fundadas esperanzas. En lugar de temibles enemigos, se veía con la probabilidad de poderosísimo refuerzo de escolentes soldados, muchas armas i municiones, cañones, dos magníficos

buques i abundante cargamento de cuanto necesitaba Chile. ¿Qué no esperaria conseguir el gobernador i cuán convencido no estaría de su buena suerte? Recordemos que la tremenda desgracia que en esos mismos instantes caia sobre la colonia con la destruccion de Valdivia (cuyo relato hemos adelantado algunos dias a fin de no interrumpir la historia de los corsarios) no habia venido aun a descorazonar al enérgico Quiñones.

Todo se le presentaba, pues, color de rosa : el 25 de noviembre, al cerrar i fechar la minuciosa relacion dirijida al virei, despachaba tambien un pequeño barco para la isla de Santa María con carta para Simon de Cordes, en la cual lo invitaba a ir a Concepcion, donde se le daria toda clase de ausilios. Don Francisco de Quiñones habia llegado a engañarse tanto acerca de las intenciones de los corsarios, que escribia al virei: « Entiendo « que de aquí a dos dias estarán en este puerto. »

Eran puras ilusiones las esperanzas del gobernador: cuando escribia aquellas palabras, el corsario, habiendo aguardado inútilmente en la isla de Santa María el tiempo convenido con las otras naves i renovado sus víveres, iba de nuevo a emprender el viaje i a despedirse para siempre de las para él bien poco hospitalarias costas de Chile. « Como las tripulaciones de los « buques estaban tan reducidas, se tuvo entre ellos el proyecto « de embarcar todos los hombres i las provisiones en uno solo i « abandonar i quemar el otro; pero los nuevos jefes no pudieron « convenir en cuál de los buques debia quemarse, i nada se hizo. « Sin embargo, la fuerza de ellos no era suficiente para emprender cosa alguna contra las colonias españolas en el Perú i resolvieron dejar la costa de América i se dirijieron al Japon « para negociar, pues traian a bordo vestidos de lana que creyeron serian mui estimados en aquel pais. »

El 27 de noviembre, las dos naves, *La Esperanza* i *La Caridad*, acompañadas « de una pinaza recién construida, salieron « de Santa María. Adams escribe: emprendimos un camino directo al Japon i pasamos la línea equinocial con viento favorable que duró bastante tiempo. En el camino encontramos

« ciertas islas a los 16° N., cuyos habitantes son antropófagos.  
« En estas islas, la pinaza, que tripulada por ocho hombres habia  
« quedado a buena distancia de los buques, fué atacada i tomada  
« por los isleños. »

« Entre la latitud del 27° i del 28° N. tuvieron vientos varia-  
« bles. En la noche del 23 de febrero los dos buques se perdieron  
« de vista i no volvieron a encontrarse » (7).

« No se ha tenido mas noticia de *La Caridad* i sus tripulantes:  
probablemente perecieron en alta mar.

*La Esperanza* llegó al Japon el 19 de abril i no volvió a sa-  
lir de esos mares. Sus tripulantes tuvieron que sobrellevar di-  
versas i desagradables aventuras, cuya narracion no tiene que  
ver con nuestro propósito.

---

(7) Cartas del piloto William Adams, extractadas en la coleccion de Burney. La exactitud de la fecha que asigna a la salida de los buques de la isla de Santa María está confirmada por el auto del virei, de 22 de febrero de 1600, en el que dice que sabe por carta del gobernador de Chile " que dos navíos de los cinco holandeses que entraron por el Estrecho de Magallanes a esta mar del sur, se habian levado i hecho a la vela a 27 del mes de noviembre del año pasado del puerto de la isla de Santa María, donde habian arribado i estado surtos, i que no se habia podido entender ni leer qué derrota habian tomado."

---

## CAPÍTULO XVI.

### EL CIERVO VOLANTE.

---

Las órdenes de Quiñones en Santiago.—Parte un barco para el Callao.—Envíase a Valparaíso a Jerónimo de Molina.—Quién era este capitán.—Llega a Valparaíso *El Ciervo Volante*.—Sus trabajos desde que se separó de las otras naves.—Muere su capitán frente a Quintero.—Alimentos que traía *El Ciervo Volante*.—Recibimiento que a los corsarios prepara Molina.—Viene un bote con bandera blanca.—Emboscada i ataque de los españoles.—El capitán, herido, consigue salvar en el bote con todos sus compañeros; sin recursos i sin esperanza.—Cambio de escena; los de tierra van en un bote con bandera blanca.—Conferencia en el mar.—Entrevista de los capitanes Jeraldo i Molina.—Entrégase el primero; probables condiciones de la entrega.—Lo que acerca de ello dicen los tripulantes; valor de sus asertos.—Franca hospitalidad que en Santiago reciben los corsarios.—Lleva Diego de Ulloa el filibote i a seis de los holandeses al Callao.

---

Se recordará que, con ocasión de la llegada de los corsarios a Santa María, Quiñones envió, uno tras otro, diversos mensajeros a Santiago para que avisasen al virrey del Perú i para que procurasen defender a Valparaíso contra un golpe de mano de los holandeses. Los correos salidos de Concepción, uno el 5 de noviembre i otro el 6, llegaron a la capital el 12, es decir, seis días después de la salida del último, lo que no es mucho tardar si se tiene en cuenta no solo la gran distancia sino las dificultades que encontrarían para proporcionarse caballos en un territorio desolado por los enemigos i casi en su poder. Dijimos que, según las órdenes del gobernador, en dos horas se había de acomodar i despachar el barco para el Perú; i afirmamos que el segundo correo llegó a Santiago el 12 de noviembre, probablemente el

mismo día que el primero, por tener esa fecha la carta que los oficiales reales escribieron en Santiago al virei, incluyéndole la de don Francisco de Quiñones.

Por suerte, habia en Valparaiso un barco del rei, enviado por el gobernador « para llevar trigo a la dicha ciudad de Concepcion para la jente de guerra » (1), i pudo salir inmediatamente en direccion al Callao.

La segunda disposicion de don Francisco de Quiñones, referente al envío de fuerzas a Valparaiso, que defendieran este puerto contra un desembarco de los corsarios, no podia cumplirse en « dos horas: » se necesitaba encontrar hombres de armas en una ciudad agotada por la guerra, equiparlos i hacerlos salir para el puerto.

El correjidor i el cabildo de Santiago, apénas recibieron las comunicaciones del gobernador, comisionaron al capitán Jerónimo de Molina para que organizara i mandara esa fuerza.

Era éste un militar conocido en Chile por su valor i actividad i por los crueles castigos con que en cierta ocasion habia escarmentado a los indíjenas.

Hemos referido, cómo, con motivo de las derrotas de los españoles en el sur, los indios comarcanos de Santiago i La Serena estuvieron varias veces a punto de sublevarse para concluir con estas desarmadas ciudades: así, a lo ménos, lo creyeron sus vecinos. Pues bien, en una de esas conspiraciones, « Jerónimo de Molina, que era correjidor de esta ciudad (dice la citada informacion hecha en Santiago el 2 de setiembre de 1600) prendió i castigó muchos de ellos (de los indios); i en la mucha diligencia i *rigor* que en ello puso en esta ciudad i en sus términos i en haberse hecho lo mismo en la ciudad de La Serena, cesó por entónces el efecto del alzamiento. »

Quien conoce la durísima manera con que en aquella época

---

(1), " Acuerdo sobre el aviso que dió don Francisco de Quiñones, gobernador de Chile, del navío de corsarios que se habia visto en la isla de Santa María " celebrado en Lima por el virei i sus consejeros el 3 de diciembre de 1599.



trataban los españoles a los indijenas, puede calcular lo cruelmente que castigaria a los conspiradores Jerónimo de Molina; pues su conducta mereció ser calificada de rigurosa por los que la aplaudian como salvadora.

I si la crueldad era en aquellas circunstancias recomendacion en quien iba a combatir i castigar a los rebeldes, con mayor motivo no habia de ser considerada inconveniente para dirijir una expedicion contra los piratas. La guerra de esterminio que éstos hacian en las costas de América autorizaba, para los españoles, toda clase de represalias, i en Santiago nadie creia que en ocasion alguna fuese preferible, tratándose de los ingleses, la prudencia a la animosidad. Los hechos iban a encargarse de manifestar su error a los que asi pensaban.

Por mucha presteza que Molina emplease en reunir i equipar su jente i conducirla a Valparaiso, no pudo estar en ese puerto ántes del 14 o 15 de noviembre i si mas hubiera tardado habria llegado tarde; pues, apénas allá, se avistó un buque en direccion al puerto (2): era *El Ciervo Volante*.

Como hemos dicho, el 10 de setiembre se habia separado la capitana de los otros buques, despues de haber pasado el Estrecho i de haberse retirado de tierra no pocas leguas, para evitar que un fuerte viento los hiciera varar. La tormenta que separó a Cordes siguió creciendo i a la tercera noche (3) el patache perdió de vista, para no juntárseles mas, a las otras naves. Venia con éstas « la chalupa de la capitana » que debió perecer, pues no volvemos a oirla mencionar.

---

(2) Es preciso que "El Ciervo Volante" haya entrado a Valparaiso a mediados de noviembre para que Quifiones tuviese la noticia en Concepcion i alcanzase a dársela al virei en la carta que le escribió el 25 de noviembre. Hemos debido limitarnos a calcular poco mas o ménos la fecha de este suceso, porque las declaraciones de Lima, léjos de señalar el dia fijo, varían entre sí hasta decir una que llegó el flibote a principios de noviembre i otra a principios de diciembre; falta de fijeza i error que, tratándose de fechas, no es de estrañar en rudos marineros.

(3) Las declaraciones tomadas en Lima que nos suministran todos los pormenores que vamos a apuntar, varían entre dos i tres dias al asignar el tiempo que "El Ciervo Volante" se mantuvo unido a los otros buques.

Ya al comenzar la tormenta, el baprés del patache habia sufrido no poco i *La Fe* le habia mandado a su carpintero para que lo compusiese. Ese carpintero se quedó en *El Ciervo Volante* i es uno de los que despues suministra mas datos con su declaracion en Lima.

Cada vez mas fuerte la tempestad, *El Ciervo Volante* fué arrastrado por ella i «padeció mucho porque si el tiempo aplaca-  
«ba un dia o dos, volvia con grandísima furia de vientos nortes,  
«que le eran contrarios, i muchos aguaceros. » La tempestad no duró ménos de seis semanas, i «todo este tiempo anduvieron  
«(los tripulantes del filibote) barloventando de una parte a otra  
«i a veces tuvieron amainados mar en traves. »

En el Estrecho de Magallanes, Simon de Cordés habia dado  
«a todas las naves órden por escrito en un papel, a cada una  
«por sí, que, si con algun temporal se apartasen, se recojiesen i  
«fuesen a juntar a la isla de La Mocha o a la de Santa María »  
o, segun otro de los declarantes, al puerto de Valdivia.

*El Ciervo Volante* traia en su carta de marear marcado el derrotero que habia seguido Sir Tomás Cavendish; pero «por estar mal graduada i señalada » no pudo tomar ninguna de esas alturas i equivocadamente llegó a la costa cerca de Valparaiso. Ese es el relato que hacen los marineros i, en verdad, seria absurdo suponer que trajeran ánimo hostile hombres que, debilitados por el hambre i los padecimientos, reducidos a un pequeño número i descorazonados por las desgracias, no podian pensar sino en salvar la vida i habian de juzgar preferible cualquier otra situacion a la insoportable que durante tanto tiempo los habia mortificado.

Para colmo de desgracia, cuando habian avistado la costa i se encontraban enfrente de Quinteros, murió su capitan Diego Jeraldo, enfermo desde algun tiempo. Le sucedió en el mando del

---

(4) Asi lo dicen la mayor parte de los declarantes; pero uno llama a Diego Jeraldo MAESTRE de la nave i cap tan a su hermano Rodrigo; otro dice que los dos hermanos «eran capitanes de «El Ciervo Volante.»

filibote su hermano Rodrigo Jeraldo (4). De los cincuenta i seis hombres que *El Ciervo Volante* habia sacado de Holanda llegaban a Valparaiso veintidos, veintitres con el carpintero de *La Fe* de que hemos hablado: los otros veinticuatro jmas de la mitad de la tripulacion! habian perecido en el funesto i largo viaje. Los víveres que traia el filibote al llegar a Valparaiso se reducian a « veinticinco quintales de biscocho e uu cuarto de « pipa de arroz, que seria un quintal..... .. »  
« i como ochenta medidas de aceite, que serian como veinte « arrobas. »

El virei, replicó a los que esto afirmaban que cómo habian « dicho i declarado en las preguntas de atras que morian de hambre i comian yerbas e que el que no procuraba pescar se podia « echar a morir, trayendo la cantidad de bastimentos que han « dicho traia el dicho navío; » a lo cual los marineros contestaron « que iban guardando i entreteniendo los dichos bastimentos entre tanto que se proveia de otras partes; porque si « se lo comieran en aquella necesidad, no tenian remedio para « escapar, mayormente en tan largo viaje como les quedaba por « hacer. »

En tal situacion se encontraban los tripulantes del butque que entraba a Valparaiso; pero el capitan Jerónimo de Molina i sus soldados no podian adivinar estas cosas: habian recibido aviso del gobernador de cómo dos corsarios, en buques poderosos, estaban en la isla de Santa María i cómo, segun todas las probabilidades, formaban parte de una formidable escuadra de ingleses. Con tales noticias i con el odioso renombre de traiciones i crueldades que justamente se habian conquistado en estas comarcas los predecesores de Simon de Cordes, era natural que Molina viese en la nave que entraba al mas terrible enemigo de la colonia i se imaginase que ella servia de avanzada a una escuadra que no tardaria en dibujar sus velas en el horizonte.

Con tales temores, comenzó por ocultarse con su jente para observar, sin ser observado, las maniobras del enemigo i resolver en consecuencia.

*El Ciervo Volante* entró en el puerto i, viendo solo unos cuantos curiosos, puestos de propósito para no despestar sospechas, Rodrigo Jeraldo hizo aprestar el bote, bajó a él con seis hombres i un muchacho i desembarcó en la playa chilena. En prenda de paz traía « una banderita blanca; » pues habria sentido sobremanera que los hombres que estaba viendo i de los cuales esperaba recibir pronto los mas indispensables recursos, hubieran huido de temor a los mosquetes que, por pura precaucion, habia hecho tomar a sus compañeros.

Ciertamente, corria un peligro mui diverso i mucho mayor del que se imaginaba.

Apénas Jerónimo de Molina lo vió en tierra salió de su escondite i, sin mas auto ni traslado i sin averiguar si los que llegaban venian de guerra o nó, cuando ante el desembarco de solo siete hombres nada esponia con averiguarlo, los atacó con toda su jente. « Luego como los vieron en tierra los españoles salieron a pié i a caballo i cargaron sobre ellos de golpe i comen- zaron a arcabucearlos, sin que los del batel hiciesen mas que « recojerse a embarcar i meterse a la mar. »

¿Ni qué otra cosa podian hacer Rodrigo Jeraldo i sus compañeros? Iba a buscar descanso en tierra i a reponerse de sus padecimientos: por mas bien armados que estuviesen sus hombres, no podia pensar un instante en trabar una lucha, por su parte absurda e insostenible, con numerosos enemigos, que estaban en su propia casa: solo de un loco habria sido el proyecto de apoderarse del reino de Chile con veintitres hombres casi moribundos a fuerza de padecer.

Luego que vió el recibimiento que se le hacia, el comandante del filibote dió la órden de retirada; pero ésta no pudo efectuarse ántes que Jeraldo i dos de sus soldados saliesen heridos. La herida del capitán fué en una pierna, ocasionada, como la de uno de los marineros, por un arcabuzazo; la del otro soldado fué « de un panterazo o lanzada. »

A pesar de las heridas, todos consiguieron embarcarse i llegar a *El Ciervo Volante*, que iba asemejándose terrible-

mente para aquellos desgraciados a la mas espantosa de las prisiones.

Bien caro pagaban las tripulaciones de los corsarios su deseo de riquezas i el odio que profesaban a los españoles, i por mas que alguno de los declarantes dijera despues al virei que el buque se iba a hacer a la vela al día siguiente de su desgraciado desembarco, es probable que el herido capitán i la fatigada jente no se conformaran con principiar otra vez la série de tristes aventuras que los habian conducido a tan lamentable estado. ¿A dónde ir que fuesen mejor recibidos? ¿A dónde ir con los escasos víveres que tenia el filibote? Por suerte para Rodrigo Jeraldo i sus compañeros, al día siguiente del encuentro que acabamos de referir, los de tierra echaron al mar una pequeña embarcacion i en ella entraron algunas personas con bandera blanca en señal de paz. En el acto los del filibote imitaron a los de tierra i enviaron el bote con algunos hombres i su bandera blanca para que en el mar se juntara con el que iba de la playa i se pusieran al habla los tripulantes.

¿Qué significaba ese cambio de resolucion en el capitán Molina? Nada mas fácil de explicar.

La conducta observada por los españoles en aquella circunstancia, el recibir a balazos a hombres que en tan corto número bajaban a la playa sin siquiera saber qué objeto los llevaba ni quiénes eran, habria sido incomprendible si las noticias recibidas de Concepcion no nos dieran la clave de ese enigma. Pero, aun teniendo presente aquellas noticias i cuanto se sabia de los corsarios, el ataque de Molina era no solo imprudente precipitacion, sino tambien verdadera torpeza i culpable cobardía.

¿Qué habria perdido con oír lo que le iba a decir el corsario? ¿Acaso no estaba en tiempo de atacarlo, despues de escucharle, si lo juzgaba conveniente? I si por ventura iba a entregarse, como lo hacia presumible su bandera blanca, ¿no era enorme la responsabilidad asumida por Molina en haber impedido esa entrega?

A medida que pasaban las horas i ningun otro buque se divisaba, debieron de ir tomando mas i mas fuerza aquellas reflexiones i aumentando mas i mas el arrepentimiento del capitán Molina por lo que habia hecho. Agréguese a lo dicho, que en la profunda miseria a que habia quedado reducida toda la colonia i especialmente la ciudad de Santiago, la posesion de una nave, que habia de suponerse con muchas mercaderías, era ventura tan grande como inesperada.

Estas reflexiones motivaron, sin duda, el cambio de conducta en Jerónimo de Molina i lo movieron a comenzar por su parte la conferencia que de manera tan injustificable habia impedido la víspera.

Los de los botes, luego que se pusieron al habla, convinieron en tratar i trataron amigablemente: en consecuencia Rodrigo Jeraldo i Jerónimo de Molina tuvieron una entrevista i de ella resultó, que el primero « se dió de paz i entregó, i entregó el « navío e jente e hacienda que en él venia. » El contramaestre de *El Ciervo Volante*, Lorenzo Nicolas, es el que refiere con esas palabras la rendicion del corsario en su declaracion prestada en Lima. Pero otros tres testigos de ese sumario, el condestable Jacobo Rodrigo, Adrian Diego, el ya citado carpintero que lo habia sido de *La Fe*, i el cabo de escuadra Jacobo, añaden circunstancias importantes a aquel relato i presentan las cosas en aspecto mui diferente.

El primero de los testigos mencionados se espresa asi: « La « causa por que se dió de paz fué porque se concertó con los es- « pañoles debajo de que no le harian agravio ninguno ni le to- « marian su hacienda si no fuese pagándosela por lo que fuese « justo. I juntamente con esto el dicho su capitán venia harto « cansado de navegar i descando volverse a su tierra i los espa- « ñoles le ofrecieron darle avío para que se pudiese volver al « Rio de la Plata por tierra i que con el dinero que le diesen « por su navío de mercaderías podria comprar un barco en que « irse. »

Los otros dos, aunque apuntan ménos pormenores, son mas

esplicitos en lo de la compra del navío, efectuada, según ellos, por la suma de doce mil ducados.

Hai que tener presentes dos circunstancias para valorar el testimonio de estos declarantes. Primera, estaba en su interés sostener que no se habían rendido a discreción, sino que habían tratado; pues así el virrey del Perú no debía mirarlos como a piratas o, a lo ménos, como a corsarios, sino como a hombres que tenían por garantía la palabra siempre sagrada del que trataba a nombre de España. Segunda, no es la sinceridad el distintivo de muchas de estas declaraciones; i especialmente el contramaestre Lorenzo Nicolas, de quien tomamos el relato, asevera a continuación de lo copiado un hecho que desvirtúa no poco el valor de aquello. Hemos visto la suma escasez de víveres de *El Cierro Volante*, la extrema necesidad i la imposibilidad casi absoluta de proseguir un viaje que había sido tan funesto a los tripulantes i que, de seguirlo, los había de llevar solo a tierras enemigas. Pues bien, nada de esto reconoce Lorenzo Nicolas i afirma lo contrario: « I « no entiendo que hubiese necesidad forzosa para concertarse « así con los dichos españoles, porque en el dicho navío había « comida, i aunque el dicho capitán estaba herido, no le tenían « preso ni forzado e pudieran bien hacerse a la vela si quisie-  
« ran. »

Por su parte las autoridades chilenas no mencionan semejantes capitulaciones. Quiñones, al referir al virrey, en su citada carta de 25 de noviembre de 1599, este suceso, dice: « Otro navío dellos dió en Valparaíso i allí le tomó el capitán Jerónimo de Molina, que por órden mia había acudido con alguna jente a hacer algunas prevenciones, i se dieron todos de paz... « Luego despaché a la ciudad de Santiago para que toda la hacienda i lo demás se pusiese en poder de los oficiales reales « sin tocar a cosa ninguna de su ropa i vestidos i que los hospedasen i regalasen haciéndoles muy buen tratamiento. »

I el mismo Molina decía al virrey, según éste lo expresa al mandar tomar las citadas declaraciones, que « se le había dado

« de paz i entregado el dicho navío con la jente i todo lo que en  
« él venia. »

Si, por una parte, estaba en el interes de los que declaraban en Lima el hacer creer que les habian prometido la libertad, por otra, bien pudo el capitan Molina engañarlos, ya que habia de juzgar lícitos todos los medios para apoderarse de los infames piratas. Hai, sin embargo, una circunstancia que nos da fundado motivo para presumir que no hubo engaño ni deslealtad de parte de los españoles, i es que los historiadores ingleses i holandeses, que tan instruidos se manifiestan en los *mas* pequeños pormenores i no callan ninguno, no dicen una palabra de tal engaño i traicion.

Tambien es posible que los declarantes de Lima hayan dicho lo que creian, aun creyendo lo que no era. En el deseo de quitar todo estorbo a una negociacion, en la cual es mui probable que recibiera seguridad para las personas i cuanto a cada uno pertenecia, Rodrigo pudo decir a los marineros que no solo se les concedia eso, sino que tambien se les pagaba el cargamento i el buque mismo i se les facilitaba la vuelta a Holanda, a fin de que todos aceptasen gustosos el cambio de situacion i se fueran sin desórden a tierra. I esto parece deducirse de una de las citadas declaraciones: « el dicho capitan se concertó (en lo arriba mencionado) i, sabido por su jente, le obedecieron i pasaron por « ello. »

Sea lo que fuere, conforme a la órden de Quiñones, los tripulantes de *El Ciervo Volante* recibieron escelente hospitalidad de los vecinos de Santiago i vieron respetado lo que a cada cual pertenecia; por lo que hace al cargamento del filibote, desembarcado inmediatamente, fué llevado a Santiago i puesto en manos de los oficiales reales.

Apénas Jerónimo de Molina desembarcó el cargamento del filibote, puso al mando del buque al capitan Diego de Ulloa, vecino de Santiago, para que lo llevase al Callao i lo entregase al virei. Ni el capitan que estaba herido, ni el piloto, tambien enfermo, pudieron ir al Perú i los dos quedaron en Santiago,



con la mayor parte de la tripulacion. Solo fueron el contra-  
maestre Lorenzo Nicolas i otros cinco marineros. *El Ciervo*  
*Volante* llegó al Callao, despues de una feliz travesía, el 8 de  
diciembre de 1599.

Es probable que la mayor parte de los marineros que se  
quedaron en Chile se alistasen en el ejército español: en él en-  
contramos, a lo ménos, a uno de los músicos que vinieron en  
el filibote.

---



---

## CAPÍTULO XVII.

### EL VIREI I LOS CORSARIOS DE 1599.

---

Noticias que de Chile habia recibido el virei.—Escasos socorros enviadas acá en cinco meses.—Reclutas que manda hacer don Luis de Velasco.—Llega al Callao el barco de Diego Saez de Alaisa. — Empeño del virei i refuerzos que preparaba para Chile.—Sale para Valdivia el coronel del Campo. — Llega a Lima la noticia de los corsarios. — Profunda alarma que ella causó.—Desastrosas consecuencias que tuvo para el envío a Chile de refuerzos.— *El Ciervo Volante* en el Callao.—El virei i los holandeses.—Noticias contradictorias.—El Consejo del virei.—El virei i la Audiencia de Lima.—Determinaciones tomadas.—Lo que debia quedar en Chile del refuerzo ántes proyectado.—Trasládase la Audiencia al Callao.—No comparte don Luis de Velasco las ilusiones de Quiñones. — Mensajero enviado por tierra a Lima desde Concepcion. — La armada que estaba a las órdenes de don Juan de Velasco.—Una real cédula viene a aumentar las malas noticias sobre corsarios. — Fin de *El Ciervo Volante*.

---

Antes de mostrar la impresion que en Lima produjo la llegada a Chile de los corsarios, veamos lo que el virei habia hecho i procurado hacer por la guerra de Arauco.

Treinta i tres dias despues de la salida de Quiñones para Chile, el 14 de junio, habia recibido el virei comunicaciones de Vizcarra. Con fecha 17 de abril de 1599 le escribia el gobernador interino i le incluia cartas del « provisor » del obispado de La Imperial, de Francisco Galdames de la Vega i de don Juan Rodulfo Lisperguer, que estaban encerrados en las ciudades de La Imperial i Angol i tambien una minuciosa relacion escrita por el capitán Gregorio Serrano de los sucesos acaecidos en Chile desde el 28 de diciembre de 1598 al 1.º de mayo de 1599.

Vizcarra decia al virei que para mandar algun refuerzo a Angol, Arauco i Chillan habia tenido que despoblar a Santa

Cruz i el fuerte de Jesus, i que, si en un mes no llegaban auxilios del Perú, creia imposible resistir a los rebeldes. En vista de eso, el Consejo del virei, reunido el 18 de junio i compuesto de los oidores i oficiales reales, resolvió por unanimidad que se levantarán quinientos hombres, que se les proveyese de lo necesario, en armas, bastimentos i sueldos, se proporcionasen seis piezas de artillería de campaña i se fletasen dos navíos para enviarlos pronto en socorro a Chile. Pero, como por mucha presteza que para su envió se pusiera, tardaria quizás mas de lo que el reino podia esperar, acordó el Consejo que inmediatamente se tomaran cien soldados con sus capitanes i se enviaran acá (1). Pasaron cinco meses sin que saliera mas socorro que ciento cincuenta hombres enganchados en Lima por don José de la Rivera, quien los trajo i llegó, como hemos visto, a Valparaiso en setiembre de 1599; pero si no enviaba mas refuerzos don Luis de Velasco, no era porque hubiese olvidado las críticas circunstancias en que se encontraba Chile o no hubiese querido cumplir las promesas hechas a Quiñónes. Al contrario, cuando el 3 de noviembre reúne en Lima su Consejo para tratar de este asunto, le recuerda lo ántes determinado de levantar quinientos hombres para la guerra de Arauco i las dificultades que encontraba, « por que la (jente) que habia « en esta tierra iba de mui mala gana a la dicha guerra, no obs- « tante la buena paga que se les hacia, por no dejarles salir de « allí habiendo servido el tiempo por que iban a la dicha guerra. » Para obviar este inconveniente el virei ordenó reclutar soldados no solo en Lima sino tambien « en las ciudades del Cuzco, « Arequipa, Guánuco, Guamanga, Trujillo, Quito, en la provin- « cia del Paraguai i otras partes del reino i en la Tierra Firme, « proveyendo i ordenando lo necesario i nombrando capitanes

---

(1) Acta de la sesion del Consejo de 18 de junio de 1599. Todo el contenido del presente capítulo lo sacamos de las actas del Consejo i de las cartas de virei a los oidores, que se encuentran entre los documentos del señor Viena Mackenna en el tomo intitulado "Los holandeses en Chile"

Como es usado estar haciendo citaciones: cuando en el texto digamos que lo referido se trató en reunion de tal fecha se entenderá que de esa acta lo hemos sacado.

para ello.» I tan bien se trabajó que no solo se reunieron los quinientos hombres deseados, sino ochocientos treinta, sin contar los del Paraguai. De aquellos, ciento cincuenta, reunidos en Lima, habian venido i otros doscientos ochenta estaban ya embarcados el 3 de noviembre en el Callao para emprender su viaje al sur de Chile: eran los que se habian reunido en Arequipa, Guamanga, Guánuco, Tierra Firme i Trujillo. Los mandaba el coronel Francisco del Campo, que tanto renombre se habia conquistado en la guerra de Arauco, i se hallaban embarcados en dos naves, de las cuales, la capitana, al mando del coronel, se llamaba *Santa Ana*.

Asi las cosas, llegó al Callao el barco de Diego Saez de Alaíza, enviado de Chile por Quiñones, i el 3 de noviembre recibió el virei las cartas del gobernador i en el momento reunió el Consejo, de cuya acta tomamos estos pormenores.

No necesitamos resumir aquí las tristes noticias enviadas al Perú por Quiñones: ya las conocemos. Pero el virei no las conocia i él i sus consejeros, viendo que nada avanzaban en Chile las armas españolas, i que todas las ciudades australes estaban sitiadas i amenazadas, resolvieron que Francisco del Campo no demorase un momento su viaje, que se dirigiera a favorecer las ciudades australes, que otra espedicion saliera luego del Callao para reforzar con mas tropas a Quiñones en Concepcion i que se enviasen víveres i pertrechos, pues una i otra cosa pedian con instancias los de Chile. Cuáles eran los refuerzos que se preparaban i el mucho empeño con que tomaban en Lima la jestion de estos asuntos, se conoce por el final del acta de la citada reunion de 3 de noviembre de 1599: « Se acordó que demas de « la jente que se envió con el capitan Jusepe de Rivera i la que « lleva el dicho coronel, se envíe la jente que se ha levantado i « ha estado en el distrito de la Real Audiencia de Quito, que se « entiende que son doscientos ochenta hombres por los avisos « que se han tenido i que venian a embarcarse a Guayaquil i los « ciento veinte hombres que se entendia traia el capitan don « Francisco de Loaíza de la ciudad del Cuzco. I que a todos se

« les pagasen sus sueldos de la Real Hacienda como estaba acordado.

« I que en llegando la jente del Cuzco se envíe en la galizabra de la armada de Su Majestad i la que viene de Quito en la nao nombrada la *Visitacion*, de la dicha armada; la cual se aderece para ello si viniere a tiempo de Guayaquil i sinó se tome el navío o navíos que fueren necesarios para ello.

« I que asi mismo se envíen las dos mil hanegas de harina de trigo, que piden, encostalada para que vaya a mejor recaudo i las municiones i armas que se les pudieren enviar de la dicha municion i pólvora i cuerda i plomo que a su señoría pareciere i el socorro que piden de vestidos i ropa, sillas i otras cosas necesarias para la dicha guerra, como lo pide el dicho gobernador.

« I que ansi mismo se envíen algunas dietas i medicinas para la jente, i que, demas del bastimento que se lleva en la nao *Santa Ana*, de que va por cabo el dicho coronel, se meta todo el bastimento que pudiere caber en ella, pues todo conviene que se envíe para los dichos efectos; i que para ello se gaste lo que fuere necesario de la dicha Real Hacienda por libranzas i órden de su señoría el señor visorei, a quien se remite la disposicion i órden de todo.

« I por que se ha entendido que la jente que su señoría ha mandado levantar en el Paraguai para el socorro de las dichas provincias de Chile es importante para aquella guerra, se pagará un sueldo de la dicha Real Hacienda, como por su señoría está ordenado, a la que para el dicho efecto se levantara. I asi lo acordaron i firmaron. »

Francisco del Campo salió inmediatamente en direccion a Valdivia.

El 25 del mismo noviembre se volvió a reunir el Consejo i resolvió que en lugar de enviar acá la jente en la galizabra de la armada real, se enviase esta embarcacion a Arica cargada de zaogue i se fletase para traer la jente el mismo navío de Diego

Saez de Alaíza que acababa de llevar las mencionadas comunicaciones del gobernador de Chile. Asi se hizo.

En resúmen, fuera de la jente que se reuniese en el Paraguai i de los quinientos treinta hombres ya venidos a Chile con Quiñones, Rivera i del Campo, se iban a mandar del Perú otros cuatrocientos i no pocos víveres i pertrechos de guerra.

Todo estaba preparado cuando el 2 de diciembre de 1599, a las ocho de la noche, don Luis de Velasco recibió en Lima las cartas que Quiñones i los oficiales reales de Santiago le enviaban en un navío del rei. Esas cartas llevaban la mas grave i funesta noticia: decian que los corsarios se hallaban a pocas leguas de Concepcion, en la isla de Santa María.

Mucho habian alarmado al virei i con sobrada justicia las victorias de los araucanos: podian concluir con lo que tantos esfuerzos habia costado crear, i podian, por largo tiempo a lo ménos, arruinar la colonia. Pero, por alarmantes que fuesen esas noticias, lo eran mucho mas las de la llegada al Pacífico de una escuadra enemiga, cuyas fuerzas no se podia adivinar, i que al dia siguiente pondria quizas en peligro, nó ya unas pocas i pobres ciudades, como las del sur de Chile, sino toda la costa del Pacífico i talvez arrebataria injentes riquezas al rei de España i a los particulares. I esto sin contar el peligro, previsto por Quiñones en las cartas a que anteriormente nos hemos referido, de que esos corsarios se aprovecharan de la sublevacion de los araucanos para aliarse con ellos, atacar juntos a los españoles, i aun establecerse de una manera permanente en algun punto apropósito de la costa austral de Chile.

Si la guerra que sostenia Quiñones era importante, mas importaba todavia precaverse contra audaces tentativas de los corsarios: por esta consideracion, el aviso que el gobernador de Chile envió al virei acerca de la llegada de los holandeses, léjos de proporcionar a Quiñones nuevos auxilios para concluir con la guerra, iba a distraer de ese objeto los refuerzos que estaban en vispera de serle enviados i con los cuales era natural atender por de pronto a lo mas urgente.

En efecto, el Consejo del virei, reunido en la mañana del 3 de diciembre acordó: 1.º mandar aviso a toda la costa del Perú para que se pusiese en guardia i se preparase a rechazar el posible ataque de los corsarios; i 2.º armar en guerra todos los barcos que habia disponibles en el Callao i meter en ellos jente i municiones para « la defensa desta tierra i de la mar i castigo i ofensa de los dichos corsarios. »

Cinco dias no mas habian pasado cuando el 8 de diciembre supo don Luis de Velasco que al Callao llegaba un buque de los corsarios holandeses, apresado por los españoles en Valparaiso. En el acto se trasladó a aquel puerto i durante mucho tiempo no se movió de él, ocupado en las averiguaciones i en las providencias que, con motivo de las noticias recibidas, tomaba.

El capitan Diego de Ulloa puso en manos del virei las comunicaciones que llevaba de Chile i le entregó tambien los seis marineros de *El Cervo Volante* que habia conducido en ese filibote al Callao.

Al referir el viaje i las aventuras de los holandeses hemos resumido lo principal de las declaraciones que prestaron esos marineros, en las cuales se manifestaron siempre de acuerdo en sostener que no los animaba, al emprender el viaje, ninguna malevolencia contra España i sus colonias. Eran comerciantes i nada mas que comerciantes. I cuando los oprimian con preguntas como éstas: ¿Para qué, si son pacíficos comerciantes, traen tantísimos pertrechos de guerra? ¿Cómo podian venir a comerciar con las colonias españolas sabiendo que la metrópoli no lo permite i estando en guerra declarada con ella? se limitaban a responder que eran pobres marinos, que si los jefes traian intenciones hostiles, ellos las ignoraron siempre i fueron engañados.

Habia en Lima un capitan holandés llamado Juan Henriquez, el cual sirvió de intérprete a don Luis de Velasco para tomar las declaraciones de los corsarios, tarea en que el virei estuvo desde el 11 hasta el 20 de diciembre.



Pero no se ocupó en eso solo. Llamó al Callao a los capitanes mas experimentados en los asuntos de la guerra para que le sirvieran de consejeros i los reunió el dia 16. Entre esos capitanes, a mas del lugarteniente de la armada, don Juan de Velasco, encontramos a muchos que figuran en la historia de Chile, « como el almirante » don Gabriel de Castilla, el maestre de campo Alonso García Ramon, « el jeneral » don Pedro Osores de Ulloa i los capitanes don Francisco de Loaíza i don Francisco de Villaseñor i Acuña.

Las noticias recibidas de diversas partes i las declaraciones de los corsarios ponian en grandes confusiones al virei, porque no concordaban entre sí; i para espedirse queria oír la opinion de los jefes reunidos en consejo.

El duque de Medina Sidonia habia escrito al conde de Monterei el mes de junio de cómo el 8 de agosto de 1598 saliera de Holanda para el Estrecho de Magallanes Oliverio Van Noort con seis navíos, « ochocientos marineros i otros tantos mosquetes « i muchas municiones i artillerías i otras armas i gran suma de « mercaderías. »

I por su parte, los marineros de *El Ciervo Volante* decian que al salir de Holanda dejaban preparando a Oliverio Van Noort una espedicion que habia de componerse de cuatro navíos, dos de trescientas toneladas i dos mas pequeños i que habian salido otros ocho para el cabo de Buena Esperanza.

Por fin, del Paraguai se acababan de recibir cartas de 5, 12 i 14 de setiembre, en las que se comunicaba « que a los últimos de « junio deste año de 99 llegó allí un navío, cuyo capitan i algunos marineros se prendieron i dieron por nueva haber salido « asi mismo de la isla de Holanda en compañía de ocho navíos « diez meses habia i en la Guinea se apartaron los cuatro para « el cabo de Buena Esperanza i los otros cuatro para el Estrecho, « i que de éstos era él uno i de los otros navíos no sabian hasta « entónces. »

¿Qué creer en esto? ¿Cuáles serian las naves i los corsarios salidos para América? ¿Cuáles los peligros que amenazaban a las

colonias i la mejor manera de conjurarlos? Esas preguntas dirigió don Luis de Velasco a los capitanes; pero no quiso que le contestaran inmediatamente, sino que se tomaran tiempo para meditar la respuesta i que la dieran por escrito.

Separado de la Audiencia, que permanecia en Lima, el virrei se dirijió al oidor Maldonado para pedirle que, consultando el asunto con sus colegas, le enviara por escrito la contestacion. Dos cosas se podian temer, a juicio de don Luis de Velasco: la una que las cuatro naves de Simon de Cordes, cuyas tripulaciones tan maltratadas estaban por los temporales i las desgracias, se fuesen sin tocar en la costa i, por tanto, no pudiesen ser aprehendidas; la otra que se reunieran con las demas que, segun parecia, habian entrado o iban a entrar en el Pacífico, lo cual podia ser de gravísimas i funestísimas consecuencias para las colonias americanas. Creia el virrei que cuando escribia esa carta, 20 de diciembre de 1599, habrian zarpado ya de la isla de Santa María los dos navíos de Simon de Cordes, i nosotros sabemos que no se equivocaba en sus cálculos; pero, añadia, « si no « lo hubiesen hecho, seria por aguardar compañía, pues no los « puede mover otra razon que lo sea, supuesto que si ya no tienen copia de bastimentos cada dia les será mas difícil el haberlos. »

Habíanse armado de guerra cinco navíos en el Callao i el virrei creia conveniente que uno de ellos, con otro que se buscasse para que lo acompañara i al que tambien se habia de armar, viniesen a Chile i los otros cuatros quedasen en el Perú para defender aquellas costas contra los probables ataques de que serian blanco. Tal era tambien lo que opinaban los militares consultados por el virrei.

La Audiencia de Lima no tardó mucho en responder a don Luis de Velasco: la contestacion tiene la misma fecha que la pregunta, 20 de diciembre de 1599. Creia lo mismo que el virrei i los capitanes: que si hasta el dia de Navidad no llegaban de Chile noticias que hicieran cambiar de resolucion, se debia mandar a nuestras costas la capitana o la almiranta, acompañada

da de otro barco armado en guerra i de un patache, embarcar en esas naves la jente levantada en la provincia de Quito i poner la demas en los otros navíos que quedasen en la costa del Perú. I en cuanto a éstos opinaban los oidores « o que salgan a la mar cuatro o seis leguas, a la vista de este puerto, o que se pongan en el paraje de San Gallan para aguardar allí el aviso que de Chile se tuviere. » Como se ve, nadie se acordaba ya de enviar socorros para la guerra de Arauco i los hombres que pocos días ántes parecian indispensables i urjentísimos para salvar la colonia de la insurreccion indíjena, ahora se destinaban a las naves.

Grandes eran las perplejidades del virei, i no se conformó hasta que la Audiencia se trasladó al Callao para conferenciar con él sobre la resolucion que habia de tomarse. El 28 se reunieron, cuando acababan de recibir las cartas de 25 i 26 de noviembre, en las que Quiñones se forjaba la ilusion de tener pronto en el puerto i rendidos a los piratas que estaban en Santa María.

¿Creyeron los de la junta que se realizaria esa esperanza? Parece que nó; pues resolvieron que inmediatamente saliera « el almirante » don Gabriel de Castilla con dos navíos i un patache. Debía traer, fuera de la abundante dotacion de los barcos, doscientos hombres de tropa, ciento cincuenta de los cuales entregaria a Quiñones, cuando por no encontrar a los corsarios o por haberlos vencido, hubiera de tornar al Perú. Siquiera se daban, al fin, ciento cincuenta hombres de los muchos que poco há se iban a enviar a la necesitada colonia.

La nave capitana era mandada por el jefe de la expedicion don Gabriel de Castilla, i por don Fernando de Córdoba la almiranta, *Nuestra Señora del Cármen*, que habia sido de un particular i que se habia armado en guerra (2).

Si no encontraba a los corsarios en la costa de Chile, despues de ir hasta La Mocha i Valdivia i de dejar la tropa a Quiñones,

---

(2) Acta de 14 de marzo de 1600.

saldria Castilla para el Perú el 20 de marzo de 1600 e iria a Arica a escoltar desde ese puerto hasta el Callao el navio que habia de llevar « el tesoro de Su Majestad i de particulares » Si pudiera tomar a los corsarios sin trabar combate, seria mucho mejor i deberia tratarlos mui bien i llevarlos al Callao, donde se les oirian sus descargos; si veia que podia trabar combate con ellos i los vencia, los deberia mandar al Callao i seguir su viaje a Chile; si el enemigo fuera mas poderoso, deberia esquivar el combate i mandar el patache al Callao para que pusiera en noticia del virei i de la escuadra el rumbo que seguian los enemigos i la fuerza de que disponian. Finalmente, si al llegar a Chile don Gabriel de Castilla acabasen de salir de estas aguas los holandeses i fuera fácil darles caza i vencerlos, deberia salir en su seguimiento, despues de enviar al Callao el patache para avisar lo que iba a hacer. Tales fueron las instrucciones dadas por el virei a don Gabriel de Castilla el 31 de diciembre, víspera del dia señalado para que aquel partiese a cumplir su comision. Zarparon, en efecto, el 1.º de enero de 1600 (3) los buques que iban a llegar a Concepcion mes i medio despues, como verémos en su lugar.

Al poco tiempo de haber salido del Callao don Gabriel de Castilla, llegó a Lima un mensajero enviado de Concepcion por Quiñones con la noticia de la ida de los corsarios de la isla de Santa María i de que se ignoraba por completo el rumbo que hubieran tomado. Ese mensajero tardó setenta dias en llegar a Lima, lo que nadie estrañará cuando se sepa que, no habiendo barco disponible en las aguas de Chile i siendo tan importante el mensaje, hizo el viaje por tierra (4).

La principal parte de la armada, la que habia quedado en las aguas del Perú a las órdenes de don Juan de Velasco, tenia de dotacion cuatrocientos sesenta i un soldados i doscientos sesenta

---

(3) Provision e instrucciones para traer la p'ata en la galizabra de su real armada del puerto de Arica a este del Callao, 9 de febrero de 1600.

(4) Acta del 14 de marzo de 1600.

i dos marineros (5). Estuvo en San Gallan hasta el 13 de marzo de 1600 (6) i se fué al Callao para acompañar a Panamá al barco que llevaba el tesoro del rei i de los particulares, que habia ido de Arica al Callao resguardado por la galizabra (7).

El 20 de febrero de 1600 habia recibido el virei una real cédula de 12 de junio del año anterior, en la que le avisaba el monarca que se aprestaban a salir de Holanda « dieziocho navíos « grandes con intento de ir al Estrecho de Magallanes i quedar « algunos dellos para hacer un fuerte i poblar allí i los demas « pasar a la China i las Molucas, » lo que estaba probando que las audaces empresas de los corsarios no habian concluido. Por lo mismo, habria sido suma imprevision e imprudencia desarmar en aquellas circunstancias la flota, que al dia siguiente podia ser de indispensable necesidad, i el virei resolvió que no se disminuyera un solo hombre de su dotacion de mar i que se dejaran en las naves doscientos soldados de los cuatrocientos sesenta i uno que en ellas habia (8).

Para concluir con lo referente a *El Ciervo Volante* hemos de decir que tanto este filibote como el navío del rei que Quiñones mandó con el primer aviso de la llegada de los corsarios, fueron reconocidos inadecuados para el cabotaje en Chile; i que, por eso, el virei i su Consejo resolvieron el 14 de marzo de 1600 vender esos dos barcos i comprar con el producto de la venta uno que fuera apropósito para la navegacion de estas costas.

De las cinco naves salidas de Holanda a las órdenes de Jacobo Mahu conocemos ya lo acaecido a *La Fe*, *La Esperanza*, *La Caridad* i *El Ciervo Volante*. Mas tarde verémos lo que hizo en Chile *La Fidelidad*.

---

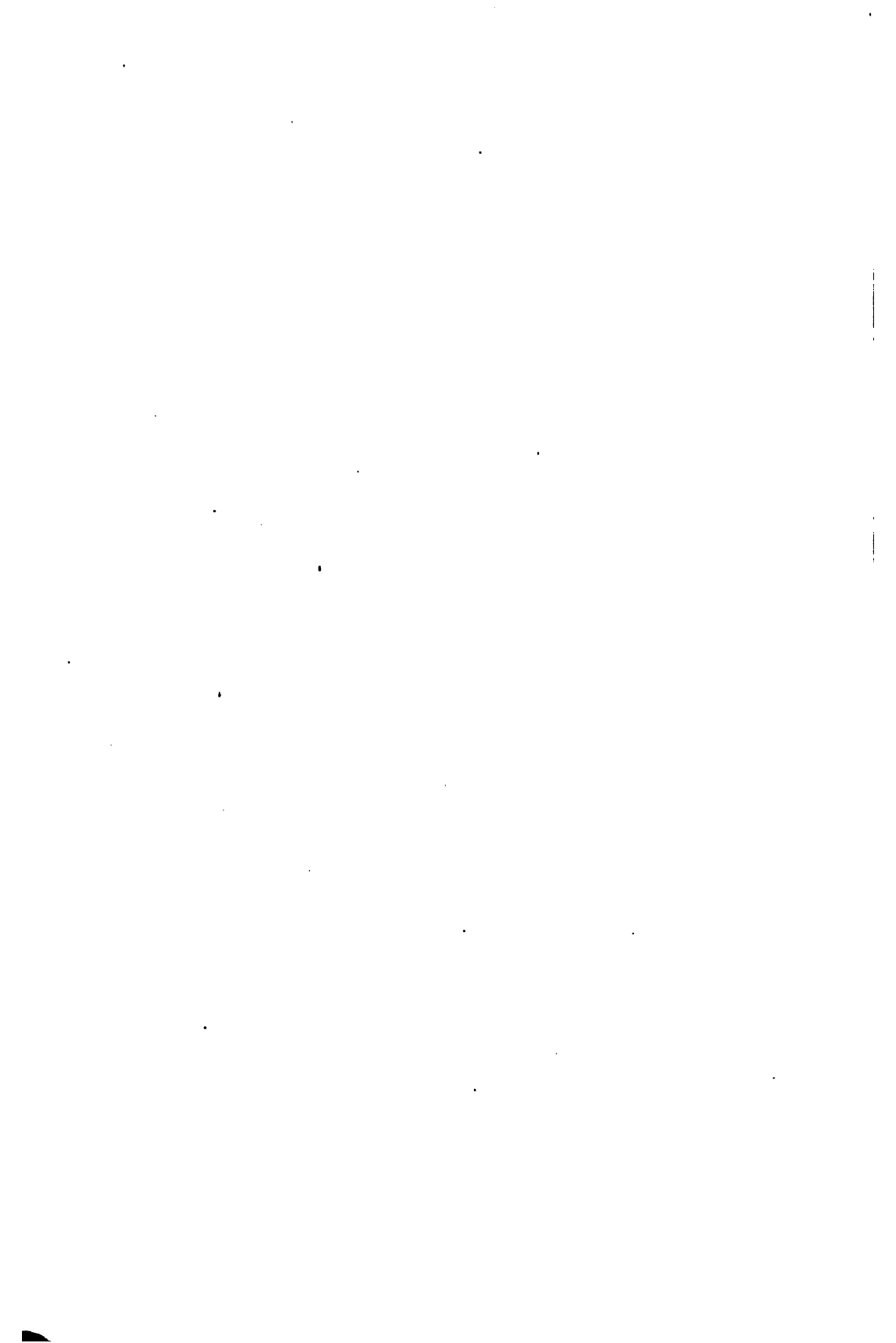
(5) Acta del 14 de marzo de 1600.

(6) Id. id.

(7) Id. id.

(8) Id. id.

---



---

## CAPÍTULO XVIII.

### PREPARATIVOS DE LA ESPEDICION AL SUR.

---

Deseo de socorrer las ciudades australes e imposibilidad de hacerlo.—Conspiracion de los indios contra la vida del gobernador.—La justicia de Quiñones.—Valor de una de las causas que alega para justificar su proceder.—Las fuerzas que habia en Chile.—Gran número de desertores.—Quiñones no podía llevar al sur mas de doscientos hombres.—Opónese a la expedicion el teniente jeneral i el cabildo de Concepcion i cede Quiñones.—Tristes i alarmantes noticias del sur.—Pide refuerzos el coronel.—Niéganse los marinos a conducirlo al lugar que Francisco del Campo designa i no se le envían.—Lo que hizo el gobernador por las ciudades australes.—Lo que segun Quiñones debiera haber hecho el coronel.—Angustioso estado de los defensores de La Imperial.—Desesperacion de don Francisco de Quiñones.—Llega, por fin, don Gabriel de Castilla.—Entrega al gobernador d. cientos veinticuatro soldados.—Buena voluntad de Castilla.—Noticias de un ataque a Angol.—La víspera de la partida.—¿Habia pensado ántes seriamente Quiñones en ir al sur?

---

No habia en Concepcion, Chillan i Santiago quien no deseara ardientemente se llevara cuanto ántes el tan retardado socorro a las ciudades del sur, en especial a Angol i La Imperial, a las cuales era mas fácil socorrer i que debian suponerse en mayor necesidad, pues el coronel Francisco del Campo pensaba acudir primero a Osorno i Villarica.

Quiñones no ignoraba el deseo jeneral i lo compartia; pero, tambien como todos i mas que todos, conocia las dificultades de la empresa, las pocas fuerzas de que disponia i la necesidad de no dejar desguarnecidas las ciudades de este lado del Bio-bio. Sin embargo, o bien pensase el gobernador en socorrer las ciudades de arriba o solo mencionase ese proyecto cuando escribia al virei para disculparse por no haberlo llevado a cabo i

mostrar que para ello no le faltaban ganas, en su citada carta de 25 de noviembre de 1599, se espresa así: « Voi recojiendo toda la jente que tengo e puedo juntar, e habiendolo de dejar bastecida esta ciudad i la de Chillan, como es razon quedeu, no sacaré en campo de doscientos hombres arriba i estos no bien armados; pero estoilo yo mucho de ánimo considerando la justificacion de la causa e que Dios ha de ser servido de ayudarme en ella. I con su guia i favor me iré derecho a Angol con harta certidumbre que he de tener mas de dos reencuentros con mas de diez o doce mil indios en el camino. »

I despues de manifestar así su deseo, sin olvidar los peligros, apunta el motivo que le ha impedido llevarlo a cabo: « Esta venida de los corsarios me ha sido de harto inconveniente para todo, por dilatar mi partida i no desamparar esta ciudad hasta ver el fin que traen. »

Cuando así escribía Quiñones acababa de enviar un barco a llamar a los corsarios, los esperaba de un momento a otro en Concepcion i suponía naturalmente que pasarían muchos días, ántes de arreglar este asunto. Ya conocemos su engaño: en el momento en que los llamaba el gobernador, los corsarios estaban en alta mar i habia concluido la razon dada por Quiñones para no acudir en auxilio de las ciudades australes.

Los indios le suministraron otro motivo, si bien pudo costarle tan caro como la misma expedicion cuyo peligro temia.

En esa carta, al apuntar al virrei algunas felices correrías hechas por capitanes españoles, agrega que tiene en su propia casa varios caciques presos « para hacer justicia de ellos. » La justicia de don Francisco de Quiñones era no solo severa sino cruel en demasia, i es probable que en lugar de aterrorizar a los indios, como se proponía el gobernador, no consiguiera sino exasperarlos e incitar a los amigos a sacudir el pesado yugo español, siguiendo el ejemplo que tantos miles de rebeldes les daban.

Segun cuenta Quiñones en carta al rei fecha a 18 de febrero de 1600, los caciques de los términos de Chillan i Concepcion, despues del último infructuoso ataque a la primera de esas ciu-



dades, desesperando de poder concluir fácilmente por la fuerza con él, fraguaron el proyecto de envenenarlo, para lo cual se habian de valer de algunos caciques comarcanos de Concepcion « que en son de paz tenian entrada i salida en ella. » No dice cómo se frustró este intento, pero sí que cuando los indijenas tuvieron que renunciar a él volvieron de nuevo a adoptar el plan de una sublevacion. Se complotaron para levantarse en número de seis a siete mil; mas no pensaban en atacar ejércitos i destruir ciudades: querian ir directamente a la casa del gobernador i matar a éste, seguros de que con su muerte la consternacion jeneral i la desorganizacion de las fuerzas españolas, de una parte, i, de otra, el entusiasmo que entre los indios despertaria tal suceso, habian de hacer mas que una gran derrota del ejército español i concluirian con la dominacion extranjera (1). Felizmente « fué Dios servido se descubriese esta mañana » i entónces tocó su turno a Quiñones.

Es tremendo el cruel laconismo con que el gobernador italiano dice, hablando de los caciques culpados: « Hice una hoguera i los quemé vivos » (2). Ciertó que inmediatamente añade, como para disminuir la impresion de semejante noticia, que los caciques mencionados eran reos de « otros muchos delitos » i que rehusaron hacerse cristianos. I a propósito de lo último cuenta que « rogándole mucho a un cacique destes fuese cristiano, me « dijo le diese un jarro de vino i que daria a Dios como el gobernador le habia dado a él. »

No necesitamos notar cuán inverosímil es esto de imaginar que Quiñones rogara a quien, despues de intentar asesinarlo, estaba a punto de morir por órden suya en una hoguera; pero ademas debe tenerse presente que si en los términos de Chillan i Concepcion habria sido fácil encontrar muchos caciques que

---

(1) Tambien hablan de los caciques que Quiñones tenia presos en casa de él los testigos de la informacion mandada levantar el 8 de noviembre de 1599. I, entre ellos, frai Juan Sorio, comendador de la Merced en Concepcion, añade que los caciques se habian conjurado para matar al gobernador.

(2) Citada carta de 18 de febrero de 1600.

no vivian como cristianos ni habian abrazado sinceramente la religion, no se habria hallado quizas ninguno que hasta entónces se hubiera negado a recibir el bautismo. Esto es, a lo ménos, lo que nos dicen todos los documentos, que siempre llaman apóstatas a los indios rebelados.

Empero, suponiendo que Quiñones diga verdad i los caciques condenados a la hoguera fuesen infieles e inútiles las súplicas del gobernador para que se prestaran a ser bautizados, ¿podrá creerse que los quemó por haber rehusado el bautismo?

Si les instaba que lo recibiesen, nó para perdonarlos ni prometiéndoles el perdon, sino para que murieran cristianamente, ninguna influencia tuvo en la ejecucion la negativa de ellos. Si, al contrario, les hubiese ofrecido la vida con tal que recibiesen el bautismo, ¿habrá quién crea que lo rehusaron obstinadamente, cuando estaban acostumbrados a finjir sentimientos cristianos con motivos harto menores?

Nada ganaba con estos crueles castigos el reino i miéntas tanto pasaba el tiempo, habia llegado el año 1600 i las ciudades australes no recibian auxilio. Segun la cuenta que poco despues (3) sacaba Quiñones de las tropas de que disponia para ir en socorro de La Imperial i de Angol, no podia juntar sino el mismo número que en noviembre de 1599, doscientos hombres.

De los diversos refuerzos recibidos hemos mencionado ya los ciento cincuenta soldados traídos del Perú por don José de Rivera i los ciento treinta traídos de Santiago i La Serena por don Luis Jufre: debemos agregar que el 2 de enero de 1600 llegó del Perú el capitán Juan Martínez de Leiva con ciento seis hombres mas (4), los cuales con los ciento traídos por Quiñones formaban un total de cuatrocientos ochenta i seis.

---

(3) Citada carta de 18 de febrero de 1600.

(4) Con este refuerzo llegó frai Francisco de la Cámara i Rayo, primer Visitador Jeneral de la provincia de Predicadores de Chile. Vino ese refuerzo directamente a Concepcion, segun consta de la declaracion del padre Cámara, en la informacion levantada en Santiago el 30 de agosto de 1600.

Se habria equivocado, sin embargo, el que hubiese basado en tal cálculo su cuenta: porque los siete meses pasados en Chile por don Francisco de Quiñones habian sido demasiado amargos i desalentadores para que la desersion no hubiera hecho estragos en el ejército español. La misma carta que suministra los anteriores datos (5) apunta que en esos meses habian desertado del ejército i combatian en las filas de los enemigos mas de sesenta mestizos i mulatos, lo que se esplica fácilmente en una época en que todas las ventajas estaban por los indios. Añádanse a éstos los que en algunos encuentros i por enfermedades habian muerto i se verá que no es raro que Quiñones encontrara solo cuatrocientos seis soldados, de los cuales, asegura, mas de cincuenta estaban completamente desarmados (6).

Ni con mucho podia llevar esos cuatrocientos hombres en auxilio de las ciudades australes, pues los pocos que a su llegada encontró en Chile no bastaban, ciertamente, atendida la fuerza del enemigo, para resguardar a Chillan i Concepcion. De los cuatrocientos seis hombres habia enviado veinte de refuerzo a Arauco i juzgaba que en Concepcion habia de dejar por lo ménos noventa que, unidos a los sesenta vecinos, la defenderian de los ataques de los indios. Otros noventa quedarian en Chillan; con lo cual todo lo que Quiñones podia llevar en socorro de las ciudades del sur se reducía a doscientos hombres.

¿Pensó realmente don Francisco de Quiñones emprender con tan corto número expedicion tan peligrosa? Si no lo pensó, lo dijo, a lo ménos, i comenzó a prepararse a principios de enero para pasar con el ejército el Biobío.

En el acto, el cabildo de Concepcion, encabezado por el teniente de gobernador Pedro de Vizcarra se presentó a Quiñones i le hizo notar que su ida era la ruina del reino. El silencio que los indijenas habian guardado de victoria tan importante como

---

(5) Citada carta de 18 de febrero de 1600. El día de la llegada de Martínez de Leiva lo encontramos en Rosales, libro V, capítulo XVIII.

(6) Citada carta de 18 de febrero de 1600.

la destruccion de Valdivia estaba mostrando que abrigaban secretos planes de revuelta, i en esos mismos dias algunos indios no distantes de Concepcion intentaron sublevarse i dieron muerte a un español. Don Antonio de Quiñones que acababa de castigarlos i de talar sus comidas tuvo la prueba de que proyectaban un levantamiento jeneral. ¿Seria prudente dejar en tales circunstancias a las ciudades de Concepcion i Chillan con doscientos cincuenta hombres, entre vecinos i soldados, por toda defensa i entrarse en la tierra de guerra con solo otros doscientos? En consecuencia, el lugarteniente i el cabildo pedian al gobernador, en nombre de la salud del reino, que abandonase el fatal proyecto i no se moviera por entónces de donde estaba (7).

Fácilmente condescendió Quiñones con la justísima petición que se le hacia i permaneció en Concepcion.

A principios de febrero frai Domingo de Villegas le trajo una carta del coronel Francisco del Campo con noticias, por cierto, no mui alentadoras. Como veremos cuando refriramos la espedicion de ese militar, habia hecho un viaje a Osorno i vuelto a Valdivia para tomar de los barcos mas municiones i acudir nuevamente en auxilio de Osorno. Al ausentarse por segunda vez, dejó dicho a su esposa (que quedaba en las naves), i al que las mandaba los dias que debian aguardarlo (8); ya habian pasado con exceso i la inquietud que todos sentian es fácil de imaginar. Junto con estas alarmantes noticias recibió Quiñones una carta que, al partir de Valdivia, le escribió el coronel i que no disminuia la gravedad de la situacion: Francisco del Campo pedia que le enviara cien hombres de refuerzo al puerto de San Pedro i le comunicaba que no se atrevia a socorrer ni a La Imperial ni a Villarica, a fin de que el gobernador proveyera a su auxilio (9).

---

(7) Presentacion que el cabildo de Concepcion hizo a Quiñones el 20 de enero de 1600

(8) En la carta de 18 de febrero de 1600, que suministra estos datos, dice Quiñones que el coronel encargó que lo aguardasen cuatro dias i que lo habian aguardado doce: creemos se a error de pluma, pues nos parece mui poco plazo cuatro dias cuando se dirijia a Osorno.

(9) Mencionada carta de 18 de febrero de 1600.

Pedir a Quiñones cien hombres en aquellas circunstancias era pedirle lo imposible i destruir de una plumada todas las esperanzas que la colonia habia concebido al saber la llegada del poderoso refuerzo traido por el coronel. No solo no socorria éste las ciudades australes sino que pedia mas tropas: ¿qué se habia adelantado, pues, con su venida i cuán terrible no se presentaba lo porvenir? Pero, por mui clara que fuese la imposibilidad en que Quiñones se encontraba para acceder a la peticion de Francisco del Campo, como las circunstancias eran tan graves i la negativa podia tener consecuencias funestísimas, el prudente gobernador no quiso cargar solo con la responsabilidad. Llamó uno a uno a « los maestros i pilotos de los navíos » que habia en Concepcion i les propuso que llevaran el socorro al mencionado puerto de San Pedro: bien sabia Quiñones que a nada se esponia con este paso. Todos dijeron que no se atrevian a llevar el refuerzo « por no saber ni haber visto tal puerto « i que se perderian si a él fueren, porque es junto a Chiloé i, « cuando fuere buen puerto, son tan jenerales por allí los nortes « que cuando acá pase algun navío fuera a dar al Estrecho. » Lo cual, para mayor seguridad, ordenó Quiñones que los declarantes lo afirmasen con la santidad del juramento (10). Lo único que el gobernador hizo para calmar su inquietud acerca de la suerte de Francisco del Campo fué despachar el día 10 de febrero « el navío del capitan Diego de Lalla con doce o catorce « arcabuceros entre soldados i marineros para que vaya al puerto de Valdivia i que procuren tomar allí lengua del coronel (11).

En la carta que suministra estas noticias, deplora Quiñones que Francisco del Campo no hubiese repoblado a Valdivia, o fundado, por lo ménos, un fuerte servido por cincuenta hombres i atendido por uno de los dos navíos que tenia el coronel. I cree que, siendo de todo punto necesario impedir que ese puerto

---

(10) Moncionada carta de 13 de febrero de 1690.

(11) Id. id.

llegase a ser aposentadero de piratas, i no debiendo esperarse por entónces que las ciudades de La Imperial i Villarica se pudiesen sustentar en medio de pueblos rebeldes i belicosos i aisladas de toda comunicacion, convenia sobremanera despoblar las últimas i llevar la jente que en ella habia a Valdivia, con lo cual quedaria una ciudad respetable.

Del mismo modo juzga necesario abandonar a Angol i llevar la jente de ella a Chillan.

Pero todos estos eran meros proyectos i, miéntras tanto, los desgraciados habitantes de aquellas ciudades estaban pereciendo i todos sabian en esa fecha que de La Imperial no quedaban mas que las casas del obispo don Agustin de Cisneros, « donde se habia fortalecido la jente que se pudo retirar a ellas con mujeres i niños, relijiosos i sede vacante, sin bastimento ni recurso humano, padeciendo notable calamidad i trabajo de hambre i continuo cerco de los indios, sin poder salir fuera ni ser socorridos por ninguna parte, sustentándose con yerbas i algunos caballos, perros i gatos, adargas i otras armas de cuero » (12). Todo esto i el que Francisco del Campo no pensara en ausiliar a esas ciudades sacaba de tino a Quiñones: si el coronel, estando tan cerca de ellas i teniendo tantas mas fuerzas que las de que él podia disponer, no se atrevia a socorrerlas, ¿qué haria él i cómo las auxiliaria?

En medio de tales angustias, repetia una i otra vez su renuncia, manifestando la necesidad de enviar un gobernador mas jóven, mas ájil i de mejor salud; hablaba de los gravísimos males, de la segura pérdida de la colonia que resultaria de su muerte; recordaba las muchas tentativas hechas por los indios para asesinarlo, i tanto apuraba la dificultad que ya se creia envenenado. « I lo que mas de temer es de que deben haber dado traza i órden cantidad de caciques que he tenido presos en mi

---

(12) Informacion levantada el 24 de enero de 1600, a pedimento de Domingo de Erazo.

Las mismas cosas decia ya Quiñones al rei apénas llegó a Chile el 15 de julio de 1599.

« casa con el servicio de indios e indias que hai en ella (que esto  
« no se puede excusar por las costelaciones de la tierra) de dar-  
« me algún tóxico i veneno en la comida, que me va consumiend-  
« do i acabando sin poderlo remediar ni tener otra cura sino la  
« que por órden divino me puede venir i Vuestra Majestad con  
« su poderosa mano reservarme i dar lugar a que me vaya  
« a curar a mi casa; i mi celo i voluntad no merecen otra  
« cosa » (13).

En tantas angustias tenia, sin embargo, una esperanza don Francisco de Quiñones. El 1.º de octubre le habia escrito don Luis de Velasco, anunciándole la venida a Chile de don Gabriel de Castilla con cuatrocientos hombres. « Si viniese, « dice, muchos buenos sucesos se podrian prometer i por lo mé- « dos se evitará el daño de las ciudades que están cercadas. » Pero habian pasado cuatro meses i el socorro que el virei habia anunciado que vendria « con mucha brevedad » no parecia.

Por fin llegó a Concepcion el 14 de febrero don Gabriel de Castilla i, como lo habia supuesto el gobernador de Chile, su demora fué causada por los preparativos que traia para atacar a los corsarios, de cuya venida habia avisado Quiñones al virei. Llegó dos meses despues de lo que habria sido menester para combatir con Simon de Cordes; pero mui a tiempo para ayudar a Quiñones, que, si le creyéramos, ya desesperado « estaba para « salir en campo i socorrer la ciudad de Angol i La Imperial « con doscientos i seis hombres i la determinacion que llevaba « para dar este socorro era irme a la de Chillan i escojer ciento « i sesenta caballos a la lijera » (14).

Hizo presente el gobernador a don Gabriel de Castilla la estrema necesidad del reino i le pidió trescientos hombres. Castilla le prometió doscientos veinticuatro, los cuales formaban dos compañías mandadas por los capitanes García Diaz i don Francisco de Villaseñor i Acuña. Como sabemos, don Gabriel de

---

(13) Carta de 18 de febrero de 1600.

(14) Id. id.

Castilla traía de Lima órden de entregar solo ciento cincuenta soldados a Quiñones: mui clara debió de ver la urgente necesidad de la colonia cuando se resolvió a escederse en setenta e cuatro hombres a las instrucciones recibidas. I puesto que los soldados que en los dos buques traía no eran mas que doscientos, de seguro, para entregar el número que entregó al gobernador de Chile, sacó de las naves muchos marineros; lo cual pudo hacer tanto mas fácilmente cuanto que habia desaparecido por entónces el temor de un encuentro con los corsarios i que los buques venian perfectamente tripulados. De todos modos, Chile debió no poco a la buena voluntad de don Gabriel de Castilla i fué para la colonia una felicidad el que la expedicion estuviese mandada por ese militar, que conocia perfectamente las cosas del reino i habia desempeñado con lucimiento puestos importantes en sus ejércitos.

Con este refuerzo concluyeron las incertidumbres de Quiñones. « Dándoseme, dice en la tan citada carta de 18 de febrero, « saldré en campo con cuatrocientos i diez hombres que, aunque « parece es número suficiente para entre indios, certifico a Vues- « tra Majestad que no lo es en el tiempo que agora corre, porque « hai juntas de siete i ocho mil de a caballo i seis i ocho mil de « a pié. Yo saldré de esta ciudad dentro de seis dias i procuraré « de socorrer estas dos que con tan notorio peligro están, i como « la causa es de Dios, espero en su divina majestad se ha de te- « ner buen suceso, aunque voi con poca salud i cada dia tengo « muertos. »

Dos dias despues de fechar la carta precedente, el 20 de febrero de 1600, al concluir de otra dirijida tambien al rei, se leen estas palabras: « Hoi tuve nueva está sobre la ciudad de Angol, « que es veinte leguas de esta donde resido (Concepcion), una « junta de ocho mil indios de a caballo i seis a siete mil de a « pié, i ansi me parto a socorrerla, aunque con mui poca salud i « poca jente, dentro de tres dias. »

Un certificado del escribano secretario nos da noticia de las últimas medidas tomadas por Quiñones al emprender la marcha



al sur: manifiestan la severidad con que el gobernador procuraba el mantenimiento de las buenas costumbres; cosa no comun en una época en que solian aliarse, no sabemos cómo, los desórdenes con la mas viva fe. Hé aquí el documento:

« Certifico yo, Juan Luis de Gamarra, secretario de gobernacion i cámara en el reino de Chile, que por mandado de Su Señoría el señor don Francisco de Quiñones, gobernador i capitán jeneral i justicia mayor en él por Su Majestad, se mandaron echar i se echaron bandos públicos en el ejército real que llevó al socorro de las ciudades de Angol i La Imperial para que todos los jenerales, capitanes, oficiales, soldados i demas personas del dicho ejército, de cualquiera calidad que fuesen, se confesasen i comulgasen, pues habia abundancia de sacerdotes i era cuaresma i obligacion precisa. I otros que ninguno tuviese ni consintiese tener en sus toldos, pabellones, alojamientos de noche ni dormir en ellos ninguna de las indias de su servicio ni otras, porque se escusasen ofensas de Dios i murmuraciones. I todos los dias jeneralmente que se recojiesen a sus cuarteles i durmiesen alerta con las armas en las manos i la compañía de Su Señoría en el cuerpo de guardia, so graves penas que les puso. I otros muchos bandos de buen gobierno en todo el discurso del dicho viaje de ida, estada i vuelta, con el celo tan cristianísimo que Su Señoría ha tenido i tiene i deseo de acudir a las cosas del servicio de Nuestro Señor, i de Su Majestad, castigando los delitos i pecados públicamente, como las culpas merecian, con todo cuidado i vijilancia, sin haber tenido jénero de descuido en lo que convino. E por que de ello conste, por mandado del dicho señor gobernador, dí la presente firmada de mi nombre en veintiocho de abril de mil i seiscientos años.—JUAN LUIS DE GAMARRA. »

Tal es la historia de los preparativos de la expedicion de Quiñones al sur de Chile. Por ella se ve que, miéntras tuvo a su disposicion doscientos hombres, aunque tomando precauciones para resguardar su responsabilidad, no pensó nunca de serio en acometer una empresa, que habria sido descabellada i peligrosa

para la existencia misma de la colonia: difícil era, en verdad, que ésta pudiese resistir una nueva derrota como la que así habría ido a buscar Quiñones. Mas, apenas recibió el refuerzo de Castilla, no trepidó un momento más: sin desconocer ni ocultar los peligros de la expedición, la emprendió inmediatamente.

I para saber que en realidad no pudo disponer más que de cuatrocientos hombres, tenemos no solo su aserto sino también el nada sospechoso de Alonso de Rivera, que así lo atestigua (15).

---

(15) Memorial presentado por Alonso de Rivera al virrey del Perú el 17 de noviembre de 1600.

---

## CAPÍTULO XIX.

### VIAJE DE QUIÑONES A LA IMPERIAL.

---

Precipitada salida de la expedicion.—El cautivo Francisco de Herrera.—Importantes noticias que comunica.—Encuéntanse en los llanos de Yumbel los dos ejércitos.—Ardid de los indios, impetuosidad de Quiñones i prudencia de Pedro Cortés.—Batalla de 18 de marzo.—Completa derrota del enemigo i gran matanza que en él se hace.—Quién está en la verdad al calificar la batalla de Yumbel.—Paso del rio de La Laja.—Quiñones en Angol.—Viaje a La Imperial.—Encuéntanse los ejércitos en el valle del Tavon.—Quién era el comandante de los indios.—Corta batalla i gran derrota de los indios.—El heroísmo de Quiñones, referido por él mismo.—Inmensa superioridad del español sobre el indijena.—Cómo procuraban éstos neutralizarla.—Correrías de Quiñones durante el viaje a La Imperial.—El 30 de marzo de 1600 en La Imperial.—En qué estado se encontraban los desgraciados habitantes.—Por qué no procedió inmediatamente a despoblarla don Francisco de Quiñones.

---

Era, sin duda, bien tarde ya los últimos dias de febrero para comenzar la expedicion al sur de Chile; pero Quiñones no podia elejir ni habia de abandonar a una muerte segura a los pobladores de Angol i La Imperial, dejándolos un año mas sin recursos. Asi, reforzadas las guarniciones de Arauco, Chillan (1) i Concepcion no creyó prudente demorarse, despues de recibido el auxilio del Perú, ni siquiera el tiempo necesario para aprovisionar el ejército como habria deseado i partió de Concepcion los últimos dias de febrero de 1600 en direccion a Angol, llevando « mucha parte de su campo a pié i necesitado de comidas. »

Despues de caminar algunos dias el gobernador (2) vió ve-

---

(1) Alvarez de Toledo, canto XXIII, dice que a cargo de Chil'an quedó Alonso Cid Maldonado.

(2) " Cinco jornadas," dice Rosales.

nir, huyendo de la tierra de guerra, a « Francisco de Herrera, español a quien tenían cautivo » (3) los indios. Había sido llevado por su amo a una gran junta que tenían en los llanos de Yumbel, cerca del « fuerte de la Candelaria i estero de Doña Juana, ántes de pasar el rio de Biobio » (4), endonde aguardaban a Quiñones, sabedores de su expedición. Aseguraba Herrera « que en la dicha junta había diez mil indios de guerra i « que estaban en determinación e prevenidos de muchas armas « para embestir a la jente española. » El gobernador, sin perder momento, envió a averiguar lo que había de verdad en este aviso i se convenció de que, si bien el temor le había hecho ver casi doble el número de los enemigos a Herrera, en lo demás eran exactas las noticias que daba. El ejército español, tomando caminos estraviados, llegó hasta las inmediaciones del enemigo i se fortificó con palizadas. Los indios hicieron subir parte de su caballería a un cerrillo vecino para que desde allí se burlase de los españoles, con el intento de que éstos saliesen de sus fortificaciones. Lo habrían conseguido, pues el carácter fogoso de Quiñones lo movía a castigar esa insolencia, si Pedro Cortés no hubiera contenido al gobernador, diciéndole cuántos ardidés usaban los indíjenas i cuán preciso era andar sobremanera prudente i no dejarse llevar de los primeros movimientos (5). En consecuencia, salió el gobernador « en persona a reconocer la « dicha junta e verla si estaba en parte para poderle embestir e « no lo hizo por hallarle de la otra banda de un estero i atalla- « dar dificultoso de pasarse. »

Estando a la vista los dos ejércitos, no podía tardar el momento de la batalla; i tuvo ésta lugar el día siguiente, « lúnes 13 « de marzo a las tres de la tarde » i el triunfo del español fué rápido i completo.

---

(3) Relacion hecha por Quiñones en Angol el 15 de abril de 1600. Esta es lo que mas nos sirve para referir lo relativo al viaje de Quiñones: se entenderá que de ella copiamos las palabras testuales i tomamos las noticias cuando no citamos otra fuente.

(4) Carta de Tomas de Olavarria, que se hallaba en el campamento de Quiñones, fechada el 12 de noviembre de 1602.

(5) Rosales, lugar citado.

Todos los cronistas, siguiendo una relacion hecha por Pedro Cortés, describen minuciosamente esta accion de Yumbel, la llaman gran batalla i algunos la colocan entre las « mas importantes de cuantas ha tenido la nacion española en este reino despues que se descubrió » (6).

No es posible negar que el primer triunfo alcanzado por Quiñones « de campo a campo i de poder a poder, » como él dice, fué de suma importancia en la colonia i vino quizas a salvarla de la ruina; pero creemos que mejor que los cronistas la califica el gobernador: aquéllos la llaman « gran batalla » i éste « una de « las mas horrorosas i breves matanzas i victoria que ha sucedido en este reino. »

¿Cómo ha de llamarse de otro modo que matanza una accion en que por parte de los españoles no hubo muerto alguno (7) i de « seis mil indios » que componian el grueso del ejército enemigo quedaron en el campo quinientos « sin mas de otros ciento que fueron heridos a morir a sus tierras »? Debió de ser mui poca la resistencia de los indios, ya que la persecucion de los que huian concluyó el mismo 13 de marzo, siendo así que la funcion habia comenzado a las tres de la tarde. Por eso han de ponerse a cuenta de la imajinacion las muchas peripecias que refieren los cronistas al narrar el combate de Yumbel.

Siguiendo su sistema de crueles venganzas, con las cuales procuraba aterrorizar al indijena chileno, Quiñones mandó quemar vivos a diez o doce indios aprisionados por los españoles, diciendo: « abrazad a esos traidores, que tantas veces han « sido traidores a su Dios i a su rei » (8).

Vencidos todos los indios, continuó su camino para Angol i, a fin de disminuir el peligro del paso del Biobio llegó hasta mas

---

(6) Rosales, lugar citado.

(7) Rosales dice que hubo un muerto; pero al hablar de esta batalla, contestando a Quiñones el cabildo de Concepcion pocos dias despues, el 2 de abril, dice espresamente: "sin pérdida de su campo." Quizas el español que, segun Rosales, pereció, no fué otro que el que, como luego decimos, se ahogó al pasar el Biobio.

(8) Rosales, lugar citado.

allá de su confluencia con el de La Laja, pasó éste i despues aquél. Pero, a pesar de esa precaucion, estuvo a punto de ahogarse en él « por su mucha hondura i gran corriente » (9), i perecieron « un español i algunos indios i caballos con algunas « cargas. » Sin otra aventura llegó a la ciudad de Angol, que estaba en suma necesidad, la socorrió con comida i refuerzo de tropas, para que se mantuviese los días que él pensaba emplear en su expedicion a La Imperial, dejando para la vuelta, a fin de no retardar el mencionado socorro, la resolucion de lo que podia hacerse con Angol. Continuó su viaje inmediatamente, despues de sacar de la ciudad algunos militares conocedores de aquellas comarcas.

Habia caminado algunos dias el ejército cuando en el valle del rio Tavon se encontró de nuevo con una junta de seis mil indijenas. Quiñones dice que con ellos estaban « algunos españoles i mestizos i un clérigo de misa que los gobernaba i sarjenteaba en el órden que debian tener en la batalla. » Hemos visto ya cuán gran número de deserciones habian ocasionado en el ejército español la falta de recursos i la pujanza del enemigo; en cuanto al sacerdote de que se habla aquí, debe de ser el nombrado Juan Barba que se habia fugado de La Imperial i llevaba entre los indios la vida del apóstata. De todos modos i por mas que los desertores españoles tuviesen « sus arcabuces i armas ofensivas i defensivas » no fué de grande auxilio para los indios su compañía, ni anduvo feliz en su comando el apóstata: apenas se vieron los indijenas en presencia de las tropas españolas i « a los primeros arcabuzazos, » disparados por éstos, se pusieron en precipitada fuga, echándose al rio que estaba a sus espaldas para meterse luego en la impenetrable espesura de un vecino bosque, endonde no pudieron perseguirlos con éxito los vencedores.

Dejaron los indios en el campo treinta muertos, mas de cien

---

(9) Citada relacion de 15 de abril i otra tambien de Quiñones hecha junto a La Imperial el 30 de marzo del mismo año 1600.

caballos i otros despojos, i Quifiones deploraba sobremanera que casi no hubiesen trabado combate i que huyesen apénas los vieron, « que si media hora hicieran rostro i sustentaran la batalla, no quedara ninguno vivo, segun la pujanza i brío con que fueron embestidos. »

El ímpetu de este ataque lo atribuye el gobernador, en el documento que vamos siguiendo, al ejemplo lleno de heroismo con que él entusiasmó a las tropas, lo cual era tanto mas de admirar cuanto su mui avanzada edad parecia dispensarlo de tomar personalmente parte en tales reñimientos. Si bien alabanzas propias no son de creer, en esta ocasion las consigna Quifiones en un documento público destinado a notificarse a los mismos que habian presenciado los hechos i no es de suponer que, sin necesidad ni utilidad alguna, quisiera quedar ante todo el ejército por miserable farsante i jactancioso. Si no modesto, debemos, pues, juzgarlo verídico en la siguiente descripcion que hace de su hazaña:

« Habiéndose puesto en órden toda la jente de a pié i de a caballo para embestir al enemigo, se puso Su Señoría delante del escuadron con el guion i estandarte real i aunque fué requerido i apercebido por relijiosos, capitanes i otras personas se retirase a el batallon por el riesgo en que estaba de matarle i haberle tirado dos o tres arcabuzazos, lo rehusó con razones evidentes ..... i aunque se le dijo que abatiese i apartase el estandarte porque le apuntarian a él, respondió que ántes lo arbolaria en la parte mas alta que hallase en todo el real; en lo cual mostró la jenerosidad de su mucho valor i ánimo i lealtad i celo en emplearse en el servicio de Dios i de Su Majestad. »

Los dos triunfos obtenidos por Quifiones en su expedicion a La Imperial están manifestando que ni con mucho habia concluido la gran superioridad que daba sobre los indios al ejército español la disciplina i el diestro manejo de las armas de fuego: son inesplicables de otro modo esas victorias de cuatrocientos hombres contra seis mil, alcanzadas en cortos instantes i casi sin

que se derramase sangre en las filas españolas. Ni en los primeros tiempos de la conquista de Chile se vió mas clara la superioridad del español. Razon tenian, pues, los relijiosos que desde Valdivia escribian a Quiñones en setiembre de 1599 para deplorar la postracion de ánimo de los vecinos i defensores de las ciudades i para asegurar que todos los triunfos que habian obtenido los indijenas debian ponerse a cargo del descuido de los españoles: nunca sin sorpresa habian salido aquéllos victoriosos. Si hubieran adivinado lo que sucedería en el siguiente mes de octubre con la propia ciudad de Valdivia endonde escribian, habrian añadido los relijiosos el mas terrible i elocuente ejemplo para probar lo que decian.

Conociendo los indijenas perfectamente su inferioridad, se limitaban a aislar unas de otras las ciudades, a impedir con su mayor número que las pequeñas guarniciones de ellas saliesen a renovar los víveres i a hacer provisiones; hostilizaban a cada instante por diversos puntos i de diversas maneras a los asediados, procuraban concluir con ellos uno a uno, sorprendiendo a los que se aventuraban a salir de los fuertes, i reducir por hambre i fatiga a los que permanecian atrincherados.

Quiñones podia, pues, estar i estaba seguro de que por entonces no amenazaba peligro alguno sério al ejército, con tal que no se descuidara i quiso escarmentar a los indios haciendo corridas en sus tierras al pasar por ellas. De este modo les taló sus campos, cojió varios prisioneros i, lo que valia mucho mas, consiguió libertar a « veinte mujeres españolas i una mulata con sus hijos i anaconas de los que se cautivaron en Valdivia. »

Por fin, el 30 de marzo de 1600 llegó don Francisco de Quiñones a La Imperial i estableció su campamento a una legua de distancia de ella en la ribera del Cautin, en un paraje denominado Angades.

Fácil es de imaginar el contento con que recibieron al gobernador los vecinos de la ántes floreciente ciudad La Imperial, reducida ya a un monton de ruinas, tremenda cárcel de las pocas personas que habian conservado la vida, soportando el hambre,



la sed, la desnudez i librando de los diarios ataques que contra ellos dirijian los indíjenas.

¿Cuántos quedaban de los ciento cuarenta (10) bizarros soldados que habia dejado Loyola en la capital del sur de Chile la víspera de la desastrosa muerte de aquel gobernador? ¿I en qué estado se encontraban esos pocos sobrevivientes, casi cadáveres, salvados prodijiosamente de la suerte que sus compañeros habian corrido?

Vamos a verlo por menor i, ciertamente, decia verdad Quiñones al asegurar que causaba « lástima i compasion ver tantas « mujeres viudas, por haberles muerto los indios sus maridos; i « están desnudas i pobres i las creaturas, hombres i viejos, flacos, « cos, debilitados i sin vigor, a causa de la hambre i sed que han « padecido. »

Conocemos la opinion espresada por Quiñones en su carta al rei, fecha a 18 de febrero de 1600, es decir, pocos dias ántes de partir de Concepcion, acerca de la necesidad de despoblar las ciudades de La Imperial i Angol: parece, pues, natural que lo primero que hubiera hecho fuese llevar a cabo propósito ya tan pensado. No lo hizo asi, sin embargo, i no tardaremos mucho en ver que obró con prudencia consumada en no seguir de pronto su propio dictámen.

La medida de despoblar dos de las ciudades que habian sido mas importantes, aunque ya no fuesen, sino ruinas i estrechos i malos fuertes, era demasiado grave i se prestaba mucho a servir de fundamento para acusaciones contra el gobernador. Quiñones, que conocia cuán fácil es echar la responsabilidad sobre el antecesor, i que habia tenido la debilidad de hacerlo asi, quiso ponerse en guardia i no dar paso, sin justificarlo hasta el exceso.

Probablemente, todos veian su intencion i las dilijencias que precedieron a la despoblacion de La Imperial i Angol no fue-

---

(10) Ese es el número que asigna la informacion leantada en Santiago el 2 de setiembre de 1600 en la pregunta tercera.

ron sino una especie de triste i necesaria comedia; pero, como siguiéndolas paso a paso conoceremos perfectamente el estado en que se encontraban esas ciudades, las resumiremos con fidelidad.

---

---

## CAPÍTULO XX.

### DESPOBLACION DE LA IMPERIAL.

#### I.

---

Orden de Quiñones al cabildo de La Imperial.—Estado en que se encontraba la ciudad. — Asaltos de los indios, rechazados por los españoles. — El capitán Arévalo, el clérigo Guevara i el canónigo Aguilera. — Hacen una barca para la de La Imperial. — Audaz escursion de Escobar Ibacache.—Construccion de una embarcacion para ir al norte.—Viaje de Escobar Ibacache. — Expedicion i muerte de Hernando Ortíz. — Ardid de los indios e imprudencia de los españoles. — Reúñese el cabildo. — Pide la despoblacion de la ciudad.—Cabildo abierto.—Adhiérese a la solicitud del ayuntamiento.

---

Acampado en Angades don Francisco de Quiñones, hizo ante escribano, con fecha 31 de marzo, un resúmen de su gobierno: refiere su venida a Chile a consecuencia de la muerte de García Oñez de Loyola; el deplorable estado en que halló a la colonia, destruidos muchos fuertes i algunas ciudades, sitiadas otras, casi arruinadas las demas; la imposibilidad en que se habia visto de acudir prontamente en auxilio de las ciudades australes; cómo lo efectuó apenas llegaron los socorros pedidos al virei; los combates que le presentaron los indios i las victorias que obtuvo en su peligrosísimo viaje a Angol i a La Imperial. En seguida « exhorta de parte de Dios Nuestro Señor i de Su Magestad i como su gobernador i capitán jeneral manda al cabildo, justicia i rejimiento de ella (La Imperial) que, con asistencia de su provisor i de los relijiosos e personas doctas i « espermentadas de ella i de dos vecinos i moradores i otros dos

« soldados, se congreguen en uno, invocando el divino auxilio,  
« olvidando su particular i sin pasion ni aficion, anteponiendo  
« el servicio de Dios Nuestro Señor i de Su Majestad i bien co-  
« mun, pues está a su cargo su proteccion, amparo i defensa.  
« Traten i comuniquen entre todos, considerando el estado pre-  
« sente i dificultades que ofrece el tiempo con que al presente se  
« halla, el órden i modo que mas convenga para su sustentacion  
« i de sus vecinos i moradores, advirtiendo por escrito todos  
« juntos o cada uno en particular a Su Señoría con suma breve-  
« dad lo que les pareciere; pues el tiempo está tan adelante e no  
« se requiere otra cosa para proveer en el caso lo que mas con-  
« venga. Que está presto de acudir con el amor, celo e voluntad  
« que ha venido al dicho socorro e quitarlo al enemigo, arries-  
« gando para ello no tan solamente su vida i paz sino la del je-  
« neral don Antonio de Quiñones, su hijo, que con la misma vo-  
« luntad ha acudido, acude i acudirá a la dicha conservacion. »

El día siguiente fué notificado ese auto a los cabildantes « en  
« la ciudad Imperial reducida en una fortaleza por el alza-  
« miento jeneral de los indios. »

¿Quiénes formaban el cabildo, quién mandaba en La Impe-  
rial? ¿Qué habia sido de sus defensores, despues de la salida de  
don Baltazar de Villagra i de frai Juan Lagunilla en demanda  
de socorros que nunca llegaron?

Habia tomado el mando de la ciudad el capitán Hernando  
Ortiz; quien desde el primer momento habia organizado la defen-  
sa i procurado reanimar el caido valor de los pocos soldados con  
que en tan críticas circunstancias contaba. Valiéndose de todos  
los medios, consiguió armar su jente i la aprovisionó de pólvora,  
cuerdas, etc., sacándolas de casa del factor, donde habia tenido  
la precaucion de enterrarlas ántes de la entrada de los indios i de  
la destruccion de la ciudad. Naturalmente, en aquellas circuns-  
tancias estremas, enfermos, ancianos, clérigos, frailes, todos to-  
maron las armas i se aprestaron a la defensa.

No suponía estas cosas Anganamón i talvez creía apoderarse  
sin gran trabajo de La Imperial, cuando iba de nuevo contra

ella a la cabeza de lucido ejército. Pronto, sin embargo, hubo de conocer su error, pues vió rechazado el ataque. Llevaba el victoqui dos de los cautivos españoles tomados en la derrota de Valiente: uno de ellos, el capitán Quijada, consiguió fugarse durante el fragor del combate i entrar en la ciudad; i apénas lo supo, Anganamón dió muerte al otro.

Siguióse a éste una série de asaltos; los cuales, por fortuna, fueron siempre rechazados.

En todos o casi todos intentaban los indios poner fuego al fuerte. Consiguieron alguna vez que principiara el incendio i los soldados españoles lograron estinguirlo; otra, lo impidió la vijilancia del capitán Juan de Arévalo i del clérigo Pedro de Guevara; el canónigo Alonso de Aguilera notó en otra ocasion que los indios preparaban gran cantidad de leña i de lino i el capitán Juan de Godoi, con admirable arrojo, logró llegar hasta el lugar donde tenían todo eso depositado i prenderle fuego ántes de que lo hubieran acercado al fuerte.

No bastaba a los desgraciados habitantes de La Imperial rechazar los ataques de los enemigos: los víveres se les habian concluido i las fuerzas se les agotaban ante enemigos siempre de refresco: necesitaban alimentos i refuerzos.

Con mucho sigilo hicieron una pequeña embarcacion i a la media noche salió en ella con unos cuantos audaces el valiente capitán don Pedro de Escobar Ibacache; logró llegar sin ser sentido hasta los ranchos del cacique Antecura; le dió muerte, cautivó a su familia i llevó las provisiones que pudo a la fortaleza.

Animados con esto, comenzaron los sitiados a construir otro barco que fuese capaz de salir al mar i de llegar a Concepcion. La empresa era gigantesca, pues no tenían ni quién la dirijiese, ni materiales adecuados para llevarla a cabo; pero en la estrema necesidad iba a suplirlo todo la voluntad indomable de aquellos hombres.

Dirijió la obra el mismo Alonso de Aguilera, que tan señalado servicio habia hecho ya a la ciudad. I para materiales de construccion:

« Sacaron corbatones de perales  
« I de manzanos la demas madera,  
« Las tablas de sobrados, cajas, puertas  
« Muchas de ellas por mil partes abiertas  
« Con trapos viejos, mádidos taparon  
« Por no tener estopas las junturas,  
« Clavos i estoperoles que le echaron  
« Fueron de varias suertes i hechuras » (1).

Ya sabemos que el audaz don Pedro de Escobar Ibacache se encargó de tentar la aventura acompañado de unos pocos hombres i que de nuevo lo favoreció la suerte: consiguió salir al mar, llegar en su frágil barquichuelo a Concepcion i manifestar a Quiñones la estremidad en que se hallaban los defensores de La Imperial. Tampoco se habrá olvidado por qué, despues de llegar a Valdivia con el pequeño refuerzo que obtuvo, no pudo continuar su viaje a aquella ciudad i hubo de volver a donde estaba el gobernador.

I miéntras tanto, se ponía desesperante el estado de La Imperial: casi era descable que disminuyese el ya reducidísimo número de sus defensores; pues el hambre, mas temible enemigo que Pelantaro i Anganamou, diezmaba a los españoles. En tales circunstancias, e ignorando si alguno de los mensajeros habia llegado a su destino, se resolvió Hernando Ortiz a salir con el capitán Juan de Villanueva i un puñado de valientes, a ver modo de llegar a Angol: salió protegido de las tinieblas de la noche, miéntras los sitiados dirijian al cielo fervientes plegarias por el feliz éxito de la atrevida empresa.

No consiguió Ortiz burlar la vijilancia de los enemigos: ro-

---

(1) Puren Indómito, canto XVII.

De la obra de Alvarez de Toledo, cantos XI, XII i XVII, sacamos lo que precede acerca de La Imperial.

En los cantos XVII i XXI se cuenta la fuga de dos españoles, Gregorio Bello i el clérigo Juan Barba, que se pasaron al enemigo i fueron los mas treneudos i encarnizados perseguidores de sus compatriotas. Lo mismo afirma el maestro de campo Gonzalez de Najera en su *DESENGAÑO I REPARO DE LA GUERRA DEL REINO DE CHILE*, página 132, i agrega que la falsa doctrina que el apóstata Barba enseñaba a los indios se esparció mucho entre ellos. Segun Gonzalez de Najera, aquellos dos facinerosos, a consecuencia de los desórdenes de sus costumbres, fueron muertos por los indios algunos años despues.

deado por un sinnúmero, fué hecho prisionero con sus soldados: los llevaron los indios a la vista del fuerte para aumentar la consternacion de los españoles i a poco los asesinaron en una de sus orjías (2).

No mucho tiempo despues, gran número de rebeldes se emboscaron en los alrededores de La Imperial e hicieron que se acercasen al fuerte algunas mujeres i unos cuantos hombres sin armas a ofrecer víveres en venta. Por mas que el comandante de la plaza prohibió de la manera mas formal la salida, muchos llevados por el hambre le desobedecieron: catorce españoles fueron muertos a la vista de sus compañeros. Entre esos muertos habia dos sacerdotes. Ademas, los indios llevaron prisioneros a frai Juan Suarez i a tres niños. I aun el fuerte estuvo a punto de caer en manos de mas de setecientos indíjenas que, saliendo de su escondite, atacaron a La Imperial.

A los quince dias de rechazar este asalto consiguieron los españoles apoderarse del cacique Guaiquimilla, que les sirvió sobremañera como rehen, por ser de los mas respetados i queridos (3).

Al salir de la ciudad para su funesta expedicion, Hernando Ortiz la habia dejado a cargo de Francisco Galdames de la Vega, a quien encontró Quiñones de correjidor i justicia mayor. Componian el ayuntamiento, presidido por él, los alcaldes ordinarios Andrés de Matienzo i Cristóbal Diaz; los rejidores Juan de Godoi, Juan de Montiel, Gabriel Vasquez i Tomás Nuñez de Salazar; el alguacil mayor Juan de Esquivel, i el procurador de ciudad Gaspar Alvarez.

A ellos se les notificó el auto de Quiñones. Inmediatamente se rounieron en cabildo el 2 de abril, i, cumpliendo lo dispuesto por el gobernador, llamaron a formar parte de la reunion a Pedro de Guevara, provisor i vicario jeneral de la dió-

---

(2) En esta parte, fin del canto XXI, está incompleta la obra de Alvarez de Toledo; seguimos, en lo relativo a la salida i muerte de Ortiz, a Rosales, libro V, capítulo X.

(3) Estos pormenores son de Alvarez de Toledo, canto XXIII.

cesis; a Alonso Barrales Ponce de León, cura rector de la ciudad; a los religiosos frai Juan Barbejo, guardian de San Francisco, frai Juan Juarez de Mercado, de la misma órden, i frai Diego Rubio, mercenario; a los capitanes Gregorio Liñan de Vera i don Pedro de Escobar Ibacache (que acababa de llegar con Quiñones) como vecinos; i, en calidad de soldados, al capitan don Fernando de Alarcon i a Pedro Ramirez.

Reunidos, comienzan, como era natural, por dar las gracias a Quiñones i por ponderar el beneficio que les ha hecho con tan necesario socorro: « que si ocho dias tuviera de dilacion, añaden, « sin dificultad ninguna pereciéramos; porque de ocho meses a « esta parte ha sido el sustento ordinario de cueros, carne de pe- « rro i gato, buaros i otras aves, obligándonos la necesidad en « suma que experimentásemos semillas inusadas de trébol, navos « e malvas i otras yerbas en peligro de la vida, poniendo al mis- « mo ordinariamente las personas ansi para juntar este manteni- « miento » (4). Habia sido « el hambre i la sed tan intolerables i « en tal grado que de ello han perecido mas de cient personas, « hombres, mujeres i niños. » I otros, de ánimo poco jeneroso, se habian pasado al enemigo, aumentando la fuerza de él i los peligros de los infelices habitantes de La Imperial. Por eso, de la numerosa guarnicion no quedaban mas que como treinta hombres capaces de cargar armas i de seiscientos indios de servicio, solo seis: « los demas son muertos, idos i llevados de los « enemigos, e los que han quedado (se hallan) tan debilitados e « destituidos de vigor natural, que humanamente pueden tole- « rar el contínuo trabajo. »

De consiguiente, en lugar de esponer lo que la ciudad necesita para sustentarse, el cabildo opina por unanimidad que debe ser despoblada i abandonada, i funda su parecer, a mas de lo dicho, en otras varias consideraciones.

---

(4) Autos de la despoblacion de las ciudades La Imperial i Angol.

A estos autos pertenecen cuantas noticias apuntamos i cuantas palabras trascribamos sin asignarles otro orijen, en lo relativo a la despoblacion de las dos mencionadas ciudades.



La situacion de La Imperial no era ya favorable para resistir un asedio: sin contar con que las ruinas de la ciudad facilitaban sobremanera al enemigo las emboscadas i ponian a los del fuerte en la imposibilidad de vijilar los alrededores, era preciso gran trabajo para proporcionarse la leña i el agua. En efecto, el bosque mas cercano distaba legua i media del fuerte i, caso que en tiempo de apuro se echase mano de los árboles de la poblacion, calculaban que todos ellos no suministrarían leña para dos meses; « el agua está en distancia que sin muchas fuerzas de espafíoles no se puede tomar; » por último, en « invierno se aísla esta frontera de dos rios que la cercan, de suerte que desde fin de abril hasta fin de diciembre no se abren los vados. »

Debía contarse también con que esa comarca no tenía trigo que recojer para sustento de la jente de guerra, caso que (suponiendo lo apenas imaginable) quisiera el gobernador mantener el fuerte i dejar espuestos de nuevo a perecer de hambre a hombres que habían pasado tanta i habían estado débiles « en tanto grado que unos a otros no se conocían. » I ese malo i escaso alimento, la guarnicion lo compartiría con las ratas, que al decir del cabildo, eran tantas en el fuerte que se « han de comer el tercio del sustento que en él se metiere. »

Los trabajos soportados por los habitantes de La Imperial i sus desgracias son alegados para que se les libere de su angustiosa situacion: « Las mujeres i hombres traen el agua del rio i las yerbas del campo i leña de las huertas i es trabajo tan intolerable que un año que promete de dilacion e otro de socorro no será posible se compadezca ni escuse con servicio cuando se pudiere adquirir. La jente de hombres i mujeres de esta guerra están desnudos por haber faltado, en rescate de comida, la ropa de su vestir: camisas, sábanas, capas, sayos, frezadas, sombreros, i es imposible poder invernar en tierra donde las aguas son con tanta violencia i rigor, sin estar sujetos a perecer cuando la falta no fuera mas de esto tan solamente. »

Empero, caso que estas razones no convencieseran al gobernador i quisiese de todos modos fortalecer nuevamente La Impe-

rial, no haria sino poner en serio peligro la existencia misma del reino. El campo de cuatrocientos hombres que acompañaba a Quiñones apenas le bastaba para defenderse de los ataques que, según se sabía, le preparaban los indios de guerra a su vuelta. Si de él desmembraba una tercera o cuarta parte para fortalecer La Imperial, se esponía a que se repitiese más en grande la tragedia de Curalaba i a que se consumase en esta vez la ruina del reino.

« Por las cuales razones i causas espresadas, concluye el cabildo, e otras muchas que podríamos decir enderezando nuestro celo i ánimo al servicio de Dios Nuestro Señor i al de Su Majestad como sus leales servidores e vasallos, anteponiendo los servicios dichos a que es anejo el bien jeneral i estando muy distantes i apartados del particular propio, declaramos conveniente i forzoso despoblar este sitio con cargo de mejorarle en nombre de Su Majestad cada e cuando que las fuerzas de este reino permitan i den lugar a Su Señoría. El cual volveremos a reedificar e sustentar en su real nombre como por Su Señoría nos fuese mandado. »

Escrita esta respuesta, el ayuntamiento, para dar a su parecer más fuerza i mostrar que lo compartían con él los vecinos de La Imperial, mandó citar a cabildo abierto a todos los habitantes sin escepcion, fueran militares o relijiosos, hombres o mujeres. Así se hizo « a campana tañida » i el mismo día 2 de abril se reunieron los pocos pobladores que quedaban en la arruinada ciudad.

De ellos había capaces de firmar veintisiete personas, comprendidas tres mujeres, doña Ines de Aguilera, doña Mariana de Miranda i doña María de Cañedo (5). Firmó « a ruego de

---

(5) Hé aquí esas firmas: "Fernando de Leiva, Salvador de Carлага, Juan de Rivas, Juan García, Baltazar de Vilagra, Antonio Hidalgo, Francisco Gomez Macueta a ruego de Hernan Rodriguez, el bachiller Juan Lopez de Rúa, Francisco Gomez Macueta, Luis de Escobar, Luis de Aviles, Gaspar Alvarez, Alonso de Vargas, Antonio Alvarez, Leonardo Cortes, Pedro de Aguilera, Juan Naranjo, Andres de Cervera, Mateo Naranjo, Francisco Garcé, de Bobadilla, Pedro de Ibarra, don Luis de Pinoda, Rodrigo de los Rios, Cristóbal de Campo-Guerreado, Francisco de Garnica a ruego de Benavides, Francisco de Garnica, doña Inés de Aguilera, doña Mariana de Miranda, doña María de Cañedo.

« los demas hombres i mujeres que dijeron que no sabian firmar  
« i se hallaron en la dicha iglesia, Pedro de Torres Sarmientó,  
« escribano público; » pero creemos que serian mui pocos los  
hombres, si habia alguno, comprendidos en esta jenérica designación,  
porque, segun en la misma acta se ve, dos, que no sabian firmar,  
ruegan a otros que firmen por ellos: « los demas » serian, pues,  
algunas mujeres i quizas tambien algunos niños (6).

Con tan escaso número de vecinos todo era breve. Apénas reunidos « unánimes i conformes respondieron ser mui conveniente al servicio de Dios i de Su Majestad que (el gobernador) haga i cumpla lo contenido en la respuesta del dicho cabildo, porque de lo contrario resultarán los inconvenientes que se espresan, i que si es necesario lo piden i suplican i requieren con las instancias que pueden al dicho señor gobernador ansi lo provea i mande. »

Por mas claras i categóricas que fueran las respuestas, Quiñones no las creía ni con mucho suficientes para resguardar su responsabilidad: vamos a ver cuántas otras precauciones iba a tomar ántes de proceder a la des poblacion de La Imperial.

---

(6) Si por estos documentos se calculara el número de hombres en estado de tomar las armas que en La Imperial encontró Quiñones, se tendrían: veinticinco asistentes al cabildo abierto [descontando a Gaspar Alvarez, que figura en las dos reuniones] i dieziocho al ayuntamiento; por todo, cuarenta i tres. Pero una buena parte la formaban, sin duda, a mas de los que, como don Pedro de Escobar Ibaache, habian legado al gobernador, cuantos debian la vida a la imposibilidad en que se encontraban por su mucha edad o sus enfermedades de esponerla en los combates. Por eso se repite tantas veces en los documentos que habia muchos imposibilitados para combatir; i asi se concilia con este número el de cerca de treinta de que hablan los mismos vecinos i lo que se afirma en la tercera pregunta de la informacion de 2 de setiembre de ese año 1600: "Pasaron en la dicha ciudad de La Imperial la mayor necesidad de hambre i sed que jamas han pasado en ciudad cercada del enemigo; de suerte que de ciento e cuarenta e mas hombres que habia en ella cuando la cercaron, sin la jente menuda que era mucha, cuando se despoló solo habia como veinte hombres i algunas mujeres e pocos niños e todos los demas murieron de hambre i sed i a manos de los enemigos." I nó aproximativamente sino con fijeza enumera los hombres de armas el mismo Quiñones en la esposicion que nos sirve de guia: "De ciento i tantos hombres de guerra que quedaron en el dicho fuerte no habia mas de veintiseis, i de seiscientos indios e indias de servicio no habia mas de seis."

---



---

## CAPÍTULO XXI.

### DESPOBLACION DE LA IMPERIAL.

#### II.

---

Ordena Quiñones a los principales jefes que den su opinion. — Exclusion de don Antonio de Quiñones. — Parecer de los jefes. — Opinen "los capitanes de escolta" sobre los víveres que se han reunido. — Vuelva a considerarlo todo el cabildo de La Imperial. — Respuesta del cabildo. — Traslada Quiñones su campamento a La Imperial. — Decreto de despoblacion. — Ocúltese lo que no se pueda llevar. — El señor Lizarraga en Lima. — Lo que salvó la autoridad eclesiástica. — Lo que debe creerse de los milagros de La Imperial. — Despoblacion de la ciudad. — Los eclesiásticos de La Imperial. — Al tomar las armas cumplieron su deber.

---

A solo una legua de La Imperial, no tardó Quiñones en recibir las respuestas precedentes, cuyo contenido sabia ya de antemano. Sin embargo, cual si lo sorprendiera la proposicion de despoblar La Imperial, en auto del mismo 2 de abril habla de la suma gravedad de esa medida i, ántes de pasar adelante, quiere saber acerca de ella el parecer de los principales jefes i oficiales de su ejército, a los cuales manda que vayan a inspeccionar personalmente las cosas e informen si por ventura no habrá algun arbitrio mejor que el durísimo propuesto por el cabildo i los vecinos de la ciudad.

Recorriendo los nombres de los oficiales designados por Quiñones, encontramos a todos los militares distinguidos que formaban parte de la espedicion; el único que no figura es el de don Antonio de Quiñones, a pesar del alto empleo que en el ejército ocupaba: circunstancia facilísima de explicar, teniendo en

vista el objeto que con estas diligencias se proponia el gobernador, quien queria que la opinion de todos pareciese influir en su decision, i que en nada se conociese que él estaba de antemano resuelto a despoblar La Imperial, a fin de que la responsabilidad la compartieran todos i cada uno. Por eso acampaba fuera de la ciudad, no la habia visto, hacia que la visitasen los mas distinguidos oficiales del ejército i él se guardaba de manifestar en documento alguno cuales eran sus ideas en el particular. Les manda que, despues de ver la ciudad, digan «debajo de juramento su parecer distintamente con «suma brevedad por ser el « tiempo corto i el gran riesgo en que quedaban las ciudades de « Angol, Concepcion i Chillan i las demas del reino i ser necesario acudir a todo esto. » Los oficiales, que sin razon alguna para abstenerse como Quiñones de visitar la ciudad, la habian visto i conocian a palmos el estado en que se hallaba, no tuvieron que demorar en lo menor las diligencias i todos unánimes respondieron en el acto de ser notificados del precedente decreto, el mismo dia 2 de abril, «que han visto ocularmente la fortaleza « de la dicha ciudad, jente, redondez i circuito della i les parece « i es justo, i asi lo juraron a Dios i a la cruz en forma de derecho, se debe proveer i mandar lo que el dicho cabildo tiene « pedido i requerido, porque las causas en su respuesta espuestas son ciertas i verdaderas i convenientes al servicio de Dios « i de Su Majestad i que de lo contrario se podrán reecer los « riesgos e inconvenientes que la dicha respuesta especifica. I a « mayor abundamiento, todos los susodichos lo piden, suplican i « requieren » (1).

Desde su llegada a La Imperial, Quiñones habia mandado

---

(1) El parecer está firmado por los siguientes oficiales: "Miguel de Silva, don Juan de Cárdenas, Juan Ruiz de Leon, Pedro Cortés, don Diego Bravo de Saravia, Pedro Guajardo, Francisco Bravo, Tomás de Olavarría. Pedro de Silva, Martín de Zamora, Juan Martínez de Leiva, Francisco Hernández, Tomás Durán, Luis de las Cuevas, Juan Gómez de Villadiego, Francisco Riquelme de la Barrera, Antonio Sánchez de Araya, Gregorio Serrano, Martín Díaz Hidalgo, Andrés Fuenzalida Gusmán, Juan Hurtado, Pedro de Escobar, Joseph de Castro, Alonso de Córdoba. Diego Arias, Don Gonzalo de los Ríos, Antonio Recio de Soto, Francisco Hernández de Herrera, Diego Sánchez de Araya."

hacer constantes corridas en la comarca para dañar a los indios de guerra i para recojer cuantos granos hubieran ellos guardado o fuese posible reunir. El 3 de abril, ordenó que todos « los capitanes de escolta de este campo con juramento decla-  
« ren si las semillas que se han hallado i juntado en el circui-  
« to de este campo son bastantes para el sustento de la jente de  
« guerra que está reducida en una casa de la dicha ciudad  
« Imperial i de la demas que se ha de meter de socorro o lo que  
« les parece se debe hacer por defecto de bastimentos para que,  
« vistas sus declaraciones i pareceres, provea lo que al servicio  
« de Dios Nuestro Señor i de Su Majestad convenga. » Los tre-  
ce capitanes (2) que habian recojido comidas declaran con jura-  
mento que el trigo reunido es poquisimo: segun dice uno, no  
bastaria para el sustento de una sola familia i, calculando otro  
la cantidad, asegura que no pasa de diez fanegas. Cebada i maiz  
habia en mucho mayor cantidad; pero se encontraban en mui  
mal estado i pudriéndose el último por haber sido cojido fuera  
de sazon. Asi, todos opinaban ser imposible que los granos reu-  
nidos mantuviesen la mas pequeña guarnicion en La Imperial.

Con las dilijencias practicadas, tenia probado Quiñones i pro-  
bado con la opinion de los demas sin haber manifestado aun la  
suya, que no se podia pensar en sustentar el fuerte de La Impe-  
rial por el estado en que se encontraba, por la escasez de solda-  
dos i por la falta de víveres. Cualquiera se habria contentado  
con esto, teniendo ademas en cuenta lo avanzado de la estacion;  
pero Quiñones obró de otro modo: el 4 de abril proveyó el auto  
siguiente:

« Estando situado en el campo de la orilla del rio, junto a  
« a la ciudad Imperial, a 4 de abril del dicho año, vistos  
« por Su Señoría las dilijencias hechas, autos, respuestas del

---

(2) Los capitanes a que nos referimos eran los siguientes:

Diego Serrano, don Francisco de Villaseñor i Acuña, Gerai Diaz Ortega,  
Alvaro Nuñez de Pineda, Alonso de Córdoba, Rodrigo de Araya, Tomás  
de Olaverria, Gregorio Serrano, Diego Sanchez de la Carda, Sebastian Gar-  
cía Carreto, Juan Rubio de Zuaga, Melchor Diez Sanaria, i Francisco Fer-  
nandez.

« cabildo i comun, pareceres jurados de jenerales i capitanes i  
« demas informaciones fulminadas i todo lo demas que verse  
« conviene, dijo que mandaba i mandó se notifique al cabil-  
« do, justicia i rejimiento de la dicha ciudad que juntos en él  
« vuelvan a tratar i conferir lo que mas conviene al servicio  
« de Dios i de Su Majestad cerca de lo espresado en el primer  
« auto de Su Señoría, i con la resolucion i respuesta que dieren  
« se junte todo lo actuado para proveer justicia, considerando  
« estar el tiempo de invierno tan adelante i la poca comodidad  
« que por agora hai para poder sacar i llevar de la dicha ciudad  
« la jente de guerra, vecinos, residentes, mujeres, niños i servi-  
« cio que en ella hai, i que, aunque padezcan algun trabajo, el  
« verano próximo que viene serán con mas abundancia socorri-  
« dos de infantería, municiones i bastimentos i demas cosas de  
« que tienen necesidad para su sustento i seguridad. I asi la pro-  
« veyó, mandó i firmó don Francisco de Quiñones, ante mí,  
« Juan Ruiz de Gamarra. »

¿Creyeron sincera los habitantes de La Imperial la insistencia del gobernador? ¿Guardó éste tan profundo silencio acerca de su opinion que se llegase a suponer que realmente juzgaba inoportuna la despoblacion de La Imperial? Ora aconteciese asi, ora, conociendo el juego de Quiñones, se apresuraran los vecinos a tomar cartas en él, lo cierto es que el 4 de abril se reunieron el cabildo i todos los vecinos « sin faltar ninguno » i en un largo escrito renovaron lo ántes dicho e insistieron sobre la necesidad de despoblar por entónces la ciudad para poblarla despues en mejor sitio. Recordando sus padecimientos anteriores, añaden « que solo ha faltado comerse unas personas a otras, por  
« no hallarse caballo, perro, ni gato, raton, ave, semillas, yerbas  
« ni otra cosa con que poderse sustentar. I han quedado flacos,  
« desfigurados i sin vigor los vecinos i soldados, viejos i niños i  
« mujeres, como Su Señoría ha visto, sin otros muchos que han  
« perecido de hambre i sed. I si diez dias tardara mas el socorro  
« en llegar fuera lo mismo de los que halló vivos sin escapar  
« ninguno. Pues el dicho señor gobernador es tan cristianísimo



« i celoso del servicio de Dios i milagrosamente ha llegado en  
« tiempo que puede sacarlos de semejante captividad i riesgos i  
« redimirles las vidas i ser parte para que salven las demas, tra-  
« yendo a la memoria que en la propia forma consiguieran li-  
« bertad los judios del rei. Faraon, estando en la cautividad de  
« Ejipto, por amor de Nuestro Señor Jesucristo, de rodillas i  
« vertiendo lágrimas i dando voces al cielo le suplican se ado-  
« lesca dellos i de tantas viudas, huérfanos, doncellas pobres i  
« niños inocentes como en el dicho fuerte hai i los saque dél sin  
« dejar a nadie i lleve en su campo i compañía donde i para el  
« efecto que tuviere por bien. »

I despues de usar este humilde lenguaje, vuelven a cantar los loores del gobernador i dicen cuánto premio merece del rei por la expedicion que ha llevado a cabo i cuánto mayor merecerá despojando La Imperial por librar a tantos infelices de muerte cierta o de que se pasen al enemigo, como muchos, desesperados, lo harian indudablemente.

Solo entónces trasladó Quiñones su campamento junto a la ciudad e inspeccionó por sí mismo las ruinas de ésta. El propio dia 4 de abril, vistos los lugares, encuentra fundadísimas las razones que todos han dado i, prometiéndose volver en tiempo el siguiente año para restablecer en otro paraje el fuerte, pone término a la larga comedia que habia creído necesario representar:

« Dijo que mandaba i mandó que el dicho cabildo, justicia i  
« rejimiento, vecinos, estantes i habitantes en el dicho sitio i ca-  
« sa de La Imperial, hombres, mujeres i niños de cualquier cali-  
« dad i estado que sean salgan luego i se recojan a su campo  
« para los se llevar consigo. I que el capitan i correjidor escon-  
« da i ponga las campanas, artillería i demas cosas que con faci-  
« lidad i a la lijera no se pudieren cargar en parte donde los  
« infieles no lo vean ni hallen i puedan ser sacados por los cris-  
« tianos, dado que sea menester, poniendo en ello la dilijencia,  
« cuidado i secreto posible. I que el escribano de la ciudad lleve  
« los libros e protocolos, ordenanzas i demas papeles útiles al

« comun para que ponga en un archivo i el provisor i vicario  
« jeneral e demas eclesiásticos lleven los ornamentos de la igle-  
« sia, corporales, arcas, palio i demas cosas del servicio i las imá-  
« jenes manuales i cómodas, poniendo lo que quedare en parte  
« oculta i decente, porque no lo quemem ni vituperem como han  
« hecho otras (veces). »

Hemos visto que Pedro de Guevara figura en los documentos en calidad de provisor i vicario jeneral de la diócesis: Alonso Olmos de Aguilera, que un año ántes desempeñaba ese destino, debe contarse, sin duda, entre los muertos durante el sitio de la ciudad (3).

Mas tarde, cuando refiramos la venida a Chile del obispo de La Imperial don frai Rejinaldo de Lizarraga, contarémos, reproduciendo lo que en otra obra hemos escrito (4), cuán mal ocupaba en Lima los días que su deber le ordenaba dedicar a sus desgraciados diocesanos. Notemos ahora únicamente que, pues Pedro de Guevara usaba el título de provisor i vicario jeneral, parece claro que habia recibido su nombramiento del obispo, lo que era mui fácil, ya que tantas expediciones habian venido del Perú i tantas comunicaciones se habian cruzado con la capital del vireinato, despues de la consagracion de don frai Rejinaldo de Lizarraga.

Entre las cosas que la autoridad eclesiástica salvó de La Imperial, los cronistas mencionan el libro de actas del cabildo de esa Iglesia, un ornamento carmesí, mui apreciado por ser regalo del emperador Carlos V, i una imájen de Nuestra Señora de las Nieves, obsequio que le legó al separarse de aquel obispado su ilustre fundador, el señor San Miguel.

Los trabajos indecibles que habian padecido los infelices sitia- dos de La Imperial i el haber escapado a una muerte casi cier- ta, dieron oríjen a mil fabulosas narraciones, que el vulgo acep- tó como otros tantos hechos indudables i que las crónicas reci-

---

(3) Véase la nota 6.

(4) LOS ORÍJENES DE LA IGLESIA CHILENA, capítulos 40 i 41.

bieron con facilidad. Entre ellas figuran principalmente una serie de milagros atribuidos a la intercesion de Nuestra Señora de las Nieves, milagros que habrian salvado a los habitantes de La Imperial del hambre, de la sed i del brazo de los enemigos. Segun todas las probabilidades, los sitiados, llenos de gratitud a Dios, al verse libres de la muerte que creian inevitable, comenzaron a recordar los mil peligros de que habian salvado i a ver en cada uno de esos prósperos sucesos otras tantas manifestaciones de la proteccion del cielo. I como los peligros habian sido tan grandes i tan extraordinaria la felicidad de ellos en salvar, mui luego la imaginacion de los oyentes, si no la de los mismos narradores, dió circunstancias milagrosas a esos favores de Dios (5).

---

(5) Nos parece imposible que si, durante el sitio de La Imperial, los sitiados se hubiesen creido salvados milagrosamente por Dios, no lo mencionaran en los minuciosos documentos que tenemos a la vista, en los cuales no hai la mas mínima alusion a cosa que se asemeje a milagro. Al empeñarse en manifestar a Quiñones cuán imposible era mantener el fuerte, le habrian hecho ver que solo por milagro habian salvado hasta entónces.

Pero, si nos parece evidente que durante el sitio nadie habló de milagros, tambien es claro que luego se jeneralizó esa creencia. Frai Luis Jerónimo de Oré, obispo de Concepcion, llegó a Chi'e un cuarto de siglo despues del sitio de La Imperial i mui pronto recibió la tradicion de los milagros hechos allí por la intercesion de Nuestra Señora de las Nieves. Escribiendo al rei el 5 de marzo de 1627 se espresa como sigue: " Asi mesmo llevamos en " procesion la imájen de Nuestra Señora de las Nieves, que cuando estuvo " en la ciudad de La Imperial, que destruyeron los indios de guerra, hizo " muchos i patentes milagros, i despues que la trujeron a esta ciudad " [Concepcion] los hace Nuestro Señor por la invocacion que hacen los que " navegan por mar i andan en peligros de rios i caminos a este santuario, " igual en devocion a la imájen de Capacavana de el Perú i a los santua- " rios de España de Guadalupe, Monserrate i Atocha, que imitan aquellas " devociones en estas partes tan remotas."

El único testigo de los milagros de La Imperial, cuyo nombre conocemos, es Diego Venegas, que, segun dice Córdoba i Figueroa en el capitulo XXII del libro III, prestó declaracion acerca de uno de esos milagros algunos años despues en Concepcion. Córdoba i Figueroa asegura que Diego Venegas estaba en La Imperial cuando su asedio i abandono i que era " por consiguiente ocular testigo de esta maravilla." Ahora bien, segun todas las probabilidades Diego Venegas no hacia mas que referir lo que habia oído: como veremos al tratar de las monjas de Osorno i de su viaje a Castro, Venegas, hijo de doña Elena Ramon, que fué varias veces superiora de las religiosas de Santa Isabel, se crió i creció en Osorno i allí estuvo durante el sitio i hasta el abandono de esa ciudad.

Alvarez de Toledo, en PUREN INDÓMITO, es quizas el primero en referir los milagros de La Imperial i aunque, como hemos dicho, su obra, mas que poema épico, es crónica rimada i llena de circunstancias i de verdad, tenia en esta ocasion vasto campo para dejar correr su imaginacion o podia aceptar las consejas referidas por los soldados: talvez fué quien comenzó a dar

Cumplidas las órdenes de Quiñones « se despobló por ahora  
« la dicha casa, sacando Su Señoría personalmente, acompañado  
« de todos los jenerales, capitanes, vecinos, soldados i demas ofi-  
« ciales i personas de su campo el miércoles por la mañana cinco  
« de abril del dicho año de mil e seiscientos, toda la jente de gue-  
« rra, vecinos, estantes i habitantes en la dicha casa de La Impe-  
« rial, hombres i mujeres i niños que en ella habia, sin dejar  
« ninguno, proveyéndoles de caballos i el demas avio necesarió  
« para sus personas i ropas que tenian, llevándolas en su campo  
« i compañía, que retorna viaje que hace a las ciudades de An-  
« gol, Chillan i la Concepcion para proveer lo que se ha de hacer  
« de la dicha jente en llegando a ella. I entre las dichas personas  
« habia muchos viejos, flacos, pobres, ciegos, enfermos i casi a  
« punto de muerte i mujeres viudas, huérfanas, desnudas, aflij i-  
« das i miserables. » Todo lo cual lo certifica el escribano Pedro  
de Torres Sarmiento.

Entre los salvados por Quiñones se encontraban seis sacer-

---

alguna autoridad con su relato a milagros, de los cuales los que debieron ser testigos de vista no habian en parte alguna.

Es mui probable que, en gran parte <sup>\*\*</sup> a lo ménos, pertenezca a estos hechos, inventados o mui aumentados posteriormente. lo que refieren los cronistas acerca del heroismo de doña Ines Olmos de Aguilera, la hermana del vicario capitular i esposa de don Pedro Fernandez de Córdoba.

Vió morir, segun Carvalho, en el sitio de La Imperial " a su marido don Pedro Fernandez de Córdoba; a sus hijos Antonio, Diego i Alonso; a sus hermanos Pedro, Alonso i Diego; a don Andrés Fernandez de Córdoba, su cuñado; a Fernando Fernandez de Córdoba, Gabriel de Villagra i Pedro Olmos de Aguilera, sus sobrinos." [Parte I, libro III, capítulo 6.]  
« léjos de abatirse cuando los guerreros ya desanimados querian, segun los cronistas, rendirse, ella les arengó, les infundió ánimo i los condujo nuevamente al combate.

Segun refiere Olivares, una real cédula de Felipe III, dada en San Lorenzo a 17 de agosto de 1613 i dirigida al marques de Montes Claros, virei del Perú, menciona estos hechos como probados en informaciones levantadas en Chile i asigna de premio a doña Ines de Aguilera dos mil pesos al año en repartimientos de indios. Pero nuestros documentos no nos dan la mas pequeña noticia de azafas tan extraordinarias i tan difícil de suponer silencadas por hombres que refieren hasta los mas insignificantes pormenores.

I para no dar mucha importancia a esa informacion, téngase presente que ella se hubo de levantar en el gobierno de Alonso de Rivera, el cual se habia casado con la hija de la misma doña Ines de Aguilera. I aun podemos añadir que esa informacion se levantó en el segundo gobierno de Rivera i que éste mismo no consideraba tan grandes los servicios de su suegra ni cuando se casó ni mucho tiempo despues. Véase cómo habia cuando se disculpa por haberse casado sin real permiso. En carta de 29 de abril de 1608,

dotes: el vicario jeneral Pedro de Guevara, el cura Alonso Barrales, el licenciado Juan López Roa, los relijiosos franciscanos frai Juan Barbejo, guardian, i frai Juan Juarez de Mercado i el mercenario frai Diego Rubio.

En 1596, a la muerte del señor Cisneros, habia cinco capitulares en el cabildo eclesiástico de La Imperial: tres dignidades i dos canónigos. De los cinco no quedaba ninguno en esa ciudad cuando llegó Quiñones. De las tres dignidades, uno se habia ido a España; otro, el tesorero, al Perú; i habia muerto en La Imperial, durante el sitio, el chantre Alonso Olmos de Aguilera (6). Los dos canónigos, Diego López de Azoca i Je-

---

mes i medio despues de su matrimonio, dice al rei: "Me desposé a los diez del pasado con doña Ines de Córdoba hija de Pedro Fernandez de Córdoba, uno de los caballeros mas principales que han pasado a las Indias, i de doña Ines de Aguilera Villavicencio, su mujer. Murió el dicho Pedro Fernandez i su hermano Andrés Fernandez de Córdoba en este reino despues de haber servido a Vuestra Majestad muchos años. I últimamente en la ruina del acabaron dos hijos suyos, hermanos de mi mujer, i cuatro tios que tenia, hechos pedazos a manos de los enemigos, i otros muchos deudos; los que ocuparon oficios muy honrosos en servicio de Vuestra Majestad así en este reino como en el del Pirú, acudiendo siempre a esta obligacion como leales vasallos i honrados caballeros."

I en la carta de 26 de febrero de 1605, le decia de nuevo: "Si me casé.... fué con dama de mucha calidad i virtud i otras partes, a quien Vuestra Majestad habia de hacer mucha merced por ser hija i nieta de caballeros que han servido a Vuestra Majestad en este reino i otros, con mucha demostracion de su valor i gastos de sus haciendas i derramamiento de su sangre. Especialmente en esta tierra, donde muchos hermanos i primos hermanos i otros [deudos] de mi mujer han quedado hechos pedazos de fendiendo los [derechos] de Vuestra Majestad."

Si los merecimientos i el heroismo de doña Ines de Aguilera hubiesen sido tales i tan grandes como despues se ha asegurado, ¿habria dejado Rivera de escudarse con ellos en esta ocasion para aumentar lo mucho que el rei debia a la familia de su esposa? Quien cita en su apoyo los hechos de los primos, ¿callaria el heroismo sin igual de la madre?

Alvarez de Toledo, primer narrador de los milagros de La Imperial, nada dice acerca de las hazañas de doña Ines de Aguilera i solo la nombra como una de las mujeres que llenas de valor tomaron las armas en defensa de La Imperial.

(6) Equivocadamente dijimos en LOS ORIGINES DE LA IGLESIA CHILENA que Alonso Olmos de Aguilera era maestro escuela de La Imperial. En realidad era chantre. Así lo espresan, como hemos visto en el capítulo V, Pedro de Vizcarra i Alvarez de Toledo; así tambien se lee en un instrumento estendido en Santiago por el apoderado del chantre Olmos de Aguilera [el poder habia sido dado en La Imperial el 22 de noviembre de 1597] i autorizado el 26 de octubre de 1599 por Jines de Toro Mazota. Debemos este documento i esta correccion a nuestro amigo el señor presbítero don Domingo Cáceres.

No está ménos probado que el chantre i vicario jeneral murió durante el sitio de La Imperial. No solo no lo hemos visto salir de la ciudad ni lo encontramos entre los que sobrevivieron sino que espresamente lo nombra

rónimo López de Agurto, no estaban en la ciudad i acostumbraban residir en Santiago.

Probablemente, no hubo entre los sacerdotes de La Imperial mas defecion que la del apóstata Juan Barba, ya que ni los documentos ni los cronistas mencionan otra i que no lo habrian llamado si otra hubiera acaecido, pues consideraban tales apostasias como un motivo de duelo para la colonia. Asi, todos los demas sacerdotes habian perecido o de hambre o con las armas en la mano, porque nos consta (7) que en esta ocasion supieron cumplir su deber combatiendo con los demas soldados al enemigo.

Decimos que cumplieron su deber, porque no solo tenian en aquellas circunstancias derecho sino tambien obligacion de tomar las armas i de pelear en defensa de la patria i de la religion. Cuando la falta de un guerrero era para los sitiados pérdida enorme; cuando defendian la propia vida i la vida, la libertad i la honra de las desgraciadas madres, esposas e hijas de los vecinos de La Imperial, encerradas como ellos en la fortaleza i a las cuales esperaba la suerte mas terrible que imaginarse puede si caian en poder de los indios; cuando la cautividad era para las mujeres esclavitud i deshonor, i para los niños significaba apostasia, habria sido un crimen en los sacerdotes no unir sus esfuerzos a los de los otros, no combatir como los demas al enemigo comun. Segun todas las probabilidades, si los seis eclesiásticos que combatieron hasta el fin i los demas que perecieron durante el sitio se hubiesen abstenido cobardes, los pobres sitiados de La Imperial no habrian sido socorridos oportunamente por Quiñones i habrian caido en poder del indíjena.

---

Carvallo i Goyeneche en el lugar citado, cuando dice que entre los dodos de doña Ines de Aguilera murieron "sus hermanos Pedro, ALONSO i Diego, i don Andrés Fernandez de Córdoba, su cuñado;" los cuales son evidentemente "los cuatro tios que tenia" doña Ines de Córdoba [hija de doña Ines de Aguilera] i que segun dice su esposo Alonso de Rivera, murieron en La Imperial "hechos pedazos a manos de los enemigos."

(7) Asi lo dice en el pasaje citado Rosales i los documentos confirman su dicho, afirmando eso mismo categóricamente al tratarse de los sacerdotes de Angol los autos de la despoblacion de esta ciudad.

---

---

## CAPÍTULO XXII.

### DESPOBLACION DE ANGOL.

---

¿Qué era de Villarica?—¿Deberia irse en su socorro?—Opinion de Antonio Recio —Viaje a Angol.—Situacion de esta plaza.—¿Seria posible mantenerla?—Viveres que en ella habia.—Los defensores de Angol.—Juan Alvarez de Luna.—En busca de los viveres.—Cómo se lleva a un amigo.—Fuga del denunciante.—Respuesta del cabildo.—Diagusto e insistencia de Quifiones.—Ceden el cabildo i los vecinos.—Despoblacion de Angol.

---

Despoblada La Imperial, habia que resolver si se iria en socorro de Villarica o si se daria la vuelta a Angol.

Los vecinos de La Imperial, en medio de la angustiosa situacion en que se encontraban, pudieron, siquiera de cuando en cuando, hacer llegar sus clamores al gobernador i comunicarse con las otras ciudades; los de Angol, mas cercanos a Concepcion, consiguieron tambien enviar mensajeros en diversas ocasiones; casi hasta la víspera de su destruccion, la floreciente Valdivia se habia comunicado con Quifiones; i aun de Osorno se habia sabido poco há por las cartas del coronel Francisco del Campo.

Solo de Villarica no se habian vuelto a tener noticias. Hace « veinte meses poco mas o ménos que se alzaron los naturales de « sus términos i la cercaron i no se sabe si son vivos o muertos » sus habitantes, dice la informacion levantada en Santiago el 2 de setiembre de ese año 1600 (1). Junto con la sublevacion de

---

(1) Pregunta 4. Lo mismo dice al virei. García Ramon en carta de 20 de agosto de 1600.

aquella comarca, se supo tambien que Villarica « estaba reducida en un fuerte » (2) i despues, nada; de modo que, para desechar la idea de otra gran catástrofe semejante a la ruina de Valdivia, muchos se forjaban la ilusion de que sus habitantes habrian pasado la cordillera, por la que tenian camino carretero i habrian encontrado en la otra banda la deseada seguridad (3) ¿Era posible tranquilizarse con tales ideas i dejarlos asi abandonados i, ya que se habia llegado a La Imperial con respetable número de soldados, no ir en su socorro?

Empero, si era duro por demas considerar el desamparo i la terrible situacion de Villarica, debian tenerse presente otras consideraciones ántes de resolver por la afirmativa si se iria o nó en auxilio de aquella ciudad. Habia comenzado ya el mes de abril i de un momento a otro los rios quedarian invadeables: yendo a Villarica, de seguro, no seria posible volver en ese año a Concepcion. ¿Qué de males no vendrian con ello sobre la colonia?

Dejar sin jefe todo el norte de Chile i dejarlo con tan reducido número de tropas, casi equivalia a decretar su ruina, i Quiñones no habia de cargar con esa enorme responsabilidad. Acabamos de ver, por otra parte, que los víveres faltaban por completo en los alrededores de La Imperial i probablemente sucederia otro tanto en Villarica; de modo que el ejército del gobernador correria sérios peligros en la campaña, aunque no lo atacasen los indíjenas.

Teniendo presentes estas razones, no habia lugar a duda i, por doloroso que fuese dejar seis meses mas sin socorro a los desgraciados habitantes de Villarica, los jefes i oficiales del ejército, consultados por Quiñones, le respondieron que su opinion era volver cuanto ántes a Angol i de allí a este lado del Biobio, no fuera que viniese una crecida a impedirles el paso.

Solo un capitán, nuestro antiguo conocido el audaz Antonio

---

(2) Carta de Alonso García Ramon al rei, fecha en Santiago el 17 de octubre de 1600.

(3) Asi lo suponen muchos testigos de la informacion levantada en Concepcion en agosto de 1600.



Recio de Soto, fué de contrario parecer. Sostuvo que debía irse en auxilio de Villarica i se comprometia a llevar la expedicion, con tal que se le proporcionasen trescientos hombres (4). Pero eso equivalia a pedir a Quifiones que, volviendo con ciento al norte, se espusiera a perecer miserablemente a manos de los rebeldes i no salvaba inconveniente alguno sino que los agravaba todos: nadie, pués, siguió a Recio en su opinion.

Resuelto lo que habia de hacerse, se puso en el acto en ejecucion i el ejército se dirijió con la posible velocidad a Angol, donde lo encontramos nueve dias despues, el 13 de abril.

La suerte de Angol era mui distinta de la que habian sobrellevado los desgraciados pobladores de La Imperial. Sin que hubiesen dejado de correr gran peligro i de soportar padecimientos de todo jénero, sus habitantes no se habian visto, como los otros, diezmados por el hambre i la sed i reducidos a una cuarta parte de los que comenzaron el sitio: luego sabrémos que el número de defensores de Angol no era insignificante i que todavia no se habian agotado por completo los víveres, si bien a una i otra cosa contribuyó no poco el auxilio que al pasar le habia prestado el gobernador.

Conocemos el pensamiento de Quifiones: creia que, por entónces, no debía intentarse mantener las poblaciones de ultra Biobio, escepto Valdivia, que importaba repoblar para impedir que los corsarios se apoderasen de su puerto. En lo que tocaba a Angol, opinaba que su guarnicion debía ir a reforzar la de Chillan.

No manifestó tampoco en esta ocasion sus ideas i volvió a comenzar con algunas variantes la comedia, que acabamos de estudiar en La Imperial.

Al dia siguiente de llegado, el 14 de abril, mandó a los alcaldes ordinarios de Angol « que, con asistencia e intervencion del alférez jeneral don Diego de Sarabia i del jeneral Garci Gutie-

---

(4) Rosales, libro V, capítulo XVIII. Los citados BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE dicen que Quifiones con el objeto de despoblar a Villarica, "envió al capitán Antonio Recio, que no pudo pasar el rio de Tolten i se volvió a juntar con el campo." Creemos que si tal hubiera sido, no habría Quifiones dejado de mencionarlo.

« rez, dentro de una hora hagan cala i cata en todas las casas i  
« bodegas que hai en la dicha ciudad, sin esceptuar ni reservar  
« ninguna, de todos i cualesquiera bastimentos que en ella halla-  
« ren de todo jénero, poniendo testimonio dello al pié deste auto,  
« para que me conste i provea lo que mas convenga a el servicio  
« de Dios i de Su Majestad; i todos i cada uno lo cumplan sin  
« poner en ello excusas ni dilacion alguna, so pena de cada dos  
« mil pesos de oro para gastos de guerra en que desde luego he  
« por condenado a los que lo contrario hicieren. »

El cabildo estaba compuesto de los siguientes vecinos: Juan Alvarez de Luna i Juan Severino, alcaldes ordinarios, i los rejidores Pedro de Artaño, Alonso de Robles, Francisco Sanchez, Luis Gonzalez, Lorenzo Maturano i Cristóbal de Olivera. El secretario se llamaba Fernando Belluga de Moncada.

El 15 se notificó al cabildo el auto del gobernador i tuvo inmediato cumplimiento.

Los comisionados presentaron a Quifones minuciosa cuenta del trigo, cebada i vino que habia en cada una de las casas de la ciudad i una lista con el nombre de cada uno de los habitantes de ella i su condicion. Resumiendo, resulta que habia treinta i dos fanegas i nueve almudes de toda comida i treinta i nueve botijas de vino. Era casi el hambre; mas en aquellos dias i en las ciudades de ultra Biobio el *casi*, cuando se trataba de hambre, se convertia en dicha inefable, comparada esta situacion con los padecimientos que acababan de pasar los desgraciados vecinos de La Imperial que venian con el ejército. Pero si habian padecido ménos los habitantes de Angol, no por eso treinta i dos fanegas de trigo i cebada les proporcionaban sustento para el próximo invierno.

Habia en la ciudad setenta i dos soldados, sin contar seis jefes, i ciento sesenta i dos vecinos i moradores, de los cuales ciento treinta i seis eran mujeres i niños. De modo que podian contarse ciento cuatro hombres de armas tomar, ciento once si a ellos se agregaban los « siete relijiosos que acudian con arcabuces i lanzas a la defensa. »

Los seis mencionados jefes eran Tomás Duran, a cuyo cargo habia estado la plaza, don Juan Rodulfo Lisperguer, segundo de ella, don Pedro Maldonado, Francisco Boso, Gonzalo Rodriguez i el capitán Padilla, cuyo nombre de bautismo hemos buscado en vano. De los siete sacerdotes de que se habla en los documentos no conocemos nominalmente mas que a tres: al cura i vicario de la ciudad Antonio Fernandez Caballero; frai Pedro Bravo, comendador de la Merced, i frai Andres del Campo, religioso franciscano.

A estos habitantes se añadian los indios e indias de servicio en número de ciento setenta.

El mismo día 14, apénas recibió Quiñones la precedente respuesta, pronunció un auto en el que manda al cabildo que dé su opinion de si se deberá o nó mantener la ciudad de Angol i de si será posible que sus defensores se sustenten los seis meses que tardaria en volver con socorro. En este auto, como en otros anteriores, hace el gobernador un minucioso resumen de los acontecimientos: es éste el mas circunstanciado en quanto se refiere a la expedicion a las ciudades australes que estudiamos i ha sido el documento que principalmente nos ha guiado.

En el cabildo hubo uno que opinó en favor de la subsistencia de la plaza, el primer alcalde Juan Alvarez de Luna; quien informó al gobernador que en los alrededores de la ciudad, si se queria hacer una excursion por ellos i quitar a los indios sus sementeras, se encontraria suficiente comida para que los defensores de Angol aguardasen, sin peligro de hambre, la vuelta del verano.

Puesto que Juan Alvarez de Luna desempeñaba el destino de primer alcalde, era, sin duda, uno de los principales habitantes de Angol; pero no parecia de los mas ricos i, de seguro, no se habia aprovechado para proveer su despensa del conocimiento que tenia de las sementeras del enemigo, ya que en su casa no habia mas que media fanega de granos.

¿Entró el denunció de Alvarez de Luna en la comedia representada por Quiñones i fué hecho a indicacion de éste? Imposi-

ble es adivinarlo; mas, si no era de acuerdo con el gobernador, fué sumamente favorable a sus planes: le proporcionó ocasion de manifestar la presteza con que buscaba recursos i cuán distante estaba de despreciar aviso alguno.

En efecto, inmediatamente comisionó al « jeneral » Garci Gutierrez Flores « para que, acompañado del alférez real don Diego Bravo de Sarabia i el dicho Juan Alvarez de Luna i de « setenta hombres de guerra de los de la compañía de Angol i « Chillan i demas que elijiere de este campo, salga luego dél i « vaya i haga juntar i traer las dichas comidas i bastimentos que « se hallaren en las partes e lugares que dijere el dicho alcalde « para que, prevenido de lo dicho, Su Señoría marche con el « dicho campo en prosecucion de su viaje a la ciudad de la Concepcion, poniendo en ello la vijilancia i diligencia que de la « persona del dicho jeneral Garci Gutierrez se espera, atendiendo a que el invierno ya está mui adelantado i el riesgo del pasaje de los rios caudalosos del camino i demas inconvenientes « que le son notorios, que en ello hará particular servicio a Su « Majestad; i se le notifique al susodicho i los demas i lo acepten i cumplan luego, sin poner escusa ni dilacion alguna, so « pena de cada mil pesos de oro para gastos de guerra, en que « desde luego ha por condenados a los que lo contrario hicieron. »

Todas las noticias que tenia el alcalde i que ocasionaban este movimiento eran tan serias como la determinacion manifestada en el auto por Quifiones de volver luego a Concepcion, dejando poblado a Angol: se reducian al dicho de un indio, el cual le habia revelado cuanto él comunicó a Quifiones.

Garci Gutierrez no creyó necesario hacerse acompañar de tan gran número de soldados como lo habia autorizado a tomar el gobernador i se contentó con llevar cuarenta. Por su parte, Alvarez de Luna no mostró escésiva confianza en el indio, en cuyos informes ántes parecia creer a pié juntillas, ya que juzgó necesario llevarlo atado.

Salieron de Angol al caer la tarde i como caminaran mucho,

preguntó Garci Gutierrez a Juan Alvarez de Luna dónde estaba el lugar que buscaban.

«—Este indio que llevo atado, contestó el alcalde, nos ha de llevar a las comidas; que es mi amigo i como tal nos ha querido avisar dónde las hai para que nos podamos sustentar siu despoplar hasta que nos socorran.»

«—Ello será cosa de indios,» exclamó Gutierrez, nó de buen humor ni confiado.

I podia haber añadido que era raro modo de tratar a un amigo que les hacia tan señalado servicio, el llevarlo atado cual si fuese un malhechor.

Siguieron andando i caminaron toda la noche. Era ya cerca de amanecer i no habia señales de mieses. Cuando Garci Gutierrez vió que llegaban al estero de Vergara, instó de nuevo a Alvarez de Luna i le dijo que averiguara del indio la situacion del lugar adonde los conducia.

El alcalde, que al propio tiempo era uno de los intérpretes, respondió, despues de hablar con el indijena:

«—Dice que ya estamos cerquita i que es preciso mandar a la jente que se calle.»

Asi se hizo i cuando hubieron andado «como dos cuabras» mas, el indio que iba guiando custodiado por tres soldados, aprovechándose de la oscuridad de la noche i de una angostura del terreno, se echó al rio i huyó a nado.

—¿Dónde están, pués, las comidas de que dísteis parte al gobernador? preguntó con sorna i nó sin despecho Garci Gutierrez al alcalde, apénas perdieron la esperanza de atrapar al indio i se pudieren convencer de la pesada burla de que habian sido víctimas.

—El indio me ha engañado: nunca en mi vida volveré a fiarme en indios.

Sin mas ventaja que la esperiencia adquirida por el alcalde Juan Alvarez de Luna, volyió a Angol la expedicion, i los jefes, por órden de Quisones, declararon con juramento cuanto, saca-

do de esas declaraciones contestes, llevamos referido (5).

Con las diligencias precedentes dejó el gobernador suficientemente probado que no era posible encontrar en Angol ni en sus alrededores el sustento necesario para mantener aquel fuerte.

Mientras se averiguaba la verdad del denunciado hecho por el alcalde Juan Alvarez de Luna, el cabildo se abstuvo de responder a Quiñones; pero, frustrada la expedición del primer alcalde, se reunió el 16 de abril i llamó a la sesión al cura de la ciudad, al comendador de la Merced i al religioso franciscano, cuyos nombres hemos dado; al capitán Francisco de Vergara i a Juan Alonso, en calidad de vecinos, i como soldados a Acencio de la Vega i a Gaspar Correa.

Aunque todos convinieron en que parecia necesario despoblar a Angol, el lenguaje que usaron es mui diverso del que oímos a los habitantes de La Imperial. Al leer el acta de la sesión, se conocen los deseos, que los municipales i vecinos no se atrevían a espresar, de que se mantuviese la ciudad.

« Habiendo conferido lo que sobre la poblacion o despoblacion desta dicha ciudad conviene, i viendo las dificultades que para el sustento della, ansi de comidas que tiene i el inconveniente que hai para quitarla al enemigo por estar tan pujante i tenerla tan léjos, i el invierno tan cercano i la tierra tan impositada para poder de acarreto meter bastimentos en esta dicha ciudad, lo cual, habiendo con qué, fuera gran servicio de Dios i del Rei Nuestro Señor sustentarla; mas, considerando

---

(5) Declaraciones prestadas el 19 de abril de 1600.

Estas declaraciones se tomaron por orden de Quiñones despues de decretada la despoblacion de Angol i para justificar esa medida. La expedición debe de haberse llevado a cabo en la noche del 15 de abril; porque el 16 contesta el cabildo, el 17 consulta Quiñones a los jefes del ejército, i el 18 decreta la despoblacion.

En cuanto se refiere a la despoblacion de Angol no hacemos otra cosa que extraer los documentos referentes al asunto, en los que paso a paso iba Quiñones apoyándose para resguardarse de futuros ataques. Como los que miran a la despoblacion de La Imperial, se encuentran en el archivo de Indias en el legajo rotulado: "Diligencias hechas por el gobernador de Chile don Francisco de Quiñones sobre apaciguar la guerra con los indios." La copia ocupa desde la página 10 hasta la 102 del segundo volumen de DON FRANCISCO DE QUIÑONES de la coleccion del señor don Benjamín Vicuña Mackenna.

« las necesidades dichas i conociendo el buen celo que Su Señoría tiene del real servicio i aumento deste reino, les parece no poderse sustentar esta dicha ciudad. I si Su Señoría hallare otro modo o parecer i órden con que se puedan sustentar con parecer de los jenerales i capitanes que en su campo trae i per-sonas de esperiencia, vean lo que mas convenga a el real servicio. »

Quiñones, que sobre todo queria salvar su responsabilidad, no podia contentarse con una respuesta que decia sí i casi significaba *no*. En consecuencia, en el auto pronunciado al día siguiente se muestra descontento del parecer de los cabildantes i vecinos, « parecer en el cual no hacen relacion estensa ni resoluta de lo que habia menester la dicha república para sustentarse ni de dónde se puede proveer, que es lo principal para que se congregaron, » i manda que se reúnan nuevamente el cabildo i demas personas que habian firmado el parecer i que a esta reunion asistan todos los jefes i oficiales del ejército; i, al efecto, los nombra uno a uno. Continúa recordándoles lo avanzado del invierno; cómo de un momento a otro puede venir un aguacero, « que milagrosamente ha sido Dios servido que hasta agora no lo ha habido, » con lo cual se concluirían los vados del Laja i Biobio i quedarían las ciudades del norte en inminente peligro de perderse con todo el reino; cómo, aunque la lluvia no le cortara el camino, no podia socorrer pronto a Angol desde Concepcion; cuán desnudos i estenuados se encontraban los militares; cómo la comida del fuerte daba solo para vivir un mes; cómo los yanaconas se estaban huyendo con sus familias a los indios de guerra i se habrian fugado todos « en la noche pasada » si el gobernador no hubiera tomado oportunas medidas para impedirlo; i en cuánto mayor peligro dejaba a Angol la despoblacion de La Imperial, porque lo atacarian mayor número de indios. Debían considerarlo todo i recordar que, cuando llegó Quiñones en socorro de la ciudad, sus habitantes, casi desesperados, habian hecho un barco, que todavia estaba en el fuerte, para huir en él. I concluía urjiendo por pronta respuesta i ofre-

ciendo de su peculio diez mil ducados, caso que fuera posible mantener el fuerte.

Si los vecinos habian tenido esperanzas de no desamparar sus casas, debian perderlas al leer el mencionado auto, no solo por las razones en él apuntadas, sino por la determinacion que manifestaba Quiñones. No resistieron mas: se reunieron el mismo dia 17, recordaron en su respuesta los muchos servicios de Quiñones al rei i concluyeron pidiéndole que despoblase por entónces a Angol (6). Los militares se adhirieron en el acto a esta parecer i a esta peticion. Lo mismo hicieron los demas vecinos, llamados por el ayuntamiento a cabildo abierto, i las mujeres que habia en la ciudad, en una presentacion hecha a Quiñones en el propio dia.

El siguiente, 18 de abril de 1600, ordenó el gobernador la despoblacion de Angol e hizo notificar al cura para que salvase « los ornamentos i joyas de oro i plata, brocado i seda i demas « aderentes al servicio de la dicha iglesia i culto divino i lo que « como de mas adorno della tiene a cargo. I al factor, juez, ofi- « cial de la real hacienda perteneciente a Su Majestad i escriba- « no del cabildo, el libro e protocolos e demas papeles útiles al « comun, para que de todo ello den cuenta i lo entreguen cada « por su cargo i riesgo. »

Inmediatamente se puso Quiñones en camino para Concepcion, despues de haber realizado asi su plan de concentrar, en cuanto fuera posible, las fuerzas españolas. Los repetidos autos que proveyó i los numerosos documentos con que quiso resguardarse nos han suministrado preciosos datos sobre las ciudades australes i le servirian, sin duda, para justificar ante el rei su conducta; pero no bastaron, como verémos, para salvarlo de los ataques de sus sucesores.

---

(6) Los BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE dicen que la despoblacion de Angol fué "contradicha de Fernando de Vallejo, su co-rrajidor, i los vecinos." El correjidor de Angol era Tomás Duran: probablemente es del mismo modo inexacto lo que se refiere a la "contradiccion" de los vecinos.

---



---

## CAPÍTULO XXIII.

● OLIVERIO VAN NOORT.

---

Declaraciones de los prisioneros de *El Ciervo Volante*. — Navas que componían la expedición de Van Noort i sus comandantes. — Quién era Oliverio Van Noort. — Salida de la expedición. — Van Noort en las costas de Guinea: combates i venganzas. — Lo que le cuesta llegar al Estrecho de Magallanes. — Insubordinación i castigos. — Horrible crueldad con los naturales. — Juicio i condenación de Jacobo Claerz. — Van Noort en el Pacífico: pérdida de *El Enrique Federico*. — Apresamiento de *El Buen Jesus*. — Los corsarios en Valparaíso: su ferocidad. — En el Huasco. — Fábula que refiere a Van Noort el negro Manuel. — El piloto Sandoval i el negro Sebastian. — Vuelta de Van Noort a Holanda. — Hace arrojar al mar a Juan Sandoval. — Fuga de Manuel i fusilamiento de Sebastian.

---

Mientras don Francisco de Quiñones andaba en la expedición despobladora, otra vez volvieron los corsarios holandeses a llenar de inquietud al desgraciado reino de Chile.

En sus declaraciones, los prisioneros de *El Ciervo Volante* habían dicho al virei que, cuando salió de los puertos de Holanda la expedición de Mahu i Cordes, Oliverio Van Noort se preparaba a seguir el mismo rumbo: armaba al efecto cuatro navas, dos grandes i dos pequeñas, en los puertos de Amsterdam i Rotterdam.

Si en todas sus afirmaciones fueron tan exactos i sinceros como en ésta, no dijeron siempre sino la verdad.

Esas cuatro navas eran: la capitana, como de seiscientas toneladas, llamada *El Mauricio*, en la cual venía el jefe de la expedición, Oliverio Van Noort; la almiranta, *El Enrique Federico*, de ménos de cuatrocientas toneladas, al mando del segundo jefe de la escuadra, Jacobo Claerz; dos filibotes de poco mas el cien

toncladas, uno, *La Esperanza*, mandado por Pedro de Lindt, i el otro, *La Concordia*, por Juan Huidecooper.

Van Noort, jefe de esta flota (cuyo equipo, en todo semejante a la de Cordes, fué hecho por una compañía de comerciantes-armadores), era hostelero de Rotterdam. De él dice uno de los marineros mencionados: «Es de cuarenta a cincuenta años, «hombre fornido i de buena estatura i es tenido por hombre «rico i en la hostería i casa que tiene en Rotterdam no se recibe «si no es señores i grandes caballeros e mercaderes ricos. I la «insignia de la dicha hostería son dos llaves.»

En esta expedición, para la cual el gobierno de Holanda parece haber dictado reglamentos i contribuido con pertrechos de guerra, se embarcaron doscientos cuarenta i ocho hombres, que, después de muchos entorpecimientos i demoras, zarparon de Plymouth el 21 de setiembre de 1598. Había ido Van Noort a ese puerto de Inglaterra a completar su cargamento i tomó, en calidad de piloto de la capitana, a un inglés, llamado Melis, que con el mismo destino había acompañado a Cavendish en su expedición al Pacífico.

Con diversas aventuras i no muy buena suerte, pues cada una de las dos naves mayores perdió un bote, navegaron hasta el 11 de diciembre, día en que anclaron en la isla del Príncipe, junto a la costa de Guinea, la cual, como perteneciente a los portugueses, estaba bajo la autoridad del rei de España.

Oliverio Van Noort envió a cuatro de sus oficiales al fuerte para que consiguiesen víveres. Recibidos, como debían, en son de guerra por los portugueses, perdieron cinco hombres, entre los cuales estaban Cornelio Van Noort, hermano de Oliverio, i el piloto Melis. Oliverio desembarcó con ciento veinte hombres i atacó sin ventaja alguna el fuerte; en seguida, se dirigió a otro extremo de la isla, construyó un fuerte provisional, renovó el agua, hizo una excursión al interior en la cual quemó algunos ingenios de azúcar i, con dos hombres menos i dieziseis heridos, se volvió a bordo i zarpó el 17 de diciembre. Ya en una isla, ya en otra, ya en la costa del Brasil, pasó cerca de un año sin que

las naves pudieran entrar en el Estrecho de Magallanes o, mas bien dicho, permanecer en él, pues tres veces habian sido arrojadas fuera por la fuerza de las olas. Por fin entraron definitivamente el 22 de noviembre de 1599.

Los sucesos dignos de ser mencionados, que acaecieron en este espacio de tiempo, fueron pocos i todos desgraciados para los holandeses.

En mas de una ocasion se notaron síntomas de revuelta en las tripulaciones i se aplicaron enérgicos castigos sin escluir el de muerte; el filibote *La Concordia* se inutilizó i fué desarbolado i quemado; murió el capitán de *La Esperanza*, i el de *La Concordia* pasó a mandar ese buque, al cual le puso el nombre de su destruida nave; Oliverio Van Noort perdió tres anclas i el comandante de la almiranta rehusó enviarle una, i, casi en abierta rebelion, dijo que « era tan jefe como el mismo Oliverio Van Noort » éste se vió obligado a disimular; i finalmente, en una bajada que hizo Van Noort en el Puerto Desire le mataron los naturales tres soldados.

Para que se vea hasta dónde llegaba la increíble crueldad de estos corsarios holandeses, copiaremos lo que Burney refiere acerca de una de las hazafias que ejecutaron en el Estrecho: « El 26 de noviembre pasaron la segunda angostura i llegaron a las islas de Penguin. En la mas pequeña de las dos, que es la mas al norte, se divisaban algunos naturales, hácia los cuales se mandaron dos botes bien tripulados. Cuando éstos se acercaban, como cuarenta naturales, que se hallaban reunidos en una alta roca, les hicieron señas de que se detuviesen i, al efecto, les arrojaban pinguines, creyendo que el proveerse de estas aves era el móvil que llevaba a tierra a los holandeses. Viendo que, léjos de detenerse, seguin avanzando, les arrojaron algunas flechas. Respondieron los corsarios con sus armas i los naturales abandonaron la roca i corrieron a refugiarse en una caverna, junto a un cerro, endonde, segun parece, habian dejado antes a sus mujeres e hijos. Desembarcaron los holandeses, i siguieron a los indíjenas hasta el lugar de su refugio, donde

« los atacaron. Por mas que lo escarpado del terreno hiciera di-  
« ficil el acceso i por mas que los indijenas lo defendieran con  
« sus flechas, los holandeses, con sus buenas armas de fuego, no  
« encontraron resistencia séria i no recibieron sino tres o cuatro  
« heridas sin gravedad. Con la mas inflexible ferocidad i sin es-  
« crúpulo alguno hicieron verdadera carniceria en los indijenas,  
« los cuales con heroica abnegacion continuaron defendiendo con  
« sus cuerpos a sus mujeres e hijos. Los holandeses no entraron  
« a la cueva donde éstos estaban hasta que no murió el último  
« de los hombres de esa desgraciada tribu, i encontraron en ella  
« gran número de mujeres i niños muertos i heridos con los pro-  
« yectiles arrojados por los asaltantes. Este hecho, que ninguna  
« palabra de reprobacion puede caracterizar debidamente, parece  
« haber sido efecto de insaciable sed de venganza por la muerte  
« que a los tres holandeses dieron los indijenas del Puerto Desire.  
« En la relacion orijinal se buscaria en vano la mas pequeña se-  
« ñal de lástima, el mas mínimo término de reprobacion por ta-  
« maña iniquidad. »

Como hemos visto en la relacion de las aventuras de Simon de Cordes i su armada, Oliverio Van Noort se encontró en el Estrecho con Seward de Weert i estuvo algunos dias al habla con él; pero no pudo recibir noticia alguna de los resultados de aquella expedicion ni de la suerte que habian corrido los otros buques, porque Weert nada sabia.

En el Estrecho permaneció la flota mas de tres meses i durante ese tiempo el comandante de *El Enrique Federico*, segundo jefe de la escuadra, volvió a dar señales de insubordinacion, fué sometido a un consejo de guerra i condenado a ser abandonado en la playa a merced de los indijenas, sentencia que se ejecutó el 26 de enero: se dejó a Jacobo Claerz con una pequeña provision de pan i vino. Pasó a ser comandante de *El Enrique Federico* el de *La Concordia*, i de éste fué nombrado Lambert Biesman.

Por fin, el 29 de febrero de 1600 entraron al Pacífico: al llegar a él no quedaban en los buques sino ciento cuarenta i siete hombres, ciento uno ménos de los que habian salido de Holan-

da. Se ve, pués, que la expedicion de Noort no era ni mas breve ni mas feliz hasta ese momento que la de Cordes.

El 12 de febrero, a consecuencia de un fuerte viento i de una densa neblina, se apartó *El Enrique Federico* de los otros buques i no se ha vuelto a saber de él. Los demas continuaron su rumbo a la isla de La Mocha, designada como la de Santa María, para lugares de reunion. Llegaron a ella el 21 i desde el dia siguiente entraron en cambios con los indijenas, a los cuales daban diversos objetos por víveres.

El 24 salieron de La Mocha para Santa María i el 25 avisaron un barco, que los españoles tenian apostado para que diera noticia de si llegaban corsarios. Despues de perseguirlo todo un dia, Van Noort se apoderó de él en la noche del 26. Se llamaba *El Buen Jesus*, era mandado por Francisco de Ibarra i habia estado cargando harina i tocino en Santa María para llevar a Concepcion.

La flota, compuesta de nuevo de tres buques con el apresamiento de *El Buen Jesus*, siguió a Valparaiso, donde, con una ferocidad digna de estos corsarios, pasó Van Noort a cuchillo las escasas tripulaciones de unos pobres barquichuelos que ahí habia, quemó los barcos, escepto uno de mayor capacidad que los demas, llamado *Los Picos*, de ciento sesenta toneladas; el cual quedó unido a la flota i continuó su camino (1).

El 1.º de abril llegó a Huasco, endonde permaneció algunos dias: ahí dejó en libertad al capitán de *El Buen Jesus* i a sus hombres, ménos al piloto, llamado Juan de Sandoval (2),

---

(1) La relacion de Burney, que casi esclusivamente seguimos en el relato del viaje de Van Noort, dice que éste recibió en Valparaiso cartas, fechadas en Lima, del capitán de "El Ciervo Volante," en que le comunicaba los malos tratamientos a que le sometian. Hemos visto que ese capitán estaba en Santiago i era perfectamente tratado.

Segun refiere despues el mismo Van Noort en una relacion publicada en el *RECUEIL* ya mencionado, relacion citada por el señor Vicuña Mackenna en su Historia de Valparaiso, dió muerte en "Los Picos" a treinta indios i a un negro que en él habia. Nos parece mui difícil que hubiera en tan pequeño barco tanta tripulacion i debe tonerse presente que la relacion de Noort está llena de inexactitudes.

(2) En la citada relacion de Burney se le llama Juan de Sant Aval.

dos indijenas chilenos i dos negros, llamados Manuel i Sebastian.

A los pocos dias el negro Manuel refirió a los marineros que, al ser capturado *El Buen Jesus* por los corsarios, habia en el buque mas de diez mil libras de oro, llevadas en tres botes i sacadas de la isla de Santa María, oro que fué arrojada al mar por órden del capitán. Apénas supo esto Van Noort, es decir, inmediatamente, interrogó al piloto i al otro negro. Negaron ellos la verdad del absurdo cuento; pero fueron sometidos a tortura para que confesaran. Cuando vieron que por amor a la verdad iban a sufrir tormento, dijeron cuánto se les quiso hacer decir i quedó establecida la efectividad de la fábula inventada por Manuel.

Poco ántes habia llegado a noticia de los corsarios que en el Callao habia muchos preparativos contra ellos i resolvieron no tocar en ningun otro puerto de América, i cumplieron esta resolución. Por lo mismo, la continuacion del viaje no entra en nuestro plan: apuntaremos únicamente que *El Mauricio* llegó a Rotterdam el 26 de agosto de 1601 i que llegó solo.

Tanto *El Buen Jesus* como el otro buque apresado en Chile fueron sucesivamente abandonados por inútiles; tampoco llegaron a Holanda ni Juan Sandoval ni los negros Manuel i Sebastian.

Hé aquí cómo Burney, copiando una relacion de los marinos, refiere el fin del piloto de *El Buen Jesus*.

« El 20 de junio de 1600 Oliverio Van Noort, con el consentimiento de su consejo de guerra, ordenó que el piloto español « fuese arrojado al mar; pues, aunque comia en la cámara i el « almirante le mostraba completa amistad, habia tenido el atrevimiento de decir, encontrándose enfermo, que lo queria envenenar. I lo habia dicho i sostenido en presencia de los oficiales. I por tanto, lo tiraron al mar, dejándolo que se sumerjiera, « con el fin de que no volviese otra vez a incriminarnos de traiciones. »

El 29 de octubre estaban los holandeses en la isla de Capul i

en la noche el negro Manuel consiguió fugarse. Van Noort interrogó al día siguiente a Sebastian, «el que confesó» (probablemente de temor a la tortura) « que habia tenido conocimiento « del designio de su compañero i que lo habria acompañado, si « hubiese creido segura la oportunidad. Co nociendo Oliverio « Van Noort, por semejante confesion, la gran villania de estos « negros, mandó fusilar a Sebastian. »

Cómo se ve, la segunda expedicion de los holandeses a América tiene mucho ménos importancia que la primera en la historia de Chile.

---





---

## CAPÍTULO XXIV.

### VILLARICA DESPUES DE LA MUERTE DE LOYOLA.

---

Situacion e importancia de Villarica.—Sus inconvenientes como plaza militar.—Rodrigo Bastidas i Márcos Chavari.—El mulato Juan Beltran.—Precauciones tomadas por Bastidas al saber la muerte de Loyola.—Los tres soldados que salvaron de la derrota de Valiente. — Proyectos de sublevacion.—Curimanque i Juan Beltran.—Diversas opiniones acerca del plan de este último. Expedicion de Bastidas i Beltran.—Muerte de los conspiradores.—Ataque de Villarica.—Incendio de la ciudad.—Crítica situacion i heroismo de sus defensores. — Larga resistencia al numeroso ejército de Camifanou. — Chavari i Beltran despedazan a los indios en una salida.—Noticia de la ruina de Valdivia.—Pelantaro i Anganamon ante Villarica.—Los cautivos don Gabriel de Villagra i dona María Carrillo.—Infeliz i corto sitio de la ciudad.—Terrible angustia.

---

¿Qué habia sido, mientras tanto, de la floreciente Villarica? ¿Se mantenía en pié o habia sucumbido? ¿Por qué las otras ciudades no habian recibido noticia alguna de ella?

Todos los cronistas ponderan la bellísima situacion de Villarica, fundada a orillas del grande i hermoso lago que lleva su nombre, en fértil valle i junto a riquísimas minas de oro.

Era, sin duda, una de las ciudades de mas porvenir de Chile, atendiendo, sobre todo, a la facilidad de sus comunicaciones con Buenos Aires, cosa sumamente importante en aquella época, en que tan difícil camino ofrecía a las naves el Estrecho de Magallanes.

Pero considerada militarmente, esa situacion era la peor. Aislada por completo de las demas ciudades, sin poder comunicarse por el mar, del que estaba tan apartada, Villarica se encontraba perdida, a juicio de todos, i hemos visto que tales se consierad-

ban las dificultades para llegar de ella a Osorno o a Valdivia, que muchos opinaban que sus habitantes habrian preferido pasar la cordillera e ir a las ciudades del otro lado en busca de refujio contra el hambre i los indios. No habia sucedido eso i, heróicos cual ningunos en aquella época llena de heroismo, los defensores de Villarica resistian impávidos contra sus numerosos i encarnizados enemigos.

Mandaba « en la ciudad el capitán Rodrigo Bastidas, hombre « de admirable valor, prudencia i disposicion i que en este pro- « lijo cerco mostró grandemente su bizarría i valor » (1), i contaba entre sus capitanes a dos ya mui justamente renombrados i que habian de serlo mas con las hazafias del largo sitio de Villarica. Llamábase el primero Márcos Chavari (2), era teniente de Bastidas i el de mas merecida influencia entre los españoles.

El segundo era el capitán Juan Beltran (3), mulato nacido en La Imperial. Para quien conoce la repugnancia que manifestaban los españoles a los mulatos, es por demas sorprendente la alta posicion que habia alcanzado Juan Beltran, i tanto mas de admirar, cuanto que a su nacimiento unia el haberse casado con una india. Debian de ser mui relevantes las prendas de que estaba adornado i mui grandes sus servicios

---

(1) Rosales, libro V, capítulo XII. Este historiador es el único que nos refiere pormenores sobre el interesantísimo cerco i la destruccion de Villarica. Sabemos cuán bien informado estaba Rosales en las cosas de la guerra i lo habríamos seguido aunque ningun otro documento abonara su palabra; pero en los citados BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE, escritos por desconocido autor ocho o diez años despues de la ruina de Villarica i conservados en los archivos de Indias, encontramos confirmados los principales puntos del relato del jesuita.

Se entenderá, pues, que en este capítulo seguimos a Rosales, siempre que no demos espresamente otro orijen a nuestros asertos.

(2) Rosales llama dos veces Chavarri a este capitán; pero todas las demas, que son muchas, dice Chavari i habla tambien de doña Juana i de doña Ana Chavari: parece, segun esto, que es error de pluma el haber puesto Chavarri esas dos veces. Añadamos que el capitán Chavari debia de ser cuñado de Rodrigo Bastidas; porque la mujer de éste era la mencionada doña Ana Chavari, probablemente hermana del capitán.

(3) Rosales no llama a este oficial mas que "el capitán Beltran;" su nombre de pila lo encontramos en los BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE.

prestados al reino, cuando a pesar de todo eso, el virei del Perú don Luis de Velasco le habia hecho capitán i dádole una encomienda (4).

Llegada a Villarica la funesta noticia de la muerte del gobernador García Ortiz de Loyola, Rodrigo Bastidas comisionó a Chavari para que recojiera cuantas provisiones de boca pudiera encontrar en los alrededores, hizo un fuerte, ordenó a cuantos españoles habia en las vecinas estancias que se recojiesen a la ciudad, prohibió a todos el salir de ella, estableció, en fin, cuanto la prudencia mas consumada podia exigir, para prepararse a resistir los ataques de los indios, que su esperiencia en las guerras de Chile le hacia ver próximos. Quiso, además, pedir socorro al sucesor de Loyola, pero pronto se convenció de que no era posible enviar mensajero, por la sublevacion de los indíjenas, i de que la ciudad no podia contar sino con sus propios recursos. La llegada de tres soldados, escapados con vida de la derrota de Andrés Valiente, el desgraciado correjidor de La Imperial cuya muerte hemos referido, vino a confirmarle cuán terrible era la situacion de Villarica i de sus defensores.

Como habia de suceder i estaba previsto por Bastidas, los indios de los alrededores de Villarica imitaron pronto el ejemplo de los demas i, reunidos para elegir jefe que los llevase contra los españoles, designaron para el cargo a uno de los principales caciques llamado Curimanque. Era Curimanque grande amigo i entusiasta admirador de Juan Beltrán; fué a buscarlo, le reveló lo que sucedia i le propuso que se ocultara con una partida de españoles en oierito lugar i que él vendria a la cabeza de los rebeldes, a los cuales de esta manera Beltrán sorprenderia i daria muerte.

Dividiéronse los pareceres de los defensores de la ciudad. Unos alegaban que no debia creerse a un indio que se ofrecia a cometer tan infame traicion i llegaban a insinuar sospechas contra el mismo Beltrán por las relaciones de familia que tenia con

---

(4) BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE.

los indijenas; otros, i el parecer de éstos se siguió, replicaron que se tomasen precauciones contra toda traicion i no se perdiera tan bella oportunidad para escarmentar a los rebeldes.

Aceptada la oferta, salieron de Villarica Bastidas i Beltran cada cual con una cuadrilla i quedó Chavari al mando de la ciudad.

Todo sucedió como lo habia anunciado Curimanque, que capitaneaba a los indios i llevaba adornada la cabeza con hojas de laurel, distintivo por el cual debian reconocerlo los españoles. En el lugar convenido se ocultaron Bastidas, Beltran i su jente, i a las diez del dia, cuando pasaban los rebeldes, atacaron a éstos, los hicieron pedazos, les mataron mas de doscientos i pusieron a los otros en precipitada fuga.

Los mas cercanos caciques negaban haber tomado parte en la conspiracion, miéntras se preparaban para reunirse a una junta de siete mil indios que vino sobre la ciudad. Una descubierta de treinta de ellos atacó las tierras de Curimanque, aprisionó a un hermano de éste i se entregó al saqueo. Los indios del cacique se rehicieron, volvieron sobre los asaltantes, dieron muerte a veintiocho i llevaron los otros dos prisioneros a Bastidas para que les tomase declaracion. Miéntras él les oia sus deposiciones contradictorias i entregaba a uno a la venganza de los indios amigos, los rebeldes penetraron en la ciudad, en la que se trabó rudo i encarnizado combate cuerpo a cuerpo desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde.

Abogados los españoles por el número, consiguieron, obedeciendo al llamamiento de Bastidas, reunirse en la fortaleza, de la cual desalojaron, dándoles la muerte, a los indios que a ella los habian seguido. Pudieron asi salvar sus personas; pero dejaron en poder de los asaltantes las mujeres i los hijos de los seiscientos indios amigos que los habian ayudado en sus combates, i la misma ciudad que, despues de saqueada, entregaron aquéllos a las llamas hasta dejarla reducida a cenizas. Si bien hubo muchísimos españoles heridos, solo dos murieron: un soldado i un relijioso dominico, que no obedeció al llamado de Bastidas i per-

maneció en su convento mientras todos corrían al fuerte. Uno de los primeros que entre los indios amigos murió fué el cacique Curimanque.

Quemada la ciudad, permanecieron todavía los indios tres días atacando el fuerte i se retiraron despues, cargados de despojos i entusiasmados con su triunfo.

Crítica por demas llegó a ser la situación de los defensores de Villarica; pues, aunque lograron rechazar i escarmentar a pequeñas partidas de indios, no se les ocultaba que al ruido de la victoria se habían de reunir éstos, en mayor número que el que los había asaltado, para volver contra ellos. Así sucedía siempre i sucedió entónces.

Hasta diez mil se juntaron al mando del cacique Camifiancu para el ataque i asalto del fuerte. Nunca mejor que entónces se conoció la imponderable ventaja que las armas i principalmente las murallas, tras las cuales se parapetaban en una fortaleza, daban a los soldados españoles sobre los indijenas. Entre españoles e indios amigos había en Villarica como seiscientos hombres i resistieron tres días a los continuos esfuerzos de los asaltantes. Desesperados éstos de tomar el fuerte por la fuerza, resolvieron sitiario, seguros de que pocos días les permitiría el hambre resistir a los que ahí había encerrados; pero eso era contar sin la energía indomable de los defensores de la plaza. Concertaron una salida en dos partidas al mando de los capitanes Chavari i Beltran i con tanta felicidad la ejecutaron i tan ajenos estaban los sitiadores de semejante audacia, que mas que un combate sério fué aquello una persecución contra los que habían venido a concluir con los restos de la ciudad. Dejaron los fujitivos trescientos cincuenta cadáveres de los suyos i quizás no menor número fueron heridos a morir a sus tierras.

Con esta victoria, respiraron un tanto los de Villarica i gozaron algun tiempo de relativa paz. A fin de aprovecharla, enviaron a pedir socorro a Valdivia con dos indios amigos, los cuales volvieron a dar la terrible noticia de que, dos días ántes de su llegada, aquella ciudad había sido destruida por los rebeldes.

Tal noticia dada por indios era de no ser creída i Bastidas, envió a algunos soldados, aunque fuese corriendo grandísimo peligro, para que se informasen de lo que en realidad habia. Llegaron los enviados hasta cuatro leguas de Valdivia i, convencidos de la verdad del relato de los indios, volvieron a confirmar la funesta noticia. El terrible efecto que ella causó en Villarica se puede calcular sabiendo que los indios amigos, hasta entónces leales compañeros de los sitiados, se pasaron con sus familias a los rebeldes; pero no por tal desgracia, inmensa en las circunstancias en que se hallaban, se dieron por vencidos los heroicos defensores de Villarica, determinados como estaban a morir ántes que rendirse.

La despoblacion de Santa Cruz, Angol i La Imperial i la destruccion de Valdivia permitian a los indios juntarse en grandes partidas i los incitaban a llevar adelante su obra, concluyendo con las ciudades que aun quedaban en pié mas allá de Biobio. Las fuerzas del coronel del Campo hacian casi inatacable por entónces a Osorno: no quedaba, pués, otro plan a Pelantaro i Anganamon, jefes de los rebeldes, que dirijirse contra Villarica, ya tan debilitada. Allá se fueron, en efecto, a la cabeza de diez mil soldados escojidos i llevando como prisioneros a don Gabriel de Villagra i a doña María Carrillo, ambos cautivados en Valdivia i vecinos de Villarica, donde tenian sus familias. A pesar del número, no se decidieron a atacar de frente a los españoles i les hicieron decir por medio de los dos prisioneros que se rindieran i salvarian las vidas i manifestar cuán inútil era una resistencia, que no podia tener por resultado sino la muerte de los defensores de la ciudad.

No solo no se rindieron los españoles, sino que mui pronto i sin combate se vieron libres del formidable ejército que tenian ante sus ojos.

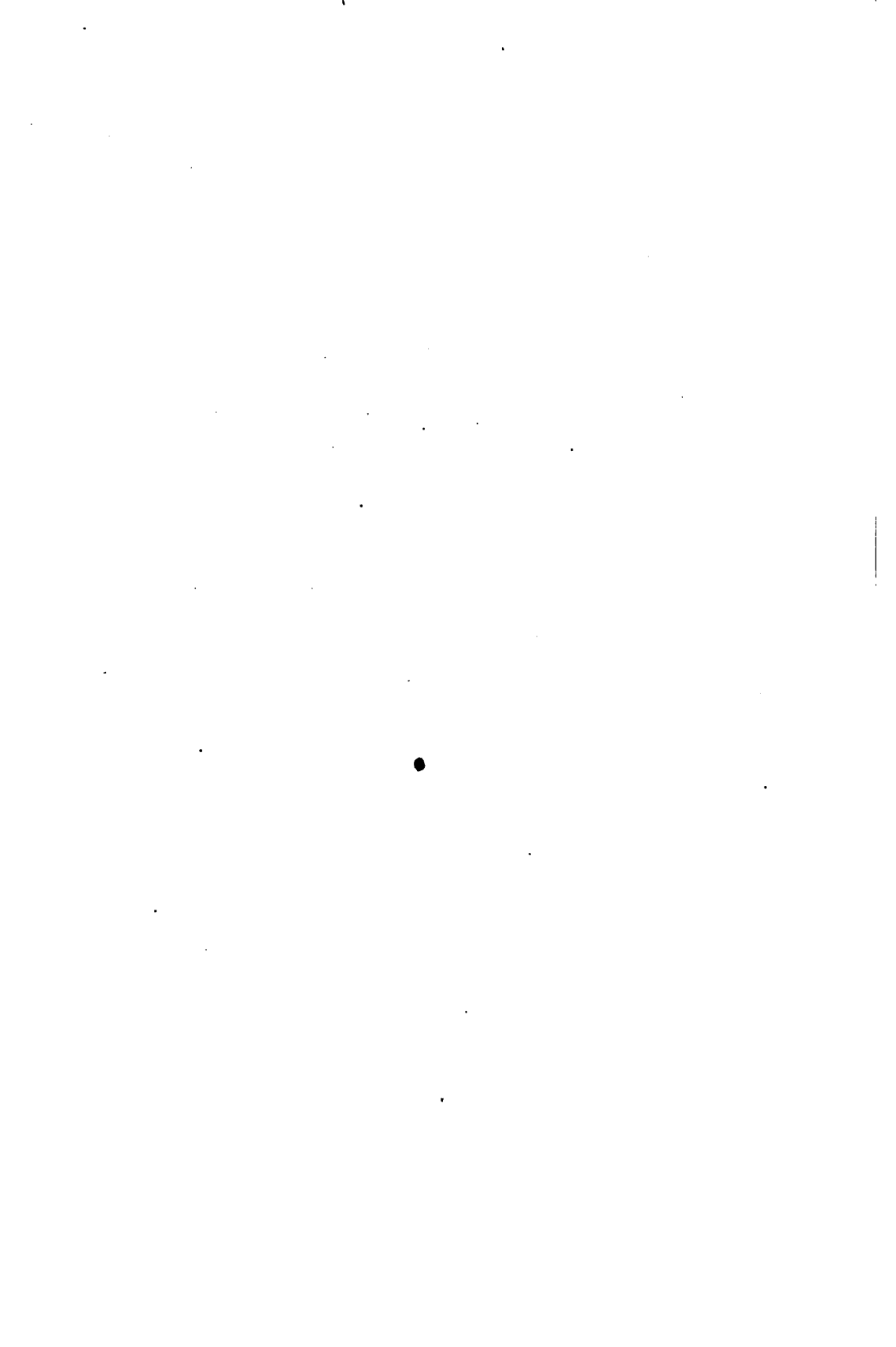
Otras veces hemos explicado ya la imposibilidad en que se encontraban los indíjenas de mantener por muchos dias el sitio en regla de una ciudad. I miéntras mas numeroso fuera el ejército sitiador, mas aumentaba la dificultad, la cual principalmente

nacia de los obstáculos con que tropezaban para mantener ese gran número de jente. A esto i al convencimiento que la experiencia debia haber producido en los jefes de que no podian atacar a los españoles en sus trincheras sino por sorpresa, se debió, sin duda, la pronta retirada del ejército que habia ido contra Villarica.

El peligro próximo habia pasado; pero la situacion de los desgraciados habitantes de aquella ciudad no era ménos desesperante. Los indios no se atrevian, es cierto, a atacarlos en su fortaleza; pero ellos tampoco podian alejarse de sus muros i no era posible ni siquiera pensar en comunicarse con las ciudades del norte, despues de destruida Valdivia.

Completamente ignorantes del estado de la colonia, sin saber la suerte que a las demas poblaciones habia cabido, rodeados de enemigos, urjidos por el hambre, su incertidumbre debió de ser uno de los mayores tormentos del largo martirio que hubieron de soportar. ¿Habria fuerzas para socorrerlos? ¿Vendria el socorro ántes que tantas causas de destruccion hubieran concluido con el último de los heróicos defensores de la desgraciada Villarica?

---





---

## CAPÍTULO XXV.

### INCENDIO DE OSORNO.

---

El indio Chollok.—Sublevacion de Libooy.—Es derrotado i muere.—Otra sublevacion.— Disuade de su intento a los sublevados el correjidor de Osorno.— Resuelve el coronel del Campo ir en socorro de Osorno.— Mal camino que toma.—Su llegada a la ciudad.—Sorprenden los indios la ciudad e incendian el convento de San Francisco.—Correrías del coronel.—Va de nuevo a Valdivia i se provee de municiones.—Sabe que una gran junta se dirige contra Osorno i tambien va allí.—El 20 de enero de 1600 en Osorno.—Ataque e incendio de la ciudad.—La avanzada de los indios.—Da noticia de la venida del coronel.—Dispersion de los indios.—El clérigo Alonso Márquez.—Por que no se persigue a los dispersos.— Llegada de Francisco del Campo.—Espediciones de los capitanes Figueroa i Rosa.

---

Entre todas las ciudades australes, Osorno fué la que mejor libró durante los primeros tiempos de la jeneral sublevacion que siguió a la muerte de don Martin García Óñez de Loyola. Los indios comarcanos, o mas pacíficos o ménos descontentos que los otros, escucharon los prudentes i amistosos consejos del capitan Jimenez Navarrete, correjidor de Osorno (1), i no se sublevaron.

---

(1) Carvallo i Goyeneche, tomo I, capítulo 88, i otros cronistas que lo siguen, dicen que Osorno estaba mandado por el maestro de campo don Francisco Figueroa de Mendoza i aquel historiador, en la nota 156 del citado tomo, autoriza su aserto diciendo que tiene a la vista "dos certificaciones. Una a pedimento del capitan Pedro Ortiz de Gatica Avalos i "Aranda, dada en la ciudad de Osorno por su gobernador don Francisco "Figueroa de Mendoza en 12 de octubre de 1601, refrendada por Fernando "Frias, escribano público, i la otra a pedimento del mismo, librada por el "capitan Jerónimo de Pedraza en Carelmapu, a 20 de enero de 1602, re- "frendada por Fernando García Parral, escribano público que estaba pre- "sente."

Creemos que la contradiccion entre Carvallo i Rosales, que nombra al

Rosales refiere, sin embargo, dos tentativas de revuelta.

La primera fué encabezada por un indio mas audaz que poderoso llamado Chollol, que intentó proclamarse rei; i concluyó pronto con la vida del jefe, muerto en un parlamento por el cacique amigo Curubeli.

Tambien quiso ser rei otro indio llamado Libcoy o Ligooy, alcanzó a reunir no poca jente i construyó una fortaleza en la impenetrable ciénaga de Guañanca. El correjidor de Osorno temió que fuera ésto el principio de la sublevacion jeneral i creyó necesario cortar el mal con tanta presteza como enerjía. Al efecto, salió con casi todos los soldados, i dejó apénas en la ciudad unos pocos para su defensa; pues con los eclesiásticos no llegaban a ciento en Osorno los hombres capaces de cargar armas i el correjidor llevaba en su expedicion a ochenta, sin contar los oficiales.

Confiaban los indios en lo impenetrable de la ciénaga i fueron sorprendidos, gracias al arbitrio inventado por el capitan Alonso Carrasco de hacer transitables los peores pasos echando en ellos fajina. El capitan don Alvaro de Mendoza hacia lo mismo por otro lado, i los del fuerte cuando ménos pensaron se vieron entre dos fuegos i en la necesidad de rendirse. Libcoy se fugó con siete rebeldes; pero, perseguido por el capitan Pedro Ortiz de Gatica (2) con no pocos indios amigos que habian acompañado a los españoles en la expedicion, fué apresado i muerto.

Alejado el peligro, se ocupó Jimenez Navarrete en construir en la ciudad un fuerte que en todo caso pudiese servir de resguardo i defensa.

El mismo Rosales, que nos suministra los precedentes datos, habla de un tercer principio de sublevacion, en el cual alcanzaron los rebeldes a construir a la orilla del río Bueno una pali-

---

capitan Jimenez Navarrete como a correjidor de Osorno, es solo aparente. Indudablemente, Francisco Figueras estuvo mas de una vez al mando de Osorno, i Rosales lo dice en el capítulo XXIII del citado libro; pero fué algun tiempo despues i cuando, segun las probabilidades, habia muerto Jimenez.

(2) Carvallo i Goyeneche, tomo I, capítulo 68.

zada. Segun dice el citado historiador, el correjidor de Osorno consiguió aplacar a los indios con buenas palabras i con la promesa de que concluirian los abusos de que se quejaban (3): sin pelear, volvieron a dar la paz i la comarca quedó tranquila hasta la llegada del coronel del Campo a Valdivia.

La destruccion de esta última ciudad, el gran número de españoles muertos en ella i las muchísimas cautivas llevadas al interior por los indios, eran incentivos demasiado poderosos para trastornar a los que aun vivian en buena armonía con los españoles. Francisco del Campo supo luego que los indios comarcanos de Osorno se preparaban a seguir el ejemplo de los demas i que los victoriosos de Valdivia se dirijian a auxiliarlos en sus proyectados ataques contra la única ciudad que hasta entonces habia estado en paz.

La primera determinacion del coronel, a su llegada, habia sido socorrer a la infeliz Villarica; pero el conocimiento de estas cosas lo hizo dudar. Consultados los jefes i oficiales de su campo, se resolvió que mas urjia ir a Osorno: en verdad, si era posible contener la conflagracion que amenazaba, ello valia mas i

---

(3) Hé aquí las quejas que refiere Rosales en el capítulo XIV del libro V: "A que respondieron: que demas de la libertad, que es tan amable, lo que mas les movia a alzarse era los doctrineros, porque les predicaban que mandaba Dios que no hurtasen ni estuviesen amancebados, i otras cosas que decian que contenia la lei de Dios, i que nada guardaban ellos, sino que escojían lo mejor. I así echaban de ver que todo era mentira i artificio para hacerse señores de todos i vivir peor que ellos, i que los españoles les hacían lo mismo i así los castigaba Dios i se vían vencidos, arruinados i echados de todas las ciudades, i que lo mismo habia de ser de ésta, porque de su parte estaba la razon i la justicia. Añadieron otras muchas cosas, nombrando i singularizando casos de doctrineros que no son para dichos ni de ninguna edificacion. A lo cual les respondió el correjidor que se soségase i no se inquietasen por eso, que él daría parte de todo al obispo i lo remediaría, i que rehusaba venir con ellos a las manos, porque todos eran sus amigos. I tales cosas les dijo i con tal agrado que todos le dieron la paz i deshicieron el fuerte."

No tenemos necesidad de hacer reflexiones para mostrar lo inverosímil del relato que acabamos de copiar. Para quien conoce a los indios es absurdo suponer que por buenas palabras i promesas fueran a reducirse a la obediencia viéndose fuertemente atrincherados.

Nos proponemos examinar en otra parte detenidamente el valor de las acusaciones que suelen hacer Rosales, Lozano i Ollvares a los doctrineros, poniéndolas siempre en boca de los indios. Bástenos por ahora decir que en los numerosísimos documentos que hemos consultado relativos a los años que comprende esta obra, no encontramos una palabra que venga a confirmar tal acusacion.

era de mas sérios resultados para la pacificación jeneral, que el socorro de una ciudad, a que inmediatamente despues se pensaba atender.

En nada ménos que ocho o nueve mil calcula del Campo (4) el número de indios que, despues de la destruccion de Valdivia, se juntaron para atacar a Osorno. Apresuró su viaje para socorrerla, si bien el deseo de ir por senderos estraviados i ocultar su marcha a los indijenas fué causa, segun refiere Rosales, de que el camino que con todo descanso pudo hacer en tres o cuatro dias lo hiciera lleno de incomodidades en dieziocho. Tuvo que ir abriéndose paso a fuerza de hacha por espesísimos bosques i vió estenuada, descalza i casi desnuda a su tropa, que, viniendo del Perú, no estaba ciertamente habituada ni a jornadas tales ni a tales caminos i no se imaginaba semejantes padecimientos.

Por felicidad, algunos indios amigos avisaron en Osorno la cercanía de tropas españolas i el correjidor mandó hácia el lugar que se designaba a los capitanes Rodrigo Ortiz de Gatica i Pedro de Gatica, su hijo, para que les llevasen recursos i les facilitasen con canoas el paso sumamente dificultoso del rio Bueno (5). De este modo pudo llegar el coronel a Osorno. Cuando llegó ya los defensores de la ciudad, a fin de concentrar en ella todas las fuerzas, habian despoblado el fuerte de Tapellada, situado en la ribera del rio Bueno (6).

Como era natural, fué recibido el coronel con indecible contento i los indios, al saber su llegada, desistieron del proyectado cerco de la ciudad; pero era tanta su audacia, a causa de los brillantes i repetidos triunfos alcanzados, que, a pesar de haber en Osorno cerca de cuatrocientos hombres de armas (ciento sesenta i cinco del coronel, los treinta de caballería que con su capitan Gaspar Viera habian salvado en la destruccion de Valdivia i los soldados de la ciudad), se atrevieron a dar un

---

(4) Carta de Quiñones al rei, fecha 18 de febrero de 1600.

(5) Carvallo i Goyeneche, lugar citado.

(6) Id. id.

ásalto favorecidos por la oscuridad de la noche i consiguieron incendiar el convento de San Francisco (7).

Era menester castigar tanto atrevimiento i el coronel salió en el acto con su jente a perseguir a los rebeldes e hizo una gran correría en stis tierras. En ella dió muerte o aprisionó a doscientos indios e impuso si nó temor, a lo ménos respeto, de modo que algunos caciques fueron a darle la paz; pero, á mas de ser éstos en corto número, su sumision no podia infundir confianza en hombre que, como el coronel, tanto conocia los ardides i la deslealtad de los indíjenas de Chile.

Escarmentados los indios, el coronel salió con gran parte de su tropa en auxilio de Villarica; pero, no bien habia comenzado el camino, cuando supo que una numerosa junta se dirijia nuevamente contra Osorno (8); i, despues de reunir en consejo a sus capitanes, creyó deber ir con brevedad a Valdivia a tomar del navío municiones i demas pertrechos. Lo movia el ver que se pasaba el término que habia asignado al barco para que lo aguardase, trascurrido el cual, debia irse a Concepcion (9). I, en efecto, aunque a ruegos de doña Isabel Rosa Godoy, esposa del coronel, habia aguardado el barco a del Campo diez dias mas de lo que éste dijera, cuando llegó a Valdivia no lo encontró ya en el puerto; sabiendo, sin embargo, que acababa de partir, hizo algunas descargas de arcabuces para avisar su llegada, fué oido

---

(7) Rosales, lugar citado, dice que el coronel fué recibido perfectamente por los indios i no habla nada de este ataque. Nos apoyamos en la citada carta de Quiñones, que dice tiene sus noticias de las que le escribe el coronel: "E visto por el coronel la necesidad en que esta ciudad de Osorno estaba, se desembarcó i a pió la fué a socorrer, el cual la socorrió honradamente, de suerte que la junta no llegó a la ciudad. I estando alojado en la plaza de la ciudad i alguna jente en el fuerte, llegaron unos indios a la misma ciudad i le quemaron el monasterio de San Francisco, con estar en ella cerca de cuatrocientos hombres."

(8) Rosales, lugar citado.

(9) No es fácil esplicarse el por qué de esta órden, referida por Rosales; pero no dudamos acerca de su efectividad, ya que cuando, despues de este viaje, volvió a separarse del navío dejó "dicho a su mujer i los demas que estaban en el dicho navío que le aguardasen cuatro dias, que él avisaria del camino." [Citada carta de Quiñones.] Quizas lo movia el mucho interés de comunicarse con el gobernador i hacerle llegar los pertrechos de guerra que, sin duda, le traia del Perú.

por los del barco, que no salía aun de las aguas del río, i tuvo el gusto de verlo volver al puerto (10). Aleccionado por la experiencia, sacó del navío « las municiones, pólvora i cuerda i plomo, arcabuces i mosquetes que allí habia dejado » (11).

De nuevo tuvo el coronel noticia de la gran junta de indios de Puren, Imperial, Villarica i Valdivia, que en número de mas de cinco mil se dirijian a Osorno, mandados por Pelantaro (12), Anganamón, el desertor Jerónimo Bello i el clérigo apóstata Juan Barba (13); lo cual lo llenó de inquietud i lo convenció de que mas que todo era preciso proveer a la defensa de Osorno i, si posible era, a la repoblacion de Valdivia. Como hemos visto, escribió en este sentido a Quiñones.

Las noticias que se le acababan de comunicar i que tanto lo alarmaron eran, por desgracia, demasiado ciertas. Sabiendo la ausencia del coronel, Pelantaro habia reunido todas las fuerzas para atacar a Osorno i llegó junto a esta ciudad el 19 de enero de 1600, cuando los habitantes se preparaban a celebrar el día siguiente en la parroquia la fiesta de San Fabian i San Sebastian, que se hacia todos los años con gran solemnidad (14). Los vecinos de Osorno tuvieron noticias del peligro que les amenazaba, si bien es probable que creyesen mucho menor de lo que era el número de asaltantes. El cura i vicario de la ciudad, García de Torres, i los clérigos quisieron dejar la fiesta, volver a los conventos los ornamentos que para ella habian prestado a

---

(10) Rosales, lugar citado. La carta de Quiñones no menciona este incidente i dice solo que el coronel “volvió a Valdivia donde halló el navío en que habia venido.”

(11) Citada carta de Quiñones.

(12) “Informe de Francisco del Campo sobre los acontecimientos de las “provincias de Valdivia i Chiloé” dirijido al gobernador de Chile. Ningun testigo mejor que el mismo coronel i por eso lo seguiremos en la relacion de estos sucesos.

Cuando no señalemos la fuente de nuestras informaciones, se entenderá que seguimos al coronel.

El informe de éste se encuentra publicado en el segundo volumen de documentos de don Claudio Gay.

(13) Rosales, libro V, capítulo XV.

(14) Id. id.

la iglesia parroquial, quitar de ésta las imágenes i cuanto podian destruir los indios i consumir el Santísimo Sacramento para no esponerlo a profanaciones. El estar situada esa iglesia léjos del fuerte los hacia temer; pero el correjidor no lo permitió, mandó que las cosas quedasen como estaban i prometió defender lo que se creia en peligro (15). A obrar asi lo movió, sin duda, no solo la equivocada idea del número de enemigos que venian contra la ciudad, sino tambien el propósito de no alarmar al pueblo i la confianza de poder resistir; pués, a mas de cien defensores, o poco ménos, con que contaba Osorno, ántes de la llegada de Francisco del Campo, éste habia dejado un refuerzo de ochenta arcabuceros a las órdenes del capitan Blas Perez de Esquicias.

Por precaucion, sin embargo, ordenó que todos los españoles durmiesen esa noche dentro del fuerte, de lo cual la colonia hubo de felicitarse; porque al rayar el alba mas de cinco mil indios, « que pensaron tomarlos como tomaron a los de Valdivia « en sus casas, acometieron el pueblo por cuatro o cinco partes « con un ruido temerario. »

Naturalmente, el resultado no correspondió a la esperanza de los asaltantes, los cuales, léjos de ver salir aisladamente de las casas a guerreros desprevenidos que caian en la red o a desgraciadas mujeres, hubieron de entrar en combate con soldados que salieron del fuerte a atacarles al mando de los capitanes Navarrete i Perez. Mas, el empuje de los indios era tal i tanto su número, que los españoles, a pesar de no haber perdido un solo hombre i de haber muerto mas de ciento cincuenta enemigos, no pudieron resistirles i se vieron en la necesidad de replegarse al fuerte, dejando la ciudad en poder de los asaltantes. I mui grande debió de ser en los españoles el sentimiento de su impotencia cuando no se atrevieron a volver a dejar el fuerte, por mas que con desaffios, insultos i profanaciones a las santas imá-

---

(15) Rosales, libro V, capítulo XV.

jenes i aun al Santísimo Sacramento, procuraron los indíjenas traerlos a combatir fuera de sus muros (16).

Todo el dia estuvieron los indios en la ciudad, a la cual, no hai que decirlo, pusieron fuego « sin dejar casa en pie ni iglesia ni monasterio. » Hecho esto, se retiraron a un cerrillo, situado a tiro de mosquete, desde donde al dia siguiente volvieron a organizar diversos asaltos que incomodaban en sumo grado a los sitiados.

Los indios se empeñaban en concluir cuanto antes, pues no ignoraban que les seria imposible resistir a los españoles, una vez que acudiese en su auxilio Francisco del Campo, con cuya ausencia habian contado para atacar a Osorno. I a fin de evitar el que los tomase entre dos fuegos la repentina llegada del coronel, dejaron cien indios de centinelas en las márgenes del rio Bueno, con encargo de avisar apénas lo viesen venir,

Por mas empeño que el coronel habia puesto en apresurar su vuelta, no pudo efectuarla a tiempo, i solo el 21, al dia siguiente del incendio i cuando los españoles resistian en el fuerte diversos ataques de sus asaltantes, llegó al lugar llamado *Altos de Valdivia*, no muy lejos de Osorno.

Ahí lo divisaron los cien indios apostados en el rio Bueno para esperarlo i, en marchas forzadas, estuvieron al otro dia por la mañana en el campamento de los asaltantes, cuando éstos, conociendo el valor del tiempo, habian resuelto para ese mismo dia un ataque jeneral i decisivo. La proximidad del coronel les destruyó su plan e hizo que se resolviesen a disolver la junta i volver a sus tierras,

---

(16) Rosales refiere un ataque dirigido por un lego franciscano, llamado frai "Lucas Jinoves," ataque lleno de fabulosas peripecias que no encontramos referido en documento alguno. Por lo demas, este lego de que habla Rosales i que se llamaba frai Lucas Blas, era jinoves i parece haber tenido fama de valiente: "I solo quedó [en San Francisco] un religioso lego "de nacion jinoves, nombrado frai Lucas Blas, quien es digno de perpetua "memoria, asi por lo religioso que fué como por hechos notables que hizo "con el indio rebelde estando cercado, como con el ho'andes habiendo in- "festado estas costas i dado fondo en la de Chile" [Declaracion del castellano Diego Venegas en una informacion levantada en diciembre de 1654 sobre la fundacion de las monjas de Osorno.]



Separándose unos de otros ahí mismo i partiendo por diversos caminos, se libraban del peligro de ser perseguidos por el ejército que iba a llegar: la delantera que tomaban con los dos dias que, a lo ménos, llevarian de ventaja, pondria a las diversas partidas fuera del alcance de los españoles, lo que no sucederia si caminaba todo el ejército reunido, o gran parte de él, por la dificultad para moverse i procurarse alimentos.

Miéntas ponian en práctica esta resolucion, consiguió fugarse del campamento de los araucanos i penetrar en el fuerte un clérigo llamado Alonso Márquez (17), que habia sido cautivado en la destruccion de Valdivia i traído por su amo al ataque de Osorno, i dió a los españoles la noticia de la venida del coronel del Campo i de la próxima retirada del enemigo. Esta noticia podia ser la señal de la destruccion de los indijenas, pues no se habrá olvidado que habia en el fuerte cerca de doscientos hombres de armas, los cuales eran suficientes para despedazar a los que se retiraban dispersos en partidas poco numerosas. Por desgracia, no fué posible pensar en perseguirlos « a causa de no « tener en el pueblo mas de treinta caballos. » Si así no hubiera sido, la maniobra de los indijenas se habria convertido en su ruina.

Solo cuando llegó al rio Bueno supo Francisco del Campo el ataque e incendio de Osorno; e ignorando dónde se encontraban los enemigos, por mas grandes que fuesen sus deseos de socorrer la ciudad, hubo de tomar toda clase de precauciones en el paso del rio.

Al irse para Valdivia habia dejado bien custodiadas i en paraje secreto cuatro barcas en la ribera norte del Bueno. En ellas comenzó a pasar el ejército i, a fin de no esponer a los azares de una batalla la ropa, bastimentos i municiones que del barco traia, lo dejó todo en una isla del rio. El 24 llegó a Osorno, donde halló « los mayores llantos del mundo i grandísimo miedo; » salió a las dos horas con el correjidor i la jente que pu-

---

(17) Rosales, lugar citado.

do sacar i se convenció pronto de que el enemigo le llevaba demasiada delantera para emprender en su contra persecucion formal.

Pero no por eso renunció a hacerle daño. Formó distintas partidas de soldados que, mandados por don Francisco de Figueroa, por Francisco Rosa, por el capitan Peraza o Pedraza i por el mismo coronel, recorrieron todos los lugares donde se tenia noticia de que hubiese alguna junta de indios. Si hemos de creer al coronel, Figueroa desbarató a dos mil indios en Purayllay i mató mas de doscientos con solo sesenta soldados españoles, i Rosa derrotó a igual número i dió muerte a ciento (18). En estas correrías « quitaron al enemigo siete mil ovejas, muchas « vacas i caballos, con que volvieron algo consolados con el pe- » queño desquite » (19).

---

(18) Nos parece mas probable que, como refiere Rosales, esos doscientos indios estuviesen bebiendo i celebrando la victoria en un rancho, cuando el jefe español " cercando la casa la pegó fuego por todas partes, cojiendo bien las puertas, con que todos se abrazaron, i los que salieron los mataban como iban saliendo."

(19) Rosales, lugar citado.

---

---

## CAPÍTULO XXVI.

### LAS RELIJIOSAS DE SANTA ISABEL.

---

Doña Isabel de Landa, doña Isabel de Palencia e Isabel de Jesus.—Fundacion del beaterio de *Las Isabelas*.—Donacion del clérigo Juan Donoso.—Vida i traje primitivo de las beatas.—Doña Elena Ramon i sus hijos.—La encomienda de doña Elena Ramon.—Aprobacion del señor San Miguel.—Los capellanes del convento de Santa Isabel.—Prosperidad del convento.—La rejilla del confesonario.—Peligro que corrieron las relijiosas el 20 de enero de 1600.—Osorno despues de este día. — Las relijiosas de Santa Isabel en casa de Rodrigo Ortíz de Gatica.

---

Entre las personas refugiadas en el fuerte de Osorno se contaban las monjas de Santa Isabel, que, obedeciendo la órden del correjidor i ante el inminente peligro, dejaron su convento i guarecidas en el fuerte, tuvieron la amarga pena de ver su santa morada presa de las llamas, como lo demas de la poblacion.

Queremos referir cuáles fueron los orjenes del monasterio de Santa Isabel i cuál el estado en que se encontraba al tiempo del incendio de la ciudad: es el primer monasterio de mujeres establecido en Chile, i no son, por lo mismo, indiferentes para nosotros las mas pequenas circunstancias de su fundacion (1).

---

(1) Tenemos, copiade de la Real Audiencia, un expediente mandado levantar en diciembre de 1654 sobre la fundacion de las monjas de Osorno. El principal testigo de él es el castellano Diego Venegas, nieto de una de las fundadoras i que pasó en el convento sus primeros años: prestó su declaracion en Concepcion el 23 de diciembre de 1654. Cuando saquemos las noticias de otras declaraciones, lo espresarémos en nota: así, si no citamos a nadie, se entenderá que seguimos el testimonio de Venegas. Casi todos los testigos se refieren a lo que éste ha dicho i lo confirman. El padre Baltazar de Pliego, en especial, reproduce como propia la declaracion de Venegas.

Diez o doce (2) años despues de que don García Hurtado de Mendoza hubo repoblado la ciudad de Santa Marina de Gaete, a la cual dió el repoblador el nombre de Osorno, que era uno de los títulos de su familia, una viuda ya anciana, llamada doña Isabel de Landa, natural de España, formó el proyecto de establecer una casa relijiosa de mujeres en la nueva poblacion. Su amiga i tocaya, doña Isabel de Palencia, anciana tambien como ella i como ella viuda, participó de sus ideas i convino en vivir en la misma casa i echar los fundamentos del monasterio. I ro bien lo habian hecho, cuando una tereera Isabel, cuyo apellido ignoramos por encontrarla solo con el nombre de relijion, Isabel de Jesus, sobrina de la de Palencia, fué a reunirse con las otras dos.

Desde luego se trató de escojer la advocacion que habian de tomar i la regla a que ajustarian la vida. No debieron de dudar mucho las tres fundadoras que tenian una misma santa por patrona: Santa Isabel lo era de ellas i habia de serlo del convento que se proponian fundar. I si habian de ser monjas de Santa Isabel, no era difícil saber que seguirian la regla de San Francisco, a cuya tercera órden pertenecié la ilustre reina.

Desde los primeros dias de la fundacion del beaterio todo el pueblo designó a las futuras relijiosas con el nombre de *Las Isabelas*, nombre que parece haberles durado lo que su permanencia en Osorno.

A fin de fomentar el piadoso proyecto de esas señoras, el clérigo Juan Donoso les dió una casa para que vivieran, estableciendo en ella una capellanía, de la que constituyó patrono al « monasterio de Santa Isabel. »

Sucedia esto a los cuatro o cinco años de la fundacion del beaterio, en 1573, i ya doña Isabel de Palencia toma el título de « abadesa. »

---

(2) Don García Hurtado de Mendoza repobló a Osorno el año 1558 i las relijiosas debieron de establecerse en 1568 o 1570; pues en 1573 recibian la donacion de una casa, lo cual, como veremos, sucedió algun tiempo despues del establecimiento del beaterio.

Sin embargo, no podian guardar clausura ni tenian capilla propia ni misa en la casa « i desde ella salian acompañadas i en « veces todas tres a oír misa a la parte donde las inclinaba su « devocion, usando por traje propio i comun una forma de hábito de jerga, segun se acostumbra traer en cuanto a la color en « la relijion del señor San Francisco, en forma de beatas, i por « tocado unas tocas grandes de lienzo, al modo de viudez, que « les daban abajo de la cintura como una terciá i los mantos con « que se cubrían de jerga de la color del hábito. I se nombraban « i eran tenidas, habidas i reputadas en la dicha ciudad de Osorno no por las monjas de Santa Isabel. »

La anciana doña Isabel de Landa tenia una hija llamada Elena Ramon, viuda dos veces, i madre de Diego Venegas, que suministra lo mas minucioso de estas noticias. Doña Elena Ramon vivía en La Imperial i cuando supo lo que habia hecho su madre, quiso como ella retirarse al claustro i, al efecto, fué a Osorno, llevando a sus dos hijos, a la sazón muy pequeños. Allí encontró que las « monjas » tenian apenas lo estrictamente necesario para comer pobremente i que no era posible vivir con ellas sin contribuir, por su parte, para que pudiesen soportar el aumento de gasto.

Doña Elena tenia como viudedad muchos indios en encomienda. Para poder realizar su deseo de entrarse al convento, aumentando los haberes de éste i asegurando el porvenir de su hijo, propuso a las beatas que consiguieran del gobernador Rodrigo de Quiroga que alargase la encomienda « una vida mas, » es decir, que la hiciese estensiva a su hijo; pero sacando una parte para darla a las « monjas » de Santa Isabel.

Así lo hicieron éstas i Rodrigo de Quiroga accedió a lo que se le pedía i asignó al « monasterio treinta indios, de los referidos. » Con esto hubo cómo hacer muchos reparos indispensables en la casa i cómo pudiera doña Elena Ramon formar parte del beaterio. Pero ya hemos dicho que tenia dos hijos, uno varón i mujer la menor: ello no fué obstáculo para su permanencia en la casa comun, en la cual tambien vivieron los niños « al abrigo de

« su madre, que luego que entró se vistió el mismo traje que las demas. » La madre de Diego Venegas llegó despues a ser abadesa, pero nó en el tiempo en que éste vivia en el convento, « por haberle echado luego que llegó a tener edad de diez años. « Mas no por eso dejaba de ser contínuo a él, entrando adentro. « muchas veces en el tiempo que ocupó el puesto de abadesa la « dicha su madre, » dice cerca de ochenta años despues el castellano Diego Venegas, al relatar con complacencia los minuciosos i dulces recuerdos que de la primera infancia conservaba su senil memoria.

Poco a poco fueron adquiriendo las monjas mayor holgura. No contentas con tener dos solares, compraron con limosnas otros dos « para acabar de cuadrar el dicho monasterio » (3). « De manera, dice el nieto de la fundadora, que vino a parar en « convento de toda clausura, por quanto tenían cerca suficiente, « portería, torno, iglesia aunque pequeña, coro i campanario. »

Entónces el señor don frai Antonio de San Miguel, primer obispo de La Imperial, « aprobó su modo de vivir i clausura » (4), con lo cual las que primero se juntaron en Chile para llevar vida relijiosa tuvieron existencia conforme a los cánones.

Prueba de lo mui ocupados que la guerra de Arauco traía los ánimos es quizas el que en aquella época haya podido fundarse un monasterio en Chile sin autorizacion del rei o « sus representantes, » como acostumbraban llamarse hasta el último de los cabildos de nuestras ciudades; pero el hecho parece indudable. A mas de que todos los testigos de la mencionada informacion dicen que jamás han oido que existiera licencia del papa o del rei, uno de ellos, bisnieto de una de las tres « Isabelas, » de la primera abadesa doña Isabel de Palencia, el padre Baltazar de Pliego, rector del colejio de la Compañía en Santiago, decla-

---

(3) Declaracion prestada en Santiago el 21 de enero de 1655 por la relijiosa profesa doña María de Orosco H. dalgo, una de las relijiosas de Osorno, ya de 72 años de edad.

(4) Declaracion del maestro de campo Fernando de Mieres i Arce, prestada en Concepcion el 24 de diciembre de 1654. En esta parte refiere lo que habia oido a Diego Venegas.

ra que oyó muchas veces a « su bisabuela cómo la dicha fundación había sido voluntariamente i de devoción entre las dichas « tres Isabelas, sin tener licencia ni de Su Majestad ni de Su « Santidad sino que se recojieron por via de devoción. »

Naturalmente, haciendo las monjas profesion de seguir la regla de San Francisco, los religiosos franciscanos se creyeron especialmente obligados a atenderlas. De ordinario había solo dos en el convento de Osorno i uno de ellos sirvió de capellan a las monjas desde que, habiendo podido construir su pequeña capilla, comenzaron a observar con relativa estrictez la clausura. El primero de esos capellanes se llamó frai Pedro de Vergara, el cual les había ido a decir misa ántes aun de que habilitasen la capilla i cuando solo hacía los oficios de tal « una salilla de la casa. » A mas de éste, les sirvieron sucesivamente de capellan frai Juan de los Anjeles, frai Juan de Aguilar i frai Pedro de Angulo. Este último era el único sacerdote franciscano que había en el convento cuando el cerco de Osorno, i murió en él. Pero no porque los franciscanos las atendieran con espeoialidad, dejaban de servir las también los demas sacerdotes i muchas veces les predicaban los jesuitas, los dominicanos i varios clérigos, entre los cuales solo se nombra a don Pedro Verú (5).

Mui pronto aumentó el número de religiosas, i había veinte cuando comenzó el cerco de Osorno. Tanto las dotes que ellas habían llevado al convento, como las limosnas, les permitieron tener « estancia i molino con jente i mayordomo que acudia a « recojer i beneficiar lo que rendian, mediante lo cual tenían suficientemente el sustento ordinario. »

« Las que entraban a relijion tenían un año de noviciado i profesaban al fin de él, habiendo precedido aprobacion; hacian la « profesion en manos de la abadesa. » Esta la recibia « con una « vestidura que se ponía, de seda de colores, a la cual llamaban « capa magna i la misa la decian religiosos del señor San Francisco, hallándose los que se podian hallar al acto. »

---

(5) Declaracion del padre Baltazar de Pliego, prestada en Santiago el 12 de enero de 1655, i de otros.

El mismo capellan era el confesor de la comunidad. I a este propósito cuenta Venegas un pormenor curioso, sobre cuántos usos tenia el confesonario, cuya rejilla les servia para mui distintos objetos, segun como la abrieran o cerraran: « Vió a frai Juan « de los Angeles muchas veces ponerse a confesarlas por una puertecilla de reja que habia pequeña i salia del dicho convento a la « iglesia. I abierta les daba por ella la comunión; i asimismo se « servian de esta ventanilla para dar el recaudo de decir misa i « los demas que eran necesarios para el adorno de la iglesia, volviéndola a cerrar despues de haberse servido de ella. I, le parece, la « reze, la « Have la tendria la abadesa en guardia, como tenia las « demas llaves de las puertas del convento, debajo de las cuales « estaban en clausura. »

Parece que al acercarse a la ciudad los enemigos, no creyó necesario el correjidor imponer a las relijiosas el sacrificio de abandonar el convento, del que habian pensado no volver a salir en la vida, i que, asi como no juzgó prudente que se suspendieran los preparativos de la fiesta en la parroquia, asi tambien dejó a las monjas en su morada. Pero la irrupcion de los indijenas fué tal i tal la presteza con que se hicieron dueños de muchos puntos de la ciudad (lo que se esplica, por otra parte, recordando que el correjidor habia reunido a los españoles en el fuerte) que cuando quisieron poner en salvo a las pobres relijiosas, no fué posible hacerlo sino con grande incomodidad: « Por una puertecilla que abrieron a mano las retiraron al fuerte » (6) dice un testigo presencial del grave peligro que corrieron en aquel aciago 20 de enero de 1600.

La llegada de Francisco del Campo llevó la tranquilidad a los aflijidos ánimos de los habitantes de Osorno; pero la vista de las desgracias i de las pérdidas que los indios les habian ocasionado, bastaba para que el coronel hallara en Osorno, segun dice él mismo, « los mayores llantos del mundo. »

---

(6) Declaracion de doña María Ortiz de Gatica, prestada en Concepcion el 25 de diciembre de 1654.



En efecto, si a la prudencia del correjidor se debía el no tener que llorar la muerte de un solo español, el incendio de la ciudad sumía en la miseria a sus vecinos i comenzaba con tremendo prólogo la lamentable historia de luchas i de ruinas por que acababan de pasar o pasaban en esos momentos las otras ciudades australes. Ciertamente, todo manifestaba a las claras que las huestes victoriosas de Valdivia no se dormían sobre sus laureles i las desgracias ajenas eran demasiado triste espejo para los habitantes de Osorno en aquellos días de duelo jeneral.

Aunque se dedicaron a reparar en lo posible los destrozos que el fuego i los enemigos les habían hecho en sus habitaciones, los vecinos trabajaban con el desaliento de hombres que mañana han de ver de nuevo destruido lo que hoy levantan con dificultad.

Por lo mismo, tomaron cuantas precauciones les fué posibles a fin de resguardar lo que mas apreciaban i librarlo de una sorpresa del indjena. I entre lo que mas apreciaban debían contarse las monjas de Santa Isabel, con las cuales casi no había familia en Osorno que no estuviese ligada en estrechos vínculos de la sangre.

Por mucho que las religiosas amasen el claustro en que habían pasado los mas felices años de la vida, la experiencia les decía que no era para ellas seguro asilo en aquellas circunstancias: su situación era tan desfavorable que, como acabamos de ver, había sido preciso romper el muro para llevar al fuerte a las religiosas. Fué, pues, menester buscarles otro alojamiento i la jenerosidad de uno de los vecinos se lo ofreció con cuantas comodidades podían apeteecerse en aquellos tristes momentos: pasaron a habitar la casa del capitán Rodrigo Ortiz de Gatica, situada junto al fuerte i defendida por sus fuegos. Tenía suficiente capacidad para hospedar a las veinte religiosas i aun pudieron éstas habilitar en ella una pequeña capilla, la cual fué el consuelo no solo de las religiosas, sino también del vecindario, que acudía ahí a oír la santa misa (7).

---

(7) Carvallo i Goyneche, tomo I, capítulo 83.

Verémos despues cuánto duró esta relativa felicidad i cómo la Providencia iba a someter a los vecinos de Osorno, i con ellos a las relijiosas de Santa Isabel, a las mismas duras pruebas de los habitantes de La Imperial i Angol.

---

---

## CAPÍTULO XXVII.

### ESPEDICION DEL CORONEL A CHILOÉ.

---

Construye del Campo tres fuertes.—Penosa situacion.—Llega a Valdivia el barco de Martin Deynar.—Emprende su marcha a ese puerto el coronel.—Fujitivo español: falsa alarma i regreso a Osorno.— Los ingleses en Chiloé: órdenes del coronel.—Francisco del Campo en Valdivia.—Su vuelta a Osorno.—¿Pensó repoblar a Valdivia?—Opónese al proyecto el cabildo de Osorno.—Funes-tas noticias de Chiloé.—El viaje del coronel a Chiloé.— Paso del Maullin i del canal de Chacao.—El indio amigo i su mensaje.—Lo que habia quedado de los habitantes de Castro.— Penoso viaje del coronel.—El coronel en Pi-chirina: reúneselo Perez de Vargas con los fujitivos.

---

A fin de hacer imposible la resistencia de los españoles en Osorno, Pelantaro, al retirarse momentáneamente de allí, ordenó que los indios comarcanos se dividiesen en partidas para ostigar a los del pueblo, impedirles que cojiesen las cosechas i talar éstas. Como era mui difícil para los soldados recojerlas ellos mismos i al propio tiempo rechazar los ataques que diariamente les preparaban los enemigos, necesitaban del auxilio de los indios amigos i contaban con él; mas, a fin de evitar que se lo pres-tasen, los de guerra decretaron « que el indio que ayudase a co-  
«jer las comidas muriese por ello. »

Todo esto indujo al coronel Francisco del Campo a reunir sus tropas, construir tres fuertes en las cercanías de la ciudad para defender los sembrados i colocar en ellos no ménos de doscientos hombres (1). Segun él mismo refiere, fueron esos

---

(1) Seguimos valiéndonos para nuestra narracion de la carta ya citada que el coronel Francisco del Campo escribió al gobernador de Chile.

días mui amargos i llenos de sobresaltos: a las veces el ataque de los indios, que por diversas partes i simultáneamente amenazaban concluir con las sementeras; otras, una falsa noticia circulada por los enemigos de que una gran junta estaba ya aquí, ya allá, amenazando hoi el ejército i mañana a Osorno; por fin, el mal tiempo que sobrevino, i que, segun Rosales, trajo una lluvia de cuarenta días, fueron causa de que no se pudiese recojer sino mui poca cosecha (2).

El 19 de marzo supo el coronel que habia llegado a Valdivia un barco mandado por Martin Deynar (3), que este capitán le habia enviado cartas con dos indios mensajeros i que los de guerra los habian descubierto en los llanos de Valdivia, junto a Osorno, i se las habian quitado. Ignorando lo que aquello podia ser i la urjencia que tuviera el barco, resolvió ir a Valdivia i el 21 salió de Osorno con doscientos hombres. Mas, no bien habia pasado el rio Bueno, cuando un español, que estaba preso entre los indios i habia conseguido fugarse, llegó a su campamento i le dió gravísimas noticias, que le hicieron cambiar de resolucion: « Me dijo cómo de Callacalla habian pasado nueve mil indios i « que venian marchando la vuelta de los llanos de Osorno, adonde se habian de hacer dos cuadrillas i la una dar al pueblo i la « otra dar en los españoles que andaban cojiendo las comidas. »

El coronel tomó mas informes i supo que todos los caciques de los alrededores habian ido a Callacalla i que Anganamón venia en la vanguardia: reunió entónces consejo de guerra i los oficiales opinaron unánimes que no era posible abandonar a Osorno en aquellas circunstancias i que debia repasar el Bueno para acudir en socorro de la ciudad i sementeras. Asi lo hizo Francisco del Campo; pero ántes de mucho vió que, si en realidad habia existido el peligro, éste no habia tenido las propor-

---

(2) Rosales dice que llovió cuarenta días. En lo de que se perdieron las cosechas seguimos a del Campo.

(3) Asi lo dice Francisco del Campo en su citado informe. Este barco es probablemente "el navío del capitán Diego de Lalla," que habia mandado Quiñones a Valdivia i habia salido de Concepcion el 10 de febrero.

ciones dichas, porque no era tan numerosa como se habia creído la junta, i que por entónces habia cesado. Sabiendo, en efecto, Anganamón el viaje de Quifones a La Imperial, dejó de mano la empresa para acudir en defensa de su comarca i de su hogar.

Todo se redujo, pués, a una de las muchas falsas alarmas que tanto daban que hacer al coronel i que lo traían en contiínuas incertidumbres i muchas veces en inútiles marchas i contra-marchas.

El día 27 volvió a pasar el río Bueno para ir a Valdivia; pero de nuevo una funesta noticia vino a encontrarlo cuando lo pasaba: su cuñado, el capitán Francisco de Rosa, regresaba de una correría hecha en la provincia de Chiloé i aseguraba que « en la bahía de Carelmapu habia ingleses i que todos los indios « de Ancud i Pocio i Cunco van a llevarles bastimentos. » La noticia era demasiado grave para ser despreciada, i el coronel despachó en el acto al capitán Cristian de Robles con sesenta soldados a fin de que fuese a Carelmapu, averiguase puntualmente las cosas i tornara a dar noticia exacta de ellas. Si, como era probable, Francisco del Campo estaba en Valdivia cuando Robles volviese, debía ir allá a buscarlo.

De nuevo emprendió el coronel su camino tantas veces interrumpido i en cuatro días llegó a Valdivia; pero ya no encontró el navío, que habia zarpado de ese puerto el 31, precisamente cuando él salía de Osorno. Según dice al gobernador, Francisco del Campo llevaba el proyecto de repoblar a Valdivia, hacer un fuerte, quedarse en él con cien hombres i enviar a los otros ciento por municiones i a recojer comidas. Así seria, puesto que lo asegura; pero no se comprende que no llevara consigo las municiones, en lugar de proyectar que la mitad de sus fuerzas volbiesen por ellas i mucho ménos se concibe que una vez que hubo llegado a Valdivia olvidara su plan i, sin razón alguna, ya que ninguna da, fuese en persona a Osorno, siempre « por municiones para poblar a Valdivia, dejando en « Tenguelen treinta soldados con el capitán Juan de Angulo de « guardia de estas canoas, que habia tomado en la mar para

« con ellas pasar el rio de Angachilla cuando volviere. »

Al regresar a Osorno i en las mencionadas angosturas de Tenguelen le salió al encuentro una junta, que él calcula en mas de mil indios, a los cuales dispersó fácilmente, sin otra pérdida de parte de los españoles que la de un soldado muerto por un arcabuzazo salido de las propias filas del ejército español.

Parece que no pensaba entrar siquiera a Osorno, a lo ménos asi lo da a entender diciendo: « Llegado que hube al rio Bueno, « que es cuatro leguas de Osorno, envié al sarjento mayor Agustín de Santa Ana a Osorno por municiones e irme a poblar « Valdivia. » Para defensa de la ciudad, dispuso que se quedara en ella el capitán Blas Perez de Esqueicias con los ochenta hombres con que ya habia ayudado al correjidor, cuando el incendio de Osorno, a combatir a los indios.

No creyeron los vecinos que era esto suficiente e hicieron por medio del cabildo un requerimiento a Francisco del Campo para que por entónces no se separase de la ciudad ni distrajera las fuerzas en otras empresas, que, si podian ser mui útiles en sí, la escasez de recursos las tornaba funestas. Le representaban que en los términos de Osorno habia no ménos de cinco mil indios de guerra i si unos pocos se titulaban todavia amigos, ello era debido al temor de las fuerzas españolas. Disminuidas éstas, no tardarian en pasarse al enemigo, que mas i mas envalentonado pondria mui pronto en serio peligro a la ciudad. El ataque del 20 de enero, que estando prevenidos no pudieron resistir i que habria sido el fin de Osorno sin la llegada del coronel, manifestaba la inminencia i gravedad de ese peligro: las fuerzas que ahora intentaba dejar Francisco del Campo eran las mismas que entónces tuvo en su defensa la ciudad; las del enemigo aumentaban dia a dia i con ellas su audacia i, poblando a Valdivia el coronel, no podia en caso alguno dejarle para acudir en auxilio de Osorno: ¿qué seria, pues, de esta ciudad i cómo libraria de los indíjenas?

Antes que Francisco del Campo contestase al requerimiento tan fundado del cabildo, llegó de Chiloé el capitán Cristian de

Robles, « que habia ido a tomar lengua de los ingleses que habia en la bahía de Carelmapu, i avisó como en el puerto de « Pudeto, en la Bahía Grande, habia un navío de ingleses. I no « tuvo mas nuevas, aunque otros decian que eran tres i que todos los términos de Chiloé habia alzado el ingles. »

Fuese uno o fuesen tres los corsarios, estuviera sublevada toda la provincia de Chiloé o solo una parte de ella, la efectividad del desembarco de tropas extranjeras en las playas chilenas era cosa demasiado grave para que el coronel trepidase un momento en acudir por sí mismo a procurar el remedio. ¿Qué vendria a ser la colonia si los indios rebeldes, ya por sí solos victoriosos, se unian con tropas regulares i con ellas combatian a los súbditos del rei de España?

Pero las observaciones que acababa de dirijirle el ayuntamiento de Osorno le habian causado, sin duda, profunda impresion, pues, aunque determinado a acudir personalmente a Chiloé, decidió dejar la mayor parte de sus fuerzas en aquella ciudad. Bien es verdad que no podia ocultársele que si durante su ausencia los rebeldes se apoderaban de Osorno, él mismo, como todo el sur, estaba irremediabilmente perdido.

De los soldados traídos por él del Perú escujo solo setenta, naturalmente los mejores i mejor montados i armados, i les añadió los treinta que habian salvado de la ruina de Valdivia con su jefe el capitán Gaspar Viera. Eran estos de caballería i valian mucho mas que los venidos del Perú, a los cuales no manifiesta el coronel ningun aprecio, por mas que advierta que en la expedicion se portaron mui bien (4).

Con los cien hombres partió inmediatamente i llegó sin accidente a la « bahía pequeña » (5), donde solo encontró una piragua, en la que dispuso pasase con treinta hombres don Juan

---

(4) « Es la jente.... mas ruin i.... con ellos solos no se puede acometer « a cosa ninguna, aunque en lo del ingles lo hicieron mui bien. »

(5) El coronel del Campo llama, sin duda, « bahía chica » la que forma cerca de su desembocadura en el mar el rio Maullin i « bahía grande » el canal de Chacao que por Carelmapu pasó para llegar a la isla de Chiloé.

Zenteno (6), alguacil mayor de Osorno, con órden de recorrer toda la costa, enviar por de pronto algunas embarcaciones para pasar el Maullin i cuantas pudiese a Carelmapu para atravesar el canal de Chacao con el menor peligro posible, en aquella estacion de casi contínuos temporales.

Dos dias despues de haber salido, le envió Zenteno cuatro piraguas con las que pasó « la bahía pequeña » i siguió presuroso el viaje a Carelmapu, adonde llegó la tropa a los dos dias. Tan bien habia desempeñado el alguacil mayor de Osorno su comision, que Francisco del Campo encontró en Carelmapu veinte piraguas.

Era cuanto se podia pedir en aquellas circunstancias; pero no lo suficiente para que en el rigor del invierno no fuera en estremo peligroso atravesar el canal en semejantes embarcaciones. No habia otro medio, sin embargo, i el coronel comenzó « con « harto riesgo » a verificarlo. Cuatro dias tardó en ello; pero no tuvo que lamentar desgracia alguna i ya pudo felicitarse de haber vencido las principales dificultades con que la estacion i la naturaleza favorecian al invasor. Estas dificultades eran, probablemente, las menores i, de todos modos, conocidas, que siempre son las que ménos alarman: lo que le quedaba por hacer no podia calcularlo, pues hasta llegar a Carelmapu i miéntras duró el paso del canal nada supo de los corsarios, ni vió a persona alguna que pudiese decirle dónde estaban i cuántos eran. Una vez al otro lado, tuvo el gusto de recibir a un cacique amigo; pero todas las noticias que éste le comunicó se redujeron a asegurarle que « el ingles estaba en el puerto de Chiloé: » es decir, en Castro; única ciudad que entónces habia en el archi-

---

(6) En el informe del coronel se lee "don Juan Ceron;" pero en vista de las muchas faltas de ortografía e de copia que hai en ese informe, hemos seguido a Rosales que lo llama "don Juan Zenteno," en el capítulo XVII del citado libro.

Rosales afirma que Francisco del Campo llevó en esta expedicion ciento veinte hombres. Seguimos la relacion del coronel, que dice espresamente: "Con setenta hombres de los que yo traje del Perú i la compañía del capitán Gaspar Viera que vino a esta ciudad con treinta hombres, que estaba en los llanos de Valdivia de guarnicion quando se perdió Valdivia, que ha servido mucho a Su Magestad en esta ciudad [Osorno] por ser jonts que tenia caballos, me partí la vuelta de Chiloé."



piélago i que era designada promiscuamente por su nombre o por el de Chiloé. Siguió su camino Francisco del Campo i otro dia llegó a él un indio i le dijo que el corsario se habia apoderado de la ciudad i que los españoles que habian librado de sus manos, debian la vida a su encierro en la espesura de los bosques.

El amigo que daba estas triste noticias se ofrecia a llevar un mensaje a los fujitivos, cuyo escondite aseguraba conocer. Aceptó el coronel la oferta i escribió a los españoles, pidiéndoles relacion exacta de los principales sucesos. No tardó el indio en traer respuesta i ella confirmaba cuánto habia asegurado: « el ingles » mandaba en Castro, despues de haber dado muerte a sus defensores i retenia prisioneras a las mujeres: solo veinticinco hombres i unas pocas mujeres habian librado i se encontraban escondidos en los bosques.

Con este aviso, el coronel continuó su camino a marchas forzadas i lo mas secretamente que le fué posible. Iba por la playa, llevando en las piraguas a los que por la fatiga no podian andar i a los demas a pié, porque los caballos, ya cansados, rehusaban caminar con sus jinetes.

A pesar del auxilio que les prestaron las piraguas, se vió en la necesidad de dejar algunos rezagados que « despeados i descalzos » no pudieron continuar. Era ello una gran desgracia; pues cada hombre valia muchísimo en aquellas circunstancias; pero, ante la espantosa situacion de Castro, el coronel preferia cualquier peligro a retardar su marcha. En fin, « fué Dios servido « llegase a Pichirine, dos leguas del pueblo con harto trabajo. » Allí salió a su encuentro con veinticinco soldados i algunas mujeres el capitán Luis Perez de Vargas, jefe de los fujitivos. Es fácil imaginarse el contento con que estos desgraciados recibieron a sus libertadores: « cuando nos vieron, dice el coronel, refiriéndose « a las mujeres, les pareció les habíamos sacado de esclavas. » .

¿Qué referian Perez de Vargas i sus compañeros? ¿Cómo habian llegado los corsarios a apoderarse de la ciudad de Castro?

---



---

## CAPÍTULO XXVIII.

BALTAZAR DE CORDES EN CASTRO.

---

*La Fidelidad* en Chiloé.—Es perfectamente recibida por los indios.—Plan de ataque concertado con ellos.—Baltazar Ruiz de Pliego.—Rumores que llegan a Castro de proyectos de sublevacion i del arribo del "inglea."—Llega a Castro *La Fidelidad*.—Pedro de Villagoya i Baltazar de Cordes.—Lo que Cordes pedía.—Engañado Villagoya, contribuye a engañar a los demas.—Segunda visita de Villagoya a Cordes.—Mentida alianza del corsario.—Aceptala Baltazar Ruiz de Pliego.—Principio de ejecucion.—Tercera visita i prision de Villagoya.—Degtello de seis capitanes españoles.—Todo el pueblo en la iglesia.—Inícuo asesinato de la guarnicion de Castro.—La suerte que cupo a las mujeres.—Doña Ines de Bazan.—El capitan Luis Perez de Vargas.—Ataque del fuerte i libertad de siete mñjeres.—Ejecucion de Torres.—Hace el corsario azotar a doña Ines de Bazan.—Españoles muertos por los holandeses.

---

Baltazar de Cordes, cuando el viento separó a *La Fidelidad* de las otras naves, viéndose soio, con su tripulacion diezmada i abatida por tantos padecimientos, determinó deshacer el largo i desgraciado camino que lo habia conducido a estas costas; pero, al llegar al Estrecho de Magallanes, una fuerte tempestad lo arrojó al archipiélago de Chiloé, donde tomó tierra en el puerto de Lacuy. Los indios recibieron perfectamente a los holandeses, luego que entendieron que, léjos de ser españoles, venian a combatir a éstos: eran, pués, aliados naturales i asi los trataron, proporcionándoles víveres, ocultando su llegada i aprestándose a combatir juntos, cuando los holandeses hubieran recuperado las fuerzas. Los tripulantes de *La Fidelidad* no solo contaron con el auxilio de los indjenas sino tambien con el de tres españoles traidores, que « dejados de la mano de Dios por huir

«de las calamidades i trabajos de este reino » (1) se pasaron a los corsarios i les dieron preciosas noticias sobre las fuerzas, los recursos i las posiciones de las tropas que guarnecian a Chiloé.

Una vez que su jente hubo descansado, Baltazar de Cordes zarpó de Lacuy i se dirijió a Castro (2). Habia convenido con los indios el dia en que, éstos por tierra i desembarcando él, debian tomar entre dos fuegos a los españoles: Baltazar de Cordes quedó encargado de incendiar un rancho en el momento oportuno para decir de este modo a los indijenas que saliesen de su condite i atacasen a la ciudad.

Aunque la conquista de Chiloé se hubiese hecho sin derramamiento de sangre i aunque los naturales no se hubiesen sublevado hasta entónces jamás, los tiempos eran tales que no se podia tener confianza en la fidelidad de indijena alguno, ni despreciar el mas insignificante rumor sin averiguar lo que hubiese de verdad en él.

Ahora bien, desde algun tiempo se corria que los indios de Valdivia i Osorno estaban en estrecha comunicacion con los de Chiloé i echaban en cara a éstos el ser los únicos que soportaban el yugo español, cuando todos los demas lo habian sacudido i se encontraban victoriosos. Poco despues, por mas que los indios quisieron ocultarlo, comenzó tambien a susurrarse la llegada de un barco «ingles» a las costas de Chiloé i el acuerdo de sus tripulantes con los naturales. Hizo creible esto i los supuestos proyectos de sublevacion, cierta altanería que los indios no podian ocultar a sus encomenderos; por lo cual Baltazar

---

(1) Carta de Alonso de Rivera al rei, fecha en Arauco el 10 de marzo de 1601.

(2) En lo referente a la entrada de Baltazar de Cordes a Chiloé i a la toma de Castro seguimos a Rosales, capítulo XVI. El coronel no narra esta parte de los acontecimientos, porque acompaña a su carta un relato que le entregó Luis Perez de Vargas, relato de que desgraciadamente no tenemos noticia. Lo exacto de la relacion de Rosales, es lo que podemos apreciar comparándola con algunos documentos, nos induce a seguirlo sin temor.

Adviértase, sin embargo, que al decir que Cordes fué en su buque a Castro, seguimos la relacion del coronel del Campo, apartándonos de Rosales. Supone éste que Cordes tomó en Lacuy una lancha i con treinta hombres se dirijió en ella a Castro; de los sucesos posteriores resulta mui clara la equivocacion de Rosales.

Ruiz de Pliego, correjidor de Castro (3), mandó al capitán Martín de Uribe que, con treinta de los mejores soldados, reconociera la costa i construyó en la ciudad una empalizada para que le sirviera de fortaleza en caso de ataque. Por fin, don Pedro de Contreras Borra, cura i vicario de Castro, recibió de una india, a quien se lo habia dicho su hermano, la noticia no solo de la llegada de los corsarios sino de que navegaban hácia Castro. Apénas lo supo Baltazar Ruiz de Pliego, dió órden de que todos los españoles se guareciesen en el fuerte.

A las 8 de la mañana avistaron a *La Fidelidad*, que no iba, por cierto, en son de guerra: llena de gallardetes i embanderada entró en la bahía, saludando con el toque de sus clarines; i, poniéndose Baltazar de Cordes al habla con los españoles, les dijo que no traia intérprete i que tuviesen a bien mandar al buque una persona que pudiera imponerse de las amistosas intenciones que lo animaban.

Hemos visto, en la recepcion que en Valparaíso hicieron al capitán de *El Ciervo Volante*, la desconfianza que inspiraban en Chile los ardides i las traiciones tan famosas de los piratas i habia en Chiloé mas motivo de temor, pues todo tendia a justificar los estraños rumores de que acabamos de hablar, segun los cuales con los holandeses estaba de acuerdo el indjéna i habia ocultado largo tiempo su llegada a aquellas costas. A pesar de ello, cuando el correjidor llamó a cabildo abierto a los vecinos i les consultó sobre lo que convenia responder al corsario, estuvieron

---

(3) En una PROBANZA DE MÉRITOS I FILIACIÓN que frai Baltazar Verdugo de la Vega, religioso de Santo Domingo, hizo ante Talaverano Gallego el día 1º de febrero de 1607, [cuyo conocimiento debemos a la amistad del presbítero don Domingo Cáceres] se ve que su padre se llamaba Baltazar Verdugo i que sus dos únicos hermanos eran los capitanes Gaspar Verdugo, muerto en los términos de Osorno, i Juan Ruiz de Pliego, muerto en Arauco. Probablemente Baltazar Verdugo i Baltazar Ruiz de Pliego son de a nombres de un mismo individuo, muerto como sus hijos en la guerra de Chile.

En el capítulo XXVI, entre los testigos de la informacion, levantada por la Real Audiencia en 1654, sobre los orjenes del monasterio de Santa Isabel de Osorno, vimos figurar al rector del colejio de la Compañía de Santiago, que se llamaba tambien Baltazar de Pliego. Probablemente era descendiente del desgraciado correjidor de Castro, cuyo nombre llevaba.

todos unánimes en opinar que debía accederse al pedido del capitán del buque, ya que en obrar así no había peligro alguno. De acuerdo con ellos, Baltazar Ruiz de Pliego designó al capitán Pedro de Villagoya, respetado vecino de Castro, para que pasase a *La Fidelidad* i le recomendó que llevara las cosas pacífica i amistosamente.

No tuvo dificultad Villagoya en llenar la última parte de su encargo, porque fué perfectamente recibido por Baltazar de Cordes i pasó la noche muy festejado en la nave, donde escuchó de labios del joven i bizarro capitán holandes confidencias tan diestras como, al parecer, sinceras. Le refirió Cordes el largo viaje que había hecho, las muchas penalidades sufridas i las enormes pérdidas que lamentaba; le aseguró que no había venido a América con otro ánimo que el de comerciar, para lo cual traía completo i variado surtido de mercaderías, pero que lo desgraciado de su expedición no le dejaba más deseos que el de volver cuánto antes a su patria; se empeñó en manifestar que era católico i que quería bien a los españoles. En prueba de esto refirió a Pedro de Villagoya que los indígenas le habían hecho magníficos ofrecimientos, con tal que se uniera a ellos para combatir a los pobladores de Castro, e insistió sobre la necesidad de estar siempre en guardia i de desconfiar de esos traidores. Lo único que solicitaba Baltazar de Cordes i lo que encargó a Villagoya que consiguiera del correjidor eran víveres para continuar el largo viaje a Europa: legumbres, viscochos i «treinta vacas hechas cecinas,» todo lo cual retribuiría perfectamente a los españoles con las mercaderías de que más hubiesen menester.

Volvió Pedro de Villagoya a la ciudad encantado del trato i del carácter franco i cordial de Baltazar de Cordes i pintó al correjidor i al cabildo con vivos colores la necesidad de acceder a petición tan moderada, que, lejos de inferirles daño alguno, les reportaría ventajas, proveyéndolos de muchas cosas necesarias. Si llegaban a las manos, fuerzas traía el corsario para disputarles por la violencia lo que les proponía comprar a buen precio:

habria sido no solo imprudencia sino casi delito rechazar las ofertas amistosas i reducir al holandés a la necesidad de llegar a las armas, ya que de cualquier modo debia proveerse de víveres para su sustento. Participaron todos de la opinion de Villagoya, levantaron ante escribano acta del acuerdo tomado para vender víveres a Baltazar de Cordes, i con ello i algunos regalos que al jefe holandés enviaba el otro Baltazar, el correjidor de Castro, volvió Pedro de Villagoya a la nave.

Aumentaron los agasajos que en el buque se hicieron al enviado, a quien de nuevo retuvo Cordes otra noche. I viendo, cuán a pedir de boca le iban saliendo sus ardidés, quiso probar hasta dónde llegaria la confianza i credulidad de los españoles i si a fuerza de traiciones podria, sin perder un solo hombre de los de él, apoderarse de la ciudad. Al efecto, en medio de la intimidad de la conversacion refirió a Villagoya que los indios le habian propuesto todo un plan de ataque contra Castro i que, no pudiendo romper con ellos, habia finjido aceptarlo i ellos debian esperar de un momento a otro su realizacion, para lo cual, sin duda, estaban en las cercanías de la ciudad. Si los españoles querian aprovecharse de sus avisos i escarmentar para siempre a los traidores indíjenas, no tenian mas que simular con él un combate i prender fuego a un rancho de la ciudad i los verian acudir en el acto a atacarlos. En pago de los beneficios recibidos del correjidor i de los vecinos de Castro, Cordes se ofreció tambien a ayadarlos en la refriega: tomarian así entre dos fuegos a los indios que creian venir a hacer eso mismo con los españoles. No le tocaba a Villagoya resolver propuesta de tanta importancia; pero de tal modo se habia ganado su confianza Baltazar de Cordes, que no vaciló en comunicarle la principal dificultad que para la realizacion de ese plan veia: los pobladores de Castro estaban faltos de pólvora i de balas.

En el acto Baltazar de Cordes le hizo dar una botija de pólvora i mil balas de arcabuz: ¿cómo abrigar despues de esto la mas mínima duda acerca de la lealtad de los ofrecimientos del capitán holandés?

Con ese convencimiento i con las municiones bajó a tierra Pedro de Villagoya i, bien inocentemente, por cierto, fué el mas activo ajente del engafioso enemigo, publicando sus buenas disposiciones, la sinceridad de sus promesas, lo leal de su amistad i la gran conveniencia de aceptar el magnífico plan que para es-carmiento de los indíjenas proponia.

El correjidor i los vecinos, que ya habian dado tantas mues-tras de funesta credulidad, cayeron en el lazo i convinieron en cuanto proponia Cordes. En consecuencia, Baltazar Ruiz de Pliego hizo quemar un rancho al amanecer del dia siguiente en los afueras de la ciudad i disparar siete mosquetazos que fueron contestados por cuatro del corsario. Hecho esto, que constituia los preliminares del ataque concertado, el correjidor de Castro volvió a mandar a Pedro de Villagoya a la nave para que arreglase lo demas con Baltazar de Cordes.

Pero ya habia llegado para éste el momento de arrojar la máscara i cuando pisó el barco el crédulo capitan, el holandés lo hizo prender con el burlesco pretesto de que el rancho incendiado no estaba dentro de la ciudad, como se habia convenido, sino fuera de ella.

En seguida, desembarcó a toda su jente, probablemente en medio del contento de los españoles que creian ver llegar uti-lísimos auxiliares. A fin de debilitar mas i mas a los defensores de Castro, envió a pedir al correjidor seis de los mejores capi-tanes de su tropa para que concertaran con él el plan de ataque i, como expertos en la guerra contra los indios, lo dirijieran en la jornada. Apénas llegaron a su campo los seis oficiales, Cordes los hizo degollar i continuó su camino hácia la ciudad, a la cual entró al mismo tiempo que por el lado opuesto se veian aparecer interminables escuadrones de indíjenas.

Entónces o nunca era el momento de desengafiarse i de ver la traicion del holandés: en lugar de tomar a los indios entre dos fuegos, se encontraban rodeados los españoles i no se verifi-caba cosa alguna de las convenidas con el corsario.

Pero éste, cuando ya estuvo al habla, no perdió su serenidad



ni dejó de seguir representando su papel. Dijo que le habia sido preciso cambiar de plan porque habian incendiado el rancho fuera de la ciudad, en lugar de quemar uno de adentro. Sabiendo que el indio era en extremo suspicaz, temia que, en vista de tal cambio, desconfiara de él i juzgaba único medio de engañarlo el hacer entrar a todos los españoles en la iglesia, de manera que los indijenas los creyeran prisioneros o muertos i llegaran sin dificultad hasta donde, saliendo de repente los escondidos, pudieran con los holandeses destruirlos por completo.

Difficil parece que todavia engañara Cordes al correjidor i a los vecinos de Castro; difficil que éstos no notaran la desaparicion de los seis capitanes asesinados por el corsario; i mas de creer es que cuando asi les hablaba el holandés ellos se encontraran rodeados i en la imposibilidad de defenderse con fruto i juzgaran preferible, por grande que fuese su desconfianza, dar gusto a Baltazar de Cordes por la posibilidad aunque remota de que obrara con lealtad.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que hombres, mujeres i niños, todos, entraron a la iglesia i, rodeados por los holandeses i mui pronto por los indijenas que al llamado de los corsarios llegaron allá, se encontraron en absoluta imposibilidad de resistir.

Baltazar de Cordes dió pruebas en esa ocasion de una ferocidad que debió de asombrar hasta a los indijenas: asesinó a todos los hombres, siendo asi que no podia tener contra ellos resentimiento alguno i que solo le habian hecho beneficios. Los asesinó a todos, para escarmiento de los que en adelante quisieran fiar en promesas de estos corredores de mar, mitad corsarios i mitad piratas, i entregó la iglesia i la ciudad al mas espantoso saqueo. Solo a las mujeres les perdonó la vida; pero nó por humanidad, sino por fines que aquellas infelices debieron considerar como la mas tremenda de sus desgracias.

Habia entre las prisioneras una de heróico corazon, doña Ines de Bazan, natural de Osorno i viuda del capitán guipuzcoano Juan de Oyarzun, que se juntó a los hombres para resistir con

las armas en la mano, cuando en los últimos momentos i encerrados en la iglesia quisieron comenzar una defensa tardía i mui pronto imposible. Doña Ines de Bazan, prisionera con las otras mujeres, no perdió por eso el ánimo, resuelta a aprovecharse de la primera ocasion para salir del poder de los holandeses.

No tardó ésta en presentársele.

El capitán Luis Perez de Vargas estaba fuera de Castro con veinticinco hombres (4) cuando el holandés la tomó traidoramente i no pensó mas que en la manera de arrancar del poder de los enemigos a su mujer, sus hijos i su suegra, que estaban en Castro (5). Al efecto, envió a ella uno de sus soldados, del apellido de Torres, el que, fingiendo que se pasaba al holandés, pudo preparar las cosas para un asalto nocturno de Vargas (6). Doña Ines de Bazan le ayudó poderosamente, segun refiere la informacion que nos guía, impidiendo que los cañones traídos al fuerte desde el barco dieran fuego con haber mojado la cuerda-mecha.

---

(4) Rosales dice que son quince hombres. Los otros cronistas suponen que salió de Castro despues de haber hecho inútiles esfuerzos para resistir. En cuanto al número, seguimos el informe del coronel del Campo, que por dos veces dice que son veinticinco; en lo demás preferimos el testimonio de Rosales al de los otros cronistas, con tanto mas razon cuanto en las pocas circunstancias mencionadas por Francisco del Campo está de acuerdo con él.

Lo narrado hasta aquí en este capítulo, es de Rosales, excepto lo referente a doña Ines de Bazan, acerca de cuyos hechos dice pocas palabras. Los pormenores los tomamos del capítulo X del tomo I de la HISTORIA DE VALPARAISO de don Benjamin Vicuña Mackenna, el cual cita en apoyo de sus palabras dos informaciones. La primera, levantada en la misma ciudad de Castro por Baltazar del Aguila, yerno de doña Ines, en 1603, cuenta entre sus testigos a Luis Perez de Vargas, i la segunda, levantada en Santiago el año 1631 por el hijo de doña Ines, Juan de Oyarzun i Bazan, es una ampliacion de la primera.

Hai un punto esencial en que nos separamos de estas informaciones. Parece resultar de lo que de ellas extracta el señor Vicuña Mackenna, que Baltazar Ruiz de Pliego no fué engañado por los holandeses sino que por pusilanidad no se atrevió a resistirles. A mas de los pormenores que hemos tomado de Rosales, tenemos en favor de la version adoptada, las palabras del coronel Francisco del Campo, que escribiendo a Baltazar de Oordes le echa en cara su perfidia i traicion: "Le escribí una carta, diciéndole "lo mal que lo habia hecho en romper la palabra que habia puesto con los "del pueblo."

(5) Compendio histórico de don Jerónimo de Quiñones, tomo XI de la coleccion de HISTORIADORES DE CHILE, página 136.

(6) Informaciones citadas por el señor Vicuña Mackenna.

El audaz Luis Perez de Vargas llevó felizmente a cabo su arriesgada empresa, puso en libertad siete mujeres, sacó el ganado que habian tomado los corsarios, mató a dos de éstos, hirió a su capitán i llevó en triunfo un estandarte del enemigo (7). Despues de esta hazafia, i habiendo mandado avisar, como hemos visto, a Francisco del Campo, lo que sucedia, Luis Perez de Vargas, conociendo la debilidad de sus fuerzas, se ocultó en los bosques para sustraerse a la venganza de los holandeses.

Baltazar de Cordes averiguó pronto que dentro de la plaza habia encontrado auxiliares el asaltante i tuvo el gusto de saber que ni Torres ni doña Ines de Bazan habian logrado huir: «ahorcó al soldado, i cuando estaba doña Ines al pié del cadalso con la soga al cuello, compadecióse de ella el corsario, contentándose con espulsarla del recinto, despues de haberle hecho aplicar cruelísimos azotes» (8).

De esta manera, la heroica doña Ines de Bazan, despues de su gloriosa ignominia, pudo reunirse con las otras mujeres a cuya fuga tanto habia contribuido.

Los guerreros españoles asesinados en Castro por los holandeses e indíjenas, en la vil traicion de Baltazar de Cordes, fueron como treinta (9).

---

(7) Don Jerónimo de Quiroga en el lugar citado. Esto esplica el por qué, segun el citado informe del coronel, habia con Perez de Vargas, fuera de los veinticinco soldados "algunas mujeres."

(8) Don Benjamin Vicuña Mackenna, citando las informaciones, de una de las cuales copia las dos últimas palabras. Luis Perez de Vargas dice que vio las huellas de los mencionados azotes.

(9) Alonso de Rivera en el minucioso resumen de los que habian perecido en Chile desde la muerte de Loyola hasta su llegada, dice que en Castro murieron cuarenta españoles. Despues veremos que en un combate con los corsarios perecieron diez soldados del coronel del Campo: por eso calculamos que los holandeses asesinaron a treinta.



---

## CAPÍTULO XXIX.

### FRANCISCO DEL CAMPO I LOS HOLANDESES.

---

No cree Baltasar de Cordes en la llegada de los españoles.—Fuerzas i posición del corsario.—Disposiciones para el asalto.—El ataque.—Denredo de los indios.—Ceden los holandeses.—Consiguen llegar a *La Fidelidad*.—Francisco de Zúñiga.—El traidor Joannes.—Las mujeres de Castro: suerte que les reservaban los corsarios.—Carta del coronel i respuesta de Cordes.—Sale del puerto *La Fidelidad*.—Imposibilidad en que se encuentra de emprender un largo viaje.—Siguenla en los canales las piraguas del capitán Pedraza.—Encalla *La Fidelidad*.—Resuelve Cordes entregarse a los españoles.—Desesperación a bordo.—El petrometro Andres Vasquez.—La alta marea.—Mensaje de Cordes a Francisco del Campo.—De nuevo emprende el viaje *La Fidelidad*.—Agustin del Salto i Baltasar de Cordes en Quinchao.—Viaje a las Molucas.—Prision i muerte de un traidor.—Cordes i sus compañeros reducidos a prision en las Molucas.

---

Lo primero que hizo el coronel Francisco del Campo fué tomar informes acerca de las tropas que tenian los ingleses i del estado en que se encontraban en el fuerte, que en cuanto a los sucesos pasados i a la toma de Castro por los corsarios, el capitán Luis Perez de Vargas le dió « por escrito lo sucedido hasta allí » (1). Perez de Vargas, único oficial que, segun Rosales, no se habia dejado engañar por Baltazar de Cordes, vivió oculto en los montes sin perder un solo hombre i consiguió mantener en la plaza relaciones secretas para estar al corriente de cuanto sucedia entre los holandeses.

Por este medio supo el coronel que Cordes ignoraba su llegada: habia oido que iban españoles en socorro de la ciudad to-

---

(1) Volvemos a tomar por guia el informe del coronel Francisco del Campo, cuyas son las palabras citadas.

mada por él; pero, conociendo, por una parte, la escasez de tropas en aquellos días de sublevación jeneral i, por otra, la suma dificultad que el invierno, la falta de embarcaciones i las continuas tempestades ofrecían para llegar desde el continente hasta Chiloé, no creyó en tal rumor: era natural que los indígenas aguardaran de un día a otro la llegada de los españoles i de esa convicción nacía, probablemente, el mencionado rumor. Discurriendo así, se creía Baltazar de Cordes seguro en Castro por algún tiempo, i no necesitaba mucho; pues se preparaba para embarcarse pocos días después. Pero, aunque se creía seguro, no olvidaba las precauciones que toma un guerrero prudente en lugar donde, si bien difícil, es posible que lo ataquen de un momento a otro.

Fuera de los tres desertores españoles, había en Castro treinta i ocho corsarios: los demás permanecían en la nave. Había construido Cordes un fuerte « de dos buenas tapias en alto i medio estado de parapeto » en el cual tenía « dos cubos de madera « con tres piezas de artillería que jugaban las dos a los cuatro « lienzos i un pedrero muy bueno que habían sacado de la nao « que tenían a la puerta principal. » Junto a la muralla del fuerte, por la parte de adentro, estaban seiscientos indios de Chiloé i algunos de Osorno. Baltazar de Cordes los había armado perfectamente: los más tenían coseletes de cuero i lanzas, i otros, en lugar de lanzas, habían recibido clavos muy grandes con los que « hicieron buenos gorgueses que prometo a V. S., dice Francisco « del Campo al hablar de esto, que no he visto indios más bien « armados que ellos estaban. »

Reunió el coronel consejo de guerra i por unanimidad se resolvió atacar al holandés antes que supiese la llegada de los españoles. En consecuencia, inmediatamente volvieron éstos a ponerse en marcha hacia Castro, i con toda clase de precauciones, a fin de ocultar la marcha a indígenas enemigos i a corsarios, caminaron hasta como una legua de la ciudad. De ahí no era prudente pasar sino cuando fuesen al ataque i aguardaron la media noche, hora en que caminaron con suma cautela i

silencio. Llegados a un cuarto de legua del fuerte, Francisco del Campo mandó hacer alto i dirigió la palabra a los soldados. Les dijo cómo ántes del amanecer iban a atacar el fuerte i les recomendó la mas severa obediencia a sus capitanes, haciéndoles ver que ninguno habia de separarse de ellos i que de esto i de su valor dependia el éxito del ataque, despues del cual, si eran vencidos, no podian esperar sino la muerte de manos de un enemigo tan cruel. I para unir el interes del dinero al de la propia conservacion ofreció dar al primer soldado que entrase en el fuerte un repartimiento que poseia en Osorno.

Concluida su arenga, repartió la jente al mando de los capitanes: a Francisco Rosa le dió veinte hombres, provistos de escalas, con los cuales debia atacar por la puerta principal del fuerte; a Jerónimo de Pedraza dió otros veinte hombres i orden de tomar un torreón, » que era el que hacia otravez a la puerta principal i a otro lienzo, » con el objeto de impedir que la artillería de él hiciese pedazos a los que asaltaban el fuerte por la puerta i por el lienzo mencionados; a Agustin de Santa Ana, a la cabeza de veinticinco soldados, le mandó acometer por otra parte de la muralla, i, habiendo puesto varios hombres en otros puntos, se quedó el coronel acompañado de los capitanes Gaspar Viera i Luis de Salinas i de veinte soldados, para « guardar algunos pasos que salian a la mar. »

Era el 15 de agosto de 1600 i, como lo habia ordenado Francisco del Campo, ántes de amanecer estuvieron los soldados en sus puestos, despues de haber tenido la suerte de apoderarse de un centinela de los holandeses sin que alcanzase a dar la voz de alarma (2).

Cada uno de los tres capitanes designados para atacar cumplió bizarramente su encargo: Francisco de Rosa escaló la muralla i fué el primero que puso el pié en la fortaleza enemiga; Jerónimo de Pedraza se apoderó del torreón i Agustin de Santa Ana abrió un portillo en la muralla i entró con sus hom-

---

(2) Bosales, libro V, capítulo XVII.

bres al fuerte. I todo esto se hizo con tanto concierto i presteza que los asaltantes estaban dentro de los muros i los holandeses ignoraban su arribo a Chiloé.

Pero ya sabemos que ántes de llegar a los corsarios tenian que pasar por sobre mas de seiscientos indios que estaban « arrimados al lienzo del fuerte. » Con ellos se comenzó el combate, a cuyo estruendo despertaron los holandeses, tocaron alarma i acudieron a la lucha, creyendo, por cierto, que iban a rechazar otro golpe de mano de Luis Perez de Vargas i sus veinticinco soldados.

Entre los conquistadores, los indios chilotes tenian fama de pacíficos i poco aptos para la guerra, probablemente porque no hubo necesidad de derramar sangre para apoderarse de aquel archipiélago. Pues bien: parece que en esta ocasion se propusieron mostrar que eran valientes i esforzados guerreros; pues a pesar de haberlos sorprendido durante el sueño, el mismo coronel confiesa que de tal manera « pelearon los indios, que nos « tuvieron mui a pique de desvaratarnos. »

Mas de dos horas duró el combate, sin que hubiese ventaja por ninguna de las dos partes, i en ese tiempo fueron muertos diez españoles a mosquetazos i heridos doce. Cuando la luz del dia vino a alumbrar el campo de batalla, no fueron los indjenas sino los holandeses los que primero dieron muestras de debilidad. Al ver Baltazar de Cordes el gran número de españoles i las bajas sufridas en su jente, solo pensó en retirarse, con tanto mas razon quanto no tenia por qué hacer sacrificios a fin de mantenerse en una fortaleza que estaba resuelto a abandonar dos dias despues para emprender su viaje a Europa. Miétras conseguian los corsarios llegar a las naves se reunieron en « una casa fuerte que tenia el fuerte » i dejaron a los indios que continuaran por su parte la lucha. Asi lo hicieron hasta que, habiendo perecido a manos de los españoles mas de trescientos, los demas huyeron, sin que por el momento pensaran los asaltantes en perseguirlos.

Los corsarios, parapetados en la casa fuerte, resistian con



tenacidad: para concluir de una vez un combate demasiado largo, Francisco del Campo hizo poner fuego «por tres puertas que salian al patio,» a la casa donde estaban. Entónces, medio sofocados por las llamas, recurieron al último arbitrio que les quedaba para salvarse. Saliendo de la casa por una puerta falsa, que no habian visto los españoles, consiguieron saltar la muralla i, resguardados por uno de los torreones, llegaron al campo sin que les dañaran las balas de los del fuerte, «Les salí, dice el coronel, al encuentro por de fuera con doce «soldados i, visto que les tenia tomado el paso, corrieron un «lienzo de la muralla hasta el portillo que habia hecho el sargento mayor, por donde se arrojaron una cuesta abajo para irse «al navío.»

En efecto, lograron entrar en una embarcacion, que al ruido del combate envió *La Fidelidad* en su socorro, i llegaron al buque. Solo doce holandeses volvieron a *La Fidelidad* i de ellos cuatro estaban heridos: los demas habian perecido en el asalto. Cuenta Rosales que era tal la furia con que los españoles perseguian en su fuga a los corsarios, que habiéndose uno de éstos echado a nado para embarcarse, el soldado Francisco de Zúñiga se arrojó al agua tras él sin bajarse del caballo i a lanzadas le mató, i sacó a tierra el cadáver.

Los holandeses dejaron en Castro, fuera de las armas, pertrechos i cañones, veintiseis muertos i ni un solo prisionero, si se exceptúa un desertor español, llamado Joannes, al que sus compatriotas encontraron en el fuerte i lo arcabucearon en el acto.

Las mas contentas i felices con la derrota de Baltazar de Cordes fueron, sin duda, las mujeres, que acababan de pasar tan amarga cautividad en poder de los corsarios i a quienes éstos no ocultaban que en dos dias mas, al abandonar las playas de Chile, iban a hacer de ellas dos porciones: escojerian algunas para llevarse en su nave i entregarian las otras a los indios como último regalo i suprema prenda de amistad. En verdad, esta resolucion de entregar aquellas desgraciadas e inocentes víctimas, a las cuales habian sumido en el dolor con el asesinato de sus

padres, hermanos, esposos e hijos, en manos de los salvajes para que quedasen en perpétua i tremenda esclavitud, era el digno complemento de la série de crímenes i espantosas crueldades que caracterizan a los holandeses en el episodio que estudiamos: nada habian respetado. Comenzaron por burlar la palabra empeñada, por asesinar a los que les tendian la mano de amigos i aliados i querian concluir con la mas repugnante de las iniquidades, perpetrada en esta vez contra indefensas mujeres. En vista de tal conducta, es probable que las designadas para quedar en poder de los indios no creyeran que iban a ser esclavas de salvajes tan malvados como los que a las otras habian resuelto llevarse. Dios libertó a las infelices i comenzó el castigo de sus miserables verdugos con la victoria de Francisco del Campo: bueno es no olvidar los hechos de los holandeses para explicar i disculpar en parte las terribles represalias, que nadie puede justificar, tomadas despues por el jefe español, i el odio encarnizado que en todas partes se manifestaba contra cualquier corsario que llegase a estas playas.

Apénas concluyó la lucha, escribió Francisco del Campo a Baltazar de Cordes una carta, en la que le echa en cara su indigna conducta, principalmente la traicion con que se habia apoderado de la ciudad. Sin responder a esto, en lo que hizo mui bien, ya que no era dado disculpar semejantes cosas, Baltazar de Cordes contestó pidiendo le enviasen un poco de leña i una vela que estaba en tierra i que le hacia falta i ofreciendo en cambio poner en libertad a cinco españoles que tenia presos en el navío. El coronel manifiesta despreciar esos prisioneros «porque se habian rendido» i contestó al pirata diciéndole que se los llevara en buena hora, que ni por eso ni por nada le daría cosa alguna, e intimándole que se rindiese.

Dos dias estuvo en el puerto el buque holandés, sin que Francisco del Campo pudiese intentar el mas mínimo ataque contra él; pues solo tenia a su disposicion miserables piraguas de pescadores, del todo inadecuadas para dañar a la relativamente poderosa nave de Baltazar de Cordes.

El mismo día que tenían proyectado partir de Castro, pero en mui distintas condiciones, derrotados i no vencedores, fujitivos i sin fuerzas en lugar de terribles corsarios, Cordes i sus compañeros « echaron un gallardete mui largo en su nao i zarparon una ancla, aunque tardaron mas de dos horas en zarparla « a causa de no tener mas de catorce hombres sanos, que los otros « estaban heridos, aunque tenían doce indios presos que les ayudaron a zarpar el ancla con mucho trabajo. »

Tal era la situación en que se encontraba el último buque de la brillante expedición salida de Holanda dos años ántes. Con tan pocos recursos i sin los víveres que, sin duda, había pensado embarcar en los dos últimos días, era imposible que Baltazar de Cordes se espusiera a pasar de nuevo el Estrecho de Magallanes. El coronel creyó que probablemente no saldría de los canales del archipiélago de Chiloé i, tanto para apoderarss de la tripulación, si encallaba en ellos *La Fidelidad*, como para evitar que se pusiese de nuevo en comunicación con los indios i recibiese de su mano víveres en cambio de armas que a Cordes no hacían falta i dañarían a las tropas españolas, lo hizo seguir a conveniente distancia por el capitán Jerónimo de Pedraza con no pocos hombres en « seis piraguas bien armados. »

En su minucioso informe, dirigido al gobernador de Chile, cuenta Francisco del Campo día por día, casi hora por hora, cuanto sucedió en la retirada de Baltazar de Cordes, seguido siempre, mientras estuvo en los canales, por el capitán Pedraza. Andando como dos leguas al día i despues de haber perdido, una tras otra, dos anclas buenas que llevaba i no quedar sino con « una quebrada que le faltaba una uña, » *La Fidelidad* cierta noche fué arrastrada por el viento norte i pronto dió con la quilla en la arena.

Descorazonado el capitán i cansado de luchar contra la fortuna a cada instante mas adversa, « sin hacer ruido ninguno « llamó a los cinco españoles que tenía presos i les dijo cómo « tenía su navío perdido i que él quería saltar en tierra solo con

« dos españoles, que fueron Martín de Uribe (3) i Andrés Vasquez i que los tomaba por padrinos para que les otorgasen las « vidas. »

Empero, por mucho silencio con que esto hiciese, muy pronto los marineros estuvieron al cabo de todo, pues no podían dejar de notar que el buque había encallado. En el acto se difundió jeneral desesperación entre aquellos hombres que no debían aguardar merced ni compasión alguna recordando sus crímenes: los más se arrepentían de no haberse entregado ántes, cuando quizás hubieran logrado alguna ventaja tratando con el coronel, en lugar de tener que rendirse ahora a discreción, « i hubo ingleses » (siempre fueron ingleses estos corsarios para Francisco del Campo), « i hubo ingleses que bebieron por no sentir la muerte: » ¡tan ciertos estaban de morir i tan brutal i cobardemente querían al propio tiempo librarse de las angustias de la agonía!

Baltazar de Cordes, más animoso que sus compañeros, consiguió, después de muchos esfuerzos, hacerlos entrar en razón i persuadirlos de que debían cuánto ántes saltar en tierra para dirigirse a Castro. Temía sobre todo que, mientras permanecían en la nave, llegaran las piraguas mandadas por Jerónimo de Pedraza i concluyeran con ellos.

Siguióse a esta determinación una escena indescriptible, en la que los holandeses « abrazaban a los españoles i les rogaban les « fuesen buenos terceros para que les otorgasen las vidas, i el « capitán daba prisa que saltasen en tierra ántes que amaneciese. »

El estorbo vino de donde menos se puede imaginar: hubo en aquellas circunstancias un español que, ántes de salir, quiso acicalarse cual si fuera a un baile i dió tiempo a que la marea comenzase a subir. Cuando esto refiere el coronel del Campo, no trata de ocultar la indignación que lo domina: « I hubo, dice,

---

(3) Es probablemente el mismo capitán a quien Rosales llama, como hemos visto, Martín de Uribe.

« un demonio de un Andres Vasquez que..... se dió tanto a su aseo que aconsejó al capitan que aguardase un rato cuanto se « vestia. » I tanto le ocupaba a este extraño petimetre su tocador, que miéntras todos desesperados resolvian entregarse a sus mayores enemigos por no permanecer en un barco que de un momento a otro podia ocasionarles la muerte, él se entretenia en pedir que le « diesen camisa limpia » ! Se sabe cuán rápidas son las mareas en aquellos parajes, i ya hemos dicho que al amanecer i miéntras estaban en los preparativos de salida, comenzó el mar a subir. Al notar el maestre de la nave que ella se movia, lo advirtió al capitan i entónces se resolvió que no habia para qué dejarla. Sin embargo, como no era posible emprender un viaje sin tener a lo ménos una ancla, Baltazar de Cordes juzgaba necesario entregarse mas tarde o mas temprano a los españoles; solo que su situacion mejoraba, desde que si se rendia lo haria voluntariamente. El peligro que acababa de pasar era tanto mayor cuanto, durante las horas que estuvieron varados, pudo llegar perfectamente al barco Francisco del Campo; pues en los dos dias de viaje los corsarios se habian retirado de Castro solo cuatro leguas. Si el coronel no hubiera fiado tanto en la persecucion de Jerónimo de Pedraza i hubiera enviado por tierra quien lo tuviera al corriente de lo que sucedia a Cordes, éste habria caído en su poder.

Para explorar el ánimo de los españoles i ver lo que habria de esperar de ellos caso de entregarse, Baltazar de Cordes envió a Castro como mensajeros, dándoles libertad, a los dos españoles ya nombrados: Martin de Iribe i el héroe del aseo, Andres Vasquez. Nada dice el coronel de lo que con el último hicieron al imponerse de que a su estemporáneo deseo de acicalarse era debido el que los holandeses no se hubieran entregado; pero, por la manera como hemos visto que se espresa sobre él, es probable que no lo pasara mui bien.

Los mensajeros llevaban de parte del corsario 'al coronel « una alabarda i unas picas de sus armas » i « una carta de grandes cumplimientos. » Aunque en esa carta no se hablaba pala-

bra de rendicion del navío, Martin de Iribe, encargado de poner los puntos a las fes, dijo a Francisco del Campo, de parte del capitan, que fuese al lugar donde estaba *La Fidelidad* para tratar personalmente de la entrega.

Asi lo hizo el coronel; pero, en el entretanto, los corsarios habian mandado buscar la última ancla perdida i tenido la suerte de encontrarla, con lo que por completo cambiaron de resolucion i determinaron tentar fortuna i procurar irse a otra parte donde, si caian prisioneros, no hubiese contra ellos tantos motivos de justísimo resentimiento. Asi, cuando llegó Francisco del Campo a la vista del navío i escribió a su capitan una carta hablándole de lo que con Martin de Iribe le habia mandado decir, Baltazar de Cordes le respondió que no le entendia i que jamas habia pensado en rendirse. Esta fué la última comunicacion habida entre Cordes i del Campo; pero no la última infructuosa dilijencia hecha por el coronel para apresar al corsario.

No mui satisfecho, probablemente, de la manera como Jerónimo de Pedraza habia llenado su comision, nombró esta vez al sarjento mayor Agustin de Santa Ana para que con treinta hombres se fuese a la isla de Quinchao a evitar que Baltazar de Cordes tomase allí leña i provisiones. Se decia que los naturales de esa isla se habian manifestado mui amigos de los corsarios i, como estaban mas apartados de Castro, era probable que allá se dirijiera Cordes preferentemente.

En realidad, el 31 de mayo, víspera de la fiesta de Córpus, fondeó *La Fidelidad* en esa isla, adonde Francisco del Campo envió en una piragua a dos audaces soldados i cuatro indíjenas, para que viesen modo de cortar la amarra de la única ancla buena que los sujetaba al fondeadero; pero, por suerte para los corsarios, « fué tanta la corriente que no pudieron abordar al navío. »

Agustin de Santa Ana consiguió el objeto de su viaje: los corsarios no se atrevieron a bajar a tierra i un día despues de su llegada a la isla de Quinchao siguieron la navegacion para salir de los canales, lo que lograron a los cuatro dias de viaje.

Antes de salir del archipiélago de Chiloé, echaron a tierra a los tres españoles que aun conservaban prisioneros i que, con Iribe i Vasquez, fueron los únicos que salvaron con vida de cuantos encontró en Castro Baltazar de Cordes.

Segun dice en su informe el coronel, los corsarios, al dejar a Chile, eran, comprendidos los sirvientes, nada mas que veintidos hombres i las provisiones que llevaban consistian en « cien fanegas de trigo i mucha carne salada. »

No habia de intentar el comandante de *La Fidelidad* pasar el Estrecho de Magallanes, que tan fatal habia sido para la expedicion mandada por el desgraciado Simon de Cordes: desde Chiloé atravesó el Pacífico hasta llegar a las Molucas. De pasada tocó probablemente en las costas del Perú, porque Alonso de Rivera, en su citada carta al rei, fecha en Arauco el 10 de marzo de 1601, dice hablando de los tres españoles que en Chiloé se unieron al enemigo: « i del uno, que en la costa del Perú fué preso i me lo remitió el virei don Luis de Velasco, se hizo justicia en la Concepcion, ántes que (yo) saliese para esta jornada; « precediendo la confesion de su delito i otra declaracion mas « copiosa al tiempo de la muerte, que la una i la otra enviaré a « Vuestra Majestad en el primer despacho. »

En las Molucas Baltazar de Cordes i sus compañeros fueron apresados por los portugueses que, si trataron mal a los prisioneros, no les dieron, sin embargo, el castigo a que por sus crímenes se habian hecho acreedores.

---





---

## CAPÍTULO XXX.

### EL CASTIGO DE LOS INDIOS DE CHILOÉ.

---

¿Debería despoblarse la ciudad de Castro? — Resolucion negativa. — El sarjento mayor Agustin de Santa Ana. — Luis Perez de Vargas. — Investigaciones del coronel para descubrir los culpados. — Lo que supo de la llegada de Cordes a Lacuy. — Imposibilidad de castigar a todos los culpados. — Los caciques de Lacuy. — Háceles quemar Francisco del Campo. — Vuelve al continente el coronel. — Manda a Perez de Vargas que dé muerte a otros treinta caciques. — Ordena despoblar la provincia de Lacuy. — Francisco del Campo casamentero en Castro. — Revalidacion de esos matrimonios. — Los dos curas de Castro. — Grandes disturbios entre ellos i sus amigos. — El cadáver de Baltazar Ruiz de Pliego.

---

Concluido el cuidado i la persecucion de los corsarios, quedaba a Francisco del Campo por resolver lo que se haria con la arruinada ciudad de Castro i cuál seria el castigo de los indíjenas que se habian juntado a los holandeses para atacar a los españoles.

Encontrábase Castro en miserable estado i, esceptuando los treinta hombres que se habian salvado de la matanza, los pobladores de ella se reducian a viudas i huérfanas: ¿no valdria mas abandonarla i aumentar con sus habitantes el número de los de Osorno? Asi lo proyectó al principio el coronel; pero la consideracion de que sin la ciudad de Castro se subleva-ria todo el archipiélago i los indíjenas aumentarían las fuerzas de los asaltantes de Osorno, i probablemente la oposicion de los pocos vecinos que habian sobrevivido i cuya heróica conducta merecia se les premiase en lugar de quitarles lo que poseian sacándolos de Chiloé, fueron parte para que Francisco del Campo

cambiase de resolucion i mantuviese en pié la ciudad de Castro. Al efecto, dejó en ella cuarenta i cuatro hombres de los que habia llevado consigo, los cuales, junto con veinticinco que de Castro quedaban, formaron una guarnicion de sesenta i nueve soldados. Quedó en Castro por haberse casado en Chiloé el sargento mayor Agustin de Santa Ana, a quien acabamos de ver dirijiendo la expedicion contra Baltazar de Cordes. Era, segun dice Francisco del Campo, un hidalgo mui recomendado por el virei del Perú, que habia ayudado mucho en Trujillo a juntar la jente que vino a Chile con el coronel i que, a mas de traer a su cargo una compaña, vino en la navegacion como sargento mayor de toda la fuerza i continuó desempeñando ese puesto hasta que se resolvió a avcindarse en Castro. Francisco del Campo lo recomienda mui especialmente al gobernador; pero, a pesar de todos los títulos mencionados i de ser el que mas alto empleo desempeñaba en el ejército, no lo dejó al mando de la ciudad. La heroica conducta de Luis Perez de Vargas designaba a éste para el primer puesto: ningun mérito podia compararse a los de él i nadie habia manifestado mas altas cualidades de mando: a él lo nombró Francisco del Campo correjidor de Castro i, al escribir al gobernador, pide que lo confirme en ese puesto i le dé ademas algun buen repartimiento vacante.

En aquellos dias, i principalmente bajo el gobierno de don Francisco de Quiñones, los castigos o mas bien las represalias de los españoles eran terribles, i no se citará, por cierto a Francisco del Campo en prueba de lo contrario.

Para averiguar cuáles habian sido los indíjenas mas culpados en la entrada de los corsarios, comenzó a llamar a algunos de los indios vecinos de Castro, dándoles salvosconductos. Por ellos supo las circunstancias de la entrada de Baltazar de Cordes a Chiloé, que solo habia oido en confuso.

El corsario habia estado cuatro dias en los alrededores del « puerto de Lacuy, que es mui bueno » sin poder dar con la entrada, i sin cesar de buscarla. Un cacique quiso saber a qué atenerse sobre este estraño buque i en una piragua fué a él.

Por mui bien que lo recibieran los holandeses, no pudo entenderles i volvió a tierra por « un indio suyo ladino, que hablaba en lengua de Castilla. » O bien hubiera en la tripulación alguno que hablase español o se entendiesen con dificultad, es lo cierto que se pusieron de acuerdo; i los indijenas, conquistados, sin duda, por los obsequios i las promesas de los corsarios i por la esperanza de sacudir, ayudados de ellos, el yugo español en aquellos dias de epidémicas revueltas, guiaron al puerto a *La Fidelidad* i dieron a Cordes los mas minuuciosos pormenores acerca de la fuerza i los recursos de los pobladores de Castro. Los corsarios llegaban « mui flacos i desfigurados, que se puede imaginar que no traian que comer sino era un poco de bischocho... » i si están cuatro dias sin entrar en el puerto, no escapa hombre de hambre. » En cambio de los regalos que a los indijenas hicieron los holandeses, consistentes en « cuchillos i lanzas i « otras cosillas de su navío, comenzaron todos los caciques de la « provincia de Lacuy a traerles carneros i maiz i vacas, i luego « se alzó toda la tierra i..... acudian todos los caciques a llevar- « les bastimentos. »

Aunque todos los indijenas de Chiloé hubiesen hecho armas contra los españoles i contribuido al asesinato de los defensores de Castro, no era posible castigarlos a todos; pues tanto habría valido arruinar esa comarca i dejar a los defensores de la ciudad en la miseria. La represalia i el escarmiento que Francisco del Campo juzgaba necesarios no podía, pués, ser universal i fué preciso escojer a los principales culpados, es decir, a los caciques de la provincia de Lacuy, cuya responsabilidad acabamos de conocer. En consecuencia llamó « a todos los caciques de todas las islas, excepto los de Lacuy, » dióles salvoconductos para que fuesen sin temor; no faltó uno solo, dieron la paz i el coronel se la recibió.

Hecho esto i tomadas las últimas disposiciones en favor de los habitantes de Castro, Francisco del Campo declaró terminada su expedicion i comenzó la vuelta, por el lado de la provincia de Lacuy, a cuyos caciques mandó llamar. Aunque no les

diese salvoconducto como a los otros, los caciques de esa comarca no podian pensar en resistir ellos solos al vencedor de indíjenas i corsarios. Si no obedecian al llamado del coronel, atraian a éste mas airado sobre sus tierras i aumentaban el castigo que tanto temian. Se resolvieron, pués, a salir a su encuentro i fueron a juntársele en las cercanías del canal de Chacao, donde Francisco del Campo aguardó cuatro días hasta que llegase el último. El día que sus tropas comenzaron a pasar el canal, el coronel reunió, como él dice, a « los caciques, que fueron « dieziocho, i los metió en un buico (choza) i los quemó, dándole a entender que los quemaba porque habian metido al « ingles. »

I para mostrar que eso era castigo severo de los principales culpados i no venganza contra los pobres indios, agrega a renglon seguido: « I aunque hubo muchos indios allí, a ninguno « hice mal mas de solo a los caciques de Lacuy, » si bien de éstos no quedó uno con vida, « que otros siete a ocho que habia, los « matamos la mañana que dimos en el fuerte. »

No se encontró satisfecho Francisco del Campo con ese tremendo castigo: léjos ya de Chiloé i, a pesar de que despues de haber pasado el canal de Chacao recibió la paz de todos los indios, que se apresuraron a hacerle las mayores protestas de fidelidad i aunque él mismo confiesa que el ejemplar referido habia puesto a todo Chiloé « llano como si jamas se hubiera alzado, » creyó, sin embargo, necesario pasar adelante en el escarmiento. Miéntras desde mayor distancia veia los sucesos, mas grande le parecia el peligro de que Chiloé llegara a ser refujio i madriguera de piratas i mas necesario aemorarizar a los naturales a fin de evitar este mal de tanta consideracion para el Nuevo Mundo.

Probablemente, tuvo otra noticia que lo alarmó aun mas al llegar a Osorno, donde estuve, dice, « en la cama tres meses sin « levantarme i he quedado de un brazo pasmado i un hombre, « que fué de los grandes frios que pasé al pasar de las bahías, « que fué el mas récio tiempo del mundo de nieves i hielos: i

« los soldados que van conmigo vinieron tambien mui malos, « muchos de ellos de los frios i hambres que pasaron. » Esa noticia era la llegada a Valparaiso de una nueva partida de piratas, mandada por Oliverio Van Noort, que estaban dando las mismas pruebas que Baltazar de Cordes, de salvaje crueldad.

Escribió, pués, aun ántes de concluir su viaje, una carta al correjidor de Castro, el capitán Luis Perez de Vargas, « en la « que le mandaba que ahorcase hasta treinta caciques i algunos « indios mui culpados, lo que, agrega, ha hecho mui bien i me « ha enviado testimonio de ello. »

Como se ve, fué harto mas cruel el segundo castigo que el primero i no paró en lo que llevamos dicho. No creyendo todavia que podía confiar en los habitantes de Lacuy i temiendo siempre que en ellos encontraran aliados los corsarios, resolvió poner un remedio tan duro como radical: ordenó a Perez de Vargas «despoblase toda la provincia de Lacuy que cae al mar.» Asi, si volvian a ella corsarios, se encontrarían en país abandonado i sin recurso alguno.

Si hemos de creer a Rosales, de ordinario tan bien informado, Francisco del Campo, cuando se decidió a repoblar a Castro i a reforzar con parte de su tropa la guarnicion de esa ciudad, tomó una medida no tan estraña entónces como lo seria hoi: habian quedado muchas viudas por la matanza hecha por los corsarios i el coronel las casó con los soldados que dejaba (1). I pues habia sido muerto por los holandeses el cura i vicario de Castro, don Pedro de Contreras Borra (2), Francisco del Cam-

---

(1) Hace mas probable esto lo que, siguiendo el informe del coronel, hemos dicho que el sarjento mayor Agustín de Santa Ana se casó en Chiló.

(2) He aquí las circunstancias de que rodea Rosales, libro V, capítulo XVI, la muerte del cura: « Un protestante que traía [el corsario] se puso a disputar con el cura i vicario don Pedro de Contreras Borra i con el celo de « la honra de Dios reprendió a los herejes sus crueldades e infidelidad, i por « causa tan santa le quitaron la vida, hincándose de rodillas i pidiéndoles « que le dejasen hacer un rato de oracion. Romay, autor curioso i diligente « en inquirir los sucesos de este reino, dice que un indio que habla criado « el cura i le servia de paje llegó en esta ocasion a los herejes i les dijo: « Este elérigo era un embustero, hipócrita i poco há predicó de vosotros « que érades mala jente, moros i herejes, i que no os creyessen ni se fiasen

po hizo que solemnizase los matrimonios el clérigo que lo acompañaba en su expedición. Es verdad que no quedó completamente seguro de la legalidad i validez de semejantes casamientos i la duda continuó hasta que, habiendo llegado a Chile el obispo de La Imperial don frai Rejinaldo de Lizarraga, envió éste a Chiloé al presbítero García de Alvarado con el encargo de revalidarlos i el poder suficiente para hacerlo así.

Con la llegada de García de Alvarado, no solo se revalidaron los matrimonios, sino que tambien concluyeron largas disensiones que habian dividido i ensangrentado la ciudad i escandalizado a todos los habitantes.

Asi como Francisco del Campo, « por no haber otro clérigo » se creyó autorizado para dejar « por cura un sacerdote mui honrado i de mui buena vida que habia ido » con él (3), así el cabildo de la ciudad, luego que de ella partió el coronel, nombró « otro cura vicario, sin poderlo hacer, » esclama del Campo.

Sucedió lo que fácilmente podia preverse. Comenzaron entre los dos curas ágricos altercados i los amigos i parientes de uno i otro fueron tomando cartas en el asunto i agriando mas i mas las diferencias, hasta el extremo de dar « a un hermano del vicario Pero Sanchez, una cuchillada. » Los partidarios de la parte ofendida llegaron en su indignacion a tanto, que uno de ellos, Diego de Alderete, quiso matar al otro cura i prenderle fuego a su habitacion. Frustrados estos criminales proyectos, dirijió su

---

“ de vosotros, i que solo su Dios era el bueno i su fé, i llorando les dijo a los españoles que les habia de castigar Dios por sus pecados i que él tambien habia de morir, mui bien habeis hecho de matar a los españoles, que tienen muchos pecados, i mejor es matar a éste, que es un embustero i me mataba a azotes: dejádmelo a mí matar. I que ayudando a los herejes le mataron a golpes i estocadas entre todos, i el indio su yanacóna a quien habia orlado i enseñado la doctrina cristiana, le cortó la cabeza. Lo cierto es que el santo sacerdote murió en odio de la fé i por predicar la verdad i que podia ser contado en el número de los mártires; pero la defuicion de eso toca a Su Santidad.”

(3) Estas palabras i los datos relativos al incidente que narramos están tomados de la citada relacion del 16 de marzo de 1601. Gay, al publicarla, ha suprimido unos cuantos apartes del fin, uno de los cuales utilizamos aquí. Puede verse el informe completo entre los documentos del señor Viçuña Mackenna.

venganza, ignoramos por qué, contra el cadáver del desgraciado Baltazar Ruiz de Pliego, que estaba sepultado en la iglesia de la ciudad, dedonde lo desenterró.

El coronel Francisco del Campo, al dar cuenta de tales desmanes al gobernador, le pide con justicia represion tan pronta como enérgica.

---





---

## CAPÍTULO XXXI.

### ÚLTIMOS DIAS DEL GOBIERNO DE QUIÑONES.

---

Sale don Francisco de Quiñones en auxilio de Arauco.—Motivos que lo obligan a volver desde el Biobío.—La parálisis.—Lo que había hecho Martínez de Leiva.—Espedición marítima que lleva a Arauco.—Vuélvese una de las tres naves.—Los de otra no pueden desembarcar.—El soldado Diego de Huerta.—El salto de Huerta.—Vuélvese a Concepción la segunda nave.—Pérdida de la tercera: muerte de Leiva i de la mayor parte de sus compañeros.—El trompeta inglés.—Envía Quiñones otro buque al mando de su hijo don Antonio en socorro de Arauco.—Oportunidad del auxilio.—Nuevo peligro para la colonia: el hambre en Concepción i Chillán.—Imprevision de Quiñones.—Los soldados se desertan i vienen a Santiago.—Peligro en que ponen a la capital.—Aumentase el peligro con la llegada de los portugueses.—Los indios amenazan a Concepción.—De nuevo se convierte en ciudadela el convento de San Francisco.—Correrías de los indios hasta el Maule.—Lo que habían servido las victorias de Quiñones.—El mas desgraciado de los gobiernos.—Lo que pedía doña Grimanesa de Mogrovejo.—Llegada a Chile del sucesor de Quiñones.

---

Llegado a Concepción don Francisco de Quiñones, de vuelta de la expedición despobladora de La Imperial i Angol, supo cómo los indijenas, cada dia mas numerosos i audaces, tenían en sumo peligro a la fortaleza de Arauco; ya lo hemos visto: de la antigua ciudad quedaba solo la fortaleza. Durante todo su gobierno había hecho esfuerzos Quiñones por mantener a Arauco, que juzgaba importantísimo, i cuando esperaba que de un momento a otro aceptase el virrey su tan reiterada renuncia i le enviase sucesor, no había de querer que cayese en manos de los rebeldes aquella plaza: demasiada responsabilidad pesaba sobre él con la despoblación de La Imperial i Angol. Por lo mismo, no confió a nadie el cuidado de rechazar a los araucanos, sino que salió él de Concepción a la cabeza de trescientos cin-

cuenta soldados; mas apénas pudo llegar a la desembocadura del Biobio i no lo pasó, porque las lluvias se desencadenaron con extraordinaria fuerza e hicieron imposible la continuacion del viaje. Tuvo tambien otras noticias de Concepcion que le obligaron a volver pronto a esa ciudad. I cual si no fuesen bastantes obstáculos, a todos éstos se reunió otro mayor: don Francisco de Quiñones no estaba en edad de andar en semejantes expediciones, soportando la crudeza del tiempo en una estacion tan avanzada: la enerjía i entereza de su alma lo hacian olvidar los cuidados que há menester un anciano, pero la naturaleza se los recordó cruelmente: una parálisis lo dejó postrado en el lecho por mucho tiempo (1).

Sin embargo, desde su lecho dispuso una expedicion que debia ir por mar al socorro de Arauco i a cuya cabeza colocó al capitán Juan Martinez de Leiva, que en la reciente frustrada empresa acababa de dar a Quiñones pruebas de valor i pericia militar. Cuando el ejército estaba cerca de la embocadura del Biobio, habia recibido el gobernador noticias de que una gran junta de indios de Andalien se hallaban emboscados en cierto paraje a fin de sorprenderlo a su paso. Comisionó a Martinez de Leiva para que, con cuarenta soldados escojidos, fuese de esplorador. Llegado al lugar, le salieron los indijenas en gran número: Martinez de Leiva combatió con ellos; se mantuvo a la defensiva hasta que recibió otros cuarenta hombres de caballería, que en su auxilio envió don Francisco de Quiñones i entónces atacó al enemigo con grande ímpetu, i lo derrotó por completo.

Mas le valiera no haber sido tan bizarro militar a la vista del gobernador, porque no habria sido escojido para la expedicion marítima que iba a tener para él fatal desenlace.

Quiñones hizo aprestar una fragata con pertrechos, municiones i bastimentos de guerra i de boca i dos barcos mas: la expedicion se componia de setenta soldados (2). Su capitán Juan

---

(1) Carta de Alonso García Ramon al virei del Perú, fechada en Santiago el 20 de agosto de 1600.

(2) Rosales, libro V, capítulo XIX.

Martínez de Leiva con treinta i nueve hombres de guerra iba en el mejor de los barcos. Salieron las naves a fines de junio (3); pero, por corta que fuese la travesía, un temporal les impidió llegar a su destino. Separada de las demas desde el principio, la fragata que llevaba las provisiones volvió a Concepcion i fué la mas feliz de las embarcaciones. Las otras dos anduvieron juntas hasta la altura de Arauco, pero no pudieron llegar al puerto. La que mas se acercó se encontró casi perdida « entre los arrecifes de Caraquilla » i, segun refiere Rosales, de quien tomamos las palabras precedentes, estuvieron sus tripulantes siete dias luchando entre la vida i la muerte i sin poder desembarcar, pues los indíjenas de guerra no desamparaban la playa. Diego de Huerta, valiente soldado español, quiso probar si le seria posible burlar la vijilancia de los indios para llegar, probablemente, a Arauco i pedir a sus defensores que con una salida acudieran en socorro de los que iban a auxiliarlos. Aprovechó a este fin un dia en que veia la playa desierta, desembarcó andazmente i emprendió su camino. Los indíjenas, sin embargo, no estaban descuidados sino ocultos i cuando lo juzgaron oportuno salieron en gran número i lo atacaron: « Viéndose solo, dice Rosales, cercado « por todas partes i que no tenia por dónde huir sino echándose « de una barranca altísima al mar, tomó esta determinacion i, « dando un salto de arriba abajo, se escapó milagrosamente. I « quedó aquel sitio con el nombre de Salto de Huerta, por ser « cosa de admiracion la altura de donde se echó al mar, sin hacerse pedazos, habiendo por allí muchas peñas. »

Por grandes esfuerzos que los del barco licieran, pudo mas que ellos la tempestad i diéronse por mui contentos con arribar a la isla de Santa María, de donde un tanto repuestos volvieron a Concepcion. Los tripulantes del tercer barco fueron los mas desgraciados: arrojados por la tormenta en la punta llamada de Lavapié, en frente de la mencionada isla de Santa María, el

---

(3) Alonso García Ramon en su carta al virei, fechada el 20 de agosto de 1600, dice que el socorro de Arauco salió "un mes ántes que [yo] llegase a este reino." García Ramon llegó el 29 de julio.

barco se hizo pedazos i, si bien los que lo tripulaban pudieron juzgarse un momento dichosos, pues lograron llegar a tierra, pronto conocieron que su suerte no habia mejorado mucho: inmensa cantidad de indijenas rodeó a los náufragos, que, casi indefensos, no opusieron a sus enemigos resistencia mui peligrosa. Era éste el barco mandado por el capitan Juan Martinez de Leiva i en él iban treinta i nueve hombres de armas (4) pero ¿qué podian hacer, habiendo salvado del naufragio solo las personas? Los araucanos dieron, pués, muerte a Martinez de Leiva i a la mayor parte de su jente i guardaron como prisioneros a unos pocos mas felices que los otros (5), de los cuales solo seis o siete lograron despues obtener su libertad i llegar a Concepcion (6). Entre los prisioneros se encontraba « un trompeta ingles, al cual, dicen, regalan mucho i que le hacen buena acogida para tratar con los ingleses cuando por acá vengan. I, « (agrega el gobernador de Chile, al referir ese rumor al virei) « aunque esto no es de mucha consideracion, es bien que Vues- « tra Excelencia lo sepa » (7).

En verdad, no era ello de gran consideracion i aunque hubiere sido cierto, no habria infundido semejante conducta mucha confianza a los corsarios ni al mismo trompeta, objeto de tales agnoscas. Era éste uno de los músicos de *El Ciervo Volante* i estaba demasiado fresca la traicion de los naturales a Simon de Cordes i sus compañeros para creer en promesas de quienes tantas hicieron a los que, engañados por ellas, asesinaron despues. I precisamente el asesinato de Cordes i sus compañeros tuvo lugar en la misma punta de Lavapié, donde ahora tomaron prisionero al trompeta ingles.

---

(4) Alonso Garcia Ramon, en carta al virei, fecha 20 de agosto de 1600 dice que Juan Martinez de Leiva cayó en poder de los indios con mas de treinta soldados. Seguimos para asignar el número de treinta i nueve a Francisco Galdames de la Vega, Martin de Irizar Valdivia i Francisco Hernandez Ortiz, que lo señalan contestes en los pareceres que dieron a Rivera en febrero de 1601.

(5) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

(6) PARECER dado por Antonio de Avendaño el 16 de febrero de 1601 a Alonso de Rivera.

(7) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

Por mas que llamaran en Chile ingleses a todos los corsarios, i que con esa denominacion designaron siempre a Simon de Cordes i sus compañeros, en esta vez acierta el gobernador al atribuir tal nacionalidad al músico prisionero. En las declaraciones tomadas en Lima a los marineros de *El Ciervo Volante*, vemos que habia entre los holandeses de la expedicion de Simon de Cordes como ocho o diez franceses i como treinta ingleses, la mayor parte de los cuales eran músicos: segun todas las probabilidades, el trompeta que cayó prisionero en Lavapié i que por la escasez de músicos debia de haber sido enrolado en el ejército de Chile, era realmente «un trompeta ingles.» No debe estrafiar-se tampoco que tantos ingleses vinieran en esa expedicion holandesa, pues aquéllos acostumbraban ayudar a éstos en semejantes empresas i en la de que vamos hablando mas de un piloto ingles, experimentado en tal viaje, formaba parte de la tripulacion de los corsarios.

No se desanimó Quiñones con el fracaso del socorro enviado a Arauco i no dejó de estar decidido a ausiliar esta importante plaza. Si así no lo hubiese hecho, ¿cómo lo habrían atacado los que no perdian ocasion de censurar sus actos, los que luego le echarian en cara ese mismo socorro enviado, calificándolo de «negocio bien mal intentado con malos temporales»? (8) I esto sin que el que formulaba esa acusacion fuese enemigo de Quiñones, si puede decirse que no era siempre enemigo de un gobernador de Chile el que le sucedia en el mando. Cual si don Francisco quisiese sellar los labios de sus émulos i adversarios, escogió para poner a la cabeza de esta arriesgada empresa a su propio hijo don Antonio i apenas abonanzó algo el tiempo, lo envió en un navío bien provisto de jente, armas i bastimentos, que tuvo la buena suerte de llegar a Arauco sin novedad. El socorro no pudo ser mas a tiempo, pues gracias a él se halló en situacion el valiente castellano don Lope Rui de Gamboa, de rechazar con ventajas un formidable ataque que contra la fortaleza dirijieron

---

(8) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

los araucanos, mandados por un mestizo quiteño, tránsfuga de los españoles (9).

Hemos dicho que, a mas de las lluvias i de su enfermedad, habia otro motivo que llamaba a Quisñones a Concepcion, i era un motivo grave, un sério peligro para la colonia.

Al despoblar La Imperial i Angol, don Francisco de Quisñones habia tenido mui en cuenta que los términos de esas ciudades no podian proporcionar en aquel año el alimento necesario para las guarniciones que habria sido preciso dejar en ellas. I no pudiendo mantenerse ahí, se repartieron entre Concepcion i Chillan los habitantes de las despobladas ciudades. Por desgracia, el gobernador olvidó calcular si Chillan i Concepcion tendrian o nó alimentos para los nuevos habitantes i los muchos soldados que habian ido llegando del Perú en auxilio de Chile. I debia haber calculado esto con tanto mayor razon cuanto que abrigó el proyecto de despoblar las ciudades australes mucho ántes de llevar a ellas la espedicion.

Lo que debia preverse i no se previó, acaeció mui presto: las comarcas de este lado del Biobio no habian estado esentas de los males de la guerra: Chillan se hallaba arruinada i habia visto, lo mismo que Concepcion, talados sus campos por el indíjena de guerra; los vecinos no tenian tiempo para dejar las armas i darse a las labores del campo; los yanaconas, en fin, tan necesarios a la agricultura, habian ido en su mayor parte a engrosar las filas de los rebeldes: de todo lo cual resultó que entrado el invierno, el hambre comenzó a oprimir a los desgraciados habitantes de aquellas ciudades. I, a la medida que iba apurando, se iba tambien introduciendo la desorganizacion en el ejército, que, no siendo alimentado convenientemente, comenzó a olvidar la obediencia debida a los jefes i a desbandarse en partidas, a fin, decian los soldados, de buscar por sí mismos el sustento que la autoridad no les proporcionaba.

Estas partidas tomaban de ordinario el camino de Santiago, i mui pronto la capital de Chile vió en ella mas de trescientos

---

(9) Rosales, lugar citado.

soldados (10), que, en realidad desertores, constituían un serio peligro para la tranquilidad pública, la vida i la hacienda de los particulares, i a quienes las autoridades locales no se atrevían a poner coto alguno, porque carecían por completo de fuerzas para hacer respetar sus disposiciones.

En esos mismos días llegó a Santiago un nuevo refuerzo de tropas. Don Diego Valdes, gobernador de Buenos Aires, para responder al pedido que le hizo el cabildo de Santiago, envió por la cordillera a su sobrino don Francisco Rodriguez del Manzano i Ovalle, fundador de la familia de los Ovalles i padre del distinguido jesuita e historiador de Chile. Traía cincuenta i cinco portugueses i, si creyésemos a Rosales, todos eran «de grande brío, lucimiento i arrogancia, que no los hubo tales de su nación en esta guerra.»

Siendo las cosas así, habrían venido perfectamente esos hombres para asegurar el orden en Santiago, amenazada por los desmanes de los soldados que casi en insurrección se venían del sur; pero, por desgracia, los portugueses, lejos de disminuir el peligro, lo aumentaron. En lugar de ser a su llegada una tropa llena «de lucimiento,» eran unos pobres que estaban «en cueros vivos,» según dice García Ramon (11), i que, por lo tanto, fueron muy mal recibidos por las autoridades, a las cuales parecieron no un socorro sino un nuevo peligro. I tanto, que don Juan Rodulfo Lisperguer creyó necesario hacer en ellos un escarmiento i mandó dar muerte a cuatro, por haberse desertado al venir de Cuyo (12).

No se podían ocultar estas cosas a los indígenas: el gobernador sin moverse de su lecho; el ejército descontento, casi sublevado; las ciudades del sur assoladas por el hambre i desamparadas por casi todos los guerreros, eran noticias mas que suficientes para animarlos a tentar algun audaz golpe de mano contra Concepcion i Chillan. Aunque el invierno con sus rios invadea-

---

(10) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

(11) Id. id.

(12) Resumen hecho por Rivera el 25 de febrero de 1602 de los soldados muertos en Chile en los dos años precedentes.

bles fuese un obstáculo para que se reuniesen numerosos ejércitos, no les impidió el ataque de guerrillas, i algunas hubo tan numerosas que Quifiones no creyó en seguridad a Concepcion.

Se recordará que a su llegada a Chile, don Francisco de Quifiones, como para probar lo mal que Vizcarra habia conducido la guerra i el deplorable estado en que encontraba el reino, decia que en Concepcion toda la jente se veia en la necesidad de reunirse durante las noches en el convento de San Francisco por temor de una sorpresa de los indijenas. Cual si Dios hubiera querido castigarlo por haberse ensafiado contra un hombre inofensivo como Vizcarra, durante la última época de su gobierno, en los dias que vamos estudiando, se encontró reducido a la misma i mayor estremidad. Volvió toda la jente de Concepcion a refugiarse en San Francisco, convertido por segunda vez en fortaleza (13), i, no creyendo que bastaba esta precaucion contra la pujanza i la audacia cada dia crecientes de los indijenas, hizo cercar de tapias las calles de la ciudad para defenderse tras ellas, caso que los enemigos la quisieran tomar por asalto (14).

Señores del campo, los rebeldes llegaron en sus correrías hasta el Maule, donde a fines de julio mataron a un soldado i tomaron prisioneras a dos mujeres (15).

Si desde el principio habia deseado don Francisco de Quifiones que el virei le enviase pronto un sucesor mas jóven i mas en estado de soportar el enorme peso de la interminable guerra de Arauco, ¿cuánto mas lo desearia entónces que, enfermo, veia desmoronarse las cosas que una a una habia creído establecer con solidez? Sus decantadas victorias no habian disminuido ni la fuerza ni la audacia de los enemigos; los numerosos auxilios recibidos del Perú no le libaban de la necesidad de estar encerrado, como Vizcarra, en San Francisco, i ponian en peligro la tranquilidad del reino; si habia cochado en cara a aquél el des-

---

(13) Citada informacion hecha en Santiago en agosto de 1600 por órden de Alonso Garcia.

(14) Citada informacion hecha en agosto de 1600.

(15) Citada carta de 20 de agosto de 1600.



pueblo de Santa Cruz, él habia despoblado La Imperial i Angol, habia visto destruir a Valdivia, incendiar a Chillan, Osorno i Castro, i no habia podido intentar siquiera el socorro de Villarrica, de la cual no se tenia noticia alguna.

Era imposible un gobierno mas lleno de desgraciados acontecimientos que el de este hombre, que habia venido a Chile como haciendo un favor al virei i en la seguridad de dominarlo todo con su innegable enerjía i sus reconocidas dotes de mando. Habia gastado su propia hacienda; se habia separado de los suyos; en la edad en que el hombre de ordinario solo aspira al descanso, habia tomado a su cargo lejana i peligrosísima empresa; i a cada instante habia dado en el desempeño de su cometido pruebas de celo i abnegacion: todo eso era cierto i todo eso merecia alabanzas i premio. ¿Obtendria las unas i el otro?

Pocos meses habian pasado, pero los acontecimientos hacian ver ya mui lejano el tiempo en que doña Grimanesa de Molgrovejo representaba al rei los muchos servicios de su esposo, pidiendo en premio « que V. M. le haga la merced de dos hábitos « para dos hijos suyos, con la situacion de renta acostumbrada a « dar por V. M. en estos reinos » (16).

Los servicios eran, sin duda, efectivos; pero rara vez se pagan cuando el éxito de ellos ha sido el sinnúmero de desgracias que señalan los catorce meses del gobierno de don Francisco de Quiñones; en cuanto a las alabanzas, mui pronto iba a saber a qué atenerse, pues llegaba para él la época crítica de los gobernadores con el arribo a Chile de su sucesor, que desembarcó en Valparaiso el 29 de julio de 1600 (17).

---

(16) Citada carta, fecha en Lima a 26 de abril de 1600.

(17) La fecha de la llegada de Alonso García Ramon a Chile la fijamos, teniendo a la vista la citada carta de 20 de agosto de 1600, escrita por el mismo García al virei, la cual comienza así: " El 29 de julio llegué al puerto de Valparaiso, habiendo tardado en el viaje cuarenta i siete dias." Otro tanto se lee en la carta de García al rei, fecha a 17 de octubre del mismo año i en la citada informacion hecha en Santiago en agosto de ese año 1600.

---



---

## CAPÍTULO XXXII.

### PRIMEROS ACTOS DE ALONSO GARCÍA RAMON.

---

¿Qué era García Ramon: justo renombre de que gozaba.—El viaje.—García Ramon i los desertores i descontentos en Santiago.—Peligro de que se salva la colonia.—Los indios en Duso; muerte de Alonso de Salas i de frai Cristóbal de Buiza.—Llegan a Peteroa.—Providencias tomadas por García Ramon.—Sus escursiones.—Injusta acusacion a Quíñones.—Los vecinos de las ciudades despobladas: lo que ántes pensaban i lo que dicen ahora.—Recomendaciones del virei del Perú en favor de Quíñones.—Partida de Quíñones.—El cobre i el cáñamo de Chile.—Los proyectos de García Ramon.—Prueba de su sinceridad.

---

El sucesor de don Francisco de Quíñones era Alonso García Ramon, maestre de campo jeneral del Perú desde la venida de aquél a Chile.

Ante la renuncia tantas veces repetida de Quíñones i las poderosísimas causales de edad i salud en que la apoyaba, no podia el virei dejar de mandar a quién lo reemplazase i eligió al efecto al hombre que debia inspirarle mas confianza en su calidad de valiente i esperto militar i de conocedor, como pocos, de los hábitos i la manera de pelear de los araucanos. Hemos visto que siempre que en Lima se trataba de los asuntos de Chile i habia necesidad de tomar alguna resolucion importante, el virei llamaba a Alonso García Ramon a formar parte de su consejo: era en el Perú el hombre mas reputado en cuanto se rozaba con los sucesos de Arauco. Las azarosas campañas hechas por él en Chile, donde habia desempeñado con escepcional brillo el empleo de maestre de campo jeneral o segundo jefe del

ejército, su glorioso combate singular con el toquí Cadeguala i las consideraciones que todos, desde el gobernador Sotomayor hasta el último militar, guardaron siempre a sus servicios i opiniones, habian mantenido mui en alto la fama de Alonso García Ramon: léjos de dañar al renombre de antiguas proezas los años que nos separan de ellas, el tiempo les da de ordinario mayor lustre i mas realce.

Ya cuando García Ramon vino acompañando a don Alonso de Sotomayor, no era un desconocido, i precisamente por haberse distinguido sobremanera en las guerras de Italia i Flándes habia sido enviado a Chile: Rosales dice que en España se le designaba con el glorioso sobrenombre de « el soldado de la Gran Ventaja, » i el mismo García Ramon decia al rei, al llegar a Chile de gobernador: « Soi uno de los capitanes mas viejos que V. M. « tiene, a quien de edad de 16 años he servido en Italia, Flándes, en el Perú, de correjidor del puerto de San Márcos de Arica, de la ciudad de la Paz i Potosí, i de Maese de Campo Jeneral de dicho reino i diez años en el dicho oficio en estas « provincias, que a la sazón están de esta manera » (1).

Fué, por lo tanto, recibido con indecible entusiasmo i todos esperaron que su espada, hasta ese momento siempre victoriosa, trajera la paz i la tranquilidad al desgraciado reino.

Habian partido del Callao el 12 de junio los dos barcos que traian a Alonso García Ramon con no escasas provisiones para la colonia. Los fuertes temporales que parecian aguardar en el océano a los que venian a gobernar a Chile, visitaron tambien a García Ramon i « fueron tales, dice él, que se nos rompió el árbol mayor i fué gran ventura no quedásemos sin él: remedióse lo mejor que pudo. » El mal tiempo hizo que el viaje durase cuarenta i siete dias: salido García Ramon del Callao el 12 de junio no llegó a Valparaiso hasta el 29 de julio. Al dia siguiente estaba en Santiago, donde lo recibió con toda solemnidad el cabildo,

---

(1) Carta de Alonso García Ramon al rei, fecha el 12 o 17 de octubre de 1610.

gozoso en estremo, como todo el pueblo, de verse presidido por tan denodado capitán.

El centro de la guerra se hallaba en Concepcion: ¿por qué prefirió García Ramon llegar a Valparaiso? No lo dice; pero asegura que fué gran felicidad haberlo hecho así, porque con su llegada se aquietaron los soldados que en tanto peligro tenían a Santingo. Los desertores venidos del sur i los portugueses traídos por Ovalle estaban resueltos a pasar la cordillera, apénas el deshielo se los permitiese (2): ¿qué desórdenes i crímenes no habrían cometido en la capital ántes de fugarse? La fama de birrazo militar de que gozaba García Ramon i los auxilios que del Perú traía, fueron parte para que esos soldados se presentasen voluntariamente a él i se ofreciesen a acompañarlo a Concepcion. El gobernador, en cambio, no les tomó cuenta de lo pasado i los socorrió en cuanto le fué posible « con lo que « su señoría trajo, como con la ropa que en esta ciudad había « del navío flamenco que se tomó en este puerto i con lo poco « con que los vecinos i moradores de esta ciudad le pudieron « ayudar » (3).

Pasado el peligro que ocasionaban los militares indisciplinados, peligro que la informacion recién citada califica del mayor que hubiese aflijido nunca al reino, Alonso García Ramon tuvo que refrenar la desmedida audacia de los indios rebeldes. Estos, en efecto, cual si quisiesen desafiar al nuevo gobernador, lo saludaron con un audaz hecho de armas a los cuatro dias de su llegada.

---

(2) Id. de id. al virrei, fecha a 20 de agosto de 1600. De esta carta tomamos los datos recopilados en el presente capítulo, a que no asignamos otro orfjen.

(3) Informacion sobre el estado de Chile, levantada en Santiago en setiembre de 1600.

Por lo que hace a la ropa hallada en EL CIERVO VOLANTE, García Ramon se espresa así en la citada carta de 20 de agosto de 1600: " Toda la jente que por aquí hai la voi socorriendo lo mejor que puedo de la ropa que se tomó al ingles, de la cual he hallado tan poca que solo han quedado zarandajas; porque por orden de don Francisco de Quifones se había vendido mucho. No he podido tomar cuenta a los oficiales reales; hacerlo he en desembarazándome desta jente, i de las que dieren daré a Vuestra Excelexcia aviso."

En los términos de Santiago, tres leguas al norte del Maule, habia un pueblecillo de indijenas del nombre de Duao. En él tenian un fortin los españoles i otro en Putagan, lugarcito situado en la ribera sur del Maule (4). Pues bien: los indios, despues de destruir el fuerte de Putagan, atacaron i destruyeron el 2 de agosto (5) el de Duao (6). En él dieron muerte al capitán Alonso de Salas (7), al religioso dominico frai Cristóbal de Buiza (8) i a cuatro soldados españoles (9) i se llevaron diez cautivos entre mujeres i niños españoles (10) i gran número de indijenas amigos. Entre las cautivas se contaba la esposa del capitán Gamboa (11).

Era suma audacia pasar el Maule en son de guerra i quizás no se habia visto tal cosa desde los primeros años de la conquista; pero aun hicieron mas los victoriosos indios: siguieron al norte i en Peteroa dieron muerte a un militar apellidado Cruz (12) i tomaron algunos prisioneros.

Por de pronto ordenó García Ramon que todas las mujeres que habia en los campos vecinos a Santiago se recojiesen a la capital; en seguida mandó en persecucion de los rebeldes, a la cabeza de cincuenta soldados, a Alvaro Nuñez de Pineda (13) i pronto se juntó él mismo con algunos otros a este capitán i no

---

(4) Informacion hecha en Concepcion por Francisco Galdames de la Vega, a peticion de Alonso de Rivera el 17 de setiembre de 1604.

(5) Citada carta de Alonso García Ramon al virei.

(6) Citada informacion de Galdames de la Vega.

(7) Francisco Galdames de la Vega en el PARECER que en febrero de 1601; dió a Rivera, llama a este capitán Diego de Salas: seguimos a Martin de Irizar i Francisco Hernandez Ortiz que le dan el nombre de Alonso en sus citados PARECERES.

(8) Encontramos el nombre de este religioso en las dos citadas informaciones.

(9) Citados PARECERES de don Luis Jufre, Fernando de Cabrera, Francisco Galdames de la Vega i Francisco Hernandez Ortiz.

(10) Galdames dice que fueron diez los cautivos entre mujeres i niños i ízar dice " siete mujeres i algunos niños."

(11) Citada informacion de Galdames de 1604.

(12) Pareceres de Galdames i de Avendaño. No designan éstos el lugar; pero lo designa Rosales sin nombrar a Cruz.

(13) Rosales, libro V, capítulos XX.

volvió a Santiago (14) hasta haber hecho felices correrías en los alrededores del Maule, libertado a las mujeres recién cautivadas i también a algunos de los indígenas prisioneros i dado muerte a cuanto enemigo tuvo a su alcance. Restableció un fuerte en el Maule i por entónces dejó en él a Alvaro Nuñez de Pineda con su compañía de caballos (15).

Cuando el nuevo gobernador quiso darse razon del estado de las cosas i al hablar de ellas al virei, dice que verdaderamente no sabe « por dónde empezar a contar desventuras. »

No habia sabido en el Perú la noticia de la despoblacion de La Imperial i de Angol i al comunicarlas encontró García Ramon el comienzo que buscaba: principió por atacar a Quiñones, haciéndose eco de las calumnias que contra el caido propalan los mismos que ayer, poderoso, lo adulaban. Ataca García Ramon a Quiñones por la despoblacion de La Imperial; porque, segun dice, habia « en aquella ciudad mas de quinientos hombres i gran « ocasion de cojer muchas comidas, pues en dos dias me certifi- « can que se juntaron mas de mil fanegas. »

Despues de leer esto, no parecen excesivas sinó prudentes las precauciones tomadas por don Francisco de Quiñones en el despueblo de las ciudades australes: ellas debieron de servir sobremanera al anciano militar, no solo para deshacer el injusto cargo prohibado por su sucesor, sino tambien para que el virei i el monarca desconfiaran de la verdad de las demas acusaciones que contra él se formularsen.

« Las causas, agrega García Ramon, que para ello tuvo debie- « ron ser grandes, pues lo hizo: él lo dirá. Lo que yo puedo de- « cir del caso es que forzosamente se han de volver a poblar i « para ello son necesarias tantas cosas que no sé cuándo será: es

---

(14) Id. id. Nada dice al virei García Ramon de la parte que personalmente, segun Rosales, tomó en esta expedicion, a la cual se refiere como ordenada por él. Sin embargo, como su carta es de 20 de agosto i despues de escrita pudo salir contra los indios, hemos seguido al mencionado his- toriador.

Equivocadamente, i contra lo que asegura García Ramon en esa carta, dice Rosales que Alvaro Nuñez salió al sur con cuarenta soldados.

(15) BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE.

« lástima ver en este lugar las mujeres, niños i hombres de las  
« dos (ciudades) padeciendo necesidad i clamando al cielo, dicien-  
« do que aunque sea a pié han de volver a sus viñas i tierras, lo  
« cual ha de ser forzoso o dejar de todo punto perder este  
« reino. »

Los que entónces hacian cargos a Quiñones por haber des-  
poblado La Imperial i Angol i querian volver allá « aunque sea  
« pié » eran los mismos que cuatro meses ántes se espresaban así,  
dirijiéndose al propio Quiñones; « Por amor de Nuestro Señor  
« Jesucristo, de rodillas i vertiendo lágrimas i dando voces al  
« cielo le suplican se adolezca de ellos i de tantas viudas, huér-  
« fanos, doncellas, pobres i niños inocentes como en el dicho  
« fuerte de La Imperial hai i los saque de él sin dejar a nadie i  
« lleve en su campo i compañía dónde i para el efecto que tuvie-  
« re por bien. »

Con dificultad podremos ofrecer mas elocuente lección para  
que los grandes aprendan a valorar la aquiescencia que de or-  
dinario se presta a sus proyectos, la gratitud i consecuencia que  
con ellos se guardará despues de caidos i la sinceridad i nobleza  
de los ataques que, por agradecerles a ellos, se dirijen contra los  
que ya nada pueden.

No se habrá olvidado el especial aprecio que el virei del Pe-  
rú profesaba a don Francisco de Quiñones que, en contrario de  
lo que siempre sucedia, dejaba de ser gobernador no por estar  
en desgracia, sino porque se accedia a sus repetidas súplicas;  
don Luis de Velasco, que conocia a lo que quedaba espuesto un  
gobernador cesante, recomendó mui especialmente a Alonso  
García Ramon que atendiera i sirviera en todo a Quiñones i le  
proporcionara pronto un barco en que pudiera volverse al Perú.

Apénas llegó García Ramon lo hizo como se le habia man-  
dado i luego refiere al virei que ha ordenado se aderece el  
navío que vino en conserva con el de él « porque llegó al puerto  
« mal parado i a dos bombas, para que se vaya en él don Fran-  
« cisco de Quiñones, al cual he servido en todo como V. E. lo  
« mandó, I (agrega, a fin de no perder la oportunidad) ha sido



« bien menester para atraer las voluntades de algunos que formaban quejas.»

Sabiendo García Ramon que como en ninguna parte oprimia el hambre en Concepcion, hizo trasbordar a otro barco la harina que traia i la envió allá inmediatamente: es fácil imaginar cómo seria recibido este precioso auxilio. García Ramon al avisar al virei la necesidad que de él habia en Chile i lo escasas que amenazaban ser las próximas cosechas, le pide que cuánto antes le remita otras quinientas fanegas que en Lima habian quedado prestas para ser enviadas acá.

Con el socorro, i quizás antes que él, llegó a Concepcion la noticia de la venida del gobernador: Quiñones, dejando la ciudad a cargo de Vizcarra, su teniente jeneral, se hizo levantar del lecho en que lo tenia enclavado la enfermedad i partió en el acto para Santiago i luego para el Perú (16), deseoso de concluir cuanto antes con el penosísimo i funesto encargo que recibiera del virei i de encontrarse en el seno de su familia.

A mas de proporcionar prento transporte a Quiñones traia García Ramon otros dos encargos de don Luis de Velasco, encargos que nos manifiestan cuáles eran los productos de Chile que se pedian del Perú en aquella época: cobre i cáñamo. « A Coquimbo, dice García Ramon, he despachado embarquen todo el cobre que hubiere i que le compren para Su Majestad: lo que se hallare irá en el primer navío.» I en seguida agrega: « Luego como salté en tierra junté todos los chacareros para tratar del cáñamo, de que hai mui gran falta, porque, como no habia demandas, le habian dejado de sembrar. I, aunque los oficiales reales de este reino habian comprado alguno, para hacer cuerda de arcabuz a nueve pesos de oro, yo concerté lo que habia a ocho, delante de Arce, el cardonero. Verdad es, añado para esplicar esto, que no lo quisieron dar sino con el dinero por delante. Lo que hubiere se despachará i no será en el

---

(16) Rosales, lugar citado.

« primer navío (porque), para beneficiarlo es necesario que haya calor i por aquí todavía es invierno. Lo que de esto se ha sacado es que sembraron gran cantidad para el año que viene. »

No pensaba por entónces García Ramon en ir a la guerra: el mes de agosto no le permitia llegar al sur ni emprender una campaña. No podia ni siquiera ir a Concepcion, pues ya hemos visto cuán escasos de alimentos se hallaban los habitantes de ella i aumentar el número de consumidores habria sido aumentar los apuros. Desde su llegada determinó ocupar los meses de agosto i setiembre en Santiago en prepararse para la campaña, que deseaba comenzar en octubre. Esperaba saber cuánta i qué jente juntaria para, en vista de ello, « tomar acuerdo de lo que mas convenga; » pero, fuere cual fuere el plan, tenia una resolucion inquebrantable: « anté todas cosas, esclama, me veré con el coro- nel o me perderé; porque es terrible caso que haga un año que de él ni de la Villarica se haya sabido. Para hacer esta jornada he mandado hacer diez piraguas para balsear gran cantidad de rios que hai desde Biobio a Valdivia; las cuales han de ir en hombros de indios, porque de otra manera no se podrán pasar hasta fin de abril, i aguardar a entónces es no hacer cosa. I de la manera referida se habrá de hacer con gran riesgo, por estar, como está, todo el reino de guerra. Encomiéndolo a Nuestro Señor i de lo que se hiciere irá dando a V. E. aviso. »

En los tristes destinos de la desgraciada Villarica estaba que todos los que debian socorrerla tuviesen verdaderos deseos de hacerlo i no llegaran jamás a realizar esos deseos: hemos visto el empeño que en ello manifestaron Quifones i del Campo i veremos que, cual sus predecesores, García Ramon no consiguió lo que se proponia. Pero si no lo realizó, nos parece indudable que quiso hacerlo i que sus palabras al virei son sinceras. De otro modo no le habria hecho en esa misma carta de 20 de agosto la siguiente recomendacion:

« Los navíos que vinieren a esta costa será acertado vayan a Valdivia derecho, donde para fin de noviembre, mediante Nuestro Señor, pienso estar. » I a esta recomendacion añade la

mas ardiente súplica de que envíe refuerzos para salvarlo de la situacion en que se encuentra i que cada momento va conociendo con mayor claridad: « Suplico a V. E., por un solo Dios, no « vengan (los navíos) sin gran socorro, porque de lo contrario « no sé qué hacerme, i aseguro a V. E. que no seré poderoso a « reparar los daños que vinieren i que temo mas los amigos que « los enemigos; i esto es decir la verdad. »

---

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES  
DEPARTMENT OF CHEMISTRY  
5708 SOUTH CAMPUS DRIVE  
CHICAGO, ILLINOIS 60637

•

•

•

•

---

## CAPÍTULO XXXIII.

### LO QUE CHILE PEDIA EN 1600 PARA SU DEFENSA (1).

---

Victorias desastrosas. — Lo que era La Serena en 1600. — Estado a que se veía reducida Santiago. — Las demás ciudades. — Los poderes del padre Bascones. — Los vecinos de Santiago i Loyola i Quiñones. — Gobernador de experiencia. — Que venga Setomayor de virola, a lo ménos, de visitador. — Si nó, que venga Alonso García Ramon en propiedad. — El número de soldados. — Los dos medios de reducir a los indíjenas: optan en Chile por las escursiones. — Cómo proyectaban hacer estas entradas. — El situado. — Qué clase de jente i de dónde debe venir a Chile. — Los corsarios. — El remedio contra sus expediciones. — Acuerdo de todos en pedir una misma cosa.

---

El 23 de agosto de 1600 comenzó Alonso García Ramon a levantar en Santiago una informacion sobre el estado de la guerra de Chile i el 2 de setiembre otra sobre el estado, nó de la guerra, sino del país i los recursos con que contaba el reino para hacer frente a sus muchas necesidades. Nada nuevo nos dice la primera de esas informaciones; pero, aunque hayamos utilizado ya en buena parte los datos que nos ofrece la segunda, creemos conveniente echar de cuando en cuando, siguiendo el curso de los acontecimientos, una mirada retrospectiva, apreciar la situacion de la colonia i resumir sucesos que, por verificarse con vertiginosa rapidez, se escapan a la memoria o se confunden unos con otros.

---

(1) El título del memorial presentado al rei por el padre Bascones, documento que principalmente nos ha servido de guía en este capítulo i el siguiente, es: MEMORIAL DE LO QUE PIDE CHILE PARA SU RESTAURACION I REMEDIO.

Muchas victorias contaban las armas españolas i por centenares i por miles habian ellas dado la muerte, segun se decia, a los rebeldes indijenas; pero esos triunfos no habian disminuido las fuerzas del enemigo ni aumentado las propias. Asi, a la llegada de Alonso García Ramon, se calculaba que los indios habian muerto no ménos de quinientos o seiscientos (2) capitanes i soldados españoles con la circunstancia agravante de que eran « los mas o casi todos soldados viejos, vecinos e moradores de las ciudades de este reino que están despobladas, i que, no solo servian los mas en la guerra dél sin pagas ni socorros, sino que tambien ayudaban i socorrian a otros muchos soldados » (3). « Con estos sucesos, dice Alonso García Ramon al rei el 17 de octubre de 1600, los soldados han quedado tan amedrentados que espanta i los indios tan victoriosos que admira i tan prácticos que no se puede decir. I, como andan a caballo, se juntan con tanta facilidad para cualquier cosa que conviene vivir mui alerta. »

En medio de la ruina jeneral no quedaban mas ciudades que Santiago i La Serena, pues las que estaban en pié de las otras, se veian reducidas casi a meras fortalezas. De esas dos ciudades, La Serena apénas merecia el nombre de pequena aldea, no tenia sino cincuenta casas i le quedaban solo cuatrocientos indios de servicio. Se mantenía con la pesquería de tollo i atun, ya que por falta de brazos ni sus riquísimas minas podian ser trabajadas ni cultivados sus campos, en los cuales se habia plantado muchos olivares (4). Santiago, si bien tenia « cinco obrajes que labran paños, frezadas, sayal, cordellates, bayetas i sombreros, i un injenio de azúcar » (5), no contaba sino con ciento

---

(2) Seiscientos dice, Alonso García Ramon en su carta al rei de 17 de octubre de 1600; quinientos, la informacion de 2 de setiembre del mismo año.

(3) Citada informacion de 2 de setiembre.

(4) Instrucciones dadas por Alonso de Rivera a Domingo de Erazo el 15 de enero de 1602.

(5) Id. id.

sesenta casas i mil quinientos indios (6) i ademas estaba tan agotada i en tanta pobreza que no la conoceria quien hubiera dejado de verla dos años. Para dar idea de cuán decaida se encontraba la capital de Chile, véase lo que habia sucedido al comercio: « En sola esta ciudad, donde solia haber cuarenta « tiendas de mercaderes con mucha hacienda i caudal, ya no hai « en ella mas de una tienda que le tenga, porque las demas es- « tán sin ropa i despobladas i los mercaderes deste reino que lo « solian ser no tienen caudal para ello i del Perú no viene nin- « guno, porque los que han venido se han perdido como los de « acá » (7).

Una tierra tan rica i fértil como la de Chile, mejor de la cual no tenia el rei « en las Indias ni en España » i que lo es tanto que solo los términos de Santiago podrian abastecer « de pan i vino « i carne i frutas i aceite..... a cincuenta ciudades mayores i de « mas jente que ésta » se hallaba tan arruinada por la guerra i ofre- cía tan pocas ventajas a los agricultores « que si no fuera por la « mucha fertilidad de este reino i los muchos ganados que en él « se crian para solo sacar el sebo i los cueros, dejando perder las « carnes asi de carneros como de vacas i capados i haciendo cor- « dobanes i badanas que llevan con el dicho sebo a vender al Pi- « rú, esta ciudad no se pudiera sustentar » (8).

Concepcion no tenia mas que cuarenta casas (9), Chillan era solo un fuerte i Arauco, fundado por Sotomayor i elevado a ciudad por García Oñez de Loyola, habia vuelto a ser un fuerte i nada mas (10).

Agréguese a todos estos males los causados por los corsarios, el último de los cuales no habia dejado barco alguno en las costas de Chile i agréguese el sobresalto i la inquietud que conti-

---

(6) Instrucciones dadas por Alonso de Rivera a Domingo de Erazo el 15 de enero de 1602.

(7) Citada informacion de 2 de setiembre.

(8) Id. id.

(9) Citadas instrucciones dadas por Alonso de Rivera.

(10) Id. id.

nuamente mantenian esos audaces i sanguinarios aventureros, i se tendrá idea del deplorable estado de Chile. I precisamente, poco ántes de la llegada de Alonso García Ramon, el cabildo de Santiago habia recibido una carta del gobernador del Rio de la Plata, en la que le comunicaba que acababan de pasar por allá treinta grandes urcas, que, segun creía, se dirijian a estas costas.

De todas estas informaciones poco o nada se sacaría para el reino, si despues de conocidos los males no se procuraba encontrar el remedio: convencidos de ello, los vecinos de Santiago, La Serena, Chillan i Concepcion resolvieron enviar a España al R. P. frai Juan de Bascones « provincial de la órden del señor San Agustín en este dicho reino » para que hiciera presentes al rei esos males i los remedios que en Chile juzgaban eficaces. A nombre de los vecinos de la destruida Imperial, don Bernardino de Quiroga substituyó en el mismo religioso el poder que a él le habian dado. I cuál si aun fueran en escaso número tantos poderes, quisieron aumentarlos, dándole el de ellos los mercaderes de Santiago, representados por los que eran, sin duda, los mas acomodados: Fernando Alvarez de Bahamondes, Martin Santoro de Chavez, Gonzalo de Toledo, Juan de Torres, Beltran de Aedo i Jerónimo de Guzman. Sucedia esto en agosto de 1600 i un año despues, frai Juan de Bascones, llegado a la corte de España, dejaba en un memorial que presentó al rei el resumen de las aspiraciones de los habitantes de Chile.

Naturalmente, lo primero en que pensaban i lo que en verdad importaba mas era el nombramiento de gobernador. De los tres que habian tenido la colonia a su cargo durante los últimos dos años, solo uno permanecia en Chile, el anciano Pedro de Vizcarra: los otros dos, muerto el uno i ausente del pais el otro, no podian hacer mal alguno a los que los atacaran: Loyola i Quiñones fueron, pués, vivamente atacados por los vecinos de Santiago i a su inesperienza se atribuyó principalmente la ruina del reino. La experiencia es, decian los habitantes de Chile, la primera condicion que, aquí mas que en cualquiera otra parte, debe tener el



gobernador: necesita conocer a fondo los hábitos i el carácter de los indijenas, tan diversos de los demas naturales de América, tan valientes i diestros, que saben hoy morir a millares en batalla campal i mañana atraer majosamente el ejército a lugares peligrosos, solo de ellos conocidos. El gobernador que no haya experimentado algunos años por sí mismo estas cosas, habrá de errar mucho, ántes de ponerse en aptitud de dirigir con fruto la guerra, sin que le sean de grande auxilio los pareceres de capitanes, de ordinario en contradiccion unos con otros, como los intereses individuales que los dictan.

Si estas reflexiones, hechas a nombre de los vecinos, son justas i si, por desgracia, se explica que, para atacar a Loyola i Quiñones, olviden lo que les serviria de justificacion i disculpa, es estraña, si bien no vituperable, la conclusion a que llegan.

Alonso García Ramon, nombrado gobernador interino por el virei del Perú, reunia las condiciones exigidas por los vecinos de Chile i, sin embargo, no lo pedian, a lo ménos en primer lugar, para que ocupara ese puesto; manifestacion de independencia que vemos repetirse mui poco en esta clase de peticiones al rei. Mas famoso aun que García Ramon, quizá por haber figurado en mayor escala, era don Alonso de Sotomayor i los deseos de los de Chile se dirijian a que de nuevo se pusiese en sus manos la suerte de una colonia, que con tanto acierto i felicidad habia gobernado en otro tiempo. Pero en aquellos dias, en que el tráfico entre la metrópoli i las colonias del Pacífico se hacia casi esclusivamente por el istmo, la presidencia de Panamá, que desempeñaba Sotomayor, era de mucho mas importancia que el gobierno de Chile: cambiar aquella por éste habria sido descender. A fin de obviar ese inconveniente, los vecinos solicitaban del rei nada ménos que la ereccion, probablemente transitoria, de la gobernacion de Chile en vireinato, debiendo agregarse a estas las provincias de Tucuman i Paraguai. I, acordándose entónces de los que aquí estaban, indicaban que «para concluir mas pronto la guerra» seria bueno se ayudase Sotomayor «de Alonso García Ramon i del coronel Francisco del Campo, a quienes

« Su Majestad haga merced conforme a sus calificados servicios. »

En el caso, por cierto muy de prever, de que no se admitiese en la corte la idea de constituir un virreinato, indican los de Chile que don Alonso podría venir con el título « de comisario o consejero i plenaria autoridad i mano para alterar i disponer a su voluntad en las cosas de guerra i poblaciones. » Solo si el rei rehusaba estos medios o si no aceptaba Sotomayor, « el reino pide por su gobernador al dicho Alonso García Ramon, con ayuda del dicho coronel, su antiguo compañero de dicha guerra ..... Es el dicho Alonso García Ramon, persona de mucha opinion entre los enemigos del reino, muy querido i deseado de los amigos de él; hombre de diez años de experiencia siendo maestro de campo, en los cuales pasó i tanteó muchas veces la tierra con las armas en la mano, teniendo siempre buenos sucesos; de quien se ha conocido buen celo del servicio de Dios i de su rei. »

Después del nombramiento de gobernador, el reino de Chile ponía entre sus necesidades el número de soldados que debían enviarse i la manera como debían ser pagados.

En cuanto al número, a medida que la colonia iba penetrándose mas i mas de la gravedad escepcional de la sublevacion de 1598, iba tambien aumentando el pedido. El 18 de febrero de 1600 don Francisco de Quiñones, en carta al rei, no ambicionaba sino mil hombres: « Con los mil hombres pagados tengo por cosa sin duda se acabará esta guerra dentro de tres años, de manera que V. M. no tenga que gastar mas en este reino; » mas de mil hombres alcanzó a tener Quiñones i nada consiguió; los vecinos de las diversas ciudades piden en agosto de 1600, por medio del padre Bascones, dos mil: no tardarán mucho los habitantes de Chile en encontrar ese número bien insuficiente.

El padre Bascones, a nombre de sus comitentes, habla de los dos sistemas de guerra que habian de dividir en adelante las opiniones en el reino: el de las poblaciones i el de las expediciones.

Para dominar a los indíjenas no podían encontrarse otros medios: multiplicar las poblaciones, reedificando los pueblos arruinados i fundando otros, o talar todos los veranos los campos de los indios, obligándolos por el hambre a dar paz verdadera o a irse al otro lado de los Andes.

Mucho mas largo, difícil i dispendioso era el primer medio, a juicio de los solicitantes, quienes consideraban « imposible en muchos decenarios de años » no solo edificar nuevas ciudades, sino restaurar las arruinadas últimamente: se decidían, pués, por el arbitrio de talar todos los años los campos enemigos. No se les ocultaba que hasta entónces ese medio no habia producido mas que resultados mui escasos; pero ello lo atribuían a que las expediciones habian sido tambien mui deficientes. El mayor número de soldados reunidos con ese objeto alcanzaba apenas a quinientos i, segun el plan de los vecinos, debían ser tres cuerpos diferentes, cada uno con ese número de soldados, los que a un mismo tiempo expedicionarán en la Araucanía. No utilizándose por completo para esta clase de empresas mas que los cuatro meses de diciembre, enero, febrero i marzo, un solo campo no bastaba para hacer a los insurgentes el mal que los pusiera en la necesidad de someterse o de abandonar el país. « Son necesario, añadian, tres campos: uno que corra la tierra que está « ribera del mar, donde caen los valles de Tucapel, Arauco i « Catirai (cuyos naturales son mas soldados i ejercitados en la « guerra); otro para los llanos i tierras que caen entre los dichos « valles i la cordillera nevada, i otro para las mismas faldas de « ella, de manera que a los enemigos no les quede recurso alguno de comidas ni esperanza de habellas. Cada uno de los « dichos campos ha de ser, por lo ménos, de quinientos hombres, cuatrocientos arcabuceros i cien lanceros de a caballo « (que con ménos no marcharán seguros), que son mil i quinientos. En el ínterin que se campea son menester otros quinientos que guarden las fronteras, i bastan con el ayuda de los « propios vecinos dellas: son dos mil, con que, mediante Dios, « tendrá fin esta guerra dentro de tres o cuatro años o quizá»

« ántes. » Despues veremos que los militares mas intelijentes pensaron de bien diversa manera acerca de la conclusion de la guerra i que, como único plan, adoptaron el de los fuertes i las poblaciones.

Mucho habia costado a la colonia conseguir que el rei enviase anualmente a Chile « el situado » para pagar el ejército; pero poco o nada se habia obtenido si, aumentando el número de tropas en fuerza de la necesidad, no se aumentaba tambien el dinero asignado a su pago: sesenta mil ducados no bastaban para los mil doscientos o mil trescientos hombres que entónces habia en Chile (11) i mucho ménos habrian bastado para los dos mil que el reino pedia. Junto, pués, con el aumento de tropas impetraba del rei que el situado fuese suficiente, ya que lo demas ni siquiera seria gravar a los vecinos, exhaustos como estaban, sino enviar soldados a perecer o desbandarse. Segun el padre Bascones, el situado debia ser el doble de lo que era: en lugar de sesenta mil ducados, ciento veinte mil.

Alonso García Ramon pedia las mismas cosas, sin entrar en tantos pormenores ni desenvolver plan de guerra, en su carta al rei fecha a 17 de octubre de 1600, i manifestaba ademas lo útil que seria que quinientos colonos con sus familias vinieran a aumentar la dezmada poblacion de Chile: « se les pueden dar, decia, « ganados de todo jénero i tierras muchas, de manera que dentro « de poco tiempo, en teniendo paz, tengan descanso i riqueza « por la contratacion grande que tienen con el Perú. »

Como todos, pedia el padre Bascones para Chile que la jente de guerra viniera de España i nó del Perú.

Cuánto pánico infundian en la colonia las expediciones de los corsarios, se conoce por el lugar preferente que a la necesidad de impedir las asignan los habitantes de Chile i sus gobernadores. Frai Juan de Bascones recuerda al rei que desde mas de veinte

---

(11) Alonso de Rivera, en un memorial dirigido al virrei i fechado en Lima el 17 de noviembre de 1600, dice que entónces habia en Chile mil quinientos hombres i que él traia trescientos mas; pero calcula sin la disminucion que, en muertos, desertores i tráfugas, habia sufrido el ejército.

ños atrás no se gozaba de tranquilidad por los muchos males i el continuo sobresalto que ocasionaban los corsarios i piratas, de los cuales el primero habia sido Francisco Drake i el último Oliverio Van Noort, que entró « abrazando i robando cinco bajeles que « halló en la costa de Chile i causando en las del Perú grandes pérdidas.» En verdad, no era soportable para las colonias del Pacífico ni para la honra de España lo que sucedia con los corsarios desde el descubrimiento del Estrecho de Magallanes: « Cualquier « navichuelo de los dichos piratas entra en la mar del sur por « aquella parte, tocando armas i alborotando al mundo desde « que desemboca por el dicho estrecho hasta que, pasando por « las costas de Chile, Perú, Tierra Firme, Realejo (12), Nueva « España, Filipinas i Molucas i, dejando a mano derecha la India oriental, viene a salir al mar Océano, doblando el cabo de « Buena Esperanza, causando en todas las dichas costas i tierras « del rei nuestro señor muchos gastos de la real hacienda i daño « de particulares. I, aunque es verdad que muchos en el dicho « Estrecho, por estar en cincuenta i dos grados del polo antártico, se pierden a causa de los rigurosos tiempos, con todo eso, « golosos los dichos piratas de los despojos que ven llevar a los « que vuelven, han entrado siempre i jamas dejarán de hacer lo « mismo, en el ínter que no se pusiese remedio. »

En Chile, « principal llave de todas las Indias, » i cuyas costas i puertos indefensos servian a los corsarios para reponerse, era donde debia colocarse el remedio para ese mal que amenazaba concluir con el bienestar de todo el Pacífico; pues a los peligros jenerales se unia aquí el gravísimo i ya realizado en Chiloé de que los enemigos esternos se aunasen para atacar con los indíjenas, siempre prontos a rebelarse (13). I los colonos no consideraban esas alianzas obras del acaso i solo de la mala dis-

---

(12) Guayaquil.

(13) Carta de don Francisco de Quiñones al rei, de 20 de febrero 1600. No tenemos para qué decir que las palabras copiadas en este capítulo i el siguiente i los datos resumidos en ellos sin citar documento alguno pertenecen al Memorial del padre Bascones.

posicion de los indios, sino de deliberado propósito de los extranjeros que, conociendo esa mala voluntad, venian contando con aprovecharse de ella.

Ahora bien: las enormes dificultades, la mucha duracion i los peligros que el largo viaje i la pasada del Estrecho les obligaban a soportar, los traian a las costas de Chile «divisos cada uno por sí i por milagro dos juntos;» llegaban «desbaratados i enfermos i el artillería en el lastre;» eran, pués, «mui fáciles de rendir i castigar» (14). «Para que tantos i tan graves daños se atajen i tan «locos pensamientos no pasen adelante, hai precisa necesidad de «dos galeones, armados de jente i artillería, los cuales asistan de «ordinario en la dicha costa de Chile. I en los veranos, desde «principios de noviembre hasta fin de marzo, que es el tiempo «cuando los dichos piratas pasando el Estrecho reconocen a «Chile, los dichos galeones estén a punto en la isla de la Mo- «cha o isla de Santa María, donde todos los dichos euemigos «llegan a tomar puerto o, a lo ménos, les es forzoso reconocer, «i hasta hoi (no) sabemos haber pasado navío que en Chile no «se haya visto.»

Si esos navíos no habian de venir de España sino que se habian de construir en los astilleros de Guayaquil, importaba mucho que se hiciera sobre el particular pronta i especial recomendacion al virei del Perú.

Los vecinos de las diversas ciudades no eran los únicos en pedir esto al rei. Casi en los mismos dias le hacia igual solicitud el virei del Perú i éste la recibia tambien de Alonso de Rivera, que, sin que lo supiesen todavía en Chile, venia nombrado por el rei a gobernar la colonia i estaba ya en Lima: hacia presente que, miéntras llegaban los navíos pedidos por aquel a España, urjía fortificar algunos puertos de Chile para poner-

---

(14) Casi en los mismos términos que el padre Bascones se espresa la informacion levantada en Santiago en setiembre de 1600, la cual, sin duda, sirvió a aquel para redactar el Memorial.

Lo mismo dicen Alonso García Ramon en sus cartas al rei de 17 de octubre de 1600 i de 31 de enero de 1605 i Alonso de Rivera en el Memorial presentado al virei en Lima el 17 de noviembre de 1600.

los a cubierto de audaces ataques de corsarios i pedia, en consecuencia, cañones, municiones, pólvora i cincuenta quintales de plomo i algunos materiales necesarios para hacer pólvora en Chile.

Por fin, Alonso García Ramon pedia mas que todos los otros. En carta al rei, fecha a 17 de octubre de 1600, creia necesario que se mandasen de España seis u ocho navíos bien artillados para que defendiesen las costas de Chile. I no pareciéndole suficiente, aconsejaba la despoblacion de las islas de La Mocha i Santa María, que era donde los corsarios acostumbraban refrescar su jente i proveerse de comidas i en las cuales veia el gobernador un gran peligro no solo para Chile, sino para toda la América.

Durante largo tiempo acarició esta idea Alonso García Ramon i en los principios de su segundo gobierno la llevó harto mas adelante; pues pretendió que, a mas de La Mocha i Santa María, se despoblara la ciudad de Castro i todo el archipiélago de Chiloé, siempre por temor a corsarios i piratas. La mitad de los indios que de estas partes se sacaran debian dejarse a beneficio de la Corona para pagar los gastos de la guerra i la otra mitad encomendarse a vecinos beneméritos, cuyos servicios no hubieran sido recompensados (15).

---

(15) Carta de Alonso García Ramon al rei, fechada el 31 de enero de 1605





---

## CAPÍTULO XXXIV.

### LOS VECINOS DE LAS CIUDADES DE CHILE I LOS INDIOS.

---

La riqueza de los españoles en América.—El padre Bascones pide la esclavitud de los indios de guerra.—Motivos de esta petición.—Vértigo jeneral.—Don Melchor Calderon.—Cuán caro costó a un indio haber dicho ¡Jesus!—Distinguidos sacerdotes que están por la esclavitud.—Discusion sobre la justicia de esta medida.—Algo acerca de la intelijencia que se daba a la bula en que Alejandro VI donaba la América a los reyes de Castilla.—Alonso Garofa Ramon pide tambien la esclavitud de los indios de guerra; Alonso de Rivera va aun mas léjos.—Que se aumenten en dos vidas las encomiendas; que se traigan a Chile dos mil negros.—Sentida descripción hecha al rei por el padre Bascones de la crueldad de los colonos.—Pide que se autorice a Chile para tener moneda i cuño propios: lei de esa moneda.

---

Despues de pensar en la defensa interior i exterior del reino, los habitantes de Chile someten a la real consideracion los arbitrios que, a su juicio, habian de contribuir mas eficazmente a la prosperidad jeneral.

Los indíjenas constituian en América el mas estimado capital del conquistador; porque éste, ademas de tratarlos de ordinario sin piedad alguna i sin reconocerse obligado a nada para con ellos, se enriquecia con su trabajo.

El padre Bascones, a nombre de sus comitentes, tambien busca en la desgracia de los indios chilenos el bien de esta colonia: asi, el primer medio que se le ocurre es que se declare esclavos a los indios de mas de quince años, quando se les tome con las armas en la mano.

En esta medida veia un justo castigo de los enormes crímenes cometidos por los rebeldes, saludable escarmiento para cuantos se sintieran tentados a imitarlos i la manera de mejorar con pre-

ciado botin la condicion del soldado; « porque la jente española « que sigue esta guerra, dice, no tiene otro interes ni despojo del « enemigo sino unas pobres armas de cuero i quando mas un ca- « ballo trasquilado de crin i cola. » Sin duda, era la última razón la mas poderosa; sin duda, el interes particular hacia discurrir asi i empeñarse a nombre del bienestar jeneral a los que, una vez aprobada la idea, convertirian la guerra en granjería i contarian las ganancias por los infelices que, rebeldes o nó, arrebataran a sus hogares i familias. Pero, aunque el interes particular fuera el principal móvil de esta peticion, no era el único. La guerra a sangre i fuego; la destruccion de las ciudades; el tremendo cautiverio de tantas inocentes víctimas; la deslealtad de que los indíjenas estaban dando constantes pruebas; los sacrilejos con que, despues de apostatar, horrorizaban a los creyentes; todo ello habia llenado de indignacion i convertido en partidarios de la esclavitud de los indios a personas que constantemente figuraron ántes i figuran despues entre los mas enérgicos, desinteresados i abnegados defensores del indíjena. Fué aquello como un vértigo, causado por la sangre i los horrores; vértigo momentáneo, que diestramente supieron aprovechar los que pensaban lucrar con esa medida, para que apoyasen la peticion hombres tan respetables por su ilustracion como por sus virtudes. Asi se esplica que la misma órden que tuvo en Chile por fundador al mas valiente de los defensores del indíjena, al ilustre frai Jil Gonzalez de San Nicolas, viera a su provincial, frai Antonio de Victoria, escribir al rei que no concluiria la guerra de Arauco miéntras no se diera por esclavos a los que la hacian interminable (1). Por eso, el anciano i respetado Don Melchor Calderon, entónces tesorero del cabildo eclesiástico de Santiago i que habia sido en diversas ocasiones vicario capitular, escribió un tratado sobre la materia i opinó, en vista de los crímenes de los indíjenas, que no solo merecian ser hechos esclavos, sino tambien ser quemados vivos. Segun el

---

(1) Carta de 12 de marzo de 1599.

anciano sacerdote, era tal el odio que los apóstatas profesaban al nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que el pronunciarlo bastaba para ser condenado a muerte. I a este propósito refiere como prueba una historieta que manifiesta la facilidad con que el octojenario testigo daba asenso, en la estupefacción que le producian los crímenes de los indjenas, a cuanto querian contarle: « El nombre de Nuestro Señor Jesucristo no se nombra entre ellos i tienen ordenado los enemigos que el indio que lo nombrare muera por ello. Asi habia sucedido que echó un bando un capitan de los enemigos que ningun indio nombrase el nombre de Cristo, porque moria por ello i, como los mas de los dichos indios han sido cristianos, yendo marchando con el dicho capitan, habia tropezado un indio i dijo ¡Jesus! E por que le habia nombrado, el dicho capitan le habia luego mandado matar » (2).

Entre los declarantes que estuvieron contestes en lo sustancial con el tesorero Calderon, al responder a la pregunta 10.<sup>a</sup> de la citada informacion de 2 de setiembre de 1600, que se refiere a la conveniencia de la esclavitud de los indjenas, encontramos a frai Juan de Bascones, provincial de San Agustin; a frai Alonso de Benavente, provincial de la Merced; a frai Gregorio Navarro, provincial de San Francisco; a frai Francisco de Riveros, provincial de Santo Domingo; al visitador de la misma órden, frai Francisco de la Cámara i Rayo, a frai Domingo de Villegas; al canónigo Francisco de Ochandiano; a los padres Luis de Valdivia, rector del colejio de la Compañía de Jesus en Santiago i Gabriel de Vega de la misma Compañía (3). La mejor prueba de que esto no fué sino pasajero vértigo es que, entre los partidarios de la esclavitud del indjena, se contaba su ilustre defensor

---

(2) Citada informacion de 2 de setiembre de 1600, contestacion a la pregunta 10.<sup>a</sup>

(3) En los documentos del señor Vicuña Mackenna no se encuentra copia de la declaracion de estos eclesiásticos. Se lee, despues de la del tesorero Calderon, la nómina de los declarantes i la siguiente advertencia: "Todas sus declaraciones están contestes en lo sustancial con la que arriba se inserta, por cuya razon se omiten por no hacer demasiado voluminosa esta copia."

el padre Luis de Valdivia, el mismo que algunos años despues habia de pedir i obtener en Madrid la revocacion de la cruel medida que entónces, cegado por las desgracias, apoyaba junto con los demas eclesiásticos.

Pero los vecinos de Santiago, por medio de su apoderado, no se limitaban a manifestar que creian mui merecida la esclavitud, como castigo para los indíjenas: discutian las razones que podian justificar esa medida i opinaban que las habia en el presente caso.

Los indíjenas declaraban guerra cruda a la relijion, impedian que la abrazasen los que descaban hacerlo entre ellos i se esforzaban de todas maneras en que apostatasen los que aun profesaban la fe de Jesucristo. Añádase a esto la cruel i bárbara esclavitud de los cautivos españoles i se verá, decian los vecinos, que la medida propuesta no es ni con mucho represalia. I para que la guerra terminase alguna vez, seria mui conveniente, a su juicio, que todos los indíjenas que cayeran prisioneros se enviasen fuera de Chile. Para eso, solo debian ser declarados esclavos del soldado que los aprisionase, cuando éste hubiera rendido fianza de que lo vendria a quien lo hiciese salir del reino.

Al tratar de la justicia de la guerra, el representante de las ciudades de Chile tiene para con el rei de España un lenguaje digno de ser meditado por cuantos juzgan que fuese entónces creencia jeneral que la bula de Alejandro VI de donacion de la América en favor del monarca de Castilla, le conferia a éste justo título de conquista: « La dicha guerra, *aunque en sus principios pudo ser de nuestra parte injusta*, los sucesos i males de los enemigos la han ido justificando i, segun derecho, « lo está hoi, por conclusion de teólogos i otros letrados que sobre esto se han juntado. »

Si el título que los reyes invocaban i que ante la conciencia católica justificaba sus derechos sobre América era la donación pontificia, ¿cómo podia dudarse de la justicia de la guerra contra los araucanos? ¿Cómo habian de abrir discusion acerca de

ello los teólogos i letrados? ¿Cómo podia creerse que los desmanes de los indios habian ido justificando una guerra que siempre debieron creer justísima? ¿Cómo aceptar que al principio fuese injusta?

I tan encarnada debia de estar esta opinion, que el representante de todas las ciudades de Chile, hablando al rei, comienza su esposicion sobre la «esclavitud de los rebeldes» por sentar explícitamente esa doctrina. Si el rei entendia que la célebre bula de Alejandro VI le daba verdadero título para conquistar la América i si así lo habian pensado el papa i los católicos, el apoderado de las ciudades de Chile comenzaba por presentarse como rebelde al rei cuyas buenas gracias iba a conseguir; el sacerdote atacaba el acto pontificio; el enviado se ponía en abierta contradiccion en un punto capital con los que lo habian constituido su representante. I, pues nada de esto es admisible, tampoco debe serlo la mencionada interpretacion del acto pontificio.

Por su parte, García Ramon representaba al rei la conveniencia de que «se diesen por esclavos los naturales de esta «tierra que estuviesen de guerra; pues por tantas i justas causas lo tienen merecido» (4). I, para concluir lo relativo a la esclavitud de los indijenas, mencionemos que el sucesor de Alonso García Ramon, Alonso de Rivera, no se limitó como aquel a pedirla sino que, adelantándose a la resolucion del rei, se puede decir que comenzó a ejecutarla. Desde ántes de llegar a Chile, supo en Lima que teólogos i letrados sostenian la justicia i conveniencia de esta medida: una vez aquí, i siguiendo probablemente los consejos de Vizcarra, pues nada entendia del oficio de leguleyo, renovó la farsa del proceso que se vió por primera vez cerca de cuarenta años ántes i en la que figuraron el licenciada Herrera como juez i, para protestar contra semejante ardid judicial frai Jil Gonzalez de San Nicolas, valerosísimo defensor del indijena.

El mismo Alonso de Rivera nos refiere las medidas que tomó,

---

(4) Citada carta de 17 de octubre de 1600.

en el capítulo cuarenta i cuatro de las instrucciones dadas por él a Domingo de Erazo, a quien mandaba por su representante a España. I el propio Erazo casi no hizo mas que copiar las palabras de su poderdante cuando, en uno de sus memoriales, dice al rei:

« Que tambien se ha considerado por mui importante medio  
« para acabar aquella guerra declarar por esclavos los indios re-  
« beldes, sobre lo cual hizo el dicho gobernador (Rivera) pro-  
« ceso contra ellos, conforme a los fundamentos de los pareceres  
« que dieron los relijiosos de la ciudad de los Reyes i otros hom-  
« bres doctos, criándoles defensor i oyéndoles conforme a dere-  
« cho. I con asistencia i parecer del licenciado Pedro de Vizca-  
« rra, teniente jeneral, pronunció sentencia condenándolos por  
« esclavos, en conmutacion de la pena de muerte que merecen,  
« remitiendo la causa a Vuestra Majestad i su real Consejo de  
« Indias, como por ella parece. »

Despues de pedir la esclavitud de los rebeldes, piden tambien los habitantes de Chile que, en atencion a los muchos gastos i sacrificios que se ha obligado a hacer a los vecinos encomendados de las diversas ciudades para sustentar la guerra, se les proroguen por dos vidas mas (es decir, se radiquen por dos jeneraciones en cada familia) los indios encomendados.

Esta solicitud, hecha tambien por Alonso García Ramon (5), era el complemento de la otra: despues de declarar esclavos a los indios rebeldes, auméntese el tiempo de la esclavitud de los pacificados.

El rudo trabajo a que estaban sometidos estos indios, llamados amigos, los habia disminuido tan considerablemente que no podian dar abasto a las faenas del campo. I, pues si se aprobaba la reagravacion propuesta del servicio obligatorio, cada dia se disminuirian mas, urjia suplir su falta. Al efecto, pedian al rei las ciudades que mandase traer a Chile por la via de Buenos Aires mil negros « los mas robustos i mozos que sea po-

---

(5) Citada carta de 17 de octubre de 1600.

«sible.» De ellos se harían tres partes: «la mejor se entregue a los oficiales reales de dicho pueblo (de la Serena), a cuyo cargo esté proveerlos de doctrina i sustento i los dichos negros se ocupen en labrar i sacar oro por cuenta de S. M. en las mas aventajadas minas de aquella comarca, donde són las mejores de todo el reino.» Las otras dos debían repartirse por los cabildos entre los vecinos de La Serena i Santiago «para el mismo efecto de sacar oro.» Los que recibiesen estos esclavos debían pagarlos en tres o cuatro años a las cajas reales. Encontraban gran ventaja en la introduccion de negros, sobre todo por el desprecio que los indijenas les tenían i la seguridad de que nunca podrian ponerse de acuerdo con ellos para atacar a los españoles.

Solo en una de las súplicas hechas al rei por frai Juan de Bascones vemos al relijioso i al defensor de los pobres indios de Chile, i es en la que trata de la necesidad de poner coto a las crueldades que cometían los españoles. Es dolorosamente interesante este capítulo del memorial i lo copiamos casi íntegro:

«Los mas de los gobernadores de aquel reino antepasados i muchos de sus capitanes i aun soldados particulares, pensando traer por este camino al yugo de la obediencia a los enemigos rebeldes, han usado con los que han habido vivos a las manos de grandes crueldades, sacando a unos los ojos; cortando a otros las manos, narices i orejas; cercenando a otros con machetes los piés por medio del empeine con grande inhumanidad; empujando a otros, i quemándolos vivos i aun recién bautizados, como pocos dias há mandó hacer don Francisco de Quiñones con mas de treinta, que en verdad fué un espectáculo de gran compasion. *I, si bien se mira, es porque defienden su tierra de la manera que naturaleza, en ellos bárbara, les enseña.* I es de creer que semejantes crueldades contra los de guerra i muchas inhumanidades i agravios que se han usado con los de paz, son las que han indignado a Dios Nuestro Señor contra aquella república; El cual, para castigar semejantes insolencias, las de los unos en los otros i las de muchos en ellos mismos, ha que-

« rido S. M. arruinar aquel reino como otra Jerusalem, tomando  
« por instrumentos i alguaciles de su divina justicia a los propios  
« bárbaros i hacer este castigo con la cufia de la propia madera.  
« Atento a lo cual el dicho procurador pide al rei nuestro señor  
« su real cédula mui rigurosa para que los indios que de presen-  
« te son de paz i los que en adelante la ofrecieren sean tratados  
« cristiana i piadosamente, asi del gobernador que es o fuere  
« como de las demas justicias i oficiales de guerra. I en los ene-  
« migos que en ella fueren rendidos o habidos a las manos de  
« otra cualquier manera en ninguna manera se ejecuten éstas ni  
« otras semejantes crueldades, teniendo atencion a que el indio,  
« si usa con nuestra nacion de algunas, procede como infiel i  
« bárbaro; pero el cristiano tiene obligacion de proceder como  
« cristiano. »

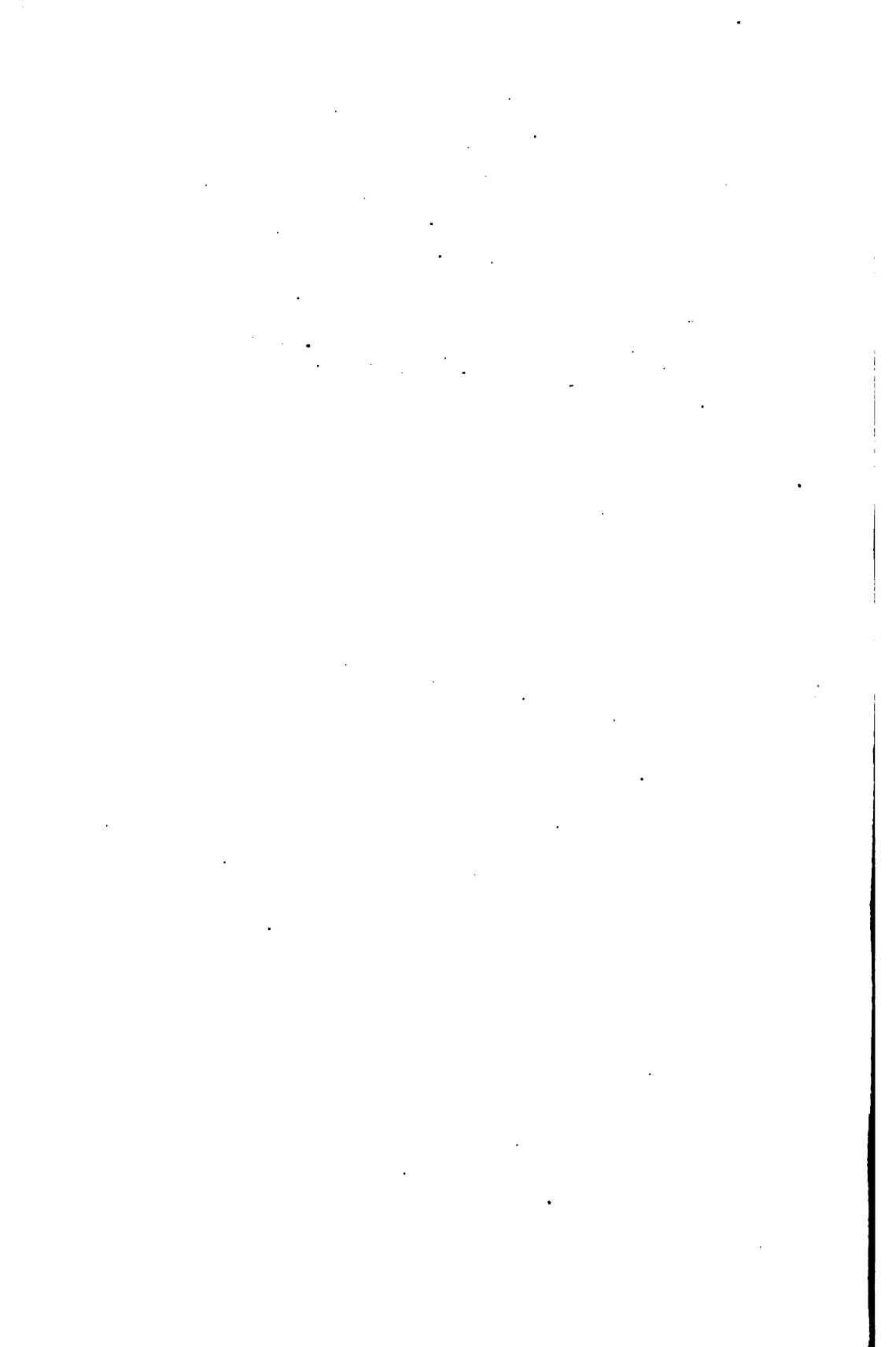
La última peticion que mencionaremos es la de que se autori-  
zase al reino de Chile para tener moneda i cuño propios i, a fin  
de evitar que esa moneda saliese del reino, pedian que o tuviese  
lei menor o que el rei, por via de autoridad, le asignase entre  
nosotros un valor superior al del oro que contenia. Nos parece  
que se verá con interes la manera cómo acerca de esto se pensa-  
ba entónces en Chile:

« Item, por cuanto el trato ordinario de Chile es por con-  
« mutaciones i conchavos de unas cosas por otras, por la falta  
« que hai de moneda, i la que va del Pirú pára en manos de los  
« mercaderes, los cuales la vuelven luego al mismo Pirú; i es  
« gran incomodidad para la república i defecto del bien co-  
« mun que en un reino tan próspero de oro falte moneda; i por  
« cuanto, haciéndose en él, con la misma puede ser pagada la  
« jente de guerra, importará mucho que se mande labrar la di-  
« cha moneda del mismo oro que en el reino se saca, con marca  
« i cuño conocido i propio hasta en cantidad de 300,000 escudos,  
« a lo ménos, o toda la cantidad de oro que en los primeros cua-  
« tro años se sacare, asi de su majestad como de particulares. I  
« para que la dicha moneda no salga del reino i esta merced re-  
« sulte en aprovechamiento de la Real Hacienda, converná que



« a la dicha moneda se le eche mas liga de la que se ha hecho  
« en España, lo cual es fácil i barato de hacer por el mucho co-  
« bre que hai en el dicho reino; o mandando Su Majestad que  
« cada escudo de los de Chile en el dicho reino valga un tanto  
« mas que los de España porque nadie le saque del reino sin  
« mucha pérdida. La marca que se ha de echar i el órden que  
« se debe tener en esto i en cuál ciudad de las dos, Santiago o  
« La Serena, converná mas que se labre, se puede cometer al  
« gobernador i teniente jeneral o a cualquiera de los dos.

---



---

## CAPÍTULO XXXV.

### SE SABE EN CHILE LA VENIDA DE NUEVO GOBERNADOR.

---

Noticia de la venida del sucesor de García Ramon.—Cuán ajeno estaba éste de esperar semejante cosa.—¿Quién era el sucesor?—Profundo descontento que ocasiona la noticia.—Cómo la recibió Alonso García Ramon.—Datos que envía a Rivera sobre el estado de Chile.—Lo que intenta hacer para esperarlo en Concepcion.—Cómo describe a Rivera Gregorio Serrano el estado de Chile.—Sacrificios impuestos a vecinos e indios de Santiago para equipar cuatrocientos hombres.—Sale Alonso García Ramon para el sur.—Imposibilidad en que el gobernador interino se encontró de hacer cosa alguna importante.

---

No habia que pensar en abrir la campaña en el sur de Chile ántes de octubre, pues hasta entónces no lo permitian ni las lluvias ni los caudalosos rios imposibles de vadear: la escasez de recursos era en ese año otro obstáculo que retardaria aun mas las operaciones de la guerra.

Vemos que García Ramon, llegado a Valparaiso el 29 de julio de 1800, se ocupó lo que aun quedaba del invierno en prepararse para la próxima campaña i en ponerse bien al corriente del estado de las cosas. Mas, ántes de que se acercase su viaje, llegó un barco del Perú con la noticia de que ya debia estar en Lima el gobernador propietario de Chile, nombrado por el rei de España. Esta nueva se recibió en Santiago por varios conductos en los primeros dias de octubre: don Alonso de Sotomayor, presidente de Panamá, la comunicaba al ayuntamiento de

---

(1) Carta de Gregorio Serrano a Alonso de Rivera, fecha en Santiago el 15 de octubre de 1800.

la capital de Chile (1); el virei del Perú, a Alonso García Ramon (2).

Pocas noticias mas inesperadas i que mas impresion causasen: el mismo Alonso García Ramon estaba tan distante de creer corta su permanencia en Chile que el 20 de agosto hablaba al virei de la venida de su esposa, que podia residir en Santiago, de donde él tendria noticias suyas en el campamento cada dos meses: «Escribo órden a doña Luciana, decia, para que sino «hai nueva de gobierno para este reino se venga en el primer navío a esta ciudad de Santiago, en la cual, aunque estará «léjos para verla como si estuviera en esa, al fin sabré de su «salud cada dos meses. Suplico a V. E. que si hubiere de venir «la haga merced de manera que venga bien aviada i honrada» (3).

Si las comunicaciones entre el Perú i Chile hubieran sido siquiera medianamente rápidas, aun teniendo en cuenta los medios que habia entónces de trasporte, no habria escrito tal cosa; porque en la fecha en que lo escribia traia ya mas de un mes de viaje la carta en que el virei le comunicaba el nombramiento del sucesor. Esa carta era de 19 de julio (4); es decir: cuando aun faltaban diez dias para que García Ramon llegase a Chile ya se le enviaba la noticia de que era reemplazado por otro.

¿Quién era el otro? Un hombre del todo desconocido en estos reinos, que venia a América por la primera vez, Alonso de Rivera. Convencidos los pobladores de Chile, por la serie de desgraciados sucesos que habian tenido que lamentar, de cuán necesaria era la esperiencia en los hábitos i manera de pelear de los indios para combatirlos con ventaja, no podian ménos de recibir como gran desgracia el nombramiento de Rivera, que ponía la suerte del reino en manos de un inesperto i la quitaba de las de

---

(2) Carta de Alonso García Ramon a Alonso de Rivera, fechada en Santiago el 12 del mismo. Como despues veremos, Rivera no debió de recibir en Lima esta carta de García.

(3) Carta de Alonso García Ramon al virei, fecha a 20 de agosto de 1600.

(4) Citada carta de Alonso García Ramon a Rivera, fecha 12 de octubre.

Alonso García Ramon, en quien todos tanto confiaban. « Hubo, « dice un testigo de vista al rei, una turbacion i tristeza jeneral « por tener todos en él (Alonso García Ramon) apoyadas sus es- « peranzas de remedio » (5).

Sea cual fuere la impresion que esto hizo en el mas interesa- do, lo cierto es que García Ramon escribió inmediatamente al nuevo gobernador a Lima felicitándolo i mostrándose mui sa- tisfecho de su venida, demasiado satisfecho para que su palabra sea sincera. Comienza con las siguientes frases: « Por una carta « de Su Excelencia, su fecha en 19 de julio, veo haber Su Ma- « jestad proveido a U. S. en este gobierno: que sea por muchos « años i con prósperos i grandes sucesos. Podré asegurar a U. S. « en mi vida recibí mayor contento que con esta nueva, asi por « parecerme que en la venida de U. S. será Dios servido de dar « quietud a este reino, como porque me veo viejo i cansado i « deseoso de estar en mi casa » (6).

Si Alonso García Ramon se sintió viejo, cansado i deseoso de retirarse a su casa, ese sentimiento no le duró mucho tiempo ni fué creído por los que habian de recurrir de nuevo a su valor i pericia.

En lo que sí se manifiesta sincero es en la relacion que hace a Rivera del pésimo estado del reino; i le suplica, « pues está « en parte de adonde ha de venir el remedio, procurarle de la « manera que a V. S. le pareciere mas conveniente, porque de « otra suerte certifico que se verá U. S. mui confuso i atajado. « Chile está mísero, en el último i peor estado que jamas se ha « visto i mucho mas trabajoso que sí se conquistara de nuevo; « porque los indios están mui soldados, victoriosos i ricos con « tantos despojos como han tomado en los sucesos que han teni- « do, los soldados en cueros i amedrentados i los vecinos tan po- « bres que no se puede decir » (7).

---

(5) Citado MEMORIAL del padre Bascones.

(6) Carta de 12 de octubre de 1600.

(7) Id. id.

Ha sabido que traía trescientos soldados i ropa para otros quinientos i le advierte que debia contar con vestir a todos los que aquí encontraría, los cuales eran mas de mil quinientos. Le refiere los aprestos que estaba haciendo, acopiando comidas, reuniendo armas i caballos i preparando soldados, para que a su llegada pudiese el nuevo gobernador comenzar con fruto la campaña i le aconseja que cuando venga a Chile vaya a desembarcar en Concepcion, adonde él iria a esperarlo con las fuerzas i pertrechos que hubiese podido reunir. Pero, por mucha diligencia que en los mencionados preparativos pensase poner García Ramon, no contaba llegar a aquella ciudad antes de fines de diciembre: « no será pequeño servicio, esclama, encuadernar « libro tan desconcertado para Navidad. » I al concluir le recomienda nuevamente que « procure traer de esa ciudad (Lima) « las mas sillas que se pudiese i la mayor cantidad de harina « que fuere posible; porque de otra manera padecerá la jente « necesidad. Con lo cual i con grueso socorro de ropa para ves- « tir a esta jente, ya que U. S. no puede traer situacion de pa- « gas que es lo que converná, alegrará i alentará este miserable « reino i jente dél. »

Probablemente todas las personas importantes de Chile, todas las que se interesaban por el bien del reino i cuantos desde el principio se esforzaban por ganarse el buen querer del nuevo mandatario, hubieron de seguir el ejemplo de Alonso García Ramon escribiendo a Rivera. Podemos hablar de lo que le dice nuestro conocido el capitan Gregorio Serrano, que parece escribirle casi con el esclusivo objeto de que obtenga en Lima cien mil duros anuales para con ellos pagar los empleados i el ejército de Chile. I en su concisa carta hace al nuevo gobernador pintura tal de lo que el reino ha sufrido i de la situacion en que se encuentra que era mui apropósito para destruir ilusiones, si Rivera las traía: « Por una carta que el presidente de Panamá « escribió al cabildo de la ciudad de Santiago, supe la eleccion « que Su Majestad habia hecho en U. S. de gobernador de este « reino, que fué para U. S. de harto trabajo, por estar todo él

« abrazado en guerra i perdido: tanto que en dos años poco mé-  
« nos que há que mataron a Martin García de Loyola han muer-  
« to estos indios setecientos soldados, la flor de esta tierra, i lle-  
« vándose trecientas mujeres españolas i niños i asolado sieté  
« ciudades i llevándose mas de quinientas mil cabezas de ganado  
« i mas de diez mil caballos, i despojos mas de trescientos mil  
« duros. I, sobre todo, la mayor arrogancia i soberbia contra nos-  
« otros que jamas se ha visto i nosotros, por el consiguiente, per-  
« didos los ánimos i las esperanzas de ver bonanza en este refi-  
« no » (8).

Haciendo toda clase de sacrificios e imponiéndolos mui gra-  
voses a la inagotable jenerosidad de los vecinos de Santiago,  
consiguó Alonso García Ramon equipar cuatrocientos hom-  
bres (9). Era mucho mas de lo que se hubiera debido creer i,  
como dice el ayuntamiento de la capital, para conseguirlo « se  
« quitaron a los vecinos e moradores todas las armas, caballos i  
« sillas i mucha parte de sus haciendas; dejándola (a la ciudad)  
« descarnada de todo lo necesario para la defensa de cualquier  
« enemigo que se le pusiese. »

I nó es sólo el cabildo el que esto afirma. El mismo García  
Ramon, en un informe dado a Alonso de Rivera en Concepción  
el 18 de febrero de 1601, dice que para conseguir recursos le  
fué preciso « tomar empréstitos i echar derramas en todo jénero  
« de jente, dándoles libranza en la real caja con gran cuenta i  
« razon i mandando que en los pueblos de indios se atasen gran  
« cantidad de caballos para los soldados i se tomasen de las co-  
« munitades de los dichos naturales las vacas i carneros neces-  
« rios para la jente de guerra, habiendo en todo la cuenta i razon  
« referida. »

Cuando con tan grandes esfuerzos hubo reunido los cuatro-  
cientos hombres, partió con ellos el 6 de diciembre (10) para el

---

(8) Carta de Gregorio Serrano a Alonso de Rivera, fecha a 15 de octubre de 1600.

(9) Acta del cabildo de Santiago, fecha 26 de enero de 1601.

(10) Id. id. En ella se lee: " Para socorrer cuatrocientos hombres que

sur el gobernador interino, a fin de entregarles en Concepcion con el gobierno de Chile a su sucesor, el cual, segun habia escrito el presidente de Panamá, debia de llegar a fines de diciembre o, a mas tardar, a mediados de enero (11).

“S. S. sacó desta ciudad habrá cincuenta dias se quitaron a los vecinos, etc.”

Rosales, libro V, capítulo XX, dice que García salió de Santiago para Concepcion el 6 de noviembre; preferimos el testimonio del cabildo de Santiago, con tanto mayor razon cuanto que el mencionado historiador incurre en esta parte en otros dos errores:

1º Asegura que, despues de su llegada, García Ramon no estuvo en Santiago mas que cuatro dias i que partió para Concepcion, probablemente despues de castigar a los indios que asaltaron a Duao. Dice que estuvo en aquella ciudad hasta el 8 de octubre, dia en que volvió a Santiago. Para probar la verdad de nuestro relato i la equivocacion de Rosales, no tenemos mas que citar dos documentos que manifiestan que Alonso García Ramon estuvo en la capital en el intervalo que hai entre el 23 de julio [dia en que Rosales supone que fué por primera vez al sur] i 3 de octubre, en que, segun él, volvió a la capital. Son las dos informaciones tantas veces citadas de 23 de agosto i 2 de setiembre: en las dos actúa Alonso García Ramon en Santiago i en la primera, a mas de eso, leemos la siguiente frase con que comienza:

“En la ciudad de Santiago del Estremo, cabeza de la gobernacion i reino de Chile, a 23 dias del mes de agosto de 1600 años, el mui ilustrísimo señor Alonso García Ramon, gobernador, capitán jeneral i justicia mayor deste reino i provincias, por ante mí el secretario mayor de Cámara i gobernacion dél, dijo: que puede haber 26 dias, poco mas o ménos, entró en este reino, desembarcándose en el puerto de Valparaiso como 24 leguas desta ciudad a ejarcer i usar su cargo i llegado a esta ciudad, por ser informado la falta que tienen los soldados que militan en este reino i guerra dél de caballos, sillas para ellos, vestidos, armas i bastimentos; por no haber en todo el reino de donde valerse i proveerse dello i lo mas necesario para la guerra sino desta ciudad i estar los vecinos i moradores della tan gastados i apurados de todo por haber tantos años acuden a la dicha guerra, SE HA IDO I VA DETENIÉNDOSE PARA PROVEERSE DE LO SUODICHO en la mas cantidad que ser pudiere.”

Luego el 23 de agosto no se habia ido al sur i, como no podia ir a Concepcion i volver acá en diez dias, tampoco habia dejado la capital el 2 de setiembre, en que de nuevo provée en audiencia pública en Santiago la peticion que le hace el procurador de ciudad. Asi, pues, caso de haber verificado el viaje de que habla Rosales i que oremos por demas improbable solo pudo hacerlo entre el 3 de setiembre i el 3 de octubre que aquel señala para la vuelta; es decir, nó cuatro dias, sino mes i medio despues de su llegada a Chile.

2º Dice Rosales que sacó García Ramon de Santiago ciento cincuenta hombres: el testimonio del cabildo de la capital, que transcribimos al principio de esta nota i que hace subir esos hombres a cuatrocientos, es irrecusable.

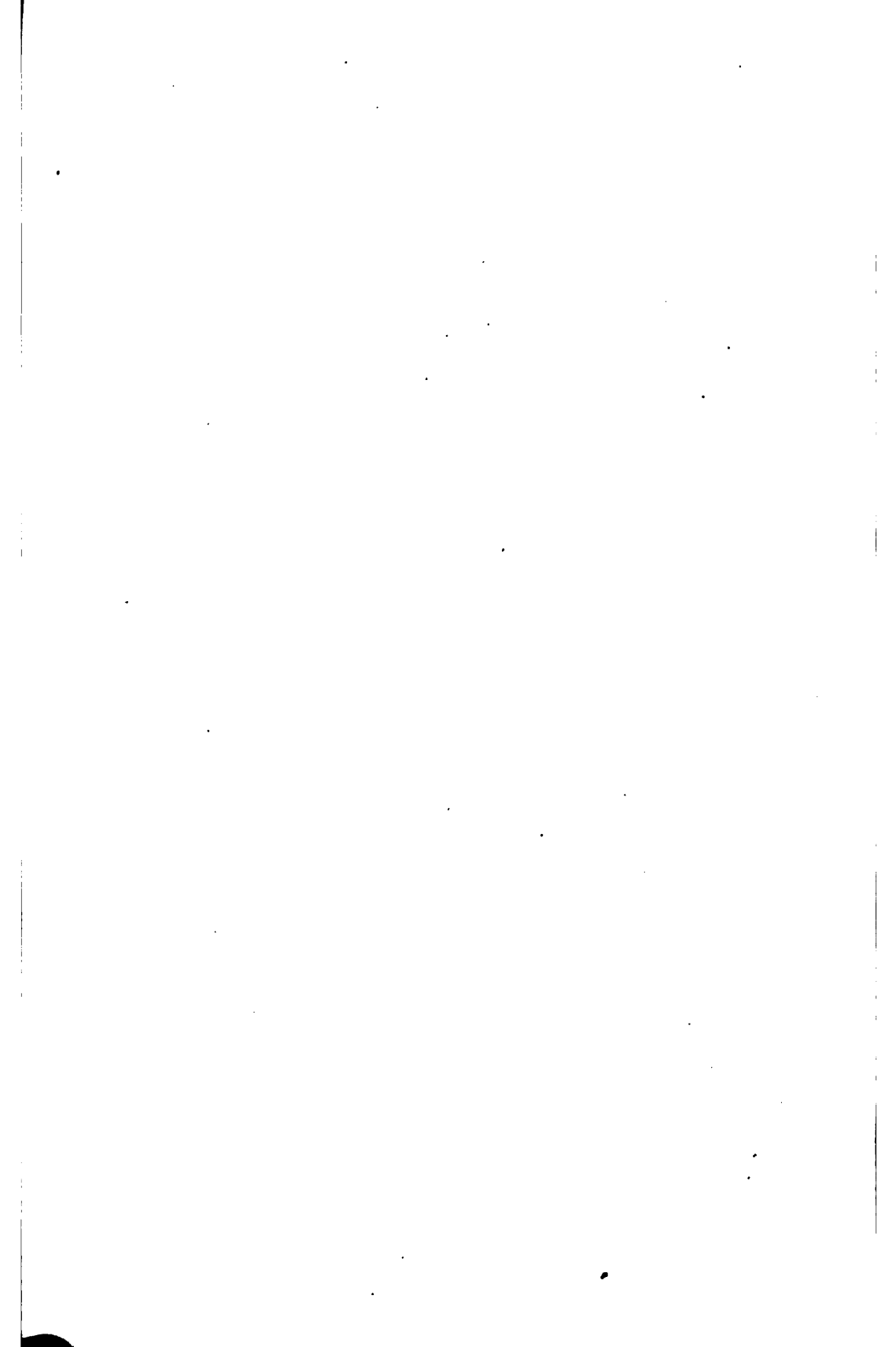
En prueba de la afirmacion del cabildo, ya de por sí tan autorizada, tenemos que, como en su lugar hemos visto, habia en Santiago mas de trescientos soldados que del sur se habian venido acá i mas de cincuenta llegados de Buenos Aires. Todos estos i los vecinos llevados por García suman los cuatrocientos con que salió i con los cuales fué aumentando las guarniciones de los fuertes i las de Chillan i Concepcion.

(11) Carta de Alonso García al cabildo de Santiago, fecha en Concepcion el 19 de enero de 1601.



En verdad, nadie podia exigir gran cosa a García Ramon: solo habia gobernado cuatro meses, i cuatro meses en que la estacion no le permitia entrar en campaña i dos de esos meses los habia pasado sabiendo que ya estaba en Lima su sucesor, es decir, con el desprestijio de la autoridad de un gobierno que ha de concluir pronto. Sin embargo, no por eso se empeñaba ménos en hacer cuanto estuviera de su parte i en dejar a Rivera en situacion de comenzar con ventajas la campaña. Por mas que él dijera que queria retirarse a su casa a llevar vida tranquila, abrigaba en su pecho la noble ambicion de contribuir poderosamente a la pacificacion de Chile, que le habia proporcionado teatro para sus mas reputadas hazafias.!

---



---

## CAPÍTULO XXXVI.

### FIN DEL GOBIERNO INTERINO DE GARCÍA RAMON.

---

Difícil viaje de García Ramon.—Sus correrías en los alrededores de Chillan.— Descubre una gran junta i vuelve presuroso a la ciudad.—Medidas que toma para resguardar la ciudad i los alrededores.—Dispérsanse los indios i dan la paz.—Alonso García Ramon en Concepcion.—¿Cual seria la suerte de Villarrica?—Reune consejo el gobernador interino para resolver si iria o nó en socorro de las ciudades australes.—Resolucion afirmativa del consejo; razones en que se apoya.—Lo que pide García Ramon al cabildo de Santiago.—Lo que resuelve el cabildo acerca de enviar recursos al sur.—Sale hácia el sur García Ramon.—Opónense los vecinos de Concepcion i Chillan a la próxima expedicion.—Se conviene en demorarla.—Avisa al gobernador el capitán Cabrera que está sitiado Arauco.—Resuelve el consejo que se vaya en su socorro.—En Hualqui recibe García Ramon noticia de la llegada de su socorro.

---

Con su salida de Santiago no habian concluido las dificultades para Alonso García Ramon, i tales se le presentaron en el camino i tal fué la falta de recursos durante él, que, habiendo partido el 6 de diciembre, no llegó a Chillan hasta el 2 de enero de 1601 (1); tardanza tanto mas notable cuanto que, si no toda, casi toda la jente iba a caballo.

Llegado ahí, quiso hostilizar a los belicosos indios de la rejion de la cordillera, que mantenian en jaque la fortaleza a que habian dejado reducida la antigua ciudad de Chillan. Le pareció cosa fácil i poco peligrosa el hacer una escursion por sus tierras i talarles los sembrados: al efecto salió a la cabeza de solo

---

(1) Carta de Alonso García Ramon al cabildo de Santiago, fecha en Concepcion el 19 de enero de 1601.

treinta hombres (2). Mui pronto, sin embargo, hubo de conocer su equivocacion: en lugar de encontrar, como se imaginaba, segun él mismo refiere, un enemigo descuidado, supo que no solo no podia atacarlo sino que debia pensar en la defensa. Cerca de un lugarcito llamado Sute tomó prisioneros a seis o siete indios de guerra i por ellos tuvo noticias de que en Quinel (3) habia una gran junta de rebeldes, cuyas intenciones eran nada ménos que «llegar a Maule i levantar todo cuanto hubiese de paz i «destruir i cortar todas las comidas que hallase.»

Inmediatamente que se convenció de la veracidad de esta grave noticia, volvió García Ramon a Chillan «con presteza i «diligencia,» a fin de prevenirse contra la realizacion del plan de los indios que tan a tiempo habia descubierto. Reforzó las guarniciones de algunos fuertes i sobre todo la del de Itata, que por su situacion era el mas a propósito para socorrer cualquier punto amagado por los enemigos, i puso al mando de éste i de los otros vecinos al reputado capitán Alonso Cid Maldonado (4).

Los indios reunidos en la junta eran cuatro mil, tres mil de a caballo i mil de a pié: para contrarestarlos creyó necesario dejar en Chillan i en uno de los fuertes vecinos doscientos hombres, ciento cincuenta de caballería i cincuenta de infantería i en el de Itata ochenta, de los cuales sesenta eran de a caballo i veinte de a pié: los indios, con esto, no se atrevieron a seguir adelante sus planes de ataque i se dispersaron. Como sucedia casi siempre, a una espedicion frustrada i a su momentánea impotencia se siguieron por parte de los rebeldes las proposiciones de paz i sunision, que de ordinario no significaban sino la ne-

---

(2) Carta de Alonso García Ramon al cabildo de Santiago, fecha en Concepcion el 19 de enero de 1601. A esta carta seguimos casi esclusivamente, cuando no advertimos lo contrario, en cuanto se refiere al viaje del gobernador al sur.

(3) Rosales que, en el capítulo citado, refiere de una manera confusa algunas de las circunstancias del relato que hacemos, da este nombre de Quinel a un cacique. Es posible que las dos cosas sean exactas, desde que mui a menudo vemos que los caciques tomaban el nombre de las tierras que les pertenecian.

(4) BORRADORES DE UNA RELACION DE LA GUERRA DE CHILE.

cesidad de cosechar las mieses i la imposibilidad de defenderlas. Demasiado conocia el valor de tales cosas Alonso García Ramon para confiar en ellas: aguardó para seguir su camino que llegara « el maestro de campo del rio de Itata con noventa i cuatro soldados, los sesenta de los mejores de Chile » i el 7 de enero partió para Concepcion con el sentimiento de dejar a Chillan, si bien reforzado, en tanta carencia de recursos que sus habitantes sufrían « estraña hambre. »

A mediados de enero, según lo anunciado por don Alonso de Sotomayor, debía de haber llegado ya Rivera i, sin embargo, nada se sabia de él: García Ramon sentia sobre sus hombros enorme responsabilidad por la suerte de las ciudades australes. I a la medida que pasaban los dias, aumentaba la inquietud del gobernador interino i el convencimiento jeneral de la necesidad de resolver si se les llevaba o nó socorro: dejar pasar en inaccion el mejor tiempo equivalia a resolverse por la negativa. Mas inquietud aun que las otras ciudades causaba a todos Villarrica, por la circunstancia de haber pasado tantísimo tiempo sin saberse de ella. ¿Resistia a sus numeros enemigos o habia sucumbido ya en su terrible aislamiento? Si resistia, ¿a qué grado de miseria i hambre no se encontrarían reducidos esos heróicos soldados?

Para salir de tan cruel incertidumbre i saber qué era de Francisco del Campo, Alonso García Ramon hizo aderezar en Concepcion un pequeño barco i se preparaba a enviarlo al sur, cuando de la noche a la mañana unos cuantos soldados, que tenían el proyecto de huir de Chile i que vieron en ese barquichuelo el medio de llevarlo a cabo, se lo robaron i se fugaron en él al Perú (5).

En la escasez de embarcaciones en que los corsarios habían dejado a Chile i cuando no quedaba mas que otro pequeño barco para el servicio de la costa, este robo desesperó a García Ra-

---

(5) Parecer de Francisco Galdames de la Vega, dado a consecuencia del auto de Rivera de 16 de febrero de 1601.

mon. No aguardó mas para resolver si acometeria o no la empresa de ir al sur i el 17 o 18 de enero reunió un consejo de los mas entendidos capitanes i le propuso la cuestion: ¿se prepararia la expedicion sin aguardar la venida del gobernador propietario i se la llevaria a efecto, caso que éste no llegara en tiempo oportuno?

García Ramon podia reunir, fuera de las guarniciones que hemos mencionado, cuatrocientos sesenta i cuatro hombres de armas: con ellos habia de proveer a la defensa de Concepcion i de formar el campo expedicionario.

Algunos de los capitanes fueron de parecer que la empresa era imprudente i peligrosa para la suerte del reino i que no debia intentarse; pero fueron los ménos. El mayor número se manifestó lleno de entusiasmo i resuelto aun a morir por intentar socorrer a los desgraciados habitantes de las ciudades australes. Era tambien la opinion de Alonso García Ramon i fué, por lo tanto, la que prevaleció.

Al comunicarla el 19 de enero al cabildo de Santiago el gobernador interino enumeraba varias razones para resolverse a no perder el año en esperar a Rivera, cuya venida tanto tardaba.

Era la primera ese jeneral entusiasmo de que acabamos de hablar, « que es de manera, exclamaba, que basta a dar victoria « a todo el mundo. »

« La segunda, por el riezgo grande en que forzosamente ha « de estar la Villarica i las estrañas necesidades i miserias que de « ben padecer los que en ella están; pues há dos años que están « acorralados en un fuerte sin que se haya sabido cosa déellos ni « habrán visto cristianos ni entendido cosa cierta del reino: que « debe ser cosa nunca vista en los reinos del rei nuestro señor, « estando solamente cuarenta leguas della. »

« Tercero, que há un año i mas que no se sabe del coronel « Francisco del Campo ni de las ciudades de Osorno i Chiloé, i « no es bien se dejen de hacer diligencias posibles por verlos i « saber qué ha hecho Nuestro Señor de mil ánimas cristianas « que debe de haber en estas ciudades. »

« I la última i mas principal saber que están en poder de es-  
« tos bárbaros mas de seiscientas mujeres i niños para arriba,  
« cantiyos, padeciendo los trabajos que se dejan bien entender  
« en esclavitud de tan oruel i maldita jente, donde tantas ofen-  
« sas se deben de hacer a Nuestro Señor. »

Por todas estas razones, agrega, « no cumpliríamos con el  
« nombre de cristianos ni con la reputacion, si no procuramos la  
« libertad de tan principales viudas, señoras casadas, i doncellas,  
« madres i hermanas i mujeres i deudos de los que están dis-  
« puestos a esta tan honrada i feliz jornada, la cual unánimes i  
« conformes ponemos en manos de Nuestro Señor Dios, de quien  
« grandemente confio nos ha de venir en ayuda i favor para con-  
« seguir nuestros buenos, justos i santos deseos. »

I despues de mostrar asi al cabildo de Santiago la urgencia i  
los gravísimos peligros de la expedicion que iba a comenzar, le  
hace dos peticiones: « La una i mas principal que V. S. se lo  
« pida (a Dios) i suplique de su parte, procurando hagan lo  
« mismo todos las conventos de esas ciudades, haciéndole sacri-  
« ficios i pidiéndole ayuda i favor i que se sirva de darnos bue-  
« nos sucesos; la otra es para que estas ciudades i fronteras quedem  
« de todo punto con seguridad, V. S. procure que al punto sal-  
« gan cinquenta soldados, que vengan derecho a Chillan, de los  
« que en esa ciudad han quedado, la memoria de los cuales irá  
« con ésta. De que estoy cierto V. S. acudirá con las veras que  
« siempre i como cosa que tanto importa, de que ambas majes-  
« tades serán muy servidas i yo recibiré particular merced, i de  
« lo contrario protesto contra V. S. todos los daños que sucedie-  
« sen: con lo cual hago lo que humanamente debo. »

Estaba a cargo de Santiago con el título de correjidor i justi-  
cia mayor, desde la salida de Alonso García Ramon, el jeneral  
Alonso de Rivera Figueroa; quien recibió a los seis días, el 25 de  
enero, la carta del 19 que acabamos de extractar. En el auto reu-  
nió el cabildo, le comunicó la carta i le pidió que resolviese  
acerca del envío de los cincuenta hombres exijidos por el guber-  
nador. El cabildo respondió que estaba pronto a obedecer i que

no se le ocultaban los grandes peligros de la empresa acometida por García Ramon ni la necesidad de enviarle el socorro; pero que el corregidor conocia tambien perfectamente el estado de prostracion i de miseria en que se hallaba Santiago; i que, en consecuencia, atendiendo a todo eso obrase como creyera conveniente en su nombre i en el del cabildo; él veria si era posible armar i equipar los cincuenta soldados.

Once dias despues, Alonso de Rivera Figueroa decia al virei que, por mas que el cabildo de Santiago le hacia presente la suma necesidad de la capital, estaba resuelto a enviar con la mayor brevedad posible el refuerzo pedido, que iba a aumentar las guarniciones de Concepcion i fuertes vecinos (6). Decia tambien que el gobernador ~~interino~~ habia verificado ya su salida de Concepcion el 24 de enero, i alababa el valor i la jenerosidad de García Ramon al proceder así, a pesar de saber que venia pronto el propietario, noticia que le habia dificultado mucho los recursos necesarios para la empresa.

En efecto, el 24 de enero el gobernador habia salido de Concepcion a la cabeza de trescientos diez hombres (7), únicos que habia podido reunir, despues de dejar en esa ciudad al mando de Francisco Jufre, recién nombrado por García Ramon teniente jeneral, ciento cincuenta hombres de armas, de los cuales cincuenta eran de caballería (8). Habia salido; pero nó para ir directamente a las ciudades australes, sino para recorrer primero los alrededores hasta el Laja i talar las mieses de los enemigos. Lo que, segun él dice (9), le impidió comenzar luego la espedi-

---

(6) Carta de Alonso de Rivera Figueroa al virei.

(7) En la citada carta de 19 de enero de 1601 al cabildo de Santiago, dice García Ramon que va a salir con trescientos catorce hombres; Alonso de Rivera Figueroa en su carta al virei, dice que sacó trescientos veinte; Alonso de Rivera, en auto de 16 de febrero de 1601, i el mismo García Ramon en su informe de 18 de febrero, afirman que el número de soldados con que el último salió de Concepcion fué de trescientos diez: hemos adoptado esta afirmacion.

(8) Citada carta de García Ramon a la ciudad de Santiago, fecha a 19 de enero de 1601.

(9) Citado informe de 18 de febrero de 1601. Declaracion de don Luis Jufre en la informacion que contra García Ramon mandó levantar Alonso de Rivera el 14 de julio de 1601.



cion al sur fueron los reclamos de los cabildos de Concepcion i de Chillan.

Hicieron presente esas corporaciones a García Ramon que apenas quedarían las ciudades con el número estrictamente necesario para defenderse i en la imposibilidad de distraer fuerzas para proteger la cosecha. Ahora bien: si, como debía suponerse, los indios se aprovechaban de la partida del gobernador i de la debilidad de las ciudades para destruir los sembrados, el hambre, que ya se hacia sentir entre los habitantes de Concepcion i Chillan, tomara enormes proporciones i no habria manera de concluir con el mas terrible de los azotes. Para evitar tamaña desgracia, que en aquellas circunstancias casi equivalia a la pérdida del reino hasta el Maule, era preciso que Alonso García Ramon no pasase el Biobio hasta que se hubiesen concluido las cosechas.

Nada habia que contestar a argumentos tan fundados; i el gobernador hubo de resignarse a perder el mejor tiempo i a aguardar hasta el 15 de febrero, fecha en que, de acuerdo con los dos cabildos, se supuso que ya estarían concluidas las cosechas: hasta entónces no debia pasar el Biobio. Miétras tanto, se entretuvo en talar las provincias enemigas de Hualqui i Quilacoya, para dejar sin sustento a los indios que en su ausencia quisiesen hacer correrías en los alrededores de Concepcion i de Chillan (10).

En el último de los lugares mencionados, en Quilacoya, se encontraba el 8 de febrero (11) cuando recibió una carta del capitán Hernando Cabrera, a quien habia dejado de correjidor en Concepcion; en la cual le comunicaba que el fuerte de Arauco se veía estrechamente sitiado i que necesitaba con urgencia ser socorrido: le pedia, por lo tanto, que ántes de emprender el

---

(10) Citado informe de 18 de febrero de 1601.

(11) Rosales, libro V, capítulo XX, dice que el aviso a que nos vamos a referir lo recibió García Ramon el 2 de febrero; pero en la informacion ántes citada de 14 de julio de 1601, en la declaracion del capitán Gonzalo Rodríguez, se lee que se recibió el aviso ocho días ántes del 15, i con este dato concuerdan todas las demas declaraciones en los hechos que despues se refieren.

viaje al sur, fuese a Arauco i lo librara del peligro en que se hallaba (12).

En el acto reunió el gobernador interino a los capitanes « con « quien hizo acuerdo de guerra comunicando con ellos si volveria a socorrer el dicho fuerte de Arauco, i conferido, se resolvió « vió que, dentro de ocho dias que le faltaban para lo que se « habia acordado con los capitanes cuando comunicó la dicha « jornada, con pocos mas dias podia acudir al socorro del dicho « fuerte de Arauco i de allí proseguir su viaje » (13). La carta del correjidor de Concepcion; segun refiere el mismo testigo cuyas palabras acabamos de citar, habia llegado en la noche al campamento, en la misma noche se habia reunido el consejo i al amanecer del dia siguiente se puso en marcha el ejército i el dia 10 « estuvo en Hualqui, a cuatro leguas de Concepcion » (14). Ahí recibió la noticia de que el dia ántes habia llegado Alonso de Rivera i le habia mandado orden de ir inmediatamente a verse con él (15).

---

(13) En su declaración, asegura don Luis Jufre que tambien le mandaron una carta del capitán del filibote que decia no haber podido entrar las provisiones que, por orden de Alonso García Ramon, habia llevado a Arauco. Nadie mas habla de esta carta; Alonso García Ramon dice, del mismo modo, en el informe, que el 12 de febrero de 1601 pasó a Alonso de Rivera, que el filibote no pudo hacer entrar en Arauco las provisiones que para allá habia mandado en él.

Tambien Alonso de Rivera, en carta escrita al rei desde Córdoba el 20 de marzo de 1606, asegura que al llegar a Chile encontró el filibote en el puerto de San Vicente i que el capitán le contó la misma historia. No sabemos cómo se compongan estos relatos con un certificado de escribano, dado a García Ramon el 22 de febrero de 1601, en el cual vemos que el filibote llegó a Concepcion el 14 de febrero, despues de haber dejado en Arauco las provisiones. El capitán del filibote se llamaba Andres Gonzalez.

(13) Citada declaración de Gonzalo Rodriguez.

(14) Id. id. i citada carta de Alonso de Rivera al rei, fecha 20 de marzo de 1606.

(15) ¿Qué dia llegó Alonso de Rivera? El mismo dice que llegó el 11 de febrero de 1601 en el AUTO fechado cinco dias despues, el 16, i en las instrucciones que dió a su apoderado Domingo de Erazo el 15 de enero de 1602; pero en la carta al rei, fechada en Córdoba el 20 de marzo de 1606, dice que llegó el 9 de febrero. ¿Cuál de estas dos fechas es la exacta? Las dos: llegó al puerto el 9 e hizo su entrada a la ciudad el 11. Así se explica lo que en su citado informe dice Alonso García Ramon pocos dias despues: que el 10 de febrero recibió la noticia de la llegada de Rivera, estando a cuatro leguas de Concepcion. I' expresamente se refiere así en una lista, hecha en 1683, de los muertos hasta entónces desde la llegada de Rivera "que fué a 9 de febrero del año pasado de 1601 i desembarcó en la Concepcion a 11 del dicho."

---

# INDICE.

---

PAJS.

INTRODUCCION..... VII

## Capítulo I.

### MUERTE DE LOYOLA I RECIBIMIENTO DE VIZCARRA.

Estado del reino.—Establecimiento i despoblacion del fuerte de Lumaco.—Preparativos bélicos de los indios.—Sublevacion de Longotoro.—Sale de La Imperial el gobernador a sofocarla.—Plan de ataque de Pelantaro.—Sorpresa de Curalaba.—Muerte de Loyola i sus compañeros.—Despojos cojidos por el enemigo.—Terrible impresion que en Chile causa el desastre del 23 de diciembre de 1598.—Los oficiales reformados.—Recibimiento de Vizcarra.—Títulos que éste tenia para hacerse cargo del gobierno..... 1

## Capítulo II.

### LOS PRIMEROS DIAS DESPUES DE LA CATÁSTROFE.

Carácter del nuevo gobernador.—Lo que necesitaba Chile en su mandatario.—El padre Victoria i el gobernador interino.—Mercedes que hace el rei a la viuda e hija de Loyola.—Las informaciones del nuevo gobernador.—Justas quejas de los vecinos de Santiago i real cédula que los declara libres de contribuir a la guerra de Arauco.—Cómo se cumplió la real cédula.—Jenerosa conducta del vecindario de Santiago.—Enviados de Chile a Lima i Buenos Aires.—Inoportunos cambios de empleados.—Desgracias ocurridas hasta el dia en que sale Vizcarra para Concepcion..... 13

**Capítulo III.**

**FUERZAS DE LAS CIUDADES AUSTRALES I PRIMEROS ATAQUES  
CONTRA ELLAS.**

**PAJS.**

**Destruccion del fuerte de Longotoro.—Proyectos de Vizcarra.**  
 —Chillan: sus recursos.—Concepcion.—Angol.—Arauco.—  
 Santa Cruz: es llamado i acude en su defensa Francisco Ju-  
 fré.—Socorros pedidos por Loyola al virei del Perú i envia-  
 dos por éste.—El 22 de enero en Concepcion.—Cercos de  
 Arauco: socorro de esta plaza.—Reparte Vizcarra los per-  
 trechos venidos del Perú.—Cambio de correjedores.—Pro-  
 gresos de la insurreccion en enero i febrero de 1599.—Ata-  
 ca i derrota Pelantaro a Francisco Jufré en las cercanias de  
 Angol.—La ropilla de Loyola.—Marcha el toquí contra  
 Arauco.—Inconvenientes de los largos cercos para los in-  
 dios.—Estratajema de Pelantaro.—Derrota de Urbaneja i  
 sus cuarenta companeros.—Pericia i serenidad de Julian  
 Gomez.—Muerte de Urbaneja..... 21

**Capítulo IV.**

**DESPOBLACION DE SANTA CRUZ.**

**Va Pelantaro a Angol.—Ataca i derrota a Gonzalo Gutierrez**  
 i Francisco Hernandez Ortiz.—Destruye Nabalburi el fue-  
 rte de Molchen, despues de dar muerte a siete españoles.—  
 Despojos que cojieron los indios.—Intenta Pelantaro ir con  
 mayores fuerzas contra Santa Cruz.—Desventajas de esta  
 ciudad para sostener un sitio.—Pide Jufré a Vizcarra que  
 la despueble.—Dudas del gobernador.—De acuerdo con el  
 consejo de guerra, ordena su despoblacion.—Cómo la llevó  
 a cabo Francisco Jufré.—Despoblacion del fuerte de Jesus.  
 —Ataques que despues dirijen contra Vizcarra los goberna-  
 dores Quiñones i Rivera por la despoblacion de Santa Cruz.  
 —Injusticia de esas acusaciones.—Lo que valia la opinion  
 de los oficiales subalternos de Chile..... 35

**Capítulo V.**

**LA IMPERIAL EN EL GOBIERNO DE VIZCARRA.**

**Importancia de La Imperial.—Anganamon i Andres Valien-**  
 te.—Obliga el primero al segundo a ordenar una salida.—  
 Desobedece sus instrucciones Olmos de Aguilera i muere a  
 manos de los indios.—Sorpresa de Maquegua.—Lleva a ese  
 fuerte auxilio Hernando Ortiz.—Sublévanse los indios, des-  
 truyen el fuerte i matan la guarnicion.—Sesion del cabildo  
 de La Imperial en 27 de marzo de 1599.—Envía por soco-

rros a don Bernardino de Quiroga.—Qué auxilio habia podido enviar Vizcarra.—Asalto i destruccion del fuerte de Boroa.—Sale Valiente a combatir al enemigo; es derrotado i muere.—Traicion de los indios de Tolten i muerte de Liffan de Vera i sus compañeros.—El Juéves Santo en La Imperial: inmensa desesperacion.—Redúcense los defensores de la ciudad a una sola manzana.—Pásanse al enemigo los indios de paz.—Va a La Imperial Anganamon i la incendia despues de larga erjía.—Viaje de don Baltazar de Villagran i de frai Juan de Lagunilla.—Descripcion del sufrimiento de los habitantes de La Imperial, hecha por testigos de vista..... 45

**Capítulo VI.**

**FIN DEL GOBIERNO DEL LICENCIADO VIZCARRA.**

Sorpresa de los indios a Angol.—Proezas de Vallejo i Lisperguer.—Desaliento de los habitantes de Angol.—Va don Juan Rodolfo Lisperguer por refuerzos a Concepcion, i los lleva.—Los indios junto a Concepcion.—Victoria obtenida sobre ellos por don Luis de las Cuevas—Victoria obtenida por Vizcarra.—Cruel tratamiento que éste dió a los prisioneros.—Indignacion i desquite de los indios.—Terrible estado de la colonia al terminarse el gobierno interino de Vizcarra.—Injusticia con que sus sucesores lo culpan de las desgracias de su gobierno.—Noble conducta con que responde Vizcarra a sus detractores.—Vizcarra sigue siendo teniente jeneral hasta 1604..... 59

**Capítulo VII.**

**VENIDA A CHILE DE DON FRANCISCO DE QUIÑONES.**

Don Luis de Velasco i la guerra de Chile.—Don Luis Jufre en Lima.—El consejo del virei.—Ofrécese don Francisco de Quiñones para venir a Chile.—Quién era el nuevo gobernador interino.—Triste estado del Perú.—Pequeño socorro que puede enviar el virei.—Sacrificios que Quiñones i sus hijas hacen para equipar los soldados.—Su viaje a Chile: furiosa tempestad; indomable enerjía del gobernador.—Llegada a Talcahuano; cumplimiento de un voto..... 69

**Capítulo VIII.**

**ESTADO DEL REINO A LA LLEGADA DE QUIÑONES.**

Resúmen hecho por Quiñones de las desgracias de la colonia.—Id. de la miseria del ejército i de los vecinos.—Jeneroso desprendimiento del nuevo gobernador.—No habia peores sol-

dados que los venidos del Perú.—Los informes de Quiñones.—Aboga en favor de los pobres indios amigos.—Conspiración de los indios de Santiago i La Serena.—Cuán indefensas estaban estas ciudades.—Lo que pide el procurador de Santiago.—Sacrificios que acababa de hacer la capital.—Los confiesa i agradece el gobernador.—El ejército que pedía Quiñones para pacificar a Chile.—Motivos que debía tener presentes el rei para acceder a su pedido..... 81

**Capítulo IX.**

**QUIÑONES ENVIA SOCORROS A ARAUCO I LA IMPERIAL.**

Quiñones no comparte el gusto que a todos infundió su llegada.—Lo único que cree poder hacer.—Sitian a Arauco los indios.—Envía socorro Quiñones al mando de Cárdenas i Afiasco.—Estratajema que emplea para facilitar la entrada de ese socorro.—El último esfuerzo de los sitiados: audacia de Pedro Rodriguez Villa Gutierrez.—Encuentra los barcos de Afiasco.—Consigue entrar éste a la plaza.—Retíranse los sitiadores.—Refuerzos que llegan del Perú i de Santiago.—El mensajero de La Imperial.—Envía allá Quiñones a Pedro de Recalde.—Frústrase la expedición.—Envía el gobernador otro barco, que debía llegar a Valdivia..... 93

**Capítulo X.**

**INCENDIO DE CHILLAN.**

Rumores de conspiraciones de los indios.—Avísase a Quiñones que Millachine se ha retirado de Chillan para favorecer a los rebeldes.—¿Es cierta o nó esta noticia?—Version de los españoles.—Version de los indios.—Lo que parece probable en cada una de estas versiones.—Proyecto de sublevación de los amigos de Millachine en Chillan.—Precauciones que ordena el gobernador.—No las cumple Jufre.—El amanecer del 13 de setiembre.—Incendio de Chillan.—Muertos i cautivos.—Doña Leonor de la Corte.—Ruinas de Chillan.—Segundo asalto de Chillan: es rechazado por los españoles.—Pedro Cortés i don Antonio de Quiñones mandan diversas expediciones contra los indios..... 101

**Capítulo XI.**

**RUINA DE VALDIVIA.**

Importancia de la ciudad de Valdivia.—Ventajas que sus defensores obtuvieron sobre los indios.—Imprudente confianza que esos triunfos produjeron.—Lo que eran para los espa-

fielen los indios de paz.—Denúnciase al teniente Perez un próximo ataque de los indios.—Precauciones que toma.—Llega Gomez Romero i desprecia los avisos recibidos.—Sorpresa i asalto de Valdivia en la noche del 24 de noviembre.—Destruccion completa de la ciudad.—Muerte de mas de cien soldados españoles; cautiverio de mas de cuatrocientos niños i mujeres.—Llega a las ruinas de Valdivia el coronel del Campo.—Consigue rescatar a sus dos hijos.—Don Pedro de Escobar Ibacache resuelve volverse a Concepcion a dar aviso a Quiñones de lo ocurrido.—Impresion que causa la noticia..... 113

Capítulo XII.

LOS CORSARIOS EN SANTA MARIA.

La isla de Santa María.—Entra a ella un corsario.—Los temores de Recalde.—Justa alarma de Quiñones.—Envío de correos a Santiago i disposiciones que toma el gobernador.—Los ingleses en América.—Cuán fácil habria sido impedir el curso en el Pacífico.—Envía Quiñones a Antonio Recio a la isla de Santa María.—Comunica Recio con el corsario.—Inadmisible esplicacion de los del buque sospechoso.—Otro buque a la vista.—Temores i esperanzas.—Vuelve Recio a la isla.—Resuelve ir en persona a los buques fondeados en esa bahía..... 123

Capítulo XIII.

VIAJE DE LOS CORSARIOS HOLANDESES EN EL ATLANTICO.

A imitacion de los ingleses, resuelven los holandeses enviar expediciones de corsarios a América.—La primera expedicion holandesa: buques que la componian i capitanes que los mandaban.—Fuerza, armas i tripulaciones de los buques.—Mercancías que trajan.—Salen de Holanda.—Primeros inconvenientes del viaje.—Encuentro que tuvieron junto a las costas de España.—Muere Jacobo Mahu, jefe de la expedicion, i le sucede Simon de Cordes.—En alta mar Cordes declara el fin del viaje.—Despues de ocho meses, divisan la tierra de América.—Entra la flota en el estrecho de Magallanes..... 133

Capítulo XIV.

LOS CORSARIOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES.

Los primeros dias de navegacion en el Estrecho.—La Bahía de Cordes.—Los corsarios se detienen a invernar.—Primer encuentro con los naturales de América: mal augurio.—Opi-

nion del piloto Adams.—Crudeza del invierno de 1599 en Magallanes.—Falta de vestidos i espantosa hambre.—Se vuelve a ver indios.—Comienzan a morir los tripulantes a consecuencia de los padecimientos.—Precauciones contra el pánico.—Salida de la Bahía de Cordes.—Fundacion de la órden *El Leon no Encadenado*: juramento de odio a España.—El amor patrio de acuerdo con el interes.—Síguese el viaje: salida al Pacífico.—Un fuerte viento dispersa las naves.—Aventuras de *La Fe*: vuelve al Estrecho; aprisionamiento de una india; dásele libertad, pero se le quita a su hijita: encuentro con Oliverio Van Noort.—Resuelve De Weert volver a Holanda.—Es el único que con su nave vuelve a ella..... 143

### Capítulo XV.

#### VIAJE I AVENTURAS DE "LA ESPERANZA" I "LA CARIDAD."

Instrucciones que tenjan los capitanes para el caso de que se separaran las naves.—Rumbo que sigue la capitana.—La capitana en el archipiélago de Los Chonos.—Llega a la punta de Lavapié.—Los marinos quieren desembarcar i son rechazados por los araucanos.—Crítica situacion de aquellos.—Su contento al ver que los indios van de paz.—Baja Simon de Cordes i es festejado por los indíjenas.—Traicion de éstos i muerte de Simon de Cordes i de mas de veinte de sus compañeros.—Triste estado en que llegó la capitana a Santa María.—La almiranta en La Mocha.—Traicion de los indios i muerte del capitan Beuningen i de veintisiete marinos.—Lo que los holandeses creian de estos ataques.—Lo que dijeron a Recio en su visita.—¿Quién era el sucesor de Simon de Cordes? ¿Era su hijo i homónimo o un suplantador?—La visita de Antonio Recio.—Curiosa carta del corsario a Quiñones.—Cree éste que aquél va a pelear a sus órdenes contra los indios: gozo jeneral en la colonia.—Desvanécense las ilusiones: partida de los corsarios i fin que tuvieron..... 153

### Capítulo XVI.

#### EL CIERVO VOLANTE.

Las órdenes de Quiñones en Santiago.—Parte un barco para el Callao.—Envíase a Valparaiso a Jerónimo de Molina.—Quién era este capitan.—Llega a Valparaiso *El Ciervo Volante*.—Sus trabajos desde que se separó de las otras naves.—Muere su capitan frente a Quinteros.—Alimentos que traia *El Ciervo Volante*.—Recibimiento que a los corsarios



prepara Molina.—Viene un bote con bandera blanca.—Emboscada i ataque de los españoles.—El capitán, herido, consigue salvar en el bote con todos sus compañeros; sin recursos i sin esperanzas.—Cambio de escena: los de tierra van en un bote con bandera blanca.—Conferencia en el mar.—Entrevista de los capitanes Jeraldo i Molina.—Entrégase el primero: probables condiciones de la entrega.—Lo que acerca de ello dicen los tripulantes; valor de sus asertos.—Franca hospitalidad que en Santiago reciben los corsarios.—Lleva Diego de Ulloa el filibote i a seis de los holandeses al Callao..... 165

### Capítulo XVII.

#### EL VIREI I LOS CORSARIOS DE 1599.

Noticias que de Chile habia recibido el virei.—Escasos socorros enviados acá en cinco meses.—Reclutas que manda hacer don Luis de Velasco.—Llega al Callao el barco de Diego Saez de Alaisa.—Empeño del virei i refuerzos que preparaba para Chile.—Sale para Valdivia el coronel del Campo.—Llega a Lima la noticia de los corsarios.—Profunda alarma que ella causó.—Desastrosas consecuencias que tuvo para el envío a Chile de refuerzos.—*El Ciervo Volante* en el Callao.—El virei i los holandeses.—Noticias contradictorias.—El Consejo del virei.—El virei i la Audiencia de Lima.—Determinaciones tomadas.—Lo que debia quedar en Chile del refuerzo antes proyectado.—Trasládase la audiencia al Callao.—No comparte don Luis de Velasco las ilusiones de Quiñones.—Mensajero enviado por tierra a Lima desde Concepcion.—La armada que estaba a las órdenes de don Juan de Velasco.—Una real cédula viene a aumentar las malas noticias sobre corsarios.—Fin de *El Ciervo Volante*... 177

### Capítulo XVIII.

#### PREPARATIVOS DE LA ESPEDICION AL SUR.

Deseos de socorrer las ciudades australes e imposibilidad de hacerlo.—Conspiracion de los indios contra la vida del gobernador.—La justicia de Quiñones.—Valor de una de las causas que alega para justificar su proceder.—Las fuerzas que habia en Chile.—Gran número de desertores.—Quiñones no podia llevar al sur mas de doscientos hombres.—Opónese a la espedicion el teniente jeneral i el cabildo de Concepcion i cede Quiñones.—Tristes i alarmantes noticias del sur.—Pide refuerzos el coronel.—Niéganse los marinos a

conducirlos al lugar que Francisco del Campo designa i no se le envian.—Lo que hizo el gobernador por las ciudades australes.—Lo que, segun Quiñones, debiera haber hecho el coronel.—Angustioso estado de los defensores de La Imperial.—Desesperacion de don Francisco de Quiñones.—Llega, por fin, don Gabriel de Castilla.—Entrega al gobernador doscientos veinticuatro soldados.—Buena voluntad de Castilla.—Noticias de un ataque a Angol.—La víspera de la partida.—¿Habia pensado ántes sériamente Quiñones en ir al sur?..... 189

Capítulo XIX.

VIAJE DE QUIÑONES A LA IMPERIAL

Precipitada salida de la espedicion.—El cautivo Francisco de Herrera.—Importantes noticias que comunica.—Encuéntrense en los llanos de Yumbel los dos ejércitos.—Ardid de los indios, impetuosidad de Quiñones i prudencia de Pedro Cortés.—Batalla de 13 de marzo.—Completa derrota del enemigo i gran matanza que en él se hace.—Quién está en la verdad al calificar la batalla de Yumbel.—Paso del rio de La Laja.—Quiñones en Angol.—Viaje a La Imperial.—Encuéntrense los ejércitos en el valle del Tavon.—Quién era el comandante de los indios.—Corta batalla i gran derrota de los indios.—El heroismo de Quiñones, referido por él mismo.—Inmensa superioridad del español sobre el indígena.—Cómo procuraban éstos neutralizarla.—Correrías de Quiñones durante el viaje a La Imperial.—El 30 de marzo de 1600 en La Imperial.—En qué estado se encontraban los desgraciados habitantes.—Por qué no procedió inmediatamente a despoblarla don Francisco de Quiñones..... 201

Capítulo XX.

DESPOBLACION DE LA IMPERIAL

I.

Orden de Quiñones al cabildo de La Imperial.—Estado en que se encontraba la ciudad.—Asaltos de los indios, rechazados por los españoles.—El capitan Arévalo, el clérigo Guevara i el canónigo Aguilera.—Hacen una barca los de La Imperial.—Audaz escursion de Escobar Ibacache.—Construccion de una embarcacion para ir al norte.—Viaje de Escobar Ibacache.—Espedicion i muerte de Hernando Ortiz.—Ardid de los indios e imprudencia de los españoles.—

Reúñese el cabildo.—Pide la despoblacion de la ciudad.—  
Cabildo abierto.—Adhiérese a la solicitud del ayunta-  
miento..... 209

**Capítulo XXI.**

DESPOBLACION DE LA IMPERIAL.

II.

Ordena Quiñones a los principales jefes que den su opinion.—  
Exclusion de don Antonio de Quiñones.—Parecer de los je-  
fes.—Opinen «los capitanes de escolta» sobre los víveres que  
se han reunido.—Vuelva a considerarlo todo el cabildo de  
La Imperial.—Respuesta del cabildo.—Traslada Quiñones  
su campamento a La Imperial.—Decreto de despoblacion.  
—Ocultese lo que no se pueda llevar.—El señor Lizarraga  
en Lima.—Lo que salvó la autoridad eclesiástica.—Lo que  
debe creerse de los milagros de La Imperial.—Despoblacion  
de la ciudad.—Los eclesiásticos de La Imperial.—Al tomar  
las armas cumplieron su deber..... 219

**Capítulo XXII.**

DESPOBLACION DE ANGOL

¿Qué era de Villarica?—¿Deberia irse en su socorro?—Opinion  
de Antonio Recio.—Viaje a Angol.—Situacion de esta pla-  
za.—¿Seria posible mantenerla?—Viveres que en ella habia.  
—Los defensores de Angol.—Juan Alvarez de Luna.—En  
busca de los víveres.—Cómo se lleva a un amigo.—Fuga  
del denunciante.—Respuesta del cabildo.—Disgusto e insis-  
tencia de Quiñones.—Ceden el cabildo i los vecinos.—Des-  
poblacion de Angol..... 229

**Capítulo XXIII.**

OLIVERIO VAN NOORT.

Declaraciones de los prisioneros de *El Ciervo Volante*.—Na-  
ves que componian la expedicion de Van Noort i sus coman-  
dantes.—Quién era Oliverio Van Noort.—Salida de la espe-  
dicion.—Van Noort en las costas de Guinea: combates i  
venganzas.—Lo que le cuesta llegar al Estrecho de Maga-  
llaes.—Insubordinacion i castigos.—Horrible crueldad con  
los naturales.—Juicio i condenacion de Jacobo Claerz.—  
Van Noort en el Pacifico: pérdida de *El Enrique Federico*.  
—Apresamiento de *El Buen Jesus*.—Los corsarios en Val-

paraiso: su ferocidad.—En el Huasco.—Fábula que refiere a Van Noort el negro Manuel.—El piloto Sandoval i el negro Sebastian.—Vuelta de Van Noort a Holanda.—Hace arrojar al mar a Juau Sandoval.—Fuga de Manuel i fusilamiento de Sebastian..... 239

Capítulo XXIV.

VILLARICA DESPUES DE LA MUERTE DE LOYOLA.

Situacion e importancia de Villarica.—Sus inconvenientes como plaza militar.—Rodrigo Bastidas i Márcos Chavari.—El mulato Juan Beltran.—Precauciones tomadas por Bastidas al saber la muerte de Loyola.—Los tres soldados que salvaron de la derrota de Valiente.—Proyectos de sublevacion.—Curimaque i Juan Beltran.—Diversas opiniones acerca del plan de este último.—Espedicion de Bastidas i Beltran.—Muerte de los conspiradores.—Ataque de Villarica.—Incendio de la ciudad.—Crítica situacion i heroismo de sus defensores.—Larga resistencia al numeroso ejército de Camiñancu.—Chavari i Beltran despedazan a los indios en una salida.—Noticia de la ruina de Valdivia.—Pelantaro i Anganamou ante Villarica.—Los cautivos don Gabriel de Villagra i doña María Carrillo.—Inútil i corto sitio de la ciudad.—Terrible angustia..... 247

Capítulo XXV.

INCENDIO DE OSORNO.

El indio Chollol.—Sublevacion de Libcoy.—Es derrotado i muere.—Otra sublevacion.—Disuade de su intento a los sublevados el correjidor de Osorno.—Resuelve el coronel del Campo ir en socorro de Osorno.—Mal camino que toma.—Su llegada a la ciudad.—Sorprenden los indios la ciudad e incendian el convento de San Francisco.—Correrías del coronel.—Va de nuevo a Valdivia i se provee de municiones.—Sabe que una gran junta se dirige contra Osorno i tambien va allá.—El 20 de enero de 1600 en Osorno.—Ataque e incendio de la ciudad.—La avanzada de los indios.—Da noticia de la venida del coronel.—Dispersion de los indios.—El clérigo Alonso Márquez.—Por qué no se persigue a los dispersos.—Llegada de Francisco del Campo.—Espediciones de los capitanes Figueroa i Rosa..... 255

**Capítulo XXVI.**

**LAS RELIJIOSAS DE SANTA ISABEL.**

**PÁJ.**

Doña Isabel de Landa, doña Isabel de Pelencia e Isabel de Jesus.—Fundacion del beaterio de *Las Isabelas*.—Donacion del clérigo Juan Donoso.—Vida i traje primitivo de las beatas.—Doña Elena Ramon i sus hijos.—La encomienda de doña Elena Ramon.—Aprobacion del señor San Miguel.—Los capellanes del convento de Santa Isabel.—Prosperidad del convento.—La rejilla del confesonario.—Peligro que corrieron las relijiosas el 20 de enero de 1600.—Osorno despues de este dia.—Las relijiosas de Santa Isabel en casa de Rodrigo Ortiz de Gatica..... 265

**Capítulo XXVII.**

**ESPEDICION DEL CORONEL A CHILOÉ .**

Construye del Campo tres fuertes.—Penosa situacion.—Llega a Valdivia el barco de Martin Deynar.—Emprende su marcha a ese puerto el coronel.—Fujitivo español, falsa alarina i regreso a Osorno.—Los ingleses en Chiloé: órdenes del coronel.—Francisco del Campo en Valdivia.—Su vuelta a Osorno.—¿Pensó repoblar a Valdivia?—Opónese al proyecto del cabildo de Osorno.—Funestas noticias de Chiloé.—El viaje del coronel a Chiloé.—Paso del Maullin i del canal de Chacao.—El indio amigo i su mensaje.—Lo que habia quedado de los habitantes de Castro.—Penoso viaje del coronel.—El coronel en Pichirine: reúnesele Perez de Vargas con los fujitivos..... 273

**Capítulo XXVIII.**

**BALTAZAR DEICORDES EN CASTRO.**

*La Fidelidad* en Chiloé.—Es perfectamente recibida por los indios.—Plan de ataque concertado con ellos.—Baltazar Ruiz de Pliego.—Rumores que llegan a Castro de proyectos de sublevacion i del arribo del «ingles.»—Llega a Castro *La Fidelidad*.—Pedro de Villagoya i Baltazar de Cordes.—Lo que Cordes pedia.—Engañado Villagoya, contribuye a engañar a los demas.—Segunda visita de Villagoya a Cordes.—Mentida alianza del corsario.—Acéptala Baltazar Ruiz de Pliego.—Principio de ejecucion.—Tercera visita i prision de Villagoya.—Desgüello de seis capitanes españoles.—Todo el pueblo en la iglesia.—Infucio asesinato de la guarnicion

de Castro.—La suerte que cupo a las mujeres.—Doña Ines de Bazan.—El capitán Luis Perez de Vargas.—Ataque del fuerte i libertad de siete mujeres.—Ejecucion de Torres.—Hace el corsario azotar a doña Ines de Bazan.—Españoles muertos por los holandeses..... 281

Capítulo XXIX.

FRANCISCO DEL CAMPO I LOS HOLANDESES.

No cree Baltazar de Cordes en la llegada de los españoles.—Fuerzas i posicion del corsario.—Disposiciones para el asalto.—El ataque.—Denuedo de los indios.—Ceden los holandeses.—Consiguen llegar a *La Fidelidad*.—Francisco de Zúñiga.—El traidor Joannes.—Las mujeres de Castro: suerte que les reservaban los corsarios.—Carta del coronel i respuesta de Cordes.—Sale del puerto *La Fidelidad*.—Imposibilidad en que se encuentra de emprender un largo viaje.—Síguenla en los canales las piraguas del capitán Pedraza.—Encalla *La Fidelidad*.—Resuelve Cordes entregarse a los españoles.—Desesperacion a bordo.—El pitometro Andres Vasquez.—La alta marea.—Mensaje de Cordes a Francisco del Campo.—De nuevo emprende el viaje *La Fidelidad*.—Agustín del Salto i Baltazar de Cordes en Quinchao.—Viaje a las Molucas.—Prision i muerte de un traidor.—Cordes i sus compañeros reducidos a prision en las Molucas..... 291

Capítulo XXX.

EL CASTIGO DE LOS INDIOS DE CHILOE

¿Deberia despoblarse la ciudad de Castro?—Resolucion negativa.—El sargento mayor Agustín de Santa Ana.—Luis Perez de Vargas.—Investigaciones del coronel para descubrir los culpados.—Lo que supo de la llegada de Cordes a Lacuy.—Imposibilidad de castigar a todos los culpados.—Los caciques de Lacuy.—Háceles quemar Francisco del Campo.—Vuelve al continente el coronel.—Manda a Perez de Vargas que dé muerte a otros treinta caciques.—Ordena despoblar la provincia de Lacuy.—Francisco del Campo casamentero en Castro.—Revalidacion de esos matrimonios.—Los dos curas de Castro.—Grandes disturbios entre ellos i sus amigos.—El cadáver de Baltazar Ruiz de Pliego..... 303

**Capítulo XXXI.**

**ÚLTIMOS DIAS DEL GOBIERNO DE QUIÑONES.**

**PAJS.**

Sale don Francisco de Quiñones en auxilio de Arauco.—Motivos que lo obligan a volver desde Biobio.—La parálisis.—Lo que habia hecho Martinez de Leiva.—Espedicion marítima que lleva a Arauco.—Vuélvese una de las tres naves.—Los de otra no pueden desembarcar.—El soldado Diego de Huerta.—El salto de Huerta.—Vuélvese a Concepcion la segunda nave.—Pérdida de la tercera: muerte de Leiva i de la mayor parte de sus compañeros.—El trompeta ingles.—Envía Quiñones otro buque al mando de su hijo don Antonio en socorro de Arauco.—Oportunidad del auxilio.—Nuevo peligro para la colonia: el hambre en Concepcion i Chillan.—Imprevision de Quiñones.—Los soldados se desertan i vienen a Santiago.—Peligro en que ponen a la capital.—Auméntase el peligro con la llegada de los portugueses.—Los indios amenazan a Concepcion.—De nuevo se convierte en ciudadela el convento de San Francisco.—Correrías de los indios hasta el Maule.—Lo que habian servido las victorias de Quiñones.—El mas desgraciado de los gobiernos.—Lo que pedia doña Grimanesa de Mogrovejo.—Llegada a Chile del sucesor de Quiñones..... 311

**Capítulo XXXII.**

**PRIMEROS ACTOS DE ALONSO GARCÍA RAMON.**

Quién era García Ramon: justo renombre de que gozaba.—El viaje.—García Ramon i los desertores i descontentos en Santiago.—Peligro de que se salva la colonia.—Los indios en Duao: muerte de Alonso de Salas i de frai Cristóbal de Buiza.—Llegan a Peteroa.—Providencias tomadas por García Ramon.—Sus escursiones.—Injusta acusacion a Quiñones.—Los vecinos de las ciudades despobladas: lo que ántes pensaban i lo que dicen ahora.—Recomendaciones del virei del Perú en favor de Quiñones.—Partida de Quiñones.—El cobre i el cáñamo de Chile.—Los proyectos de García Ramon.—Prueba de su sinceridad..... 321

**Capítulo XXXIII.**

**LO QUE CHILE PEDIA EN 1600 PARA SU DEFENSA.**

Victorias desastrosas.—Lo que era La Serena en 1600.—Estado a que se veia reducida Santiago.—Las demas ciudades.

—Los poderes del padre Bascones.—Los vecinos de Santiago i Loyola i Quiñones.—Gobernador de esperiencia.—Que venga Sotomayor de virei o, a lo ménos, de visitador.—Si nó, que venga Alonso García Ramon en propiedad.—El número de soldados.—Los dos medios de reducir a los indijenas: optan en Chile por las escursiones.—Cómo proyectaban hacer estas entradas.—El situado.—Qué clase de jente i de dónde debe venir a Chile.—Los corsarios.—El remedio contra sus expediciones.—Acuerdo de todos en pedir una misma cosa.....

331

Capítulo XXXIV.

LOS VECINOS DE LAS CIUDADES DE CHILE I LOS INDIOS.

La riqueza de los españoles en América.—El padre Bascones pide la esclavitud de los indios de guerra.—Motivos de esta peticion.—Vértigo jeneral.—Don Melchor Calderon.—Cuán caro costó a un indio haber dicho ¡Jesus!—Distinguidos sacerdotes que están por la esclavitud.—Discusion sobre la justicia de esta medida.—Algo acerca de la intelijencia que se daba a la bula en que Alejandro VI donaba la América a los reyes de Castilla.—Alonso García Ramon pide tambien la esclavitud de los indios de guerra; Alonso de Rivera va aun mas léjos.—Que se aumenten en dos vidas las encomiendas; que se traigan a Chile dos mil negros.—Sentida descripcion hecha al rei por el padre Bascones de la crueldad de los colonos.—Pide que se autorice a Chile para tener moneda i cuño propios: lei de esa moneda.....

343

Capítulo XXXV.

SE SABE EN CHILE LA VENIDA DE NUEVO GOBERNADOR.

Noticia de la venida del sucesor de García Ramon.—Cuán ajeno estaba éste de esperar semejante cosa.—¿Quién era el sucesor?—Profundo descontento que ocasiona la noticia.—Cómo la recibió Alonso García Ramon.—Dates que envia a Rivera sobre el estado de Chile.—Lo que intenta hacer para esperarlo en Concepcion.—Cómo describe a Rivera Gregorio Serrano el estado de Chile.—Sacrificios impuestos a vecinos e indios de Santiago para equipar cuatrocientos hombres.—Sale Alonso García Ramon para el sur.—Imposibilidad en que el gobernador interino se encontró de hacer cosa alguna importante.....

353



Capítulo XXXVI.

FIN DEL GOBIERNO INTERINO DE GARCIA RAMON.

PAJAS.

Difficil viaje de García Ramon.—Sus correrías en los alrededores de Chillan.—Descubre una gran junta i vuelve presuroso a la ciudad.—Medidas que toma para resguardar la ciudad i los alrededores.—Dispérsanse los indios i dan la paz.—Alonso García Ramon en Concepcion.—¿Cuál seria la suerte de Villarica?—Reune consejo el gobernador interino para resolver si iria o nó en socorro de las ciudades australes.—Resolucion afirmativa del consejo; razones en que se apoya.—Lo que pide García Ramon al cabildo de Santiago.—Lo que resuelve el cabildo acerca de enviar recursos al sur.—Sale hacia el sur García Ramon.—Opónense los vecinos de Concepcion i Chillan a la próxima expedicion.—Se conviene en demorarla.—Avisa al gobernador el capitán Cabrera que está sitiado Arauco.—Resuelve el consejo que se vaya en su socorro.—En Hualqui recibe García Ramon noticia de la llegada de su sucesor..... 361

FIN DEL TOMO I.

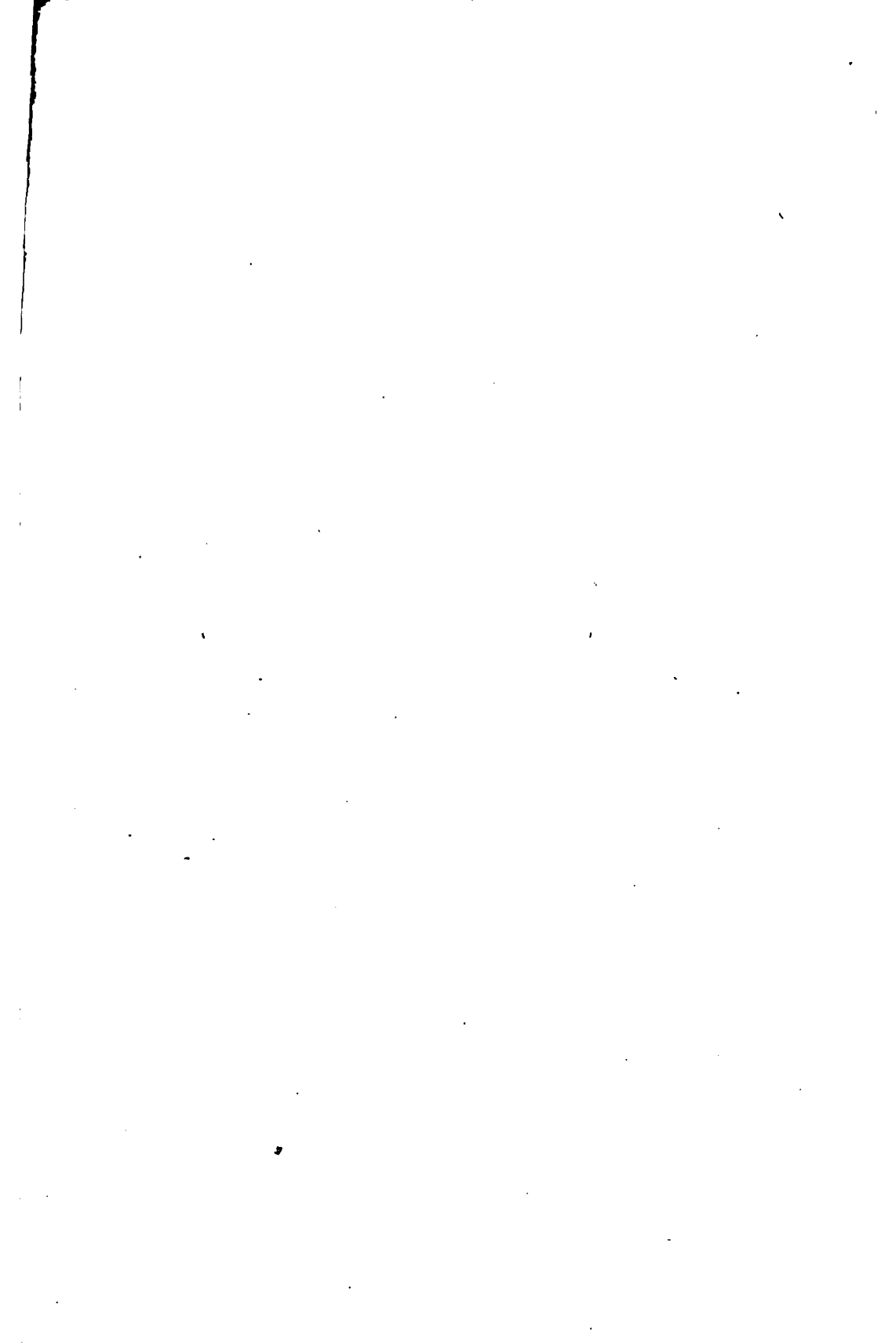
---

## ERRATAS.

PÁGINAS.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
79	3	reparado	separado
119	11	el 7 de diciembre	el 5 de diciembre
128	26	deudas	dudas
160	23	<i>La Fe</i>	<i>La Fidelidad</i>

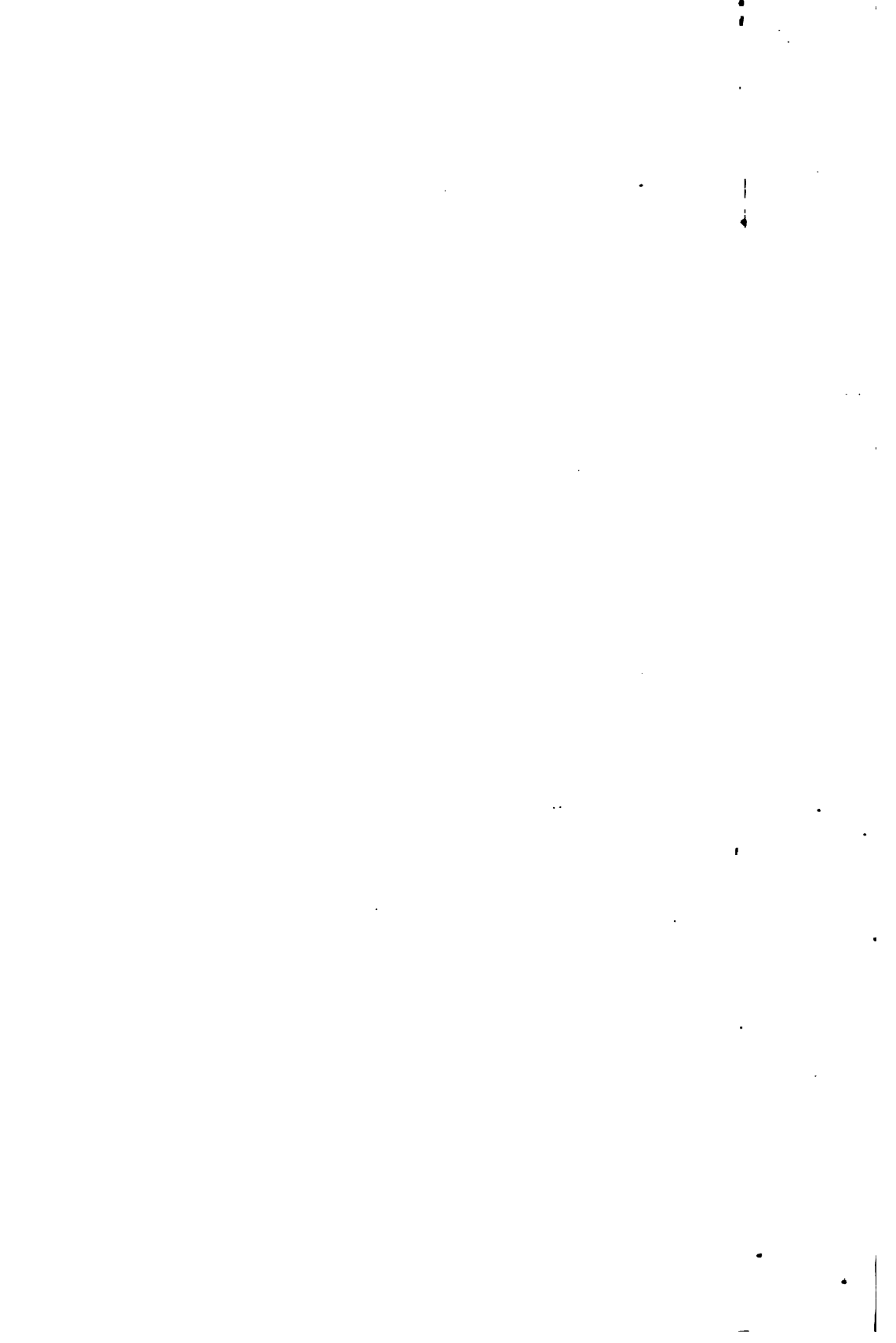
Equivocadamente se dice algunas veces que es dirigida al rei la carta que al *virei* escribió don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599.

---









**This book should be returned to  
the Library on or before the last date  
stamped below.**

**A fine of five cents a day is incurred  
by retaining it beyond the specified  
time.**

**Please return promptly.**

~~JUL - 9 1955 H~~